Planificación para la libertad: y otros dieciséis ensayos y conferencias, Ludwig von Mises

La **Biblioteca de la Libertad** busca poner a disposición del público de habla hispana, de manera gratuita, libros clásicos relacionados a la filosofía liberal. Este es un proyecto elaborado en conjunto por ElCato.org y Liberty Fund, Inc., que coinciden en su misión de promover las ideas sobre las que se fundamenta una sociedad libre.

Los libros que se encuentran en la Biblioteca comprenden una amplia gama de disciplinas, incluyendo economía, derecho, historia, filosofía y teoría política. Los libros están presentados en una variedad de formatos: facsímile o PDF de imágenes escaneadas del libro original, HTML y HTML por capítulo y PDF de libro electrónico.

Sobre el autor



Ludwig von Mises (1881 - 1973) es reconocido como uno de los líderes de la Escuela Austriaca de economía y fue un prolífico escritor. Su trabajo influyó a Leonard Read, Henry Hazlitt, Israel Kirzner, Ralph Raico, Leonard Liggio, George Reisman, F.A. Hayek y Murray Rothbard, entre otros. Nació en Lenberg, entonces parte del imperio Austrohúngaro.

Las obras de Mises y sus seminarios trataban sobre teoría económica, historia, epistemología, el Estado y la filosofía política. Sus contribuciones a la teoría económica incluyen importantes aclaraciones sobre la teoría cuantitativa del dinero, la teoría del ciclo comercial, la integración de la teoría monetaria con la teoría económica en general, y una demostración de que el socialismo inevitablemente fracasa porque no puede resolver el problema del cálculo económico. Mises fue el primer académico en reconocer que la economía es parte de la ciencia más amplia de la acción humana, una ciencia que Mises denominó "praxeología". Enseño en la Universidad de Viena y luego en la Universidad de Nueva York. Su influyente trabajo acerca de las libertades económicas, sus causas y consecuencias, lo llevaron a resaltar las relaciones entre las libertades económicas y las demás libertades en una sociedad.

Tabla de Contenidos

Homenaje a un filósofo
Reconocimientos
Prólogo
Prefacio original
Prefacio del editor a la cuarta edición en inglés
Capítulo I. Planificación para la libertad
Capítulo II. Las políticas intermedias conducen al socialismo
Capítulo III. Laissez faire o dictadura
Capítulo IV. Convertir piedras en pan, el milagro keynesiano
Capítulo V. Lord Keynes y la ley de Say
Capítulo VI. La inflación y el control de precios
Capítulo VII. Aspectos económicos del problema de las jubilaciones
Capítulo VIII. Benjamin M. Anderson dasafía la filosofía de los seudoprogresistas
Capítulo IX. Las ganancias y las pérdidas
Capítulo X. Salarios, desocupación e inflación
Capítulo XI. La enseñanza de la economía en las universidades
Capítulo XII. Las tendencias pueden cambiar
Capítulo XIII. Las chances políticas del liberalismo genuino
Capítulo XIV. El problema del oro
Capítulo XV. La provisión del capital y la prosperidad en los Estados unidos
Capítulo XVI. La libertad y su antítesis
Capítulo XVII. Mis contribuciones a la teoría económica
Lo esencial de Mises, por Murray N. Rothbard
Salutación a von Mises, por el Dr. Henry Hazlitt
El seminario privado de Mises, por el Prof. Gottfried Haberler
Cómo Mises me hizo cambiar de opinión, por el Dr. Albert Hunold
Ludwig von Mises, miembro distinguido
Pies de página

[Ir a tabla de contenidos]

HOMENAJE A UN FILÓSOFO

(Editorial del *Wall Street Journal*, 17 de junio de 1963.)

Entre todas las distinciones académicas otorgadas este mes, como lo establece la tradición, una nos parece especialmente notable. Ha sido conferida por la Universidad de New York a Ludwig von Mises, el economista nacido en Austria pero desde hace ya mucho tiempo ciudadano norteamericano, quien tiene ahora 81 años. La mención se explica por sí misma:

Es autor de cientos de libros y artículos y sus obras principales han sido reconocidas como clásicos del pensamiento económico. Poseedor de una de las inteligencias más claras de su tiempo, la ha puesto al servicio de su objeto de estudio, esclareciéndolo con rara penetración filosófica e integridad científica [...]

Erudito elocuente, erudito de eruditos, la fuerza de sus ideas ha sido multiplicada muchas veces por los hábiles economistas formados e influidos por su pensamiento. Su gran liderazgo, su exposición de la filosofía del mercado libre y su defensa de la sociedad libre lo han hecho acreedor a nuestro Doctorado de Leyes.

No podemos conjeturar en qué medida el otorgamiento de este premio es indicativo del ambiente académico que impera en los Estados Unidos, pero es interesante el hecho de que, en una era de abusiva regimentación, se lo haya conferido específicamente en relación con la filosofía de von Mises, porque una de sus mayores contribuciones es su demostración de que el socialismo, también denominado economía planificada, no puede ser un sustituto racional de las funciones del mercado libre. Más aun, el mercado libre y la sociedad libre son indisolubles.

Von Mises, en este sentido, no sólo es el campeón de una filosofía económica sino de las potencialidades del hombre.



Figura No.1
Ludwig von Mises
29 de septiembre de 1881 - 10 de octubre de 1973

[Ir a tabla de contenidos]

RECONOCIMIENTOS

Por la reimpresión de artículos previamente publicados agradecemos a:

Commercial and Financial Chronicle, New York, New York

Plain Talk (reimpreso con autorización de Isaac Don Levine, editor)

The Freeman, Irvington-on-Hudson, New York *Farmand* Oslo, Noruega

Christian Economics, Buena Park, California

*Bramble Minibooks*Oakley R. Bramble, editor Lansing, Michigan

Barron's National Business and Financial Weekly, New York, New York

Henry Hazlitt, Wilton, Connecticut

Mont Pèlerin Quarterly, Zurich, Suiza

Gottfried Haberler

Albert Hunold

Esta edición en español se ha realizado con la ayuda financiera del Center for International Private Enterprise (CIPE), de Washington D.C.

[Ir a tabla de contenidos]

PRÓLOGO

ALBERTO BENEGAS LYNCH

Gracias a la generosidad de la Libertarian Press, que nos dio la correspondiente autorización, hemos podido traducir al español y publicar *Planning for Freedom*, del profesor Dr. Ludwig von Mises. A tal efecto hicimos uso de la cuarta y última edición de la versión inglesa que contiene algunos trabajos que no estaban incluidos en las ediciones anteriores.

El profesor von Mises entró en la historia con la autoridad y el prestigio que lo ubican entre los más grandes pensadores de los tiempos contemporáneos. La gran cantidad de libros, artículos y conferencias publicados durante su fecunda y larga existencia constituyen un valioso conjunto de obras que los estudiosos de la epistemología, de la ciencia económica y de la filosofía de la libertad no pueden dejar de consultar. Mises acumuló a través de su vida el conocimiento de los grandes maestros y filósofos que le precedieron, al que sumó sus propios descubrimientos en el campo de la ciencia, para impartir sus enseñanzas sobre esa base. Por eso ellas han adquirido el más alto nivel científico y filosófico. Por cierto que su propia obra de investigador ha perfeccionado considerablemente los conocimientos anteriores y ha aportado a la epistemología y a la praxeología nuevos conocimientos descubiertos gracias a sus pacientes investigaciones sociales.

En vida Mises fue objeto de numerosos e importantes reconocimientos de sus aportes intelectuales. Entre otros, en el ocaso de su vida, al cumplir los 88 años la *American Economic Review* le rindió un homenaje en su edición de septiembre de 1969 en la cual seleccionó, entre las ideas más fecundas del profesor von Mises que constituyeron valiosas contribuciones al avance de la ciencia, su teoría monetaria y la aplicación de la teoría de la utilidad marginal a la explicación de la demanda monetaria; su teoría de los ciclos económicos y su teoría sobre la economía socialista y la imposibilidad del cálculo económico en dicho sistema por la falta de precios competitivos en el mercado y la ausencia de mercado libre para los factores

productivos. Después de su muerte, ocurrida en 1973, en homenaje a la memoria del profesor von Mises la Fundación Bolsa de Comercio de Buenos Aires organizó en 1979 una serie de conferencias que estuvieron a cargo del suscripto y de los Dres. Enrique Loncán, Carlos A. Luzzetti y Horacio García Bensunce. En aquella oportunidad terminé mi disertación recordando lo expresado oportunamente por el profesor Jacques Rueff sobre esta relevante personalidad intelectual, conceptos que comparto plenamente: "Si comparamos la engañosa irracionalidad económica imperante con la imperturbable intransigencia de su pensamiento lúcido, Ludwig von Mises ha salvaguardado los fundamentos de una ciencia económica racional, cuyo valor y efectividad han sido demostrados en sus trabajos. Con sus enseñanzas, ha sembrado la semilla de una regeneración que dará sus frutos tan pronto como el ser humano, una vez más, comience a preferir las teorías veraces a las complacientes. Cuando ese día llegue, todos los economistas reconocerán que Ludwig von Mises merece admiración y gratitud. Puesto que él ha sido quien, a pesar de la confusión que tiende a contradecir las razones para existir de la propia ciencia, afirmó infatigablemente la derechos de la razón, su supremacía sobre la materia y su efectividad en la acción humana".

En esta obra el Centro de Estudios sobre la Libertad ofrece a los estudiosos de habla española un conjunto de trabajos que contienen abundantes y sólidos argumentos para demostrar que la pobreza se combate consolidando el respeto a la propiedad privada y a la libertad personal, respeto que hace posible la acumulación de capital que promueve la productividad del trabajo y eleva el salario real. De las enseñanzas de Mises resulta claro que es perjudicial sostener que primero hay que producir y luego distribuir, porque la producción y la distribución son simultáneas y sólo se logra la productividad óptima en el marco del respeto a la propiedad y a la libertad. Nadie va a invertir sus ahorros y capitales con entusiasmo si le dicen que cuando haya producido la abundancia que promueve el bienestar general, el estado, compulsivamente, le va a confiscar una parte de la producción para distribuirla de otra manera queno sea mediante el libre juego de los factores productivos. Mises explica con claridad meridiana que ninguna distribución es más justa y equitativa que la que resulta del mercado no intervenido, en el cual cada factor de producción recibe su parte en función de su aporte al proceso productivo.

Esta obra ha podido editarse en español con el apoyo financiero del Center for International Private Enterprise (CIPE), de Washington. Los primeros ejemplares de esta primera edición española y hasta la cantidad de 2.000 ejemplares, se destinarán a la entrega sin cargo a los estudiantes que siguen cursos sobre los "fundamentos de la Libertad" patrocinados por el CIPE y dirigidos por el contador Eduardo Marty.

Entre las obras publicadas por el Centro de Estudios sobre la Libertad ésta constituye un motivo de legítimo orgullo no sólo por la relevancia del autor, sino por el enjundioso contenido de la misma.

[Ir a tabla de contenidos]

PREFACIO ORIGINAL

Ludwig von Mises, autor de los ensayos y conferencias que se presentan en este volumen, es uno de los economistas más importantes de nuestra época. Inspirado en los comienzos de su carrera por la obra de sus maestros, los grandes economistas austriacos Carl Menger y Böhm-Bawerk, ha realizado una serie de investigaciones eruditas en las cuales se analiza sistemáticamente cada uno de los problemas económicos importantes, haciendo una refutación crítica de los errores inveterados y sustituyendo las viejas falacias económicas por ideas sanas. Por último, en 1949, en su magistral obra *Human Action (La acción humana)*[1] ha integrado el resultado de estos estudios en un tratado que abarca todos los aspectos de la teoría y de las políticas económicas.

En sus estudios sobre el dinero y el crédito, von Mises ha puesto de manifiesto el carácter ilusorio de todos los argumentos utilizados en defensa de una política de inflación y expansión del crédito, demostrando que el auge producido artificialmente por una política de "dinero fácil" conduce de modo inevitable a la ruina. Ha probado que la repetición casi regular de períodos de depresión económica no se debe a errores inherentes a la naturaleza de la economía de mercado —el sistema capitalista— sino que, en cambio, es el efecto necesario de tentativas a veces bien intencionadas, pero siempre desacertadas, de interferir en el funcionamiento del mercado. En vano han intentado los defensores de la inflación y expansión del crédito desprestigiar esta doctrina, denominada teoría austriaca de los ciclos. Su veracidad ha sido comprobada por los hechos, tales como el colapso del marco alemán en 1923, la gran depresión de 1929 y de los años siguientes y los problemas causados por la inflación actual.

Von Mises ha realizado, además de sus contribuciones sobre los problemas del dinero, del capital y del crédito, otros aportes no menos importantes: se trata de sus trabajos sobre los efectos del socialismo, del comunismo, de la planificación centralizada y otras diversas formas de interferencia gubernamental en el mercado, por ejemplo, el control de precios y salarios.

Un economista no puede darse por satisfecho meramente con el análisis y las interpretaciones científicas de la realidad; por lo contrario, sus enseñanzas son, en sí mismas, un ataque dirigido a los partidos políticos cuyos programas erróneos refutan. Von Mises se ha opuesto con energía, desde los comienzos de su carrera como economista, a aquellos dogmas y credos cuya puesta en práctica estaba destinada a destruir inexorablemente la civilización y la prosperidad europeas. Ha atacado resueltamente a la Escuela Histórica Alemana, precursora del nacional-socialismo de Hitler, y a los marxistas, predecesores de una de las dictaduras más crueles que el mundo ha conocido, y todavía hoy, en los Estados Unidos, lucha

contra el influjo de la misma mentalidad, la que pretende imponer una abusiva reglamentación general.

Se ha dicho que los pueblos no aprenden de las experiencias históricas ni de las teorías. La realidad nos muestra que, lamentablemente, en la mayoría de las universidades norteamericanas se enseña a los alumnos la falsa filosofía que ha llevado a Europa a la ruina. Falacias muy antiguas, refutadas a lo largo de un siglo, se anuncian ampulosamente con el engañoso rótulo de "nueva economía". Veblenianos, marxistas y keynesianos dominan aún la escena con su absurda glorificación del control "social" de los negocios, de la planificación y del gasto deficitario, pero su intolerante dogmatismo ha comenzado a perder influencia sobre las nuevas generaciones.

El profesor Hayek, uno de los más eminentes entre los numerosos discípulos de Mises, dice: "Aun algunos de aquellos que recibieron las enseñanzas de Mises tienden a menudo a considerar exagerada la firme tenacidad con que ha llevado su razonamiento hasta las últimas conclusiones; pero una y otra vez su aparente pesimismo, que habitualmente pone de manifiesto en sus juicios acerca de las consecuencias económicas de las políticas de su época, ha demostrado ser acorde con la realidad; y, con el tiempo, cada vez se aprecia más la fundamental importancia de sus obras, que se oponen en casi todos los aspectos a la principal corriente de pensamiento contemporánea".

Hoy en día existe un amplio reconocimiento de la relevancia de Ludwig von Mises entre todos los científicos sociales que abogan por la libertad económica como base indispensable de todas las demás libertades y elevan valerosamente sus voces contra todas las formas de esclavitud totalitaria.

Los ensayos y conferencias recopilados aquí constituyen aquella parte de las publicaciones del Dr. Mises cuyo destinatario es el lector común. Pueden considerarse como introductorias a sus ideas expuestas en sus obras más medulares y voluminosas. En ellos se tratan los asuntos económicos trascendentales que dividen a la humanidad contemporánea en dos campos hostiles. No tratan, a diferencia de sus trabajos más extensos, todos los aspectos de los problemas implicados, sino que se limitan a comentar algunas de las cuestiones más importantes de los grandes conflictos ideológicos de nuestra época.

Nadie que analice las circunstancias actuales puede evitar sumirse a veces en el más profundo pesimismo con respecto al futuro. El autor no es una excepción. Sin embargo, como trata de demostrar en los dos últimos[2] trabajos de esta colección, no hay razones sustanciales para sustentar un punto de vista sombrío. Si bien es cierto que nos encaminamos hacia una catástrofe, las tendencias pueden cambiar. A menudo han cambiado en el pasado, y volverán a hacerlo en el futuro.

Mayo de 1952

Libertarian Press

[Ir a tabla de contenidos]

PREFACIO DEL EDITOR A LA CUARTA EDICIÓN EN INGLÉS

Esta edición consta de:

1. *Prefacio original escrito en mayo de 1952*

Se trata de una evaluación general de la importancia del Dr. Ludwig von Mises como economista.

2. *Diecisiete ensayos y conferencias*

Se ha dado a esta obra el título del principal de los ensayos que la componen, *Planificación para la libertad*. Su primera edición fue publicada en 1952 y contenía doce ensayos y conferencias.

En la segunda edición, en 1962, se añadió el ensayo que lleva aquí el número X: "Salarios, desocupación e inflación". Al morir Mises el 10 de octubre de 1973 se hizo necesaria una nueva reimpresión. La edición de 1974 (la tercera) se conoce como Edición Conmemorativa, y en ella se incluyen los siguientes agregados: "Salutación a von Mises", por el Dr. Henry Hazlitt; "El seminario privado de Mises", por el profesor Gottfried Haberler; "Cómo Mises me hizo cambiar de opinión", por el Dr. Albert Hunold; "Homenaje a un filósofo" y "Ludwig von Mises — Mención para un miembro distinguido".

Esta cuarta edición consta también de las siguientes conferencias y artículos agregados:

XIV: El problema del oro

XV: La provisión de capital y la prosperidad en los Estados Unidos.

XVI: La libertad y su antítesis

XVII: Mis contribuciones a la teoría económica

3. *Lo esencial de Mises*

Una de las novedades de esta edición es una excelente descripción de la vida y de las enseñanzas del gran economista realizada por Murray N. Rothbard, famoso discípulo de Mises.

[Ir a tabla de contenidos]

CAPÍTULO I
PLANIFICACIÓN PARA LA LIBERTAD

1. Planificación como sinónimo de socialismo

El término "planificación" se usa generalmente como sinónimo de socialismo, comunismo y control económico autoritario y totalitario. En determinadas ocasiones se denomina planificación sólo al modelo alemán de socialismo —*Zwangswirtschaft*—, mientras que al término socialismo propiamente dicho se lo reserva para el modelo ruso de socialización total y de funcionamiento burocrático de todas las fábricas, comercios y establecimientos agropecuarios. Sea como fuere, planificación, en este sentido, significa planificación integral por parte del gobierno, e imposición de sus planes por medio del poder de la policía. Planificación, en este sentido, significa que el gobierno ejerce un control total sobre la actividad económica. Es la antítesis de empresa libre, iniciativa privada, propiedad privada de los medios de producción, economía de mercado y sistema de precios. Planificación y capitalismo son absolutamente incompatibles. En un sistema de planificación, la producción es dirigida de acuerdo con las órdenes del gobierno y no de acuerdo con los planes de capitalistas y empresarios, ansiosos por obtener beneficios satisfaciendo de la mejor manera posible las necesidades de los consumidores.

Sin embargo, el término planificación también se usa con un segundo sentido. Lord Keynes, Sir William Beveridge, el profesor Hansen y muchas otras personalidades eminentes aseguran que no quieren sustituir la libertad por la esclavitud totalitaria. Sostienen que ellos planifican para una sociedad libre; recomiendan un tercer sistema que, según ellos, está tan lejos del socialismo como del capitalismo y que, como una tercera solución del problema de la organización económica de la sociedad, se encuentra a mitad de camino entre los dos sistemas; en su opinión, retiene las ventajas de ambos y evita las desventajas de cada uno.

2. Planificación como sinónimo de intervencionismo

Estos autoproclamados progresistas están ciertamente equivocados cuando afirman que sus proposiciones son nuevas y que nunca antes fueron expuestas. La idea de esta tercera y supuesta solución es realmente muy antigua, y los franceses la han bautizado desde hace mucho con un nombre adecuado: intervencionismo. Nadie puede tener dudas de que la historia asociará el concepto de seguridad social más estrechamente con la memoria de Bismarck —a quien nuestros padres no describieron precisamente como a un liberal— que con el New Deal norteamericano o con Sir William Beveridge. Todas las ideas esenciales del progresismo intervencionista de hoy fueron cuidadosamente expuestas por los "cerebros supremos" de la Alemania imperial, los profesores Schmoller y Wagner, quienes al mismo tiempo urgieron a su Kaiser a invadir y conquistar América. Lejos

de mis intenciones está el condenar cualquier idea por el hecho de no ser nueva, pero en la medida en que estos progresistas tildan de pasados de moda a todos sus oponentes, es oportuno observar que sería más adecuado hablar del choque de dos ortodoxias: la ortodoxia de Bismarck versus la ortodoxia de Jefferson.

3. El significado del intervencionismo o economía mixta

Antes de comenzar una investigación del sistema intervencionista de una economía mixta, se deben aclarar dos cosas.

En primer lugar, si en una sociedad basada sobre la propiedad privada de los medios de producción algunos de éstos pertenecen al gobierno o a las municipalidades y son manejados por ellos, no se puede hablar de un sistema mixto que combina socialismo con propiedad privada. Mientras sólo estén en manos del estado algunas empresas, permanecerán las características de la economía de mercado que determinan la actividad económica. En este caso también las empresas públicas, como compradoras de materias primas, bienes semielaborados y trabajo, y como vendedoras de bienes y servicios, deben adaptarse al mecanismo de la economía de mercado. Están sujetas a la ley del mercado, deben empeñarse en obtener ganancias o al menos evitar las pérdidas. Cuando se intenta reducir o eliminar esta dependencia cubriendo las pérdidas de dichas empresas con subsidios provenientes de fondos públicos, el único resultado es un traslado de esta dependencia a algún otro sector. Esto se debe a que los recursos para los subsidios tienen que ser obtenidos en algún lugar. Pueden recaudarse a través de impuestos, pero el peso de éstos caerá sobre el público y no sobre el gobierno recaudador. El mercado y no el departamento de réditos, debe decidir sobre quién recae el gravamen y de qué manera este último afecta a la producción y el consumo. El mercado y su inevitable ley son supremos.

4. Dos modelos de socialismo

En segundo lugar, existen dos modelos diferentes para la concreción del socialismo. El primero —podemos llamarlo modelo ruso o marxista— es netamente burocrático. Todas las empresas económicas son dependencias del estado, al igual que la administración del ejército y la armada, o el sistema postal. Cada fábrica, tienda o granja mantiene la misma relación con la organización central superior que la mantenida por una oficina de correo con el Correo Central. Toda la nación es parte de un único ejército de trabajo de servicio compulsivo; el comandante de este ejército es el jefe de estado.

El segundo —podemos llamarlo modelo alemán o *Zwangswirtschaft*— difiere del primero en que, aparente y nominalmente, mantiene la propiedad privada de los medios de producción, al igual que el empresariado y el intercambio de mercado. Los denominados empresarios hacen las compras y las ventas, pagan a los

trabajadores, contraen deudas y pagan intereses y amortizaciones, pero no son empresarios. En la Alemania nazi eran llamados gerentes comerciales o *Betriebsführer*. El gobierno les dice a estos aparentes empresarios qué y cómo producir, a qué precios y a quién comprarle, a qué precios y a quién venderle. El gobierno decreta qué salarios deben percibir los trabajadores y a quién y en qué condiciones los capitalistas deberían prestar su dinero. El intercambio de mercado no es más que un simulacro. Los precios, salarios y tasas de interés sólo son tales en apariencia, ya que son fijados por la autoridad. En realidad son sólo aspectos cuantitativos provenientes de las órdenes autoritarias, ya que éstas determinan las ganancias, el consumo y el nivel de vida de cada ciudadano. En lugar de ser los consumidores quienes dirigen la producción, es la autoridad quien la maneja. El órgano central que dirige la producción es la máxima autoridad; los ciudadanos no son otra cosa que sirvientes. Esto es socialismo, con la apariencia exterior de capitalismo. Algunos rótulos de la economía de mercado capitalista son conservados, pero en este caso significan algo completamente distinto de lo que significan en la economía de mercado libre.

Es necesario señalar este hecho para evitar una confusión entre intervencionismo y socialismo. El sistema de economía de mercado restringido o intervencionismo difiere del socialismo por el mero hecho de que sigue siendo economía de mercado. La autoridad distorsiona el mercado a través de la intervención de su poder coercitivo, pero no quiere eliminarlo completamente. Desea que la producción y el consumo se desarrollen a lo largo de líneas diferentes de aquellas prescriptas por el mercado, y alcanza su propósito introduciendo órdenes, mandatos y prohibiciones en el funcionamiento del mercado, para cuya observancia utiliza el poder de policía y su aparato coercitivo. Sin embargo, éstas son intervenciones aisladas. Sus autores aseguran que no planean insertar estas medidas en un sistema completamente integrado que regule todos los precios, salarios y tasas de interés, poniendo así en manos de las autoridades el control total de la producción y el consumo.

5. La única manera de elevar permanentemente los salarios para todos

La idea esencial de aquellos economistas verdaderamente liberales, a quienes hoy día se tilda de ortodoxos, reaccionarios y aristócratas de la economía, es la siguiente: el único medio para elevar el nivel de vida es acelerar el crecimiento del capital, de manera que éste crezca más rápidamente que la población. Lo único que el gobierno puede hacer para mejorar el bienestar material de las masas es establecer y preservar un orden institucional en el cual no existan obstáculos para la acumulación progresiva de nuevos capitales, ni para su utilización en el mejoramiento de las técnicas de producción. El único medio de elevar el bienestar de una nación es aumentando y mejorando la producción total de bienes. El único medio de elevar los salarios permanentemente para los trabajadores es aumentando

la productividad del trabajo a través de una elevación de la cuota de capital invertido per cápita y mejorando los métodos de producción. Por esto, los liberales llegan a la conclusión de que la política económica más adecuada para servir a los intereses de todos los estratos de una nación es el libre comercio, tanto en los negocios internos como en las relaciones internacionales.

Los intervencionistas, por el contrario, creen que el gobierno tiene poder para mejorar el nivel de vida de las masas, en parte a expensas de los capitalistas y de los empresarios, y en parte sin costo adicional para éstos. Recomiendan la limitación de las utilidades y la igualación de las rentas y fortunas a través de la tributación confiscatoria, y la baja de la tasa de interés mediante una política de dinero fácil y expansión del crédito, y pretenden la elevación del nivel de vida de los trabajadores por medio de la observancia compulsiva de salarios mínimos. Defienden el gasto pródigo del gobierno pero, curiosamente, están al mismo tiempo a favor de precios bajos para las mercaderías y precios elevados para los productos agrícolas.

Los economistas liberales, es decir, los tildados de ortodoxos, no niegan que alguna de estas medidas pueda aumentar la cuota percibida por algunos grupos de la población a expensas de otros en el corto plazo, pero dicen con razón que, en el largo plazo, dichas medidas producirán, desde el punto de vista del gobierno y de los partidarios de sus políticas, efectos menos deseables que el estado previo de cosas que se quería mejorar. Por lo tanto, son contrarias a su propósito, aun si se las juzga desde el punto de vista de sus propios defensores.

6. El intervencionismo, la causa de la depresión

Mucha gente realmente cree que la política económica no debería tener ninguna influencia en las consecuencias de largo plazo. Citan una frase de Lord Keynes: "A largo plazo todos estamos muertos". No cuestiono la verdad de esta afirmación; considero incluso que es la única afirmación correcta de la escuela neobritánica de Cambridge. Pero las conclusiones extraídas de ella son completamente falsas. El diagnóstico exacto sobre los males económicos de nuestra época es el siguiente: hemos sobrevivido al corto plazo y estamos sufriendo las consecuencias del largo plazo de políticas que no consideraron debidamente tales consecuencias. Los intervencionistas han silenciado las voces de advertencia de los economistas; pero los hechos se han desarrollado precisamente como los desacreditados eruditos ortodoxos habían predicho. La depresión es consecuencia de la expansión del crédito. El desempleo masivo, que se prolonga año tras año, es el efecto inevitable de los intentos por mantener los salarios por encima del nivel que el mercado, sin traba alguna, habría fijado. Todos esos males, que los progresistas interpretan como una evidencia del fracaso del capitalismo, son el resultado necesario de la alegada interferencia social con el mercado. Es verdad que muchos autores que defienden estas medidas, y muchos estadistas y políticos que las ejecutaron, fueron guiados por buenas intenciones y quisieron más prosperidad para la gente, pero los medios

elegidos para la obtención de los fines buscados fueron inapropiados. A pesar de lo buenas que las intenciones puedan ser, nunca pueden transformar en eficaces a medios que no lo son. Debe enfatizarse que estamos discutiendo medios y medidas y no fines. El problema no es si las políticas defendidas por los autoproclamados progresistas son recomendables o condenables, o no lo son, desde un punto de vista arbitrario y preconcebido. El problema esencial es determinar si tales políticas pueden realmente alcanzar los fines que todos anhelamos.

Está fuera de lugar el tornar confusa la discusión haciendo referencia a temas accidentales e irrelevantes. Es inútil desviar la atención del problema central difamando a los capitalistas y a los empresarios, glorificando las virtudes del hombre común. Precisamente porque el hombre común es merecedor de toda nuestra consideración, es necesario evitar las políticas que vayan en detrimento de su bienestar.

La economía de mercado libre es un sistema integrado de factores interrelacionados que se condicionan y determinan mutuamente. El aparato social de coerción y compulsión, es decir, el estado, tiene realmente fuerza para interferir en el mercado. El gobierno, o los organismos a los que éste ha dotado de poder para aplicar la presión violenta e impune, están en posición de decretar que ciertos fenómenos del mercado son ilegales, ya sea por leyes injustas o por apreciaciones equivocadas. Sin embargo, tales medidas no arrojan los resultados que el poder interventor quiere alcanzar. Las condiciones no sólo se vuelven más insatisfactorias, incluso para la autoridad interventora, sino que también desintegran el sistema de mercado en su conjunto, paralizan su funcionamiento y causan finalmente el caos.

Si el funcionamiento del sistema de mercado, aunque erróneamente, se considera insatisfactorio, debe procurarse sustituirlo por otro. Esto es lo que los socialistas pretenden; pero no es el socialismo el objeto de esta discusión. Fui invitado a tratar el tema del intervencionismo, es decir, el conjunto de medidas diseñadas para mejorar el funcionamiento del sistema de mercado, sin procurar su abolición total, y lo que sostengo es que tales medidas deben necesariamente arrojar resultados que, desde el punto de vista de sus partidarios, son menos deseables que el estado de cosas previo que querían mejorar.

7. Marx condenó el intervencionismo

Karl Marx no creía que la interferencia gubernamental o sindical pudiera alcanzar los fines beneficiosos esperados. Marx y sus consecuentes seguidores, utilizando un lenguaje franco, calificaron a esas medidas como disparate reformista, fraude capitalista e idiotez pequeñoburguesa. Llamaron reaccionarios a los partidarios de tales medidas. Clemenceau estaba en lo cierto cuando dijo: "uno es siempre reaccionario en la opinión de alguien".

Karl Marx afirmó que bajo un régimen capitalista, todos los bienes materiales, como también el trabajo, son mercaderías, y que el socialismo abolirá el carácter de mercadería asignado tanto a los bienes materiales como al trabajo. La noción de "carácter de mercadería" es privativa de la doctrina marxista y no fue usada anteriormente; significa, entonces, que los bienes y el trabajo se negocian en el mercado, y son vendidos y comprados sobre la base de su valor. Según Marx, el carácter de mercadería del trabajo está implícito en la existencia misma del sistema de salarios. Sólo puede desaparecer en el "grado más elevado" del comunismo como consecuencia de la abolición del sistema de salarios y del pago de éstos. Marx hubiera ridiculizado los esfuerzos para abolir el carácter de mercadería del trabajo a través de un tratado internacional o de medidas como el establecimiento de una Organización Internacional del Trabajo, legislaciones nacionales o asignaciones de dinero a distintos organismos nacionales. Menciono estas cosas sólo para mostrar que los progresistas están totalmente equivocados cuando ignoran que Marx reconoció que en el capitalismo el trabajo tiene carácter de mercadería y este error, en su lucha contra los economistas, los induce a tildarlos de reaccionarios.

8. Los salarios mínimos traen desempleo

Lo que estos viejos economistas ortodoxos decían era lo siguiente: un aumento permanente de los salarios para todos los que desean trabajar sólo es posible si la cuota de capital invertido per cápita aumenta, juntamente con la productividad del trabajo. La gente no se beneficiará con la fijación de salarios mínimos a un nivel más alto que el determinado por el mercado libre. No interesa que este entrometimiento en la fijación de salarios sea hecho por un decreto gubernamental o por presión y compulsión de los sindicatos. En cualquier caso, a la larga el resultado es pernicioso para el bienestar de la población.

En un mercado de trabajo libre, los salarios son fijados por la interacción de la oferta y la demanda en un nivel en el que todos los que deseen trabajar pueden encontrar trabajo. En este mercado, el desempleo es sólo temporario y nunca afecta más que a una pequeña parte de la población. Prevalece una continua tendencia hacia la desaparición del desempleo; pero si los salarios son aumentados por sobre el nivel citado anteriormente, por interferencia del gobierno o de los sindicatos, esto cambia. Mientras sólo una parte de la fuerza laboral esté agrupada en sindicatos, el aumento de salarios forzado por éstos no conduce al desempleo, sino a un aumento de la oferta de trabajo en aquellas ramas de actividades donde no hay sindicatos eficientes, o donde directamente no existen. Los trabajadores que pierden sus empleos como consecuencia de la política sindical, entran en el mercado de las actividades libres, causando en ellas la baja de los salarios. El aumento de salarios para trabajadores agrupados en sindicatos trae como consecuencia una baja de aquéllos para los que no lo están; pero si la fijación de salarios por encima del nivel potencial del mercado es general, los trabajadores que pierdan sus empleos no

podrán encontrar trabajo en otras actividades; permanecerán desocupados. El desempleo surge como un fenómeno de masas que se prolonga año tras año.

Estas fueron las enseñanzas de los economistas ortodoxos; nadie tuvo éxito en refutarlas, por lo que resultó mucho más fácil desprestigiar a sus autores. Cientos de tratados, monografías y panfletos los desacreditaron; novelistas, escritores y políticos se sumaron al coro.

Pero la verdad encuentra su camino. Funciona y produce efectos, aunque las plataformas políticas y los libros de texto rehúsen reconocerla como verdad. Los hechos han probado la exactitud de las predicciones de los economistas ortodoxos. El mundo enfrenta el tremendo problema del desempleo masivo.

Es inútil hablar de empleo y desempleo sin hacer referencia a un nivel de salarios. La evolución capitalista marca una tendencia hacia el crecimiento constante de los salarios reales. Este resultado es consecuencia de la acumulación progresiva de capital, a través de la cual se mejoran las técnicas de producción. Tan pronto como la acumulación de capital adicional se detenga, esta tendencia se estancará. Si el consumo de capital sustituye al aumento del capital disponible, los salarios reales caerán temporariamente hasta que sean removidos los obstáculos que impiden el crecimiento del capital. Tales obstáculos son la mala inversión, es decir, el derroche de capital característico de la expansión del crédito y del auge ficticio que ésta produce, la confiscación de fortunas y beneficios, las guerras y las revoluciones. Es un hecho desafortunado el que estos obstáculos hagan descender momentáneamente el nivel de vida de las masas. Pero estas desgracias no pueden ser solucionadas con simples deseos. Para ponerles fin no hay otro medio que el recomendado por los economistas ortodoxos: una sana política monetaria, disminución de los gastos públicos, cooperación internacional para salvaguardar una paz duradera y libertad económica.

9. Las políticas tradicionales de los sindicatos son perjudiciales para el trabajador

Los remedios sugeridos por los doctrinarios no ortodoxos son inútiles. Su aplicación empeora las cosas en vez de mejorarlas.

Existen hombres bien intencionados que exhortan a los líderes sindicales a hacer un uso moderado de su poder, pero estas exhortaciones son inútiles, porque sus autores no se dan cuenta de que los males que quieren evitar no se deben a la falta de moderación de las políticas sindicales. Son el resultado necesario de toda la filosofía económica subyacente en la actividad sindical referente a los salarios. No es mi tarea averiguar qué efectos beneficiosos podrían producir los sindicatos en otros campos, como en educación, capacitación profesional, etc. Sólo me ocupo de sus políticas salariales. El objetivo esencial de estas políticas es impedir que el

desocupado encuentre trabajo con un salario más bajo que el fijado por los sindicatos. Esta política divide todo el potencial de la fuerza de trabajo en dos grupos: los ocupados, que ganan salarios mayores que los que habrían obtenido en un mercado de trabajo libre, y los desocupados; que no ganan nada. En los primeros años de la década del treinta, los salarios de este país[3] cayeron por debajo del costo de vida. Los salarios nominales se incrementaban cada hora, en medio de una propagación catastrófica del desempleo. Para algunos trabajadores la depresión significó un aumento de su nivel de vida, mientras que los desocupados, muy numerosos, eran las víctimas. La repetición de estos hechos sólo puede evitarse descartando totalmente la idea de que la coerción y compulsión sindicales pueden beneficiar a los trabajadores. Lo que se necesita no son meras advertencias; se debe convencer a los trabajadores de que la política sindical tradicional en nada ayuda a los intereses de todos, sino que sólo beneficia a un grupo de ellos. Mientras que en los convenios individuales los desocupados pueden hacerse oír, en los convenios colectivos son excluidos. Los jefes sindicales no se interesan por la suerte de los no afiliados, y menos aun por la de aquellos que por primera vez desean entrar en la industria.

Los salarios impuestos por los sindicatos se fijan en un nivel en el cual una parte considerable de la fuerza de trabajo permanece desocupada. La desocupación masiva no prueba el fracaso del capitalismo, sino el fracaso de los métodos sindicales tradicionales para fijar compulsivamente los salarios.

Las mismas consideraciones se aplican a la determinación de salarios por organismos gubernamentales o por arbitraje. Si la decisión del gobierno o del árbitro fija salarios que estén en el nivel del mercado, la decisión es superflua; si determina salarios más elevados produce desempleo masivo.

La panacea de moda sugerida, es decir, el pródigo gasto público, no es menos perjudicial. Si el gobierno se provee de los fondos que requiere recaudando impuestos o pidiendo prestado al público, suprime por un lado tantos empleos como crea por otro. Si el gasto del gobierno se financia con préstamos otorgados por bancos comerciales, esto traerá como consecuencia la expansión del crédito, o sea la inflación. Los precios de todos los bienes y servicios aumentarán, haga lo que haga el gobierno para evitarlo.

Si durante el período inflacionario el aumento de los precios de los bienes excede el incremento de los salarios nominales, la tasa de desempleo caerá, pero este hecho ocurrirá como consecuencia de que los salarios reales están cayendo. Lord Keynes recomendaba la expansión del crédito porque creía que los asalariados se conformarían con el resultado; creía que "una baja gradual y automática de los salarios reales, como resultado de un aumento en los precios", no sería tan fuertemente resistida por los trabajadores como un intento de disminuir los salarios nominales. Sin embargo, es muy improbable que esto suceda; la opinión pública

está perfectamente al tanto de los cambios que se producen en su poder adquisitivo y observa con gran interés los movimientos del índice de precios de las mercaderías y del costo de vida.

La esencia de todas las discusiones referidas a los salarios consiste en los salarios reales y no en los salarios nominales. No existe ninguna posibilidad de engañar a los sindicatos con esas artimañas.

Pero, aunque lo sostenido por Lord Keynes fuera correcto, nada bueno podría surgir de ese engaño. Los grandes conflictos de ideas deben ser resueltos con métodos directos y honestos, no mediante artificios y subterfugios. Lo que se necesita no es cegar a los trabajadores, sino convencerlos. Ellos mismos deben darse cuenta de que los métodos sindicales tradicionales no sirven a sus intereses. Ellos mismos deben abandonar voluntariamente las políticas que perjudican tanto a ellos como a otros.

10. La función social de las pérdidas y de las ganancias

Lo que no comprenden aquellos que pretenden planificar para la libertad, es que el Mercado, con sus precios, es el mecanismo conductor del sistema de libre empresa. Los precios flexibles de las mercaderías, de los salarios y de las tasas de interés sirven de instrumento para adaptar la producción a las condiciones y necesidades cambiantes de los consumidores y para eliminar técnicas productivas obsoletas. Si estos ajustes no son producidos por la interacción de las fuerzas que operan en el mercado, deben ser llevados a cabo por el gobierno. Esto significa un control gubernamental total, el *Zwangswirtschaft* nazi, ya que no existen caminos intermedios. Los intentos por mantener la rigidez en los precios de las mercaderías, aumentar los salarios y bajar las tasas de interés ad libitum, sólo paralizan al sistema. Crean un estado de cosas que no satisface a nadie. Estos intentos finalizarán con un retorno a la libertad o se completarán con la implantación de un socialismo puro y sin disfraz.

La desigualdad de ingresos y fortunas es esencial para el sistema capitalista. Para los "progresistas", las ganancias son objetables. Su misma existencia es para ellos una prueba de que los salarios pueden ser aumentados sin perjudicar a nadie más que a los parásitos. Hablan de las ganancias sin ocuparse de su corolario; las pérdidas. Las ganancias y las pérdidas son instrumentos por medio de los cuales los consumidores mantienen bajo control las actividades empresarias. Una empresa rentable tiende a expandirse, y una que no lo es, tiende a achicarse. La eliminación de las ganancias provoca rigidez en la producción y suprime la soberanía de los consumidores. Esto no se debe a que los empresarios sean desconsiderados, codiciosos o carentes de la virtud del sacrificio personal, virtud que los planificadores atribuyen a otras personas; si las ganancias estuvieran ausentes, los empresarios no sabrían cuáles son los deseos de los consumidores, y en caso de

poder adivinarlos, no tendrían los medios necesarios para ajustar y expandir sus fábricas adecuadamente. Las ganancias y las pérdidas quitan de las manos de los ineficientes los factores materiales de producción y los transfieren a manos de los más eficientes. La función social de las ganancias y de las pérdidas consiste en hacer más influyente en la conducción de los negocios al hombre que tiene más éxito en la producción de los bienes que la gente demanda.

Es incorrecto, por lo tanto, dar a las ganancias el carácter de parámetro para medir el mérito personal. Desde luego que el Sr. X sería igualmente feliz con diez millones que con cien millones. Desde un punto de vista metafísico, es verdaderamente inexplicable por qué el Sr. X gana dos millones al año, mientras que un juez de la Corte Suprema de Justicia o los mejores filósofos y poetas del país ganan mucho menos. Pero ése no es problema del Sr. X, sino de los consumidores. ¿Estarían los consumidores mejor provistos y a un menor costo si la ley impidiera que los empresarios más eficientes expandieran el ámbito de sus actividades? La respuesta es claramente negativa. Si las tasas impositivas actuales hubieran estado vigentes desde principios de siglo, muchos de los que hoy son millonarios vivirían en condiciones más modestas; todas las actividades industriales nuevas que brindan a las masas nuevos artículos funcionarían, si es que lo hicieran, a una escala mucho más baja y sus productos estarían fuera del alcance del hombre común.

El sistema de mercado hace que todos los hombres, en su calidad de productores, sean responsables ante el consumidor. Esta dependencia es directa cuando se trata de empresarios, capitalistas, granjeros y profesionales, e indirecta en el caso de los asalariados. El sistema económico de división del trabajo, en el que todos satisfacen sus necesidades sirviendo a otras personas, no puede funcionar si no existe un elemento que dirija los esfuerzos de los productores hacia los deseos de aquellos para quienes producen. Si no se le permite al mercado conducir el aparato económico en su totalidad, el gobierno debe hacerlo, con los lamentables resultados conocidos.

11. La economía de mercado libre es la que mejor sirve al hombre común

Los planes socialistas son absolutamente erróneos e irrealizables. Este es otro tema. Sin embargo, los escritores socialistas al menos ven claramente que la simple parálisis del sistema de mercado libre no conduce a nada excepto al caos. Cuando apoyan actos tales como el sabotaje y la destrucción lo hacen porque creen que el caos producido preparará el terreno para el advenimiento del socialismo. Pero aquellos que fingen querer preservar la libertad mientras anhelan fijar precios, salarios y tasas de interés a un nivel; diferente al del mercado se engañan a si mismos. No existe ninguna alternativa para la esclavitud totalitaria que no sea la libertad. No existe ninguna planificación para la libertad, que no sea el dejar

funcionar libremente al mercado. No existe ningún medio para obtener el pleno empleo, el aumento de salarios y un alto nivel de vida para el hombre común, que no sea la iniciativa privada y la empresa libre.

[Ir a tabla de contenidos]

CAPÍTULO II

LAS POLÍTICAS INTERMEDIAS CONDUCEN AL SOCIALISMO[4]

El dogma fundamental de todas las clases de socialismo y comunismo es que la economía de mercado libre, o capitalismo, es un sistema que perjudica los intereses de la inmensa mayoría de la gente, beneficiando solamente a una pequeña minoría de individualistas inescrupulosos. Condena a las masas a un empobrecimiento progresivo. Es la causa de la miseria, esclavitud, opresión, degradación y explotación de los trabajadores, mientras que enriquece a una clase de parásitos ociosos e inútiles.

Esta doctrina no fue obra de Karl Marx. Había sido desarrollada mucho antes de que Marx entrara en escena. Sus defensores más exitosos no fueron los autores marxistas, sino hombres como Carlyle y Ruskin, los fabianos británicos, los profesores alemanes y los institucionalistas norteamericanos. Resulta muy significativo que la veracidad de este dogma sólo haya sido discutida por unos pocos economistas que fueron prontamente silenciados, impidiéndoles el acceso; a las universidades, a la prensa, al liderazgo de los partidos políticos y, fundamentalmente, a las reparticiones públicas. La opinión pública aceptó la condena del capitalismo sin ninguna reserva.

1. El socialismo

Pero, obviamente, las conclusiones políticas prácticas que la gente extrajo de este dogma no fueron uniformes. Un grupo afirmó que no existía más que un camino para acabar con estos males: la literal y completa supresión del capitalismo. Defendían el traspaso del control de los medios de producción de manos privadas al estado. Aspiraban a establecer lo que llamaban socialismo, planificación o capitalismo de estado. Todos estos términos significan lo mismo. Los consumidores no deberían continuar determinando, a través de sus compras y abstenciones de comprar, qué debería ser producido, qué cantidad y de qué calidad. En el futuro, sólo una autoridad central debería dirigir todas las actividades productivas.

2. El intervencionismo pretende ser una política intermedia

Un segundo grupo parece ser menos radical. Rechazan el socialismo en igual medida que el capitalismo. Recomiendan un tercer sistema que, afirman, está tan

lejos del capitalismo como del socialismo; este tercer sistema de organización económica de la sociedad, el intervencionismo, se encuentra a mitad de camino entre los otros dos; retendría las ventajas de ambos y evitaría las desventajas inherentes a cada uno. En la terminología de la política norteamericana, se lo conoce como política intermedia.

Lo que hace que este tercer sistema sea popular entre mucha gente es el modo particular de considerar los problemas en cuestión. Tal como ve las cosas, existen dos clases: los capitalistas y empresarios por un lado y los socialistas por el otro, discutiendo acerca de la distribución de la renta del capital y sobre las actividades empresarias. Ambas partes reclaman la torta entera para sí mismas. Ahora, sugieren estos mediadores: sembremos la paz dividiendo en partes iguales entre las dos clases el valor en disputa. El estado, como árbitro imparcial, debería interferir y poner un freno a la codicia de los capitalistas y asignar una parte de los beneficios a las clases trabajadoras. De este modo, será posible destronar a la deidad del capitalismo sin entronizar al dios del socialismo totalitario.

Sin embargo, este modo de tratar el asunto es completamente erróneo. El antagonismo entre capitalismo y socialismo no es una disputa sobre la distribución del botín. Se trata de una controversia sobre cuál de los dos modelos de organización de la sociedad, el capitalismo o el socialismo, conduce a la mejor realización de los fines que toda la gente considera como objetivos fundamentales de las actividades comúnmente llamadas económicas, a saber, el mejor abastecimiento posible de bienes y servicios útiles demandados por los consumidores. El capitalismo quiere lograr estos fines a través de la empresa y de la iniciativa privadas, que están sujetas a la supremacía de las compras y abstenciones de comprar del público en el mercado. Los socialistas desean reemplazar los planes de los diversos individuos por un plan único de una autoridad central. Quieren instaurar el monopolio exclusivo del gobierno, en lugar de lo que Marx llamó "anarquía de la producción". El antagonismo no se refiere al modo de distribuir una cantidad fija de productos sino al modo de producir todos aquellos bienes que la gente desea disfrutar.

El conflicto entre los dos principios es irreconciliable y no permite ningún arreglo. El control es indivisible. O la demanda de los consumidores en el mercado decide cómo y con qué objetivo deben emplearse los factores de la producción o el gobierno se encarga de ello. No hay nada que pueda mitigar la oposición entre estos dos principios contradictorios; son incompatibles.

El intervencionismo no es el término medio ideal entre el capitalismo y el socialismo. Es el diseño de un tercer sistema de organización económica de la sociedad y debe ser reconocido como tal.

3. Cómo funciona el intervencionismo

No es el objetivo de esta discusión suscitar la cuestión de los méritos del capitalismo o del socialismo. Hoy sólo me ocuparé del intervencionismo. No pretendo hacer una evaluación arbitraria del intervencionismo desde un punto de vista prejuicioso; sólo me concierne mostrar cómo funciona el intervencionismo y si puede o no ser considerado como modelo de un sistema permanente de organización de la sociedad.

Los intervencionistas destacan que planean conservar la propiedad privada de los medios de producción, el empresariado y el intercambio en el mercado. Pero agregan que es perentorio evitar que estas instituciones capitalistas se expandan, causando estragos y explotando injustamente a la mayoría de la gente.

Es deber del gobierno restringir mediante órdenes y prohibiciones la codicia de las clases propietarias para que su poder adquisitivo no dañe a las clases más pobres. El capitalismo sin traba alguna, también llamado del *laissez faire*, es un mal. Pero para eliminar sus efectos dañinos no hay necesidad de suprimir el capitalismo totalmente. Es posible mejorar el sistema capitalista a través de la interferencia gubernamental en las acciones de los capitalistas y empresarios. Dicha regulación y regimentación de los negocios por parte del gobierno es el único método para cerrar el paso al socialismo totalitario y para salvaguardar aquellos rasgos del capitalismo que vale la pena preservar. Basándose en esta filosofía, los intervencionistas defienden una constelación de diversas medidas. Elijamos una de ellas: el muy popular modelo de control de precios.

4. El control de precios conduce al socialismo

El gobierno piensa que el precio de un bien determinado, por ejemplo la leche, es demasiado alto; quiere que los pobres tengan la posibilidad de dar más leche a sus hijos. Así recurre a imponer un precio máximo y fija el precio de la leche en un nivel más bajo que el que prevalece en el mercado libre. El resultado es que los productores marginales de leche, aquellos que producen a mayor costo, incurren ahora en pérdidas. Como ningún granjero u hombre de negocios puede seguir produciendo a pérdida, estos productores marginales detienen la producción y venta de leche en el mercado. Usarán sus vacas y sus habilidades para otros propósitos más rentables. Producirán, por ejemplo, manteca, queso o carne. Habrá menos leche disponible para los consumidores, no más. Esto, desde luego, es contrario a las intenciones del gobierno que quería que la leche fuera más accesible para algunas personas. Pero, como resultado de esa interferencia, la oferta disponible cae. Esta medida demuestra ser inútil desde el punto de vista del mismo gobierno y de los grupos que procuraba favorecer. Trae aparejado un estado de cosas que es, nuevamente desde el punto de vista del gobierno, menos deseable que el estado de cosas previo que debía mejorar.

Ahora el gobierno se encuentra ante una alternativa. Puede revocar su decreto y abstenerse de cualquier intento futuro por controlar el precio de la leche. Pero si mantiene su intención de conservar su precio por debajo del nivel que el mercado libre habría determinado, evitando no obstante una caída en la oferta de leche, debe tratar de eliminar las causas que determinan que el negocio de los productores marginales no sea rentable. Debe agregar al primer decreto que se ocupaba del precio de la leche, un segundo decreto que fije los precios de los factores de producción necesarios para la producción de leche en un nivel lo suficientemente bajo como para evitar las pérdidas de los productores marginales de leche, de modo tal que la producción no se vea restringida. Pero la misma historia se repite en un plano más remoto. La oferta de los factores de producción de la leche cae, y el gobierno se encuentra nuevamente donde empezó. Si no quiere admitir su derrota, y abstenerse de cualquier entrometimiento en los precios, debe ir más lejos y fijar los precios de aquellos factores de producción necesarios para la producción de los factores necesarios para la producción de leche. De esta manera, el gobierno se verá obligado a ir cada vez más lejos, fijando paso a paso los precios de todos los bienes de consumo y de todos los factores de producción, tanto humanos, es decir, el trabajo, como materiales y ordenar a cada empresario y a cada trabajador que continúen trabajando a estos precios y salarios. Ninguna rama industrial puede ser omitida en esta fijación completa de precios y salarios, y ninguna puede evadir la obligación de producir aquellas cantidades que el gobierno desea ver producidas. Si algunas ramas fueran dejadas en libertad por el hecho de que producen bienes calificados como no esenciales, o incluso como de lujo, el capital y el trabajo tenderían a desplazarse hacia ellas provocando una caída en la oferta de aquellos bienes cuyos precios han sido fijados por el gobierno por considerarlos, justamente, indispensables para la satisfacción de las necesidades de las masas.

Pero una vez conseguido este control total de los negocios, nada subsistirá de la economía de mercado. Ya los ciudadanos no determinan qué y cómo debe producirse a través de sus compras y de sus abstenciones de comprar. El poder de decidir estas cuestiones recae en el gobierno. Esto ya no es capitalismo, es planificación gubernamental total, es socialismo.

5. El modelo Zwangswirtschaft de socialismo

Obviamente, es cierto que este modelo de socialismo conserva la apariencia exterior y algunos de los rótulos del capitalismo. Mantiene, sólo aparente y nominalmente, la propiedad privada de los medios de producción, y el manejo de los precios, salarios, tasas de interés y beneficios. Sin embargo, en los hechos, lo único que cuenta es la autocracia ilimitada del gobierno. El dice a los empresarios y capitalistas qué producir, qué cantidad y calidad, a qué precios y a quién comprarle, y a qué precios y a quién venderle. Decreta los salarios y el lugar de trabajo de los trabajadores. El intercambio de mercado no es más que una máscara. Todos los

precios, los salarios y las tasas de interés son determinados por la autoridad. Son precios, salarios y tasas de interés sólo en apariencia; en los hechos, son meros términos cuantitativos de las órdenes del gobierno. El gobierno, y no los consumidores, dirige la producción y el consumo. Determina la ganancia de cada ciudadano, asigna a cada uno el lugar que debe ocupar en el trabajo. Esto es socialismo con la sola apariencia exterior de capitalismo. Es el *Zwangswirtschaft* del Reich alemán de Hitler y la economía planificada de Gran Bretaña.

6. Las experiencias alemana y británica

El modelo de transformación social que he descripto no es una mera construcción teórica. Es una descripción real de la serie de hechos que produjo el advenimiento del socialismo en Alemania, en Gran Bretaña y en algunos otros países.

Los alemanes, en la primera guerra mundial, comenzaron con precios máximos para un pequeño grupo de bienes de consumo considerados vitales. Fue el fracaso inevitable de estas medidas lo que los impulsó a ir cada vez más lejos hasta que, en la segunda parte de la guerra, diseñaron el Plan Hindenburg. En el contexto del *Plan Hindenburg* no quedaba ningún resquicio para la libre elección de los consumidores ni para iniciativa alguna de los hombres de empresa. Todas las actividades económicas estaban incondicionalmente subordinadas a la jurisdicción exclusiva de las autoridades. La derrota total del Kaiser dio por tierra con todo el aparato imperial de administración, incluyendo el grandioso plan. Pero cuando en 1931 el canciller Brüning se embarcó nuevamente en una política de control de precios y sus sucesores, especialmente Hitler, se aferraron obstinadamente a ella, la misma historia se repitió.

Gran Bretaña y todos los otros países que durante la primera guerra mundial adoptaron medidas de control de precios tuvieron que experimentar el mismo fracaso. También ellos fueron llevados cada vez más lejos en sus intentos por hacer funcionar los decretos iniciales. Pero estaban aún en un estado rudimentario en el desarrollo de este modelo, cuando la victoria y la oposición del público acabaron con todos los artificios para controlar los precios.

Fue distinto en la segunda guerra mundial. Entonces, Gran Bretaña recurrió nuevamente a los precios máximos para unos pocos bienes de primera necesidad, teniendo que aplicar toda la gama de procedimientos que llevaban los controles cada vez más lejos, hasta que tuvo que adoptar la planificación total de toda la economía del país. Cuando la guerra finalizó, Gran Bretaña era un estado socialista.

Vale la pena recordar que el socialismo británico no fue un logro del gobierno laborista del Sr. Attlee, sino del gabinete de guerra del Sr. Winston Churchill. Lo que el Partido Laborista hizo no fue establecer el socialismo en un país libre, sino mantener en el período de posguerra el socialismo tal como había sido desarrollado.

Este hecho se vio disimulado por el gran impacto causado en su momento por la nacionalización del Banco de Inglaterra, de las minas de carbón y de otras ramas de la actividad económica. Sin embargo, la Gran Bretaña de entonces debe ser llamada socialista no porque ciertas empresas hayan sido formalmente expropiadas y nacionalizadas, sino porque todas las actividades económicas de todos los ciudadanos estaban sujetas al control total del gobierno y de sus órganos. Las autoridades dirigían la asignación de capital y mano de obra a las distintas ramas de los negocios. Determinaban qué se debía producir. El gobierno se invistió de supremacía exclusiva sobre todas las actividades. La gente se vio reducida al estado de menores tutelados, limitándose a obedecer órdenes incondicionalmente. Sólo funciones secundarias quedaban reservadas a los hombres de empresa, es decir, a los antiguos empresarios. Todo lo que podían hacer era llevar a cabo las decisiones de los departamentos del gobierno, dentro de un pequeño campo de acción perfectamente delimitado.[5]

Lo que tenemos que comprender es que los precios máximos que sólo afectan a unos pocos bienes no obtienen los fines deseados. Por el contrario, producen efectos que desde el punto de vista del gobierno son peores que el estado de cosas previo que el gobierno quería modificar. Si para eliminar estas inevitables pero indeseables consecuencias, el gobierno insiste en ir cada vez más lejos, termina por transformar el sistema capitalista y de libre empresa en socialismo de la clase Hindenburg.

7. Crisis y desarrollo

Lo mismo sucede con todos los otros tipos de interferencias en los fenómenos de mercado. Los salarios mínimos, ya sean decretados por el gobierno o por la presión y violencia de los sindicatos, traen como resultado el desempleo, que se prolonga año tras año tan pronto como se desea elevarlos por encima del nivel del mercado libre. Los intentos por bajar las tasas de interés mediante una expansión del crédito generan, a decir verdad, un período de auge en los negocios. Pero la prosperidad así creada es sólo artificial y conduce inexorablemente al fracaso y a la depresión. La gente debe pagar duramente por la orgía de dinero fácil de unos pocos años de expansión artificial del crédito.

La repetición de períodos de depresión y desempleo ha desacreditado al capitalismo en la opinión de la gente desinformada. Sin embargo, estos males no son resultado del funcionamiento del mercado libre. Por el contrario, son causados por interferencias gubernamentales en el mercado; interferencias bien intencionadas pero contraproducentes. No existe ningún medio para elevar los salarios y el nivel general de vida, como no sea el de incrementar rápidamente la acumulación de capital comparada con el aumento de la población. El único medio para elevar los salarios en forma permanente para todos aquellos que desean trabajar y ganar salarios, es aumentar la productividad a través de un incremento en la cuota de capital invertido per cápita. Lo que hace que los salarios en los EE.UU. superen

ampliamente a los de los países europeos y asiáticos es precisamente el hecho de que el trabajador norteamericano se ve ayudado por más y mejores herramientas y maquinarias. Todo lo que un buen gobierno puede hacer para mejorar el bienestar material de la gente es establecer y preservar un orden institucional en el cual no haya obstáculos para la acumulación progresiva de nuevos capitales y para el mejoramiento de las técnicas de producción. Esto es lo que el capitalismo logró en el pasado y logrará en el futuro, si no es saboteado por una política errónea.

8. Dos caminos hacia el socialismo

El intervencionismo no puede ser considerado como un sistema económico destinado a perdurar. Es un método para transformar el capitalismo en socialismo, a través de una serie de pasos sucesivos. Es, como tal, diferente de los intentos de los comunistas para lograr el advenimiento del socialismo de un solo golpe. La diferencia no radica en el fin último del Movimiento político; se asienta principalmente en las tácticas a las que se recurre para la obtención del fin que ambos grupos pretenden alcanzar.

Karl Marx y Frederick Engels recomendaron respectivamente cada uno de estos dos caminos para la instauración del socialismo. En 1848, en el *Manifiesto comunista*, trazaron un plan para la transformación en etapas del capitalismo en socialismo. El proletariado debería ser elevado a la posición de clase gobernante y usar su supremacía política "para arrebatar gradualmente todo el capital a la burguesía". Esto, afirman, "no puede ser llevado a cabo sino a través de incursiones despóticas sobre los derechos de propiedad y sobre las condiciones de producción burguesas; es decir, por medio de medidas que parecen económicamente insuficientes e insostenibles, pero que en el curso de la evolución se dejan atrás a sí mismas y necesitan de incursiones adicionales sobre el viejo orden social, siendo inevitables como medio para revolucionar completamente el modo de producción". En esta obra enumeran diez medidas a modo de ejemplo.

Años más tarde, Marx y Engels cambiaron de opinión. En su tratado principal *Das Kapital*, publicado por primera vez en 1867, Marx vio las cosas de un modo diferente. El socialismo está destinado a imponerse "con la inexorabilidad de una ley natural". Pero no puede aparecer antes de que el capitalismo haya madurado plenamente. No existe más que un camino hacia el colapso del capitalismo, a saber, la evolución paulatina del mismo capitalismo. Sólo entonces, la gran sublevación final de la clase trabajadora dará el golpe final e inaugurará la época de abundancia eterna.

Desde el punto de vista de la doctrina posterior, Marx y la escuela del marxismo ortodoxo rechazan toda política que pretenda restringir, regular y mejorar el capitalismo. Afirman que tales políticas no sólo son inútiles, sino también absolutamente nocivas, ya que más bien retardan la llegada de la era del

capitalismo, su maduración y, por lo tanto, también su caída. No son entonces progresistas, sino reaccionarias. Fue esta idea la que condujo al partido socialdemócrata alemán a votar contra la legislación de seguridad social de Bismarck y a frustrar el plan de éste para nacionalizar la industria tabacalera alemana. Desde el punto de vista de esta doctrina posterior, los comunistas difamaron al New Deal norteamericano, tildándolo de trama reaccionaria extremadamente perjudicial para los intereses de los trabajadores.

Lo que debemos comprender es que el antagonismo entre los intervencionistas y los comunistas es una manifestación del conflicto entre la temprana doctrina marxista y la del marxismo más reciente. Es el conflicto entre el Marx de 1848, autor del *Manifiesto comunista*, y el Marx de 1867, autor de *Das Kapital*. Y es verdaderamente paradójico que el documento en el cual Marx avaló las políticas de los autoproclamados anticomunistas del presente se llame *Manifiesto comunista*.

Existen dos métodos disponibles para transformar el capitalismo en socialismo. Uno es expropiar todos los establecimientos agropecuarios e industriales y manejarlos como departamentos del gobierno a través de un aparato burocrático. La sociedad entera, dice Lenin, se convierte en "una oficina y una fábrica, con igual trabajo pagado con igual remuneración".[6] Toda la economía será organizada "como el sistema postal".[7] El segundo método es el método del Plan Hindenburg, el original modelo alemán del Estado benefactor y de la planificación. Obliga a cada compañía y a cada individuo a obedecer estrictamente las órdenes dictadas por el órgano central de gobierno encargado de la dirección de la producción. Tal fue la intención de la National Industrial Recovery Act (Ley de Recuperación de la Industria Nacional) de 1933 en los EE.UU. que fue frustrada por la oposición de los hombres de empresa y declarada inconstitucional por la Corte Suprema. Tal es la idea implícita en los intentos de sustituir la empresa libre por la planificación.

9. El control del comercio exterior

El primer medio para la instauración de este segundo tipo de socialismo es, en países industriales como Alemania y Gran Bretaña, el control del comercio exterior. Estos países no pueden alimentar y vestir a sus pueblos con sus propios recursos. Deben importar grandes cantidades de alimentos y materias primas. Para pagar estas importaciones tan necesarias deben exportar productos manufacturados, producidos en su mayoría con las materias primas importadas. En tales países, casi toda transacción comercial está condicionada directa o indirectamente por importaciones o exportaciones, o por ambas a la vez. De aquí surge que el monopolio gubernamental sobre las importaciones y exportaciones provoca que toda actividad comercial esté supeditada a la discreción del órgano encargado del control del comercio exterior. En este país (EE.UU.) las cosas son diferentes. El volumen del comercio exterior es más bien pequeño cuando se lo compara con el volumen total del comercio de la nación. El control del comercio exterior sólo afectaría

ligeramente a la mayor parte del comercio interno norteamericano. Ésta es la razón por la cual en los esquemas de nuestros planificadores casi no se plantean cuestiones sobre el control del comercio exterior. Sus esfuerzos están dirigidos al control de precios, salarios y tasas de interés, al control de la inversión y a la limitación de beneficios y ganancias.

10. Los impuestos progresivos

Haciendo una revisión retrospectiva de la evolución de las tasas de impuesto a las ganancias desde 1913 hasta el presente, deben tenerse pocas esperanzas de que la tasa no absorba en algún momento el 100 % de toda suma que exceda la ganancia del contribuyente promedio. Es esto lo que Marx y Engels tenían en mente cuando en el *Manifiesto comunista* recomendaron "un impuesto a las ganancias fuertemente progresivo y gradual".

Otra de las sugerencias del *Manifiesto comunista* fue la "abolición de todo derecho hereditario". Por ahora, ni en Gran Bretaña ni en este país (los EE.UU.) las leyes han llegado a este punto. Pero insisto, retrotrayéndonos al pasado en la historia de los impuestos sobre el patrimonio, en que debemos darnos cuenta de que éstos se han ido aproximando cada vez más a la meta fijada por Marx. Impuestos al patrimonio de tal magnitud como la ya alcanzada por los que gravan los niveles superiores no pueden seguir siendo calificados como impuestos. Son medidas de expropiación.

La filosofía que subyace en el sistema de impuestos progresivos es la de que las ganancias y la riqueza de las clases supuestamente privilegiadas pueden imponerse sin peligro alguno. Lo que los defensores de estos impuestos no ven es que la mayor parte de las ganancias confiscadas no habrían sido consumidas, sino ahorradas e invertidas En efecto, la funesta política fiscal no sólo coarta o impide la acumulación de nuevo capital. Trae aparejado el consumo de capital. Éste es, ciertamente, el estado de cosas que hoy reina en Gran Bretaña.[8]

11. La tendencia hacia el socialismo

El curso de los hechos en los últimos treinta años en los EE.UU. muestra un progreso continuo, aunque algunas veces interrumpido, hacia la instauración del socialismo de tipo alemán y británico. Los EE.UU. se embarcaron más tardíamente que los otros dos países en las políticas promotoras de la decadencia y se encuentran hoy en día más lejos del colapso. Pero si la tendencia de esta política no cambiara, el resultado final sólo sería diferente de lo que pasó en la Inglaterra de Attlee y en la Alemania de Hitler, en aspectos accidentales y despreciables. La política de la tercera posición no es un sistema económico que pueda perdurar. Es un método para instaurar el socialismo en pasos sucesivos.

12. Resquicios del capitalismo

Mucha gente no está de acuerdo. Aseveran que la mayoría de las leyes que apuntan a la planificación o a la expropiación por medio de impuestos progresivos, han dejado algunos resquicios que ofrecen a la empresa privada un margen suficiente para continuar. Que tales resquicios aún existen y que gracias a ellos este país es todavía un país libre, es realmente cierto. Pero este capitalismo así concebido no es un sistema perdurable. Es algo transitorio. Día tras día el campo en el cual la empresa privada puede operar libremente se ve reducido.[9]

13. El advenimiento del socialismo no es inevitable

Obviamente, este resultado no es inevitable. La tendencia, puede ser revertida tal como ocurrió con muchas otras tendencias en la historia. El dogma marxista según el cual el socialismo está destinado a imponerse "con la inexorabilidad de una ley natural" es sólo una conjetura carente de toda prueba. Pero el prestigio de que goza este pronóstico, no sólo entre los marxistas, sino también entre muchos autoproclamados antimarxistas, es el instrumento principal mediante el cual el socialismo avanza. Difunde el derrotismo entre aquellos que de otra manera lucharían valerosamente contra la amenaza socialista.

El aliado más poderoso de la Rusia Soviética es la doctrina según la cual "la ola del futuro" nos conduce al socialismo, y por lo tanto es "progresista" el simpatizar con todas las medidas que restrinjan cada vez más el funcionamiento libre de la economía de mercado.

Aun en este país, que le debe a un siglo de vigoroso individualismo el nivel de vida más alto jamás alcanzado por ninguna nación, gran parte de la opinión pública condena el *laissez faire*. En los últimos cincuenta años, miles de libros han sido publicados para atacar el capitalismo y para defender el intervencionismo radical, el Estado benefactor y el socialismo. Los pocos libros que trataron de explicar adecuadamente el funcionamiento de la economía de mercado libre fueron apenas considerados por el público. Sus autores permanecen ocultos mientras que autores como Veblen, Commons, John Dewey y Laski fueron elogiados. Es un hecho conocido que tanto los escenarios como la industria de Hollywood son críticos, no menos radicales que muchas novelas, de la empresa libre. Existen en los EE.UU. muchos periódicos que en cada número atacan furiosamente la libertad económica. Hay pocas revistas de opinión que defiendan el sistema que brindó a la inmensa mayoría del pueblo buena comida y abrigo, automóviles, heladeras, aparatos de radio y otras cosas que en otros países se consideran lujos.

La consecuencia de este estado de cosas es que en la práctica muy poco se hace para preservar el sistema de empresa privada. Sólo existen partidarios del método intermedio que creen haber tenido éxito cuando han retardado por algún tiempo una

medida especialmente ruinosa. Están siempre un paso atrás. Hoy toleran medidas que apenas diez o veinte años atrás habrían juzgado intolerables. En unos pocos años consentirán otras medidas que hoy consideran simplemente fuera de cuestión.

Lo único que puede evitar el advenimiento del socialismo totalitario es un cambio completo de ideología. Lo que necesitamos no es antisocialismo ni anticomunismo, sino un voto de confianza a aquel sistema al que debemos toda la riqueza que distingue nuestra época de épocas pasadas más pobres.

[Ir a tabla de contenidos]

CAPÍTULO III

LAISSEZ FAIRE O DICTADURA[10]

1. Lo que la Enciclopedia de las ciencias sociales dice sobre el laissez faire

Durante más de cien años la *expresión laissez faire, laissez passer* ha sacado de sus casillas a los precursores del despotismo totalitario. Según estos fanáticos, esta expresión reúne todos los vergonzosos principios del capitalismo. Desenmascarar sus supuestas falacias equivale, por lo tanto, a destruir los cimientos ideológicos del sistema de propiedad privada de los medios de producción, demostrando implícitamente la excelencia de sus antítesis, es decir, del comunismo y del socialismo.

La *Enciclopedia de las ciencias sociales* puede, con justicia, ser considerada como representante de las doctrinas enseriadas en las universidades y en los colegios norteamericanos y británicos. Su noveno tomo contiene un artículo, "Laissez faire", escrito por el profesor de Oxford y autor de historias de detectives G. D. H. Cole. En las cinco páginas y cuarto de su colaboración el profesor Cole hace abundante uso de epítetos desaprobatorios. La expresión *laissez faire* "no resiste el análisis", sólo prevalece en la economía "popular", es una "teoría fallida", un "anacronismo", sobrevive sólo como un "prejuicio" pero "como doctrina merecedora de respeto teórico está muerta". El recurrir a estos y muchos otros títulos deshonrosos no sirve para disfrazar el hecho de que los argumentos del profesor Cole son absolutamente erróneos. No está capacitado para tratar los problemas involucrados porque simplemente no sabe qué es la economía de mercado ni cómo funciona. La única afirmación correcta de su artículo es la verdad trillada que dice que los que rechazan el *laissez faire* son socialistas. Está también en lo cierto cuando declara que la refutación del *laissez faire* es "tan importante en la idea nacional del fascismo en Italia como en el comunismo ruso".

El tomo que contiene el artículo de Mr. Cole fue publicado en enero de 1933. Esto explica por qué no incluyó a la Alemania nazi en la lista de aquellas naciones

que se liberaron del hechizo de la siniestra expresión. Sólo muestra satisfacción al indicar que la idea que rechaza el *laissez faire* "respalda muchos proyectos que, en gran medida bajo la influencia rusa, se llevan a cabo actualmente en todo el mundo".

2. Laissez faire significa economía de mercado libre

La cuestión que versa sobre a quién se debe atribuir el origen de la expresión *laissez faire, laissez passer*, ha causado muchos problemas a historiadores eruditos.[11] De todos modos, se tiene la certeza de que en la segunda mitad del siglo XVIII los campeones franceses de la libertad económica, destacándose entre ellos Gournay, Quesnay, Turgot y Mirabeau, resumieron su programa para uso popular en esta frase. Su meta era el establecimiento de la economía de mercado libre. Para obtener este fin defendieron la abolición de toda ley que restringiera la movilidad de los bienes y de los hombres, y que impidiera a la gente más industriosa y más eficiente desplazar a los competidores menos industriosos y menos eficientes. La famosa expresión fue ideada para designar este concepto.

Al utilizar ocasionalmente las palabras *laissez faire, laissez passer*, los economistas del siglo XVIII no pretendieron bautizar a su filosofía social como doctrina del *laissez faire*. Concentraron sus esfuerzos en la elaboración de un nuevo sistema de ideas sociales y políticas que beneficiara a la humanidad. No ansiaban organizar un grupo o partido y encontrarle un nombre. Fue sólo más tarde, en la segunda década del siglo XIX, cuando la expresión llegó a significar el modelo completo de la filosofía política de la libertad, es decir, del liberalismo. La nueva palabra fue acuñada en España, donde designaba a los partidarios de la libertad religiosa y de un gobierno constitucional. Muy pronto fue utilizada en toda Europa como título para los esfuerzos de aquellos que favorecían un gobierno representativo, la libertad de pensamiento, expresión y prensa, la propiedad privada de los medios de producción y el libre comercio.

El programa liberal es un todo indivisible e indisoluble, no un montaje de diversos componentes arbitrariamente armado. Sus diversas partes se condicionan mutuamente. La idea de que la libertad política puede ser preservada en ausencia de libertad económica y viceversa, es ilusoria. La libertad política es el corolario de la libertad económica. No es accidental que la era del capitalismo se haya convertido también en la era del gobierno del pueblo. Si los individuos no tienen libertad para comprar y vender en el mercado, se transforman en virtuales esclavos dependientes de las concesiones del gobierno omnipotente, cualesquiera que sean los términos de la constitución.

Los padres del socialismo y del intervencionismo moderno estaban completamente al tanto de que sus programas eran incompatibles con los postulados políticos del liberalismo. El blanco principal de sus apasionados ataques era el

liberalismo tomado como un todo. No hicieron distinción entre los aspectos político y económico del liberalismo.

Pero a medida que transcurrieron los años los socialistas e intervencionistas de los países anglosajones descubrieron que atacar *abiertamente* el liberalismo y la idea de libertad era una empresa sin fruto alguno. El prestigio de las instituciones liberales era tan abrumador en el mundo angloparlante que ningún partido podía arriesgarse a desafiarlos directamente. La única oportunidad del antiliberalismo era disfrazarse de verdadero y genuino liberalismo y denunciar las actitudes de los restantes partidos como falso liberalismo.

Los socialistas continentales que habían desacreditado y ensuciado con fanatismo el liberalismo y el progresismo rechazaron la democracia con menosprecio, llamándola "plutodemocracia". Sus imitadores anglosajones, que en un principio habían adoptado el mismo procedimiento, revirtieron su semántica y se arrogaron los títulos de liberales, progresistas y democráticos. Comenzaron por negar en forma absoluta que la libertad política fuera el corolario de la libertad económica. Afirmaron con osadía que las instituciones democráticas pueden funcionar satisfactoriamente sólo si el, gobierno tiene control total sobre todas las actividades productivas y el ciudadano individual es obligado a obedecer incondicionalmente todas las órdenes emanadas del órgano central de planificación. Para ellos la regimentación total es el único medio para hacer a la gente libre y la libertad de prensa se ve mejor garantizada por un monopolio gubernamental sobre las publicaciones e impresiones. No tuvieron ningún escrúpulo cuando robaron el viejo y buen nombre del liberalismo y comenzaron a llamar liberales a sus propios dogmas y políticas. En este país (EE.UU.) el término liberalismo es utilizado como sinónimo de comunismo más frecuentemente que para designar al orden social de la libertad.

La innovación semántica que los socialistas y los intervencionistas así inauguraron dejó sin nombre a los defensores de la libertad. No hubo ningún titulo disponible para designar a aquellos que creían que la propiedad privada de los factores materiales de la producción era de hecho el mejor y el único medio para hacer tan prósperos como fuera posible a la nación y a todos sus ciudadanos individuales, y para lograr que el gobierno representativo funcionara. Los socialistas y los intervencionistas creen que tales personas no merecen ningún nombre, sino que sólo debe hablarse de ellas con epítetos insultantes como "aristócratas económicos", "parásitos de Wall Street", "reaccionarios", y muchos otros.

Este estado de cosas explica por qué la expresión *laissez faire* cada vez es más utilizada para designar las ideas de aquellos que defienden la economía de mercado libre y que están en contra de la regimentación y planificación gubernamentales.

3. El argumento de Cairnes contra el laissez faire

Hoy en día, los hombres inteligentes han dejado de tener dificultades para darse cuenta de que la alternativa es economía de mercado o comunismo. La producción puede ser dirigida por las compras y abstenciones de comprar de la gente o por las órdenes del supremo jefe de estado. Los hombres deben elegir entre dos sistemas de organización económica de la sociedad. No existe ni una tercera solución ni un camino intermedio. Es un hecho lamentable que no sólo los políticos y demagogos hayan dejado de percibir esta verdad esencial, sino que hasta algunos economistas se hayan equivocado al tratar los problemas involucrados.

No hay necesidad de vivir bajo la desafortunada influencia de John Stuart Mill y el tratamiento confuso que hace de la interferencia gubernamental con los negocios. En la *Autobiografía*de Mill se hace evidente que su cambio de opinión causado por lo que él llama "una mayor aproximación [...] a un socialismo con reservas"[12] fue motivado por meros sentimientos y afecciones personales y no por un razonamiento desprovisto de perturbaciones emocionales. Es ciertamente una de las tareas de los economistas modernos refutar los errores que deforman las disquisiciones de un pensador tan eminente como Mill. Pero es innecesario discutir las impresiones de la Sra. Mill.

Pocos años después de Mill, otro economista sobresaliente, J. E. Cairnes, se ocupó del mismo problema.[13] Como filósofo y ensayista, Mill supera a Cairnes largamente. Pero como economista, Cairnes no quedó por debajo de Mill y sus contribuciones a la epistemología de las ciencias sociales son incomparablemente más valiosas que las de aquél. Sin embargo, el análisis que Cairnes hace del *laissez faire* no muestra la brillante precisión de razonamiento que distingue sus otros escritos.

Según Cairnes, la aseveración implícita en la doctrina del *laissez faire* es que "la inmediatez del propio interés conducirá espontáneamente a los individuos a seguir aquel camino que sea el mejor para su propio bien y para el bien de todos, en todo el ámbito de su conducta que tenga que ver con su bienestar material". Esta aseveración, afirma, "incluye las dos presunciones siguientes: primero, que los intereses de los seres humanos son básicamente los mismos: lo que es mejor para mi interés es también mejor para el interés de otras personas; y segundo, los individuos conocen sus intereses en el sentido en que éstos coinciden con los intereses de otros, y, de no existir coerción, los seguirán en el referido sentido. Si estas dos proposiciones fueran probadas, la política del *laissez faire*[...] tendría rigor científico".

Cairnes está dispuesto a aceptar la primera —la principal— premisa del silogismo, es decir, que los intereses de los seres humanos son básicamente los mismos. Pero rechaza la segunda premisa —la menor—.[14] "Los seres humanos conocen y siguen sus intereses de acuerdo con sus puntos de vista y tendencias;

pero no necesaria ni prácticamente en el sentido en que el interés del individuo es coincidente con el de los otros y el de todos."[15]

Aceptemos, para facilitar el debate, la forma en que Cairnes presenta el problema y en que argumenta. Los seres humanos son falibles y, por lo tanto, algunas veces no aprenden lo que sus verdaderos intereses requerirían hacer. Además existen "cosas en el mundo tales como la pasión, el prejuicio, la costumbre, el *esprit de corps*, el interés de clase, que apartan a la gente de la búsqueda de sus intereses en el más amplio y alto de los sentidos".[16] Desafortunadamente ésa es una realidad. Pero, preguntamos: ¿existe algún medio disponible para evitar que la humanidad sea perjudicada por el mal juicio y la maldad de la gente? ¿Es lógico asumir que se podrían evitar las desastrosas consecuencias de estas debilidades humanas sustituyendo el juicio de los ciudadanos individuales por el del gobierno? ¿Están los gobiernos dotados de perfección moral e intelectual? ¿No son los gobernantes también humanos? ¿No están sujetos a deficiencias y debilidades humanas?

La doctrina teocrática consiste en atribuir a la cabeza del gobierno poderes sobrehumanos. Los realistas franceses sostienen que la solemne consagración que se efectuaba en Reims confería al rey de Francia, ungido con el óleo sagrado que una paloma celestial trajo para la consagración de Clodoveo, atributos divinos. El legítimo rey no puede equivocarse y no puede hacer el mal, y el roce de su mano cura la escrófula milagrosamente. No menos coherente fue el extinto profesor alemán Werner Sombart cuando declaró que el *Führertum*es una revelación permanente y que el Führer recibe órdenes directamente de Dios, Führer supremo del Universo.[17] Una vez admitidas estas premisas, no, pueden seguir planteándose objeciones contra la planificación y el socialismo. ¿Por qué tolerar la incompetencia de ineficientes y mal intencionados si la autoridad enviada por Dios puede hacernos felices y prósperos?

Pero Cairnes no está dispuesto a aceptar "el principio del control estatal, la doctrina del gobierno paternalista".[18] Sus disquisiciones se diluyen en charla vaga y contradictoria que deja sin respuesta la cuestión relevante. No comprende que es indispensable elegir entre la supremacía de los individuos y la del gobierno. Alguien tiene que determinar cómo deben emplearse los factores de producción y qué debe ser producido. Si no lo hace el consumidor, a través de sus compras y abstenciones de comprar en el mercado, debe hacerlo el gobierno compulsivamente.

Si el *laissez faire* es rechazado en virtud de la falibilidad y la debilidad moral del hombre, por igual motivo también debe rechazarse toda clase de acción gubernamental. El modo de razonar de Cairnes, al no estar integrado dentro de una filosofía teocrática por el estilo de la de los realistas franceses o de los nazis alemanes, conduce al anarquismo y nihilismo absolutos.

Una de las deformaciones a la que recurren los autoproclamados "progresistas"

para desprestigiar el *laissez faire* es la afirmación de que la aplicación consecuente del *laissez faire* debe terminar en anarquía. No hay necesidad de extenderse en esta falacia. Es más importante destacar el hecho de que el argumento de Cairnes contra el *laissez faire*, llevado coherentemente hasta sus últimas consecuencias lógicas, es esencialmente anárquico.

4. "Planificación consciente" vs. "fuerzas automáticas"

Para los autoproclamados "progresistas", la alternativa consiste en "fuerzas automáticas" o "planificación consciente".[19] Es obvio, continúan diciendo, que confiar en procesos automáticos es pura estupidez. Ningún hombre razonable puede recomendar seriamente no hacer nada y dejar que las cosas funcionen sin ninguna interferencia hecha a través de una acción intencional. Un plan, por el hecho de provenir de la acción consciente, es incomparablemente superior a la ausencia de planificación. El *laissez faire* significa: dejar que el mal perdure y no tratar de mejorar a la humanidad a través de una acción razonable.

Esto es palabrerío absolutamente falaz y engañoso. El argumento desarrollado por los planificadores proviene de una interpretación inadmisible de una metáfora. No tiene otro sustento que las connotaciones implícitas en el término "automático", que se acostumbra aplicar con sentido metafórico para describir el funcionamiento del mercado. Automático, dice el Concise Oxford Dictionary, significa "inconsciente, no inteligente, meramente mecánico". Automático, dice el Webster's Collegiate Dictionary, significa "no sujeto al control de la voluntad [...] llevado a cabo sin pensamiento activo y sin intención o dirección consciente"; ¡qué victoria se anotan los planificadores al jugar esta carta de triunfo!

Lo cierto es que la elección no es entre un mecanismo muerto y una rigidez automática por un lado, y una planificación consciente por el otro. La alternativa no es planear o no planear. La cuestión es ¿planificación de quién? ¿debe planear cada miembro de la sociedad para sí mismo, o sólo debe ser el gobierno paternalista el que planifique para todos? El problema no radica en l *o automático frente a la acción consciente*. Se trata de *la acción espontánea de cada individuo frente a la acción exclusiva del gobierno*. Se trata de *la libertad frente a la omnipotencia gubernamental.*

El *laissez faire*no significa dejar funcionar a fuerzas mecánicas sin alma. Significa dejar que los individuos elijan cómo desean cooperar en la división social del trabajo y que determinen qué deben producir los empresarios. La planificación significa permitir que sólo sea el gobierno el que elija, y que éste haga cumplir sus dictados a través del aparato de coerción y compulsión.

5. La satisfacción de las "verdaderas" necesidades del hombre

En un régimen de laissez faire, dice el planificador gubernamental, los bienes

producidos no son aquellos que la gente "realmente" necesita, sino aquellos de cuya venta se esperan las más altas utilidades. El objetivo de los planificadores es dirigir la producción hacia la satisfacción de las "verdaderas" necesidades. ¿Pero quién debe decidir cuáles son las "verdaderas" necesidades?

De este modo, por ejemplo, el profesor Harold Laski, antiguo presidente del partido laborista británico, determinó que el objetivo de la dirección planificadora de la inversión sería el siguiente: "en el uso que el inversor hace de sus ahorros, la vivienda tendrá prioridad sobre el cine".[20] No importa que se esté o no de acuerdo con la opinión personal del profesor, según la cual una vivienda mejor es más importante que ir al cine. El hecho es que los consumidores, al gastar parte de su dinero en entradas de cine, hicieron otra elección. Si las masas de Gran Bretaña, las mismas que llevaron al poder al Partido Laborista, dejaran de patrocinar las películas y gastaran más en casas y departamentos confortables, los hombres de negocios, al buscar ganancias, se verían forzados a invertir mayores sumas en la construcción de casas y edificios de departamentos, y menos en la producción de costosas películas. Lo que el profesor Laski pretendía era desafiar los deseos de los consumidores y sustituirlos por su propia elección; quería suprimir la democracia del mercado y establecer el gobierno absoluto de un zar de la producción. Podía alegar que él tiene la razón porque ve las cosas desde un punto de vista "más elevado" y que por ser un superhombre está llamado a imponer su propia escala de valores sobre las masas de hombres inferiores. Pero, en ese caso, debería haber sido lo suficientemente franco como para decirlo abiertamente.

Todos estos apasionados elogios al reinado de la acción gubernamental no pasan de ser un pobre disfraz que sirve al intervencionista individual para autoproclamarse como Dios. El gran Dios Estatal es grande sólo porque de él se espera que haga exclusivamente lo que el defensor individual del intervencionismo tiene como meta. El único plan verdadero es el que el planificador individual aprueba totalmente. Todos los otros planes son simplemente ficticios. Lo que el autor de un libro que trata sobre los beneficios de la planificación tiene en mente es siempre, por supuesto, su propio plan. Ningún planificador fue alguna vez lo suficientemente perspicaz para considerar la posibilidad de que el plan que el gobierno pusiera en práctica podría diferir del suyo propio.

Los distintos planificadores sólo están de acuerdo en rechazar el *laissez faire*, es decir, el albedrío del individuo para elegir y actuar. Disienten totalmente en cuanto a la elección del plan único a ser adoptado. Al explicar cada error manifiesto e incontestable de las políticas intervencionistas, los campeones del intervencionismo siempre reaccionan de la misma manera. Dicen que estas fallas fueron los pecados del intervencionismo espurio; lo que *nosotros* defendemos es el *buen* intervencionismo. Y, desde luego, el buen intervencionismo es sólo el que lleva el sello del profesor en cuestión.

6. Políticas "positivas" frente a políticas "negativas"

Al tratar la oportunidad del estatismo moderno, del socialismo y del intervencionismo, no debe dejarse de lado el papel preponderante desempeñado por los grupos de presión y las camarillas formadas por empleados públicos y por graduados universitarios que desean ocupar puestos en el gobierno. Dos asociaciones fueron fundamentales en la marcha de Europa hacia la "reforma social": la Sociedad Fabiana en Inglaterra y la *Verein für Sozialpolitik* en Alemania. La Sociedad Fabiana contó en sus comienzos con una "representación totalmente desproporcionada de empleados públicos".[21] Con respecto a la *Verein für Sozialpolitik*, uno de sus fundadores y más eminentes líderes, el profesor Lujo Brentano, admitió que al principio no tuvo eco sino entre los empleados públicos.[22]

No sorprende que la mentalidad del empleado público se refleje en las prácticas semánticas de los nuevos grupos. Considerada desde el punto de vista de los particulares intereses grupales de los burócratas, cada medida que hace crecer el papel del gobierno es un progreso. Los políticos que favorecen tales medidas hacen una contribución *positiva*al bienestar, mientras que quienes las objetan son negativos. Muy pronto esta innovación lingüística se volvió general. Los intervencionistas, al reclamar para sí mismos el nombre de "liberales", explicaron que ellos, obviamente, eran liberales y tenían un programa tan positivo como diferenciado de los programas meramente negativos sostenidos por los partidarios "ortodoxos" del *laissez faire*.

De esta manera, el que defiende los aranceles, la censura, el control del comercio exterior y el control de precios respalda un programa positivo que proveerá empleos para vistas de aduana, censores y empleados de las oficinas de control de precios y de comercio exterior. El *laissez faire* la personificación de lo negativo, mientras que el socialismo, que transforma a todos en empleados del gobierno, es 100% positivo. En la medida en que un antiguo liberal se acerque más al socialismo, y se convierta en desertor del liberalismo, se volverá más "positivo".

Es casi innecesario remarcar que todo esto no tiene sentido alguno. Que una idea se enuncie mediante una proposición afirmativa o negativa depende por completo de la forma en que el autor elija hacerlo. La proposición "negativa", "estoy en contra de la censura", es idéntica a la "positiva", estoy a favor del derecho que todos tienen de publicar sus opiniones". El *laissez faire* no es, siquiera formalmente, una fórmula negativa; más bien lo contrario del *laissez faire* tendrá carácter negativo. La expresión propugna fundamentalmente la propiedad privada de los medios de producción. Esto lleva implícito, obviamente, un rechazo al socialismo. Los partidarios del *laissez faire* objetan la interferencia gubernamental en los negocios, no por "odio" hacia el "estado" ni porque estén comprometidos con un programa "negativo". La objetan porque es incompatible con su propio programa positivo, la

economía de mercado libre.[23]

7. Conclusión

El *laissez faire* significa dejar que el ciudadano individual, el hombre común del que mucho se habla, elija y actúe sin obligarlo a someterse a un dictador.

[Ir a tabla de contenidos]

CAPÍTULO IV

CONVERTIR PIEDRAS EN PAN, EL MILAGRO KEYNESIANO[24]

I

Los autores socialistas utilizan como herramienta la idea de que existe una abundancia potencial, y de que es posible dar a todos "de acuerdo con sus necesidades", sustituyendo el capitalismo por el socialismo. Otros autores quieren llegar a este paraíso a través de una reforma del sistema monetario y crediticio. Tal como lo ven, todo lo que hace falta es más dinero y más crédito. Consideran que la tasa de interés es un fenómeno artificialmente creado por la escasez de los medios de pago", y que ésta es provocada por el hombre. En cientos y hasta en miles de libros y panfletos acusan con vehemencia a los economistas "ortodoxos" por no querer admitir que las doctrinas inflacionarias y expansionistas son sanas. Todos los males, repiten una y otra vez, son causados por las falaces enseñanzas de la "funesta ciencia" económica de los banqueros y usureros. Liberar el dinero del "restriccionismo", crear dinero libre (*Freigeld*, según la terminología de Silvio Gesell) y garantizar créditos baratos o incluso gratuitos, son principios fundamentales de su plataforma política.

Tales ideas resultan atractivas para las masas carentes de información, y son muy populares entre los gobiernos comprometidos con una política de crecimiento, tanto de la moneda circulante como de los depósitos en cuenta corriente. Sin embargo, los partidos y gobiernos inflacionarios no han querido admitir abiertamente su apoyo a los principios inflacionarios. Mientras la mayoría de los países se embarcaba en una política de dinero fácil e inflación, los campeones teóricos de la inflación continuaban siendo menospreciados y se los llamaba "maniáticos del dinero". Sus doctrinas no se enseriaban en las universidades.

John Maynard Keynes, uno de los consejeros económicos del gobierno británico, es el nuevo profeta inflacionario. La "Revolución Keynesiana" consistió en una abierta adhesión de Keynes a las doctrinas de Silvio Gesell. Tal como si fuera uno de los partidarios británicos de Gesell, Lord Keynes adoptó también la peculiar jerga mesiánica de la literatura inflacionista, introduciéndola en documentos

oficiales. El *Documento de los Expertos Británicos*, del 8 de abril de 1943, dice que la expansión del crédito lleva a cabo "el milagro [...] de convertir una piedra en pan". El autor de este documento era, desde luego, Keynes. Verdaderamente, Gran Bretaña había recorrido un largo camino desde las opiniones de Hume y Mill sobre los milagros hasta esta frase.

II

Keynes entró en la escena política en 1920, con su libro *The Economic Consequences of the Peace (Las consecuencias económicas de la paz)*. Trató de probar que las sumas exigidas como indemnizaciones eran excesivas con respecto a lo que Alemania podía pagar y "transferir". El éxito de su libro fue abrumador. El aparato publicitario de los nacionalistas alemanes, bien arraigado en cada país, ponía mucho empeño en presentar a Keynes como el economista más famoso del mundo y como el más sabio estadista de Gran Bretaña.

Sin embargo, sería un error culpar a Keynes por la política exterior suicida que Gran Bretaña mantuvo durante el período de entreguerras. Otros factores, entre los que se destacan la adopción de la doctrina marxista del "belicismo capitalista" e imperialista, fueron incomparablemente más importantes para que se consolidara el apaciguamiento. Con excepción de un pequeño número de hombres iluminados, todos los británicos respaldaron la política que, en definitiva, posibilitó a los nazis iniciar la segunda guerra mundial.

Un economista francés extremadamente talentoso, Etienne Mantoux, hizo un análisis del famoso libro de Keynes punto por punto. El resultado de su estudio, hecho con sumo cuidado y concienzudamente, fue devastador para Keynes como economista, estadístico y estadista. Los amigos de Keynes, sumidos en la perplejidad, buscaban alguna réplica sustancial. El único argumento que su amigo y biógrafo, el profesor E. A. G. Robinson, pudo insinuar, fue que el gran desprestigio causado a la posición de Keynes provino "de un francés, como era de esperar" (*Economic Journal*, vol. LVII, p. 23). ¡Como si los desastrosos efectos de la tregua y del derrotismo no hubieran afectado también a Gran Bretaña!

Etienne Mantoux, hijo del famoso historiador Paul Mantoux, fue quien más se distinguió entre el grupo de economistas franceses jóvenes. Ya había hecho valiosas contribuciones a la teoría económica —entre ellas una aguda crítica a la *Teoría general*de Keynes, publicada en 1937 en la *Revue d'Économie Politique*—, antes de comenzar su obra, *The Carthaginian Peace or the Economic Consequences of Mr. Keynes (La Paz de Cartago o las consecuencias económicas del Sr. Keynes)* (Oxford University Press, 1946). No vivió lo suficiente para ver publicado su libro. Murió en servicio activo como oficial de las fuerzas francesas durante los últimos días de la guerra. Su prematura muerte significó un duro golpe para Francia, que aún hoy está necesitada de economistas sanos y valientes.

III

También sería un error culpar a Keynes por las equivocaciones y fracasos de las políticas económica y financiera seguidas por Gran Bretaña en la actualidad. Cuando comenzó a escribir, Gran Bretaña había abandonado el principio del *laissez faire* hacía ya mucho tiempo. Ese logro pertenece a hombres como Thomas Carlyle, John Ruskin y, especialmente, los fabianos. Aquéllos nacieron en la década del 80 del siglo XIX y posteriormente fueron simples epígonos de la universidad y voceros socialistas de los últimos años victorianos. No fueron, como sus predecesores, críticos del sistema gobernante, sino defensores de las políticas de presión de grupos y de presión gubernamental, cuya falsedad, inutilidad y perniciosos resultados fueron cada vez más evidentes.

El profesor Seymour Harris acaba de publicar un grueso volumen de ensayos pertenecientes a distintos autores académicos y burocráticos, que versa sobre las doctrinas de Keynes tal como fueran desarrolladas en su *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, publicada en 1936. El libro se titula T *he New Economics, Keynes' Influence on Theory and Public Policy (La nueva economía, la influencia de Keynes en la teoría y en la política pública)* (Alfred A. Knopf, New York, 1947). No tiene importancia el hecho de que el keynesianismo tenga o no justos títulos para reclamar el nombre de " *nueva* economía", o que se trate más bien de una recopilación de falacias mercantilistas varias veces refutadas, como también de silogismos de innumerables autores que procuraron obtener una prosperidad universal de dinero fácil. Lo importante no es que una doctrina sea nueva, sino que sea sana.

Lo que debe destacarse de esta obra es que ni siquiera intenta refutar las *probadas*objeciones hechas contra Keynes por parte de economistas serios. El compilador no parece poder concebir que algún hombre honesto y no corrupto pueda disentir con Keynes. Para él, la oposición a Keynes surge de "intereses creados por expertos en la teoría antigua" y de "la influencia preponderante de la prensa, la radio, las finanzas y los investigadores subsidiados". En su opinión, los no keynesianos son un puñado de parásitos sobornados, a quienes no se debe prestar atención. De este modo, el profesor Harris adopta los métodos de los marxistas y nazis, quienes preferían insultar a sus críticos y cuestionar sus motivaciones en lugar de refutar sus tesis.

Sólo unas pocas de estas colaboraciones están escritas con un lenguaje digno y conservan cierta cautela, llegando incluso a hacer críticas al enjuiciar los logros de Keynes. Otras son tan sólo elogios excesivos, desmesurados. Así, el profesor Paul E. Samuelson nos dice: "Haber nacido como economista antes de 1936 ciertamente fue afortunado. ¡Pero no haber nacido demasiado antes!" Y continúa citando a Wordsworth:

"¡Bienaventurado era el estar vivo en aquel amanecer, pero ser joven era como tocar el cielo!"

Descendiendo desde las grandes alturas del Parnaso hasta los prosaicos valles de la ciencia cuantitativa, el profesor Samuelson nos proporciona información exacta sobre la susceptibilidad de los economistas hacia el evangelio keynesiano de 1936. Los menores de 35 años entendían perfectamente su significado después de un tiempo; aquellos que superaban los 50 años demostraban ser bastante inmunes, mientras que los economistas de edad intermedia estaban divididos.

De este modo, luego de servirnos una versión recalentada del tema de la giovanezza, de Mussolini, nos ofrece otros remanidos lemas del fascismo, tales como "la ola del futuro". Sin embargo, sobre este mismo punto, otro colaborador, el Sr. Paul M. Sweezy, no está de acuerdo. En su opinión, Keynes, corrompido por "los efectos del pensamiento burgués", condición a la que pertenecía, no es el salvador de la humanidad, sino sólo un precursor cuya misión histórica es preparar la mentalidad británica para la aceptación del marxismo puro, y hacer que Gran Bretaña alcance la madurez ideológica para llegar a un socialismo total.

IV

Al recurrir al método que emplea insinuaciones y hace recaer sospechas sobre el adversario mediante el uso de un lenguaje ambiguo, que se presta a diversas interpretaciones, para referirse a él, los seguidores de Keynes imitan los mismos procedimientos usados por su ídolo. A pesar de que mucha gente elogió a Keynes por su "estilo brillante" y por ser un "maestro del lenguaje", en realidad utilizó artimañas retóricas baratas.

Ricardo, dice Keynes, "conquistó Inglaterra tan íntegramente como la Santa Inquisición lo hizo en España". Ninguna comparación podía ser tan malintencionada. La Inquisición castigó al pueblo español hasta someterlo, ayudada por alguaciles y ejecutores armados. Las teorías de Ricardo fueron aceptadas como correctas por los intelectuales británicos sin que se ejerciera ninguna presión o compulsión en su favor. Pero al comparar dos cosas completamente diferentes Keynes sugiere indirectamente que existía algo vergonzoso en el éxito de las enseñanzas de Ricardo y que aquellos que las desaprobaban eran tan nobles, heroicos y valientes campeones de la libertad como lo fueron los que combatieron los horrores de la Inquisición.

La más famosa frase de Keynes es: "Dos pirámides, dos misas de réquiem, son dos veces mejores que una, pero no sucede lo mismo con dos ferrocarriles de Londres a York".

Es obvio que esta ocurrencia, digna de un personaje de una pieza de Oscar Wilde

o de Bernard Shaw, no prueba en forma alguna que cavar pozos en la tierra y pagarlos sin dinero ahorrado incrementará la renta nacional real de bienes y servicios útiles". Sin embargo, coloca al adversario en una situación embarazosa, ya que, o deja un aparente argumento sin respuesta, o emplea las armas de la lógica y del razonamiento deductivo contra un ingenio tan agudo.

Su maliciosa descripción de la conferencia de paz de París nos proporciona otro ejemplo de los métodos empleados por Keynes. Este no estaba de acuerdo con las ideas de Clemenceau, por eso trató de ridiculizar a su adversario explayándose ampliamente sobre su vestimenta y apariencia que, según parece, no condecía con el modelo establecido por los ingleses. Es difícil encontrar alguna conexión entre el problema de los resarcimientos alemanes y el hecho de que las botas de Clemenceau fueran de "grueso cuero negro, muy buenas, pero de estilo campestre, y algunas veces, abrochadas en el frente con una hebilla en lugar de cordones". Después de que quince millones de seres humanos habían perecido en la guerra, los principales estadistas del mundo estaban reunidos para ofrecer a la humanidad un nuevo orden internacional y una paz duradera... y el experto financiero británico se divertía con el estilo rústico del calzado del primer ministro francés.

Otra conferencia internacional tuvo lugar catorce años más tarde. En esta ocasión Keynes no era un asesor subordinado, como en 1919, sino una de las figuras principales. Acerca de esta Conferencia Económica Mundial, celebrada en Londres en 1933, el profesor Robinson observa: ."Muchos economistas de todo el mundo recordarán [...] la representación hecha en el Covent Garden en 1933 en honor de los delegados de la Conferencia Económica Mundial, que en gran parte debe su concepción y organización a Maynard Keynes".

Aquellos economistas que no servían a alguno de los tristemente ineptos gobiernos de 1933, que por lo tanto no fueron delegados y no concurrieron a la encantadora velada de ballet, recordarán la Conferencia de Londres por otros motivos. Constituyó el fracaso más espectacular de las políticas neomercantilistas apoyadas por Keynes en la historia de los asuntos internacionales. Comparada con el fiasco de 1933, la Conferencia de París de 1919 surge como ampliamente exitosa. Sin embargo, Keynes no publicó ningún comentario sarcástico sobre los abrigos, botas y guantes de los delegados de 1933.

V

A pesar de que Keynes consideraba al "extraño e injustamente desoído profeta Silvio Gesell" como un pionero, sus propias enseñanzas difieren considerablemente de las de Gesell. Lo que Keynes tomó prestado tanto de Gesell como de otros voceros proinflacionarios no fue el contenido de su doctrina sino las conclusiones prácticas y las tácticas que aplicaron para socavar el prestigio de sus oponentes. Estas estratagemas son:

a) Todos los adversarios, es decir, todos aquellos que no consideran la expansión artificiosa del crédito como una panacea, son colocados en el mismo paquete y llamados *ortodoxos*. Queda implícito que no existen diferencias entre ellos.

b) Se da por sentado que la evolución de la ciencia económica culminó en Alfred Marshall y finalizó con él. Los hallazgos de la moderna economía subjetiva no son considerados.

c) Todo lo que los economistas han hecho desde David Hume hasta nuestros días para esclarecer los resultados provenientes de cambios en la cantidad de moneda y en la de sustitutos de la moneda, es simplemente ignorado. Keynes nunca se abocó a la "inútil" tarea de refutar estas enseñanzas a través del raciocinio.

Con respecto a estos temas, quienes contribuyeron al simposio adoptaron la técnica de su maestro. Su crítica apunta a un cuerpo doctrinario creado por su propia imaginación, que no tiene parecido alguno con las teorías expuestas por los economistas serios. Pasan por alto, en silencio, todo lo que los economistas dijeron acerca de las inevitables consecuencias de la expansión artificial del crédito. Parece que nunca hubieran oído nada respecto de la teoría monetaria del ciclo comercial.

Para tener una apreciación correcta sobre el éxito que la *Teoría general* de Keynes tuvo en los círculos académicos, deben considerarse las condiciones reinantes en las cátedras económicas universitarias durante el período de entre guerras.

Entre los hombres que ocuparon las presidencias de las cátedras de economía, sólo unos pocos fueron verdaderos economistas, es decir, hombres totalmente consustanciados con la economía subjetiva moderna. Las ideas de los viejos economistas clásicos, al igual que las de los economistas modernos, fueron ridiculizadas en los libros de texto y en las aulas; eran llamadas obsoletas, ortodoxas, reaccionarias, burguesas o economía de Wall Street. Tales profesores se enorgullecían de haber "refutado definitivamente" las abstractas doctrinas del manchesterismo y del *laissez faire*.

El antagonismo entre las dos escuelas de pensamiento tuvo su manifestación, en la práctica, en el tratamiento del problema sindical. Aquellos economistas tildados de ortodoxos enseriaban que un incremento permanente en los salarios para todos los trabajadores sólo es posible si la cuota de capital invertido per cápita y la productividad del trabajo aumentan. Si, como resultado de la presión sindical o de un decreto gubernamental, se fijan salarios mínimos por encima del nivel que el mercado libre habría establecido, la consecuencia será el desempleo como un fenómeno de masas permanente.

Casi todos los profesores de las universidades de moda atacaron duramente esta

teoría. Según la interpretación de la historia económica de los últimos doscientos años, hecha por los doctrinarios autoproclamados "no ortodoxos", el crecimiento sin precedentes de los salarios y de los estándares de vida tuvo su origen en la actividad sindical y en la legislación gubernamental prolaboral. La actividad sindical, en su opinión, fue altamente beneficiosa para los verdaderos intereses de los asalariados y de la nación. Sostenían que sólo los deshonestos defensores de intereses tan injustos como los de ciertos explotadores insensibles podían ver algo de malo en los actos violentos de los sindicatos. Afirmaban que apoyar a los sindicatos tanto como fuera posible, brindarles toda la asistencia necesaria para combatir las artimañas de los empleadores y fijar salarios cada vez más altos deberían ser objetivos primordiales de un gobierno popular.

Pero una vez revestidos los sindicatos por parte del gobierno de todos los poderes necesarios para imponer los salarios mínimos, las consecuencias previstas por los economistas "ortodoxos" se hacían presentes. La desocupación de una parte considerable de la fuerza laboral potencial aumentaba año tras año.

Los doctrinarios "no ortodoxos" estaban perplejos. El único argumento que habían desarrollado contra la teoría "ortodoxa" era su propia y falaz interpretación de la experiencia. Pero ahora los hechos se sucedían tal como "la escuela abstracta" había vaticinado. La Confusión reinaba entre los "no ortodoxos".

Fue en este momento cuando Keynes publicó su *Teoría general*, ¡Qué alivio para los desconcertados "progresistas"! Finalmente aquí tenían algo para enfrentar a la opinión "ortodoxa". La causa de la desocupación no eran las políticas laborales inadecuadas, sino los defectos del sistema crediticio y monetario. No había más necesidad de preocuparse por la insuficiencia del ahorro y de la acumulación del capital y por los déficit de la administración pública. Por el contrario. El único método para acabar con la desocupación era incrementar la "demanda efectiva" a través del gasto público financiado por la expansión del crédito y la inflación.

Las políticas recomendadas por la *Teoría general* eran justamente aquellas que los "caprichosos monetaristas" habían desarrollado hacía ya mucho tiempo, adoptadas por la mayoría de los gobiernos durante la depresión de 1929 y de los años siguientes. Algunas personas creen que los escritos anteriores de Keynes tuvieron un papel importante en el proceso que condujo a los gobiernos más poderosos del mundo a las doctrinas de gasto dispendioso, expansión del crédito e inflación. Podemos dejar sin resolver este tema menor. De cualquier modo, no puede negarse que los gobiernos y los pueblos no esperaron a la *Teoría general* para embarcarse en estas políticas keynesianas o, mejor dicho, "geselianas".

VI

La *Teoría general* de Keynes de 1936 no inauguró una nueva era de políticas

económicas, sino que más bien señaló el fin de un período. Las políticas recomendadas por Keynes ya estaban próximas al momento en que sus consecuencias serían evidentes y su continuación imposible. Ni siquiera los más fanáticos keynesianos se atreven a decir que las penurias inglesas actuales son producto del ahorro excesivo y del gasto insuficiente. La esencia de las muy celebradas políticas económicas "progresistas" de las últimas décadas era expropiar partes cada vez mayores de los estratos de población que percibían rentas más altas y emplear los fondos así recaudados para financiar el derroche público y subsidiar a los miembros de los grupos de presión más poderosos. En la opinión de los "no ortodoxos", cualquier clase de política, por más inadecuada que fuera, encontraba su justificación como medio para alcanzar una mayor equidad. Ahora este proceso ha llegado a su fin. Debido a las tasas impositivas actuales y a los métodos aplicados para el control de precios, beneficios y tasas de interés, el sistema se ha autodestruido. Ni siquiera la confiscación de cada centavo de ganancia adicional por encima de las 1.000 libras anuales significará un incremento perceptible en las rentas públicas de Gran Bretaña. Aun los más fanáticos de los fabiános no pueden dejar de darse cuenta de que los fondos a recaudarse en el futuro para atender el gasto público deben ser obtenidos de las mismas personas que supuestamente se verán beneficiadas por el gasto. Gran Bretaña ha llegado al límite, tanto del expansionismo monetario como del gasto público.[25]

Las condiciones que atraviesa este país (los EE.UU.) no presentan diferencias esenciales. La receta keynesiana para aumentar los salarios no funciona más. La expansión del crédito, llevada a un nivel sin precedentes durante el New Deal, retrasó momentáneamente las consecuencias de políticas laborales inadecuadas. Durante este período, la administración pública y los jefes sindicales podían jactarse de las "mejoras sociales" obtenidas para el "hombre común". Pero ahora las consecuencias inevitables del aumento en la cantidad de moneda y de depósitos se han hecho evidentes: los precios son cada vez más altos. Lo que hoy presenciamos en los EE.UU. es el fracaso final del keynesianismo.[26]

No hay duda alguna de que el público norteamericano se está apartando de las ideas y lemas keynesianos. Su prestigio está menguando. Sólo unos pocos años atrás los políticos discutían ingenuamente el alcance de la renta nacional en dólares, sin tomar en consideración los cambios en el poder adquisitivo del dólar producidos por la política inflacionaria del gobierno. Los demagogos estipulaban cuál era el nivel de la renta nacional en dólares que deseaban obtener. Hoy en día esta forma de pensar ya no es popular. Finalmente, el "hombre común", ha aprendido que el incremento de la cantidad de dólares no hace que Norteamérica sea más rica. El profesor Harris aún elogia la administración Roosevelt por haber incrementado las rentas en dólares. Pero actualmente esta insistencia keynesiana sólo puede ser encontrada en las aulas.

Aún existen profesores que dicen a sus alumnos que "una economía puede mejorarse a sí misma con sus propias armas" y que "podemos recorrer nuestro camino hacia la prosperidad".[27]

Pero el milagro keynesiano no logra materializarse; las piedras no se convierten en pan. Los elogios de los eminentes autores que cooperaron en la producción de este volumen confirman la afirmación hecha en la presentación del compilador según la cual "Keynes podía despertar en sus discípulos un fervor cuasi religioso por su economía, que podía ser aprovechado con eficacia para difundir la nueva economía". Y el profesor Harris continúa diciendo: "verdaderamente, tenía la Revelación".

No tiene sentido discutir con personas que son conducidas por "un fervor cuasi religioso" y que creen que su maestro "tenía la Revelación". Una de las tareas de la economía es analizar cuidadosamente cada uno de los planes inflacionarios, como los de Keynes y Gesell, sin descuidar aquellos de sus innumerables predecesores, desde John Law hasta Major Douglas. Sin embargo, nadie debería esperar que un argumento lógico o la experiencia pueda alguna vez hacer tambalear el fervor cuasi religioso de aquellos que creen en la salvación a través del gasto y de la expansión del crédito.

[Ir a tabla de contenidos]

CAPÍTULO V

LORD KEYNES Y LA LEY DE SAY[28]

I

La principal contribución de Lord Keynes no consiste en el desarrollo de nuevas ideas sino "en escapar de las viejas", como él mismo declaró al final del prefacio de su *Teoría general*. Los keynesianos afirman que su logro inmortal consiste en la "refutación absoluta" de lo que se dio en llamar ley de los mercados de Say. El rechazo de esta ley, según afirman, es esencial entre todas las enseñanzas de Keynes; las demás proposiciones de su doctrina derivan necesaria y lógicamente de esta idea fundamental y se derrumban si se demuestra la ineficacia de su ataque a la ley de Say.[29]

Sin embargo, es importante destacar que la llamada ley de Say fue concebida en un principio para refutar doctrinas que contaban con el apoyo popular en las épocas que precedieron al desarrollo de la economía como rama del conocimiento humano. No formaba parte de la nueva ciencia económica enseriada por los clásicos. Era más bien introductoria, exposición y refutación de ideas perversas e insostenibles que confundían a las personas y constituían un serio obstáculo para un análisis razonable de las circunstancias.

Cuando los negocios no marchaban el comerciante promedio tenía dos explicaciones a mano: el mal era causado por la escasez de moneda y por un exceso general de producción. Adam Smith, en un famoso pasaje de *La riqueza de las naciones*, impugnó el primero de estos mitos. Say se dedicó principalmente a la refutación total del segundo.

Mientras una cosa definida siga siendo un bien económico y no un "bien libre", su oferta no será, desde luego, absolutamente abundante. Aún habrá necesidades insatisfechas que una oferta mayor de los bienes en cuestión podría satisfacer. Todavía existirán personas que desearían obtener una mayor cantidad de este bien, comparada con aquella de que actualmente disponen. Si hablamos de bienes económicos, nunca puede existir una absoluta sobreproducción. (Por otra parte, la economía sólo se ocupa de los bienes económicos, no de los bienes libres como el aire, que no son objeto de acciones humanas intencionales y que por lo tanto no son producidos; en consecuencia, no tiene sentido referirse a ellos con términos tales como exceso de producción o producción insuficiente.)

Con respecto a los bienes económicos, sólo puede existir sobreproducción *relativa*. Mientras los consumidores demandan cantidades definidas de camisas y zapatos, los productores han fabricado, por ejemplo, una cantidad de zapatos mayor y una cantidad de camisas menor. Éste no es el caso de una producción excesiva general de todos los bienes. A la producción excesiva de zapatos corresponde una producción insuficiente de camisas. Por lo tanto, la consecuencia no puede ser una depresión general en todas las ramas de los negocios. El resultado es un cambio en la relación de intercambio entre camisas y zapatos. Si, por ejemplo, un par de zapatos equivalía anteriormente a cuatro camisas, ahora sólo equivale a tres. Mientras que los negocios andan mal para los fabricantes de zapatos, al mismo tiempo marchan bien para los fabricantes de camisas. Los intentos para explicar la depresión general del comercio por una supuesta producción excesiva general son, por ende, inconducentes.

Los bienes, afirma Say, son en última instancia pagados por otros bienes, y no por dinero. El dinero es sólo un medio de intercambio comúnmente usado; sólo cumple el rol de intermediario. Lo que el vendedor quiere, en definitiva, recibir en pago de los bienes vendidos, son otros bienes. Por lo tanto, cada bien producido es, por así decir, un precio por otro bien producido. La situación del productor de cualquier bien mejora con el aumento en la producción de otros bienes. Lo que puede perjudicar los intereses del productor de un bien definido es su fracaso en prever correctamente el estado del mercado. Ha sobreestimado la demanda de su bien y subestimado la demanda de otros bienes. Para este empresario fracasado, los consumidores no resultan útiles en absoluto; compran sus productos sólo a precios que lo hacen incurrir en pérdidas y lo fuerzan a cerrar su negocio si no corrige sus errores a tiempo. Por el otro lado, aquellos empresarios que han tenido éxito al

prever la demanda del público obtienen beneficios y están en condiciones de expandir sus actividades. Según Say, ésta es la verdad, a pesar de las confusas afirmaciones de algunos hombres de negocios según las cuales la dificultad principal radica en vender y no en producir. Sería más adecuado decir que el primero y principal problema de los hombres de negocios es producir de la mejor manera y en la forma más económica aquellos bienes que satisfagan las necesidades más urgentes del público, aún no satisfechas.

De esta manera, Smith y Say invalidaron la explicación más antigua e ingenua del ciclo económico, proporcionada por comerciantes ineficientes a través de expresiones populares. Es verdad que lo logrado por ambos es sólo una refutación. Echaron por tierra la creencia de que la repetición de períodos de depresión era causada por la escasez de moneda y por una producción excesiva general, pero no nos brindaron una teoría completa sobre el ciclo económico. La primera explicación de este fenómeno la dio mucho más tarde la British Currency School.

Las importantes contribuciones de Smith y Say no fueron completamente nuevas y originales. La historia del pensamiento económico demuestra que algunos puntos esenciales de su razonamiento provienen de autores más antiguos. Esto no disminuye en manera alguna sus méritos. Fueron los primeros en tratar el tema sistemáticamente y en aplicar sus conclusiones al problema de las depresiones económicas. También fueron, por lo tanto, los primeros en ser objeto de violentas andanadas por parte de los defensores de la falsa doctrina popular. Sismondi y Malthus eligieron a Say como blanco de sus apasionados ataques cuando intentaron, inútilmente, reflotar las desacreditadas creencias populares.

II

Say emergió victorioso de sus polémicas con Malthus y Sismondi. Aportó pruebas a su causa, mientras que sus adversarios no lo hicieron. Posteriormente, durante todo el siglo XIX, el reconocimiento a la verdad contenida en la ley de Say fue la marca distintiva de todo economista, Aquellos políticos y autores que atribuyeron la responsabilidad de todos los males a la supuesta escasez de moneda, y que defendieron la inflación como si fuera la panacea, dejaron de ser considerados economistas, para pasar a ser "maniáticos del dinero".

La disputa entre los campeones de la moneda sana y los inflacionistas continuó por muchas décadas. Pero dejó de ser considerada como un conflicto entre distintas escuelas económicas. Fue observada como una lucha entre economistas y antieconomistas, entre hombres razonables y fanáticos ignorantes. Cuando todos los países adoptaron el patrón oro o el patrón oro de intercambio, la causa de la inflación pareció perderse para siempre.

La economía no quedó totalmente satisfecha con lo que Smith y Say enseriaron

acerca de los problemas mencionados. Desarrolló un sistema integrado de teoremas que demostraron lógicamente lo absurdo de los sofismas inflacionistas. Describió detalladamente las inevitables consecuencias que tendrían un aumento de la cantidad de moneda circulante y la expansión del crédito. Elaboró la teoría del ciclo económico (una teoría monetaria o de circulación del crédito), que mostraba claramente cómo la reaparición de depresiones en el comercio era causada por los repetidos intentos de "estimular" los negocios a través de la expansión del crédito. De esta manera se probó definitivamente que las depresiones atribuidas por los inflacionistas a la insuficiencia de la oferta de dinero son, por el contrario, la consecuencia necesaria de los intentos por subsanar esa supuesta escasez de dinero mediante la expansión del crédito.

Los economistas no discutieron el hecho de que una expansión crediticia crea, en un primer momento, un período de auge en los negocios. Pero explicaron de qué manera ese período de auge tan artificialmente creado debe, después de un tiempo, revertirse y producir una depresión general. Esta explicación podría interesar a estadistas que intentaran promover un bienestar duradero para su nación. No tendría influencia en demagogos que sólo se interesan por la inminente campaña electoral y que no se preocupan por lo que pasará pasado mañana. Pero son precisamente esas personas las que han cobrado notoriedad en la vida política de esta época, signada por guerras y revoluciones. Desafiando todas las enseñanzas de los economistas, la inflación y la expansión del crédito han sido elevadas a la categoría de principios supremos de la política económica. Casi todos los gobiernos están inmersos en enormes gastos y financian sus déficit emitiendo cantidades adicionales de papel moneda inconvertible y a través de una expansión crediticia ilimitada.

Los grandes economistas fueron precursores de grandes ideas. Las políticas económicas que recomendaban eran discordantes con las políticas practicadas por los gobiernos y partidos políticos de la época. Por lo general transcurrían muchos años, incluso décadas, antes de que las nuevas ideas fueran aceptadas por el público tal como habían sido enseñadas por los economistas y antes de que se efectuaran los correspondientes cambios de política requeridos.

Algo diferente sucedió con la "nueva economía" de Lord Keynes. Las políticas que respaldaba eran precisamente aquellas que casi todos los gobiernos, incluido el británico, habían adoptado mucho tiempo antes de que su *Teoría general* se hubiera publicado. Keynes no fue un innovador ni un precursor de nuevos métodos para conducir los asuntos económicos. Su contribución consistió más bien en brindar una justificación aparente para las políticas que eran populares entre quienes estaban en el gobierno, a pesar de que todos los economistas las consideraban desastrosas. Su logro fue racionalizar las políticas ya llevadas a la práctica. No fue un "revolucionario", como lo llamaron algunos de sus adeptos. La "revolución keynesiana" tuvo lugar mucho antes de ser aprobada por Keynes y de que éste

fabricara una justificación seudocientífica para ella. Lo que realmente hizo fue escribir una apología de las políticas predominantes de los gobiernos.

Esto explica el rápido éxito de su libro. Fue entusiastamente recibido por los gobiernos y partidos políticos en el poder. Un nuevo tipo de intelectuales, los "economistas del gobierno", estaban especialmente extasiados. Su conciencia los había tenido a maltraer. Habían notado que las políticas que favorecían eran criticadas por todos los economistas por ser inconducentes y desastrosas. Ahora se sentían aliviados. La "nueva economía" restableció su equilibrio moral. Hoy ya no sienten vergüenza de ser los instrumentos de malas políticas. Se enorgullecen. Son los profetas de un nuevo credo.

III

Los epítetos exuberantes que estos admiradores confirieron al trabajo de Keynes no pueden ocultar el hecho de que éste no refutó la ley de Say. La rechazó emocionalmente, pero no desarrolló ni un argumento válido para desautorizar los razonamientos de Say.

Keynes tampoco intentó refutar las enseñanzas de la economía moderna a través de un razonamiento discursivo. Nunca encontró una palabra para hacer una crítica contra el teorema que explica que un aumento de la cantidad de moneda no puede tener otro efecto que no sea, por un lado, el de favorecer a algunos grupos a expensas de otros, y por el otro, el de fomentar la mala inversión y la desacumulación de capitales. Estaba completamente perdido cuando intentó desarrollar algún argumento sano para refutar la teoría monetaria del ciclo económico. Todo lo que hizo fue revitalizar los dogmas contradictorios de varias sectas del inflacionismo. No agregó nada a las presunciones vacías de sus predecesores, desde la antigua Birmingham School of Little Shilling (Escuela de los Pequeños Chelines de Birmingham) hasta Silvio Gesell. Pasó por alto todas las objeciones que hombres como Jevons, Walras y Wicksell —para mencionar unos pocos— hicieron contra los apasionados arranques de los inflacionistas.

Lo mismo sucede con sus discípulos. Piensan que, tildando a "aquellos que no pueden admirar el genio de Keynes" de "fanáticos intolerantes" o "estúpidos",[30] pueden reemplazar el razonamiento económico sano. Creen que aportan pruebas a su causa cuando pretenden desautorizar a sus adversarios, llamándolos "ortodoxos" o "neoclásicos". Revelan una ignorancia infinita cuando presumen que su doctrina es correcta por el hecho de ser nueva.

De hecho, el inflacionismo es la más antigua de las falacias. Era ya muy popular antes de Smith, Say y Ricardo, cuyas enseñanzas no encontraron otra objeción por parte de los keynesianos que no fuera su antigüedad.

IV

La popularidad sin precedentes del keynesianismo se debe al hecho de que brinda una justificación aparente para las políticas de "gasto deficitario" de los gobiernos contemporáneos. Es la seudofilosofía de aquellos que no pueden pensar en otra cosa que no sea dilapidar el capital acumulado por generaciones anteriores.

Sin embargo, ninguna apasionada declaración puede alterar leyes económicas perennes, por más que aquélla provenga de autores sofisticados y brillantes. Estas leyes existen, funcionan y cuidan de sí mismas. A pesar de todos los arranques verbales de los voceros gubernamentales, las consecuencias inevitables del inflacionismo y del expansionismo previstas por los economistas, "ortodoxos", se harán evidentes y entonces, muy tarde por cierto, hasta la gente simple descubrirá que Keynes no nos enseñó a obrar el "milagro [...] de convertir piedras en pan",[31] sino el procedimiento nada milagroso de comer granos de trigo.[32]

[Ir a tabla de contenidos]

CAPÍTULO VI

LA INFLACIÓN Y EL CONTROL DE PRECIOS[33]

1. La inutilidad del control de precios

En un régimen socialista la producción es completamente dirigida por las órdenes del órgano central de la producción. Toda la nación es un "ejército industrial" (término usado por Karl Marx en el *Manifiesto comunista*) y cada ciudadano está obligado a obedecer las órdenes de su superior. Todos deben aportar su cuota para la ejecución del plan integral adoptado por el gobierno. En una economía libre ninguna autoridad económica da órdenes a nadie. Todos planifican y actúan por sí mismos. La coordinación de las distintas actividades individuales, y su integración dentro de un sistema armónico que brinde a los consumidores los bienes y servicios que demandan, es realizada por el mecanismo del mercado y por la estructura de precios que genera.

El mercado guía la economía capitalista. Dirige las actividades de cada individuo en la dirección en que éste sea más útil a los deseos de sus compatriotas. El mercado, y nadie más, ordena todo el sistema social de propiedad privada de los medios de producción y de empresa libre, y lo maneja racionalmente.

No existe nada automático o misterioso en el funcionamiento del mercado. Las únicas fuerzas que determinan el siempre fluctuante mercado son los juicios de valor de los distintos individuos y las acciones derivadas de dichos juicios. El elemento fundamental del funcionamiento del mercado es el esfuerzo que cada hombre realiza para satisfacer de la mejor manera posible las necesidades y deseos de sus semejantes y los propios. La supremacía del mercado es equivalente a la

supremacía de los consumidores. Estos últimos, a través de sus compras y sus abstenciones de comprar, determinan no sólo la estructura de precios sino también qué debe producirse, en qué cantidad, de qué calidad y quién debe producirlo. Determinan las ganancias o pérdidas de cada empresario, y con ello determinan quién debe ser el dueño del capital y dirigir las fábricas. Enriquecen a hombres pobres y empobrecen a hombres ricos. El sistema de ganancias y pérdidas consiste fundamentalmente en producir lo necesario, ya que las ganancias sólo pueden obtenerse si se tiene éxito en brindar a los consumidores los bienes que desean, de la mejor manera y al menor costo.

De lo expuesto surge claramente cuáles son las consecuencias de la intromisión gubernamental en la estructura de precios del mercado. Desvía la producción del destino que los consumidores quieren darle y la dirige en otra dirección. En un mercado no manipulado por la interferencia gubernamental prevalece la tendencia a expandir la producción de cada artículo hasta el punto en el cual una mayor producción no sería rentable por ser el precio de venta menor que los costos. Si el gobierno fija precios máximos para algunos bienes por debajo del nivel que el mercado libre habría determinado para ellos y prohíbe la venta al precio que el mercado habría establecido, los productores marginales incurrirán en pérdidas Si continúan produciendo. Los productores con más altos costos se irán de ese mercado y utilizarán sus medios de producción para la fabricación de otros bienes no afectados por los precios máximos. La interferencia gubernamental con el precio de un bien restringe la oferta disponible para consumo. Este resultado es contrario a las intenciones que originaron los precios máximos. El gobierno quería que la gente tuviera más fácil acceso a los artículos controlados, pero su intervención trajo aparejada la disminución de la producción y oferta de bienes.

Si la desagradable experiencia no enseña a las autoridades que el control de precios es inútil y que la mejor política a implementar es la de abstenerse de cualquier intento de controlar los precios, tendrían que agregar a la primera medida, que sólo fijaba el precio de uno o varios bienes de consumo, decretos adicionales. Surgiría la necesidad de fijar los precios de los factores de producción requeridos para la producción de los bienes de consumo controlados, y nuevamente la misma historia repetida en un plano más remoto. La oferta de aquellos factores de producción cuyos precios han sido limitados disminuye. El gobierno debe, otra vez, ampliar la esfera de sus precios máximos. Debe fijar los precios de los factores de producción secundarios, requeridos para la producción de los factores primarios. De este modo, tiene que ir cada vez más lejos. Debe fijar los precios de todos los bienes de consumo y de todos los factores de producción, tanto de los materiales como del trabajo, y obligar a cada empresario y a cada trabajador a continuar produciendo a estos precios y salarios. Ninguna actividad productiva puede excluirse de esta fijación completa de precios y salarios, y de esta orden general de continuar la producción. Si algunas actividades fueran dejadas en libertad el

resultado sería un traslado de capital y trabajo en su dirección y la consecuente caída en la oferta de bienes cuyos precios fueron fijados por el gobierno. Sin embargo, son precisamente estos bienes los que el gobierno considera de suma importancia para la satisfacción de las necesidades de las masas.

Pero cuando se llega a un estado de control total de las actividades económicas, la economía de mercado es reemplazada por un sistema de planificación centralizada, es decir, por socialismo. Los consumidores ya no deciden qué debe producirse, en qué cantidad y de qué calidad, y son reemplazados por el gobierno. Los empresarios no son más empresarios, han sido rebajados a la categoría de gerentes comerciales dependientes del estado —o *Betriebsführer*, según los nazis— y tienen que cumplir las órdenes del órgano central de dirección de la producción. Los trabajadores están obligados a trabajar en las fábricas que las autoridades les han asignado: sus salarios son fijados por decretos de las autoridades. El gobierno es supremo. Determina las ganancias y el nivel de vida de cada ciudadano. Es totalitario.

El control de precios es contrario a sus propósitos si se limita sólo a algunos bienes. No puede funcionar satisfactoriamente dentro de una economía de mercado. Los esfuerzos por hacerlo funcionar necesitan la ampliación de la esfera de bienes sujetos al control de precios hasta que los precios de todos los bienes y servicios sean regulados por decreto autoritario y el mercado deje de funcionar.

La producción puede ser dirigida por los precios establecidos en el mercado a través de las compras y abstenciones de comprar de los consumidores, o puede ser dirigida por las oficinas gubernamentales. No existe una tercera solución. El control gubernamental sobre algunos precios sólo arroja como resultado un estado de cosas que es considerado absurdo y contrario a su propósito por todos, sin ninguna excepción. Su resultado inevitable es el caos y la tensión social.

2. El control de precios en Alemania

Se ha afirmado reiteradamente que la experiencia alemana ha probado que el control de precios es factible y puede obtener los fines buscados por el gobierno que recurre a él. Nada puede ser más erróneo.

Cuando estalló la primera guerra mundial, el Reich alemán adoptó inmediatamente una política inflacionaria. Para prevenir el inevitable resultado de la inflación y el aumento general de precios, recurrió simultáneamente al control de precios. La muy elogiada eficiencia de la policía alemana tuvo bastante éxito en el control efectuado para que estos precios máximos se respetaran. No hubo mercados negros, pero la oferta de bienes sujetos al control de precios disminuyó rápidamente . Los precios no aumentaron, pero la gente ya no estuvo en condiciones de comprar alimentos, ropa o zapatos. El racionamiento fue un fracaso. Pese a que el gobierno

redujo cada vez más las raciones asignadas a cada individuo, sólo unos pocos fueron lo suficientemente afortunados para obtener la ración que les estaba destinada. En sus esfuerzos por hacer funcionar el sistema de control de precios, las autoridades ampliaron, paso a paso, la esfera de bienes sujetos al control. Una actividad tras otra era centralizada y pasaba a ser dirigida por una dependencia del gobierno. Éste obtuvo un control absoluto sobre la totalidad de las actividades de producción vitales. Pero ni siquiera esto era suficiente, si otras ramas industriales permanecían en libertad: por ello el gobierno decidió ir más lejos. *El Plan Hindenburg* tuvo como objetivo la planificación total de la producción. La idea era confiar la dirección de todas las actividades económicas a las autoridades. Si el Plan de Hindenburg se hubiera llevado a cabo habría convertido a Alemania en una nación completamente *totalitaria*. Se hubiera hecho realidad el ideal de Othmar Spann, el campeón del socialismo "alemán", que consistía en hacer de Alemania un país en el que la propiedad privada existiera sólo en sentido legal y formal, mientras la realidad mostraría que sólo existe la propiedad pública.

Sin embargo, el Plan Hindenburg no se había terminado de ejecutar cuando el Reich se derrumbó. La desintegración de la burocracia imperial barrió con todo el aparato de control de precios y socialismo de guerra. Pero los autores nacionalistas continuaron ensalzando los méritos del *Zwangswirtschaft*, es decir, de la economía compulsiva. Era, afirmaban, el método más perfecto para instaurar el socialismo en un país predominantemente industrial como Alemania. Obtuvieron una victoria cuando el canciller Brüning, en 1931, retornó a las medidas del Plan Hindenburg, y posteriormente, cuando los nazis pusieron en práctica estos decretos haciendo uso de una brutalidad infinita.

Los nazis no impusieron un control de precios dentro de una economía de mercado, como sostienen sus admiradores extranjeros. Durante su gobierno, el control de precios fue sólo un dispositivo en un ambiente en donde reinaba un sistema de planificación central total. En la economía nazi, la empresa libre y cualquier iniciativa privada quedaron totalmente descartadas. Todas las actividades productivas eran dirigidas por el *Reichswirtschaftsministerium*. Ninguna empresa tenía libertad para desviar sus operaciones de las órdenes emanadas del gobierno. El control de precios era sólo un dispositivo dentro de un complejo mecanismo de innumerables decretos y órdenes que regulaban hasta el menor detalle de cada actividad económica y determinaban con precisión cuáles eran las tareas, las ganancias y el nivel de vida de cada ciudadano.

La dificultad que mucha gente tuvo para entender la naturaleza misma del sistema económico nazi fue el hecho de que los nazis no expropiaron abiertamente a los capitalistas y empresarios, y no adoptaron el principio de igualdad en las ganancias que los bolcheviques aplicaron en los primeros años de gobierno soviético y luego descartaron. Sin embargo, los nazis removieron totalmente de la conducción a los

capitalistas. Aquellos empresarios que no eran judíos ni sospechosos de ser liberales o de tener ideas pacifistas conservaban sus posiciones en la estructura económica. Pero virtualmente eran empleados públicos que percibían un salario y estaban obligados a cumplir incondicionalmente las órdenes de sus superiores, los burócratas del Reich y del partido nazi. Los capitalistas , obtenían sus dividendos (reducidos en una parte considerable). Pero, al igual que otros ciudadanos, no tenían libertad para gastar más que las cantidades juzgadas adecuadas por el partido, de acuerdo con su posición y rango dentro de la escala jerárquica. El sobrante debía ser invertido según las órdenes del Ministerio de Asuntos Económicos.

En realidad, la experiencia de la Alemania nazi no refutó la afirmación de que el control de precios está destinado a fracasar dentro de una economía no socializada totalmente. Los defensores del control de precios que alegan que su propósito es preservar el sistema de iniciativa privada y empresa libre están totalmente equivocados. Lo que realmente hacen es paralizar el funcionamiento del dispositivo conductor del sistema. No se puede preservar un sistema destruyendo su nervio vital; por el contrario, se le da muerte.

3. Falacias populares sobre la inflación

La inflación es el proceso mediante el cual la cantidad de moneda aumenta considerablemente a espaldas del mercado. El principal medio del que se vale la inflación en Europa continental es la emisión de billetes de curso legal no convertibles. En este país (EE.UU.) la inflación se nutre fundamentalmente de los préstamos que el gobierno obtiene de los bancos comerciales, como también del incremento en la cantidad de papel moneda de diferentes tipos y de monedas divisionarias. El gobierno financia su gasto deficitario a través de la inflación.

La inflación tiene como consecuencia una tendencia general hacia la suba de los precios. Aquellos que se benefician con el flujo adicional de moneda pueden aumentar su demanda de bienes y servicios vendibles. Si las restantes variables permanecen constantes, este aumento de la demanda debe provocar un alza de precios. Ninguna filosofía o silogismo puede evitar esta consecuencia.

La revolución semántica, que es uno de los rasgos característicos de nuestros días, ha oscurecido y distorsionado este hecho. El término inflación es usado con un sentido diferente. Lo que la gente llama actualmente inflación no es inflación, es decir, un aumento de la cantidad de moneda y sustitutos de moneda, sino el alza general de precios y salarios que, en realidad, es la consecuencia inevitable de la inflación. Esta innovación semántica es peligrosa y requiere nuestra atención.

En primer lugar, no existen más términos disponibles para referirse a la inflación, entendida ésta como lo que antes significaba. Es imposible combatir un mal que no se puede nombrar. Los estadistas y políticos ya no tienen la posibilidad de recurrir a

una terminología aceptada y entendida por el público cuando quieren describir la política financiera que combaten. Deben realizar una descripción y un análisis detallados de esta política, mencionando todas sus peculiaridades y brindando explicaciones minuciosas cada vez que desean referirse a ella, teniendo que repetir este molesto procedimiento cada vez que hacen referencia a este fenómeno. Al no poder asignar un nombre a la política que incrementa la cantidad de moneda circulante, el problema persiste indefinidamente. El segundo mal es causado por aquellos que realizan intentos desesperados e inútiles para combatir las inevitables consecuencias de la inflación (es decir, el aumento de precios), ya que disfrazan sus esfuerzos de manera tal que parecen luchar contra la inflación. Mientras enfrentan los síntomas pretenden estar combatiendo las raíces del mal, y al no comprender la relación causal entre el aumento de la circulación monetaria y de la expansión de crédito por un lado, y el alza de los precios por el otro, de hecho agravan la situación.

Los subsidios son el mejor ejemplo. Como ha sido señalado, los precios máximos reducen la oferta porque los productores marginales incurren en pérdidas sí continúan produciendo. Para evitar esta consecuencia, los gobiernos ofrecen frecuentemente subsidios a los granjeros que operan con costos más elevados. Estos subsidios se financian con una expansión del crédito adicional. De este modo, la presión inflacionaria se ve incrementada.

Si los consumidores tuvieran que pagar precios más altos por los productos en cuestión no existiría ningún otro efecto inflacionario. Los consumidores podrían utilizar sólo el dinero que ya había sido puesto en circulación, para efectuar esos pagos adicionales. Por eso la supuestamente brillante idea de combatir la inflación a través de subsidios provoca, en los hechos, más inflación.

4. Las falacias no deben importarse

Actualmente, casi no existe necesidad de abordar una discusión sobre la leve e inofensiva inflación qué, en un régimen de patrón oro, puede ser resultado de un gran aumento en la producción de oro. Los problemas que el mundo debe enfrentar hoy en día son los referidos a los desbordes inflacionarios del papel moneda inconvertible. Tal inflación es siempre consecuencia de una deliberada política gubernamental. Por un lado, el gobierno no quiere reducir sus gastos. Por el otro, no desea equilibrar su presupuesto a través de exacciones impositivas o empréstitos gubernamentales. Prefiere la inflación porque la considera el mal menor. Sigue expandiendo el crédito y emitiendo moneda porque no percibe las inevitables consecuencias de esa política.

No hay que alarmarse demasiado por el nivel ya alcanzado por la inflación en este país (los EE.UU.). A pesar de que ha ido muy lejos y ha hecho mucho daño, realmente no ha creado un desastre irreparable. No existe duda de que los EE.UU.

son aún libres para cambiar los métodos de financiamiento y para retornar a una política monetaria sana.

El peligro real no reside en lo ya acontecido, sino en las falsas doctrinas provenientes de estos hechos. La superstición según la cual el gobierno puede prevenir las inevitables consecuencias de la inflación a través del control de precios constituye el principal peligro. Esto se debe a que dicha doctrina distrae la atención pública del fondo del problema. Mientras las autoridades están empeñadas en una lucha inútil contra el fenómeno que acompaña a la inflación, sólo unas pocas personas están atacando el origen del mal, es decir, los métodos que el tesoro emplea para solventar los enormes gastos. Mientras la burocracia ocupa las primeras planas de los periódicos con sus actividades, los datos estadísticos referidos al aumento de la circulación monetaria de la nación son relegados a un espacio secundario en las páginas financieras de los periódicos.

También en este caso, el ejemplo alemán puede servir de advertencia. La tremenda inflación alemana que en 1923 redujo el poder adquisitivo a la mil millonésima parte del valor que tenía antes de la guerra, no fue un acto de Dios. Hubiera sido posible equilibrar el presupuesto alemán de posguerra sin recurrir a la emisión del Reichbank. La prueba de ello está dada por el hecho de que el presupuesto del Reich se equilibró sin dificultad apenas el gobierno se vio forzado a abandonar su política inflacionaria por la quiebra del Reichbank. Pero antes de que esto sucediera, todos los supuestos expertos alemanes negaron obstinadamente que el aumento en los precios de los bienes, en los salarios y en las tasas de exportación e importación tuviera algo que ver con el hábito gubernamental de derrochar sin medida. Para ellos, la culpa sólo era de aquellos que obtenían ganancias. Defendieron la observancia absoluta del control de precios como si fuera la panacea, y llamaron "deflacionistas" a aquellos que recomendaban un cambio en los métodos financieros.

Los nacionalistas alemanes fueron derrotados en las dos guerras más trágicas que registra la historia. Pero las falacias económicas que empujaron a Alemania a cometer sus abominables agresiones aún perduran, desafortunadamente. Las falacias monetarias, desarrolladas por profesores alemanes como Lexis y Knapp y llevadas a la práctica por Havenstein, presidente del Reichbank durante los años más críticos de la inflación, constituyen aún la doctrina oficial de Francia y muchos otros países europeos.[34]

No es necesario que los Estados Unidos importen estos absurdos.

[Ir a tabla de contenidos]

CAPÍTULO VII

ASPECTOS ECONÓMICOS DEL PROBLEMA DE LAS

JUBILACIONES[35]

1. Sobre quién incide

Cuando una ley o la presión de un sindicato obliga a los empleadores a realizar un gasto adicional en beneficio de los empleados, la gente habla de "conquistas sociales". Está implícita la idea de que tales conquistas confieren a los empleados un beneficio adicional a los jornales o salarios que perciben y la de que se les está haciendo una concesión que hubieran perdido de no existir la ley o la cláusula del contrato pertinente. Se presume que los trabajadores obtienen algo a cambio de nada.

Esta manera de ver las cosas es completamente falaz. Lo que el empleador toma en cuenta al considerar la contratación de mano de obra adicional o el despido de un número de empleados en servicio, es siempre el valor de los servicios prestados o a ser prestados por ellos. Se pregunta:

¿cuánto adiciona el hombre considerado a la producción total? razonable esperar que el gasto causado por su contratación se compense con la venta del producto adicional hecho con su trabajo? Si la respuesta a la segunda pregunta es negativa, la contratación del hombre causará pérdidas. Como ninguna empresa puede funcionar a pérdida por largo tiempo, el hombre involucrado en la decisión será despedido o no será contratado, según sea el caso.

Recurriendo a este cálculo, el empleador toma en cuenta no sólo el salario líquido del individuo sino también todos los costos derivados de su contratación. Si por ejemplo, el gobierno —como en el caso de algunos países europeos— recauda un porcentaje de los sueldos totales de cada firma como impuesto, cuya deducción de los salarios de los trabajadores está estrictamente prohibida a la empresa, la suma que debe calcularse es: salarios pagados al trabajador más la cuota del impuesto. Si el empleador está obligado a pagar aportes jubilatorios, la suma considerada en el cálculo es: salarios pagados más una asignación por jubilación, computada de acuerdo con los métodos del actuario.

Como consecuencia de este estado de cosas, la incidencia de las supuestas "conquistas sociales" recae sobre el asalariado. Sus efectos no difieren del efecto que tendría cualquier clase de aumento salarial. En un mercado de trabajo libre, los salarios tienden a alcanzar un nivel en el que todos los empleadores dispuestos a pagar esa suma pueden encontrar todos los trabajadores que necesitan y todos los trabajadores dispuestos a trabajar por esa suma pueden conseguir empleo. Predomina la tendencia hacia el pleno empleo. Pero tan pronto como las leyes o los sindicatos fijan salarios en un nivel más alto, esta tendencia desaparece. Entonces los trabajadores son despedidos y las personas que buscan trabajo no pueden obtenerlo. La razón de ser de este hecho es que, al nivel alcanzado por los salarios

artificialmente, sólo es rentable la contratación de un número menor de hombres. Mientras que en un mercado libre la desocupación es sólo transitoria, ésta se convierte en un fenómeno permanente cuando los gobiernos o los sindicatos tienen éxito en elevar los salarios por encima del nivel potencial del mercado. Hasta Lord Beveridge, hace alrededor de veinte años, admitió que la persistencia de un volumen sustancial de desocupación es en sí misma prueba de que el precio del trabajo —los salarios— es demasiado alto si se consideran las condiciones del mercado. Y Lord Keynes, quien inauguró la denominada "política del pleno empleo", reconoció implícitamente lo correcto de esta tesis. La razón fundamental por la que defendió la inflación como medio para acabar con la desocupación fue que creía que una baja gradual y automática de los salarios *reales* como resultado de un aumento de los precios no sería tan fuertemente resistida por los trabajadores como cualquier intento para bajar los salarios nominales.

Lo que impide que los gobiernos y los sindicatos eleven los salarios a un nivel más alto es su negativa a desplazar del mercado laboral a un número demasiado grande de personas. Lo que los trabajadores reciben en forma de jubilaciones a cargo de la corporación empleadora reduce el monto de los salarios que los sindicatos pueden pedir sin aumentar la desocupación. Los sindicatos, al demandar jubilaciones que la compañía debe pagar sin recibir nada a cambio, han hecho una elección. Han preferido las jubilaciones en lugar de mayores salarios "de bolsillo". El hecho de que los trabajadores contribuyan o no al fondo del que surgen las jubilaciones no reviste importancia económica. Para el empleador, no es importante que el costo de su mano de obra se vea incrementado por un aumento de los salarios "de bolsillo" o por la obligación de pagar aportes jubilatorios. Por el otro lado, para el trabajador, las jubilaciones no son un beneficio gratuito que el empleador otorga. La jubilación requiere que los trabajadores vean limitado el monto de los salarios que podrían obtener sin atraer al fantasma de la desocupación.

Si se computan correctamente los ingresos de un trabajador con derecho a una jubilación consisten en su salario más el monto de la prima que tendría que pagar a una compañía de seguros para la adquisición de un derecho equivalente. En definitiva, la concesión de sumas en concepto de jubilación limita la libertad del asalariado para disponer de sus ingresos totales de acuerdo con sus propios deseos. Se ve obligado a disminuir su consumo actual para tomar precauciones con respecto a su vejez. Podemos obviar la cuestión de si tal limitación de la libertad del trabajador es o no conveniente. Lo que es importante remarcar es que las jubilaciones no son un regalo del empleador. Son un aumento salarial disfrazado con peculiares características. El empleado es obligado a utilizar el incremento para obtener la jubilación.

2. La jubilación y el poder adquisitivo del dólar

Es evidente que el monto de la jubilación que cada hombre en los EE.UU. tendrá

derecho a reclamar algún día sólo puede ser fijado en dinero. Por lo tanto, su valor está directamente relacionado con las vicisitudes que sufre la unidad monetaria norteamericana, es decir, el dólar.

El gobierno actual[36] desea idear distintos planes para las jubilaciones por invalidez y edad avanzada. Intenta incrementar el número de personas incluidas en el sistema de seguridad social del gobierno y extender los beneficios que dicho sistema brinde. Apoya abiertamente los reclamos sindicales para que les sean otorgadas jubilaciones que no tengan como contrapartida ninguna contribución por parte de los beneficiarios. Pero, al mismo tiempo, está firmemente decidido a seguir una política que, irremediablemente, disminuirá cada vez más el poder adquisitivo del dólar. Ha proclamado los desequilibrios del presupuesto y el gasto deficitario como los principios fundamentales de las finanzas públicas, como un nuevo modo de vida. Mientras finge combatir la inflación, ha elevado a la dignidad de postulado esencial del gobierno popular y de la democracia económica la expansión crediticia ilimitada y el aumento desenfrenado de la cantidad de moneda en circulación.

Que nadie se llame a engaño por la frívola excusa según la cual se trata de evitar los déficit permanentes, pero se pretende lograr el equilibrio presupuestario tras un período de muchos años en lugar de alcanzarlo cada año. De acuerdo con esta doctrina, los excesos presupuestarios acumulados en los años de prosperidad presupuestaria deberán equilibrarse con los déficit acumulados de años de depresión económica. Pero queda a consideración del partido político gobernante lo que debe considerarse como años buenos y malos. El propio gobierno afirmó que 1949 fue un año fiscal próspero, a pesar de una recesión moderada que lo afectó hacia el final. Pero en este año de prosperidad no se acumuló ningún beneficio y sí, en cambio, se produjo un déficit considerable.

Recordemos las críticas demócratas al gobierno de Hoover durante la campaña electoral de 1932 por sus problemas financieros. Pero apenas asumieron el gobierno implementaron sus censurables políticas de gasto deficitario, de ayuda al comercio y a la industria con fondos públicos, etcétera.

Lo que la doctrina que favorece equilibrios presupuestarios a largo plazo significa es lo siguiente: mientras nuestro partido está en el poder, acrecentaremos nuestra popularidad a través del, gasto ilimitado, No queremos fastidiar a nuestros amigos reduciendo los gastos; deseamos que los electores se sientan felices con la efímera prosperidad artificial generada por una política derrochadora y por una gran oferta adicional de moneda. Más tarde, cuando nuestros adversarios estén en nuestro lugar, aparecerá la inevitable consecuencia de nuestra política expansionista, es decir, la depresión. Entonces los culparemos por el desastre y los atacaremos por haber fracasado en equilibrar el presupuesto de la manera adecuada.

Es muy improbable que la práctica del gasto deficitario sea abandonada a corto

plazo. Como Política fiscal, es muy útil a los gobiernos ineptos. Los seudocomunistas la defienden apasionadamente. En las universidades es elogiada por ser el medio más beneficioso del que se valen las finanzas públicas verdaderamente "progresistas", "antifascistas" y "no ortodoxas". Sería necesario un cambio ideológico para restaurar el prestigio de los procedimientos fiscales sanos, hoy desacreditados y llamados "ortodoxos" y "reaccionarios". No es probable que una doctrina aceptada en casi todo el mundo sea descartada mientras no haya desaparecido la generación presente de políticos y profesores. Quien escribe estas líneas, luego de haber luchado contra todas las formas de expansión crediticia y de inflación por más de cuarenta años, se ve obligado a admitir, no sin tristeza, que las perspectivas para un retorno rápido a un manejo sano de los asuntos monetarios no son muy alentadoras. Una evaluación realista sobre el estado de la opinión pública, de las doctrinas enseñadas en las universidades y de la mentalidad de los políticos y grupos de presión nos revela que las tendencias inflacionarias prevalecerán por muchos años.

La consecuencia inevitable de las políticas inflacionarias es una caída en el poder adquisitivo de la unidad monetaria, ¡compárese el dólar de 1950 con el de 1940! ¡Compárese la moneda de cualquier país americano o europeo con su equivalente *nominal* de hace una o dos docenas de años!

Como una política inflacionaria sólo funciona si los incrementos anuales en la cantidad de moneda circulante son cada vez mayores, el aumento de precios y salarios y la consecuente caída del poder adquisitivo continuarán a un ritmo acelerado. La experiencia del franco francés puede darnos una idea aproximada del dólar de hace treinta o cuarenta años.

Sin embargo, son tales períodos de tiempo los que se toman en cuenta para los planes jubilatorios. Los actuales trabajadores de la United States Steel Corporation recibirán sus jubilaciones en veinte, treinta o cuarenta años. Hoy en día una jubilación de cien dólares mensuales es una asignación bastante considerable. Pero, ¿lo será en 1980 o 1990? Actualmente, según lo demostrado por el comisionado de Bienestar de la Ciudad de New York, 52 centavos alcanzan para comprar todo el alimento que una persona necesita para satisfacer los requerimientos diarios de proteínas y calorías. Pero, ¿serán suficientes en 1980?

De esto se trata. Lo que los trabajadores procuran obtener al bregar por jubilaciones y seguridad social es, por supuesto, seguridad. Pero sus "conquistas sociales" se evaporan con la caída del poder adquisitivo del dólar. Al respaldar entusiastamente la política fiscal del Fair Deal (trato justo), los propios sindicalistas están frustrando todos sus modelos jubilatorios y de seguridad social. Las jubilaciones que algún día puedan cobrar sólo serán figurativas.

No existe ninguna solución a este dilema. En una sociedad industrial todos los

pagos diferidos deben ser estipulados en términos de dinero. Éstos se achican al disminuir el poder adquisitivo del dinero. Una política de gasto deficitario perturba la misma base de todas las relaciones entre personas y todos los contratos. Perjudica todas las clases de ahorros, beneficios de seguridad social y jubilaciones.

3. Las jubilaciones y la "nueva economía"

¿Cómo puede ser que los trabajadores norteamericanos no se den cuenta de que sus políticas son contrarias a sus propósitos?

La respuesta es la siguiente: son engañados por la llamada "nueva economía". Esta teoría, supuestamente nueva, ignora el rol de la acumulación de capital. No percibe que no existe más que un medio para incrementar los salarios de todos aquellos que desean trabajar —mejorando de esta manera el nivel de vida—, que consiste en lograr un mayor crecimiento del capital, comparado este crecimiento con el de la población. Se refiere al progreso tecnológico y a la productividad sin darse cuenta de que ninguna mejora tecnológica puede alcanzarse si no se cuenta con el capital requerido. Justo en el momento en que se puso de manifiesto que el principal obstáculo para un ulterior mejoramiento económico era, no sólo en los países atrasados sino también en Inglaterra, la escasez de capital, Lord Keynes, apoyado entusiastamente por muchos autores norteamericanos, desarrolló su doctrina sobre los males que el ahorro y la acumulación de capital traen aparejados. Para estos nombres, todo lo que no es satisfactorio es causado por la ineptitud de la empresa privada para hacer frente a las convicciones de una economía "madura". El remedio que recomiendan es verdaderamente simple. El gobierno debe ocupar el vacío. Presumen, con total despreocupación, que el estado dispone de medios ilimitados. El estado puede emprender todos los proyectos cuya magnitud es excesiva para el capital privado. Sencillamente, nada existe que pueda sobrepasar el poder financiero del gobierno de los EE.UU. El proyecto del Valle del Tennessee y el Plan Marshall sólo fueron modestos ensayos. Aún hay muchos valles en los EE.UU. pasibles de ser objeto de acciones gubernamentales y existen muchos ríos en otros lugares del globo. Poco tiempo atrás el senador McMahon delineó un gigantesco proyecto que empequeñece el Plan Marshall. ¿Por qué no? Si no es necesario ajustar el monto de gastos a los recursos disponibles, no existe ningún límite para los gastos del gran dios Estado.

No es nada extraño que el hombre común sea víctima de las ilusiones que oscurecen los puntos de vista de dignos estadistas y profesores eruditos. Al igual que los expertos consejeros del presidente, descuida el medio de identificar el problema principal de la economía norteamericana, es decir, la insuficiente acumulación de nuevo capital. Sueña con la abundancia mientras la escasez amenaza. Hace una interpretación equivocada de los altos beneficios que las compañías reportan. No percibe que una parte' considerable de estos beneficios son ilusorios, ya que sólo son una consecuencia aritmética proveniente del hecho de que

las sumas computadas como cuotas de amortización son insuficientes. Estos beneficios imaginarios —resultado falso de la caída del poder adquisitivo del dólar — serán absorbidos por los incrementos en los costos (en los que ya se ha incurrido) de reemplazar los equipos amortizados de las fábricas. Los gastos destinados a comprar nuevos equipos no constituyen inversión adicional, sino sólo mantenimiento del capital. Lo que queda disponible para realizar una inversión sustancial y para el mejoramiento de los métodos tecnológicos es mucho menos de lo que la gente mal informada cree.

Desde hace cincuenta años o cien años observamos un progreso continuo en la capacidad productiva de los EE.UU., y por lo tanto un incremento en el consumo. Pero sería un serio error presumir que esta tendencia está destinada a continuar. Este progreso pasado ha sido causado por un rápido crecimiento del capital acumulado. Si la acumulación de nuevo capital es desacelerada o se detiene por completo, no se registrará ninguna otra mejora.

Ése es el problema real que hoy enfrentan los EE.UU. en materia laboral. Los problemas de conservación del capital y de acumulación de nuevo capital no sólo conciernen a los empresarios. Son también vitales para los asalariados. Los sindicatos, sólo preocupados por los salarios y las jubilaciones, hacen alarde de sus victorias a lo Pirro. Los sindicalistas no son conscientes del hecho de que su suerte está ligada al florecimiento de las empresas de sus patrones. Al votar, aprueban un sistema impositivo que recauda y desvía para satisfacer los gastos gubernamentales fondos que hubieran sido ahorrados e invertidos como nuevo capital.

Lo que los trabajadores deberían saber es que la única razón por la cual los salarios son más altos en los EE.UU. que en otros países es que la cuota de capital invertido per cápita es más elevada. El peligro psicológico que encierra toda clase de plan jubilatorio es que oscurece el hecho mencionado. Estos planes dan a los trabajadores una sensación de seguridad infundada. "Ahora —piensan— nuestro futuro está resguardado. No debemos continuar preocupándonos. Los sindicatos obtendrán más 'conquistas sociales' para nosotros. Nos espera una época de abundancia."

Sin embargo, los trabajadores deberían estar preocupados por el estado de la oferta de capital. Deberían estarlo porque la preservación y el futuro progreso de lo que se denomina "estilo de vida norteamericano" y "nivel de vida norteamericano" dependen de la conservación y del continuo crecimiento del capital invertido en la economía de los EE.UU.

Un hombre que se ve obligado a tomar precauciones para su vejez debe ahorrar parte de sus ingresos o contratar un seguro. Esto lo conducirá a analizar el estado financiero de los bancos de ahorro o de las compañías de seguros, o la seguridad que los bonos que compra le ofrecen. Ese hombre probablemente tendrá un mayor

conocimiento de los problemas económicos de su país que aquel al cual el sistema jubilatorio lo libera de toda preocupación.

Tendrá el incentivo necesario para leer la página financiera de su periódico y se interesará en artículos que las personas irreflexivas saltearán. Si es lo suficientemente perspicaz, descubrirá los defectos en las enseñanzas de la "nueva economía".

Pero el hombre que confía en la jubilación estipulada cree que tales asuntos son "pura teoría" y que no lo afectan. Los aspectos de los que su bienestar depende no lo preocupan, ya que ignora esta dependencia. Como ciudadanos, la desinformación de tales personas es un peligro. Una nación no puede progresar si sus miembros no están perfectamente al tanto de que lo único que puede mejorar sus condiciones es una producción mejor y mayor. Y esto sólo puede ser realizado por un incremento en el ahorro y en la acumulación de capital.

[Ir a tabla de contenidos]

CAPÍTULO VIII

BENJAMIN M. ANDERSON DESAFÍA LA FILOSOFÍA DE LOS SEUDOPROGRESISTAS[37]

1. Las dos líneas del pensamiento y de las políticas marxistas

En todos los países que no han adoptado abiertamente una política de socialización sin reservas y total, la conducción de los asuntos gubernamentales ha estado por muchas décadas en manos de estadistas y partidos que se autotitulan "progresistas" y tildan despectivamente a sus adversarios de "reaccionarios". Estos "progresistas" se enojan mucho algunas veces (pero no siempre) si alguien los llama marxistas. Tienen razón en protestar, ya que sus dogmas y políticas son contrarios a algunas de las doctrinas marxistas y a su aplicación en la acción política. Pero, por el otro lado, se equivocan, ya que respaldan abiertamente los dogmas fundamentales del credo marxista y actúan de acuerdo con él. Mientras ponen en duda las ideas de Marx —el campeón de la revolución integral— apoyan una revolución gradual.

Existen en los escritos de Marx dos grupos distintos de teoremas, incompatibles entre sí. El de la revolución integral, tal como fue sostenida en un principio por Kautsky y luego por Lenin, y el de la revolución "reformista", a plazos, respaldada por Sombart en Alemania y los fabianos en Inglaterra.

Un factor común a estas dos líneas del pensamiento marxista es la condena incondicional al capitalismo y a su "superestructura" política, el gobierno representativo. El capitalismo es descripto como un horrible sistema de explotación. Acumula riquezas en manos de un número cada vez menor de "expropiadores" y

condena a las masas a una miseria, opresión, esclavitud y degradación cada vez mayores. Pero precisamente este torpe sistema traerá aparejada la salvación "con la inexorabilidad de una ley natural". El advenimiento del socialismo es inevitable. Aparecerá como consecuencia de las acciones de proletarios con conciencia de clase. El "pueblo" finalmente triunfará. Todas las maquinaciones de los perversos "burgueses" están condenadas al fracaso.

Pero aquí las dos líneas divergen.

En el *Manifiesto comunista*, Marx y Engels diseñaron un plan para la transformación progresiva del capitalismo en socialismo. Los proletarios deberían "ganar la batalla de la democracia" y así erigirse en clase gobernante. Luego deberían utilizar su supremacía política para arrebatar "gradualmente' todo el capital a la burguesía. Marx y Engels dan instrucciones bastante detalladas respecto de las medidas a las que debe recurrirse. No es necesario extendernos acerca de su plan de batalla. Sus distintos puntos son conocidos por todos los norteamericanos que han vivido los años del New Deal y del Fair Deal. Es más importante recordar que los propios padres del marxismo describieron las medidas que recomendaban como "incursiones despóticas en los derechos de propiedad y las condiciones de producción burguesa" y como "medidas que parecerán económicamente insuficientes e insostenibles pero que en el curso de la evolución quedaran rezagadas, haciéndose necesarias incursiones más profundas sobre el antiguo orden social, inevitables como medio para revolucionar los métodos de producción".[38]

Es obvio que todos los "reformistas" de los últimos cien años se dedicaron a la ejecución del modelo trazado por los autores del *Manifiesto comunista* en 1848. En este sentido, la *Sozialpolitik* de Bismarck y el New Deal de Roosevelt pueden fundamentalmente ser llamados marxistas.

Pero, por otro lado, Marx también concibió una doctrina radicalmente diferente de la expuesta en el *Manifiesto* y absolutamente incompatible con él. De acuerdo con esta segunda doctrina "ningún orden social desaparece antes de que las fuerzas productivas estén suficientemente desarrolladas, con la necesaria amplitud para la formación de un nuevo orden social; ningún nuevo método de producción avanzado surge antes de que las condiciones materiales de su existencia hayan sido fecundadas en la matriz de la sociedad anterior". El prerrequisito indispensable para el surgimiento del socialismo es la madurez total del capitalismo. No existe más que un camino para la instauración del socialismo: la evolución progresiva del propio capitalismo que, a través de las irremediables contradicciones de los métodos de producción capitalista, causa su propia ruina. Independientemente de la voluntad de los hombres, este proceso "se lleva a cabo a través del funcionamiento de las leyes inherentes a la producción capitalista".

La concentración ilimitada de capital en manos de un pequeño grupo de

explotadores, por un lado, y un empobrecimiento intolerable de las masas explotadas, por el otro, son los factores que, por sí mismos, pueden provocar el gran levantamiento que acabará con el capitalismo. Sólo entonces se acabará la paciencia de los desdichados asalariados y éstos, con un golpe fulminante, derrocarán la "dictadura" de la burguesía antigua y decrépita.

Desde el punto de vista de esta doctrina, Marx hace una distinción entre las políticas de los pequeñoburgueses y las de los proletarios con conciencia de clase. Los pequeñoburgueses, por su ignorancia, ponen todas sus esperanzas en las reformas. Están ansiosos por restringir, regular y mejorar el capitalismo. No se dan cuenta de que todos esos esfuerzos están destinados a fracasar y empeoran las cosas en lugar de mejorarlas, ya que retrasan la evolución del capitalismo y, por lo tanto, su madurez, que es lo único que puede traer aparejada la ruina del sistema, para así liberar a la humanidad de los males de la explotación. Pero los proletarios, iluminados por la doctrina marxista, no se dejan llevar por estas fantasías. No respaldan modelos inútiles para mejorar el capitalismo. Ellos se dan cuenta de que cada vez que el capitalismo progresa, cada vez que empeoran sus propias condiciones y cada vez que se reitera una crisis económica, se registra un avance hacia el colapso inevitable de los métodos de producción capitalista. La esencia de sus políticas consiste en organizar y disciplinar a sus fuerzas, los batallones militantes del pueblo, para que estén listos cuando llegue el amanecer del gran día de la revolución.

El rechazo de las políticas de los pequeñoburgueses también está dirigido a las tácticas tradicionales de los sindicatos. Los planes de los trabajadores para aumentar, dentro del marco del capitalismo, sus salarios y su nivel de vida a través de las huelgas y de la acción sindical son inútiles, ya que la inevitable consecuencia del capitalismo, dice Marx, es disminuir el promedio de los salarios y no elevarlo. Consecuentemente, aconsejó a los sindicatos un cambio total de sus políticas. *"En lugar del lema conservador: un jornal justo por día de trabajo honrado, deberían llevar como insignia la consigna revolucionaria: abolición del sistema de salarios."*

Es imposible reconciliar estos dos tipos de doctrinas y de políticas marxistas. Se excluyen mutuamente. En 1848 los autores del *Manifiesto comunista* recomendaron precisamente aquellas políticas que en sus libros y opúsculos posteriores tildaron de disparates pequeñoburgueses. Sin embargo, nunca repudiaron su modelo de 1848.

Hicieron arreglos en las nuevas ediciones del *Manifiesto*. En el prefacio de la edición de 1872 declararon que los principios para la acción política descriptos en 1848 necesitan ser mejorados, debido a que medidas tan prácticas deben ajustarse siempre a las circunstancias históricas cambiantes. Pero no consideraron en este prefacio que tales reformas fueran consecuencia de la mentalidad de la pequeña burguesía. De este modo, continuó existiendo el dualismo de las dos líneas marxistas.

En total conformidad con la línea revolucionaria intransigente votaron en el Reichstag los socialdemócratas alemanes en la década del ochenta, contra la ley de seguridad social de Bismarck, y su vehemente oposición frustró la intención de éste de socializar la industria del tabaco. No fue menos acorde con la línea revolucionaria que los stalinistas y sus secuaces describieran al New Deal americano y a los remedios patentados por Keynes como ideas inteligentes pero inútiles concebidas para salvar y preservar el capitalismo.

El antagonismo actual entre los comunistas por un lado, y los socialistas, los partidarios del New Deal y los keynesianos por el otro, es una controversia acerca de los medios que deben emplearse para la obtención de un fin común a ambas facciones, es decir, el establecimiento de una planificación central total y la eliminación completa de la economía de mercado. Es una contienda entre dos facciones que, con razón, dicen seguir las enseñanzas de Marx. Y es verdaderamente paradójico que en esta controversia el derecho de los *anticomunistas* a ser denominados "marxistas" es establecido en el documento llamado *Manifiesto comunista*.

2. La guía de los "progresistas"

Es imposible entender la mentalidad y la política de los progresistas si no se toma en cuenta el hecho de que el *Manifiesto comunista* es para ellos tanto un manual como una escritura sagrada; la única fuente de información confiable acerca del futuro de la humanidad y también el código fundamental de la conducta política. El *Manifiesto* es la única obra de las escritas por Marx que han leído con verdadera atención. Aparte del *Manifiesto*, sólo conocen unas pocas frases fuera de contexto y sin ninguna conexión con los problemas actuales de la política. Pero el *Manifiesto* les ha enseñado que el advenimiento del socialismo es inevitable y transformará la tierra en un edén. Se llaman a sí mismos progresistas, y a sus adversarios reaccionarios, precisamente porque al luchar por el bien que inevitablemente vendrá, son hijos de la "ola del futuro", mientras sus adversarios se hallan embarcados en inútiles esfuerzos para detener la rueda del destino y de la historia. ¡Qué consuelo es el saber que la causa propia está destinada a vencer!

Entonces, los profesores, escritores, políticos y empleados públicos "progresistas" descubren un pasaje del *Manifiesto* que favorece especialmente su vanidad. Pertenecen a esa "pequeña parte de la clase gobernante", a esa "porción de ideólogos burgueses" que se ha pasado a las filas del proletariado, "la clase que tiene el futuro en sus manos". De este modo, son miembros de esa élite "que se ha autoelevado al nivel necesario para comprender la teoría de los movimientos históricos en su conjunto".

Es aun más importante el hecho de que el *Manifiesto* les brinda una armadura

que los protege de las críticas lanzadas contra sus políticas. Los burgueses describen a estas políticas progresistas como "económicamente insuficientes e insostenibles", con lo cual piensan haber demostrado su inexactitud. ¡Cuán equivocados están! Para los "progresistas", la excelencia de estas políticas consiste en el hecho de ser "económicamente insuficientes e insostenibles" ya que son, según el *Manifiesto*, "inevitables como medio para revolucionar completamente los métodos de producción"

El *Manifiesto comunista* sirve de guía no sólo al conjunto de las siempre engreídas huestes de los burócratas y de los seudoeconomistas. Revela a los autores "progresistas" la verdadera naturaleza de la "cultura de la clase burguesa". ¡Qué nefasta es la llamada civilización burguesa! Afortunadamente, los ojos de estos escritores que se autoproclaman "liberales" han sido bien abiertos por Marx. El *Manifiesto* les dice la verdad sobre la indescriptible depravación y maldad que reinan en la burguesía. El matrimonio burgués es "de hecho un sistema de comunidad de mujeres". El burgués "ve en su mujer un mero instrumento de producción". Nuestros burgueses, "no conformes con tener a su disposición a las esposas e hijas de sus proletarios, para no hablar de las prostitutas comunes, experimentan un gran placer al seducir a las esposas de los otros burgueses". De la misma manera, existen innumerables piezas teatrales y novelas que describen en detalle las características de la sociedad corrompida por un capitalismo decadente.

¡Qué diferentes son las condiciones en los países cuyos proletarios, entre los que se destacan los magníficos fabianos, Sidney y Beatrice Webb, llamados la *Nueva Civilización*, ya han "liquidado" a los explotadores! Puede garantizarse que los métodos rusos no pueden ser considerados en todos sus aspectos como modelo para los "liberales" occidentales. También puede ser que los rusos, adecuadamente irritados por las maquinaciones de los capitalistas occidentales, que planean incesantemente un derrocamiento violento del régimen soviético, se enfurezcan y descarguen su indignación haciendo uso de un lenguaje poco amistoso. Sin embargo, los hechos demuestran que el verbo del Manifiesto comunista se ha encarnado en Rusia. Mientras en un régimen capitalista "los trabajadores no tienen patria" y "no tienen nada que perder excepto sus cadenas", Rusia es la verdadera patria de los proletarios del mundo entero. En un sentido puramente legal y técnico, puede ser incorrecto que un norteamericano o un canadiense entregue documentos oficiales confidenciales o proyectos secretos de nuevas armas a las autoridades rusas. Desde un punto de vista más elevado, puede ser muy razonable.

3. La lucha de Anderson contra la tendencia hacia la destrucción

Tal era la ideología sustentada por los hombres que en las últimas décadas ocuparon el gobierno y determinaron el rumbo de los Estados Unidos. Era esta mentalidad la que los economistas tuvieron que combatir al criticar el New Deal.

El primero de estos disidentes fue Benjamin McAlester Anderson. Durante la mayor parte de estos funestos años fue el editor y autor exclusivo, en un principio del *Chase Economic Bulletin* (editado por el Chase National Bank) y luego del *Economic Bulletin* (editado por la Capital Research Company). En sus brillantes artículos analizaba las políticas cuando aún se encontraban en estado de desarrollo y posteriormente volvía a hacerlo cuando aparecían sus desastrosas, consecuencias. Hacía escuchar su voz de advertencia mientras había tiempo para abstenerse de medidas inadecuadas, y después, no vacilaba jamás en mostrar cómo podían reducirse, en la medida de lo posible, los estragos causados por el rechazó a sus objeciones y sugerencias previas.

Sus críticas nunca fueron meramente negativas. Siempre estuvo dispuesto a indicar caminos que pudieran conducir a salir del atolladero. Tenía una mente constructiva.

Anderson no fue un doctrinario alejado del contacto con la realidad. En su calidad de economista del Chase National Bank (de 1919 a 1939), tuvo amplias oportunidades para conocer todo respecto del estado de la economía norteamericana. Su familiaridad con las actividades económicas y políticas europeas no era superada por la de ningún otro norteamericano. Conocía íntimamente a todos los hombres influyentes en la conducción política y económica y en la banca nacional e internacional. Estudioso infatigable, estaba bien consustanciado con el contenido de documentos de estado, informes estadísticos y muchos papeles confidenciales. Siempre poseía información completa y actualizada.

Pero sus cualidades más importantes eran su honestidad inflexible abierta sinceridad y su firme patriotismo. Nunca se rindió. Siempre expuso libremente lo que consideraba verdadero. Si hubiera estado dispuesto a suprimir o tan sólo suavizar sus críticas a las populares pero desechables políticas en boga, se le habrían ofrecido los cargos y oficios más influyentes. Pero nunca se avino a ello. Esta firmeza lo señala como uno de los personajes sobresalientes en esta época en que predominan los hombres serviles.

Sus críticas a la política de dinero fácil, a la expansión del crédito y a la inflación, al abandono del patrón oro, a los desequilibrios presupuestarios, al gasto keynesiano, al control de precios, a los subsidios, a las compras de plata, a las tarifas aduaneras y a muchas otras medidas similares, devastadora. Los defensores de estas "panaceas" no tenían la más remota idea de cómo refutar sus objeciones. Todo lo que hicieron fue pretender desautorizar a Anderson por "ortodoxo". A pesar de que los efectos no deseados de la política "no ortodoxa" que él atacó nunca dejaron de presentarse tal como él lo había predicho, casi nadie en Washington prestó atención a sus palabras.

La razón es obvia. La esencia de las críticas de Anderson era que todas esas

medidas eran "económicamente insuficientes e insostenibles", que eran "incursiones despóticas" en las condiciones de producción, que "habrían de necesitar incursiones más profundas" y que terminarían por destruir completamente nuestro sistema económico. Pero éstos eran justamente los fines que los marxistas de Washington pretendían alcanzar. No se molestaron en sabotear las instituciones fundamentales del capitalismo, ya que para ellos era el peor de los males y de cualquier manera estaba condenado por las inexorables leyes de la evolución histórica. Su plan era el de instaurar, paso a paso, el Estado benefactor de planificación centralizada. Para alcanzar esta meta habían adoptado las políticas "insostenibles" que el *Manifiesto comunista* había descripto como "inevitables como medio para revolucionar completamente los métodos de producción".

Anderson nunca se cansó de señalar que los intentos por bajar las tasas de interés por medio de la expansión crediticia deben traer aparejados un período de auge artificial y su consecuencia inevitable, la depresión. En este sentido había atacado, mucho antes de 1929, la política de dinero fácil de la década del 20, y posteriormente, mucho antes del fracaso de 1937, censuró la política de subsidios al comercio y a la industria con fondos públicos propiciada por el New Deal. Su prédica no fue escuchada, ya que sus oponentes habían aprendido de Marx que la repetición de períodos de depresión es consecuencia necesaria de la ausencia de una planificación central y no puede ser evitada donde existe una "anarquía de producción". Cuanto más dura sea la crisis, más se acercará el día de la salvación en que el socialismo sustituirá al capitalismo.

La política de mantener los salarios, ya sea por decreto gubernamental o por intimidación y violencia sindicales, por encima del nivel que el mercado de trabajo libre habría determinado, crea una desocupación de masas que se prolonga año tras año. Al tratar las condiciones por las que atraviesan los Estados Unidos, como también Gran Bretaña y otros países europeos, Anderson hace referencia una y otra vez a esta ley que, como Lord Beveridge había afirmado pocos años antes, no fue discutida por ninguna autoridad competente. Sus argumentos no impresionaron a aquellos que hacían alarde de ser "amigos del trabajo". Consideraban la supuesta "ineptitud para brindar trabajo a todos" de la empresa privada como inevitable, y resolvieron usar la desocupación masiva como palanca para la realización de sus designios.

Si se quiere repeler las embestidas de los comunistas y socialistas y proteger a la civilización occidental de la sovietización, no es suficiente exponer la esterilidad y la incongruencia de las políticas "progresistas" que dicen buscar el mejoramiento de las condiciones económicas de las masas. Es necesario un ataque frontal a toda la trama urdida por las falacias marxistas, veblenianas y keynesianas. Mientras los silogismos de estas seudofilosofías conserven su inmerecido prestigio, el intelectual promedio continuará culpando al capitalismo por las desastrosas consecuencias de

los esquemas y mecanismos anticapitalistas.

4. La historia económica póstuma de Anderson

Benjamin Anderson dedicó los últimos años de su vida a escribir un gran libro, la historia económica y financiera de nuestra época de guerras y de desintegración progresiva de la civilización.

Los más eminentes trabajos históricos son los de aquellos autores que escribieron la historia de su propio tiempo para sus contemporáneos. Cuando las tinieblas empezaron a descender sobre la gloriosa Atenas, uno de sus ciudadanos más ilustres se consagró a Clío. Tucídides no escribió la historia de las guerras del Peloponeso y de la funesta dirección de la política ateniense sólo como un estudioso impasible. Su aguda inteligencia había reconocido cabalmente las desastrosas consecuencias del camino que transitaban sus compatriotas. Él mismo había formado parte de la conducción política y había integrado las fuerzas combatientes. Al escribir la historia quiso servir a sus conciudadanos. Quiso llamarles la atención y advertirles, para detener su marcha hacia el abismo.

También fueron ésas las intenciones de Anderson. No escribió con el solo objeto de registrar hechos. Su historia también es, de alguna manera, una continuación y una recapitulación de su interpretación y de su examen crítico de los hechos corrientes, según sus Boletines y otros documentos. No hace una crónica de un pasado muerto. Se ocupa de fuerzas que todavía operan y propagan la ruina. Al igual que Tucídides, Anderson ansiaba servir a aquellos que desean tener un conocimiento exacto del pasado como una clave para el futuro.

Al igual que Tucídides, Anderson tampoco vivió para ver su libro publicado. Después de su prematura muerte, muy lamentada por todos sus amigos y admiradores, la editorial D. Van Nostrand lo publicó, con un prólogo de Henry Hazlitt, con el título de *Economics and the Public Welfare, Financial and Economic History of the United States, 1914-1946 (La economía y el bienestar público, historia económica y financiera de los EE.UU., 1914-1946)*. Su contenido es mayor que lo que indica su título, ya que la historia económica y financiera de los EE.UU. en este período estuvo tan entrelazada con la del resto de las naciones, que su narración abarca toda la órbita de la civilización occidental. Los capítulos que se ocupan de los asuntos británicos y franceses son, sin ninguna duda, lo mejor que se ha escrito acerca de la declinación de estos países, otrora florecientes.

Es muy difícil para un revisionista seleccionar, entre el tesoro de información, sabiduría y análisis económico sagaz reunido en este volumen, las joyas más preciosas. El lector inteligente se siente cautivado desde la primera página y no abandonará el libro hasta haber alcanzado la última.

Existen personas que piensan que la historia económica no refleja lo que llaman

el "ángulo humano". Ahora bien, el campo propio de la historia económica son los precios y la producción, la moneda y el crédito, los impuestos y los presupuestos y otros fenómenos parecidos. Pero todo esto es resultado de voluntades, acciones, planes y ambiciones humanas. El tema de la historia económica es el hombre, con todo su conocimiento e ignorancia, sus aciertos y sus errores, sus virtudes y sus defectos.

Citaremos una de las; observaciones de Anderson. Al comentar el abandono del patrón oro por parte de los EE.UU. señala: "No existe necesidad tan grande en la vida humana como la de que los hombres tengan confianza recíproca y confianza en sus gobiernos, y que crean en las promesas que se les hacen y cumplan las propias para que las promesas futuras; puedan ser creídas y para que la cooperación basada en la confianza pueda ser posible. La buena fe —personal, nacional e internacional — es el primer prerrequisito de una vida decente, de una marcha estable de la industria, de la fortaleza financiera del gobierno y de la paz internacional" (pp. 317-318).

Ésas fueron las ideas que impulsaron a los autoproclamados "progresistas" a despreciar a Anderson, tildándolo de "ortodoxo", "anticuado", "reaccionario" y victoriano". Ellos prefieren al Sr. Stafford Cripps, quien afirmó solemnemente en doce oportunidades que nunca cambiaría la paridad oficial entre la libra y el dólar, y después de haberlo hecho declaró que, *naturalmente*, no podía admitir tal intención en su momento.

[Ir a tabla de contenidos]

CAPÍTULO IX

LAS GANANCIAS Y LAS PÉRDIDAS[39]

A. La naturaleza económica de las ganancias y las pérdidas

1. La aparición de las ganancias y las pérdidas

En el sistema capitalista de organización económica de la sociedad, los empresarios determinan la dirección de la producción orientados por los consumidores. En el desempeño de esta función están total e incondicionalmente sujetos a la soberanía del público comprador, es decir, de los consumidores. Si no logran producir aquellos bienes que éstos demandan más urgentemente de la mejor manera y al menor costo posible, incurrirán en pérdidas y serán finalmente eliminados de su posición empresaria. Serán reemplazados por otros hombres que satisfagan de una mejor manera a los consumidores.

Si toda la gente pudiera anticipar correctamente el estado futuro del mercado, los empresarios no obtendrían ganancias ni incurrirían en pérdidas. Tendrían que

comprar los factores de producción complementarios a precios que, en el momento de la compra, ya reflejarían totalmente los precios futuros de los productos. No habría lugar para las pérdidas ni para las ganancias. Lo que hace aparecer las ganancias es el hecho de que el empresario que juzga más correctamente que otros los precios futuros de los productos compra alguno o todos los factores de producción a precios que, desde el punto de vista de la situación futura del mercado, son demasiado bajos. De esta manera, los costos totales de producción —incluido el interés sobre el capital invertido— quedan rezagados con respecto a los precios que el empresario recibe por el producto. Esta diferencia constituye la ganancia empresaria.

Por el otro lado, el empresario que se equivoca en su juicio respecto de los precios futuros de los productos admite precios para los factores de producción que, desde el punto de vista de la situación futura del mercado, son demasiado altos. Sus costos totales de producción exceden los precios a los que puede vender el producto. Esta diferencia constituye la pérdida empresaria.

Por lo tanto, las ganancias y las pérdidas son generadas por el éxito o el fracaso en ajustar la dirección de las actividades productivas a las más urgentes necesidades de los consumidores. Una vez completado este ajuste, tanto unas como otras desaparecen. Los precios de los factores de producción complementarios alcanzan un nivel en el cual los costos totales de producción coinciden con el precio del producto. Las ganancias y las pérdidas son dispositivos que siempre están presentes sólo porque el cambio incesante de los datos económicos crea continuamente nuevas discrepancias, originándose en consecuencia la necesidad de nuevos ajustes.

2. La distinción entre ganancias y otras rentas

Muchos errores concernientes a la naturaleza de las pérdidas y las ganancias fueron causados por la práctica de aplicar el término ganancias a la totalidad de las rentas residuales de un empresario.

El interés sobre el capital invertido no es parte componente de las ganancias. Los dividendos de una corporación no son en su totalidad ganancias. Confrontando los intereses sobre el capital invertido con los dividendos, el resultado en más o en menos, según sea el caso, determina el monto de las ganancias o las pérdidas.

En el mercado, los equivalentes del trabajo realizado por el empresario en la conducción de los negocios de la empresa son cuasi-salarios empresarios, pero no ganancias.

Si la empresa es dueña de un factor por el cual puede cobrar precios monopólicos, obtiene un beneficio monopólico. Si la empresa es una corporación, tales beneficios incrementan el dividendo. Sin embargo, no constituyen ganancias propiamente dichas.

Aun más serios son los errores originados en la confusión entre actividad empresaria e innovación y mejoras tecnológicas.

La adecuación defectuosa a los deseos de los consumidores, cuyo ajuste es la función esencial del empresariado, suele originarse en el hecho de que los nuevos métodos tecnológicos todavía no han sido utilizados en su máxima capacidad, la cual debería ser aprovechada para satisfacer la demanda de los consumidores de la mejor manera posible. Pero no siempre y necesariamente es éste el caso. Los cambios en la información, especialmente en la demanda de los consumidores, pueden requerir ajustes en nada relacionados con las innovaciones y mejoras tecnológicas. El empresario que simplemente aumenta la producción de un artículo añadiendo a los medios de producción existentes un nuevo equipo, sin hacer ningún cambio en los métodos tecnológicos de producción, no es menos empresario que el hombre que inaugura un nuevo método de producción. El empresario no sólo debe ocuparse de experimentar con nuevos métodos tecnológicos, sino también de seleccionar entre el conjunto de métodos tecnológicamente disponibles, aquellos más convenientes para ofrecer al público los bienes que reclama más urgentemente al menor precio. El empresario es quien decide, provisoriamente, si un nuevo procedimiento tecnológico es o no conveniente para este propósito, pero la decisión final pertenece al público comprador, quien se expedirá a través de su conducta en el mercado. La cuestión no radica en que un nuevo método sea o no considerado como una solución más "elegante" al problema tecnológico. Se trata de saber si determinada información económica es el mejor método posible para abastecer a los consumidores al más bajo precio.

Las actividades del empresario consisten en tomar decisiones. Determina en qué deben ser empleados los factores de producción. Cualquier otra actividad que un empresario pueda desarrollar es sólo un accidente dentro de su función empresarial. Es esto lo que muchas personas generalmente no comprenden. Confunden las actividades empresarias con la conducción de los asuntos administrativos y tecnológicos de una planta. Para ellos, los verdaderos empresarios no son los accionistas, ni los gestores, ni los especuladores, sino los empleados contratados. Los primeros no son más que parásitos inútiles que embolsan los dividendos.

Ahora bien, nunca se ha sostenido que uno pudiera producir sin trabajar. Pero tampoco es posible producir sin bienes de capital, o sea los factores previamente producidos para una producción posterior. Estos bienes de capital son escasos; por lo tanto, no son suficientes para la producción de todos los bienes que uno querría haber producido. Y aquí surge el problema económico: utilizarlos de manera tal que sólo se produzcan los bienes convenientes para satisfacer las necesidades más urgentes de los consumidores. Ningún bien debería dejar de ser producido por el hecho de que los factores requeridos para su producción sean utilizados —desperdiciados— en la producción de otro bien cuya demanda es menos intensa.

Alcanzar esta meta es, en un régimen capitalista, tarea del empresariado, que determina en qué ramas productivas se invertirá el capital. En un régimen socialista esto sería una función del estado, el aparato social de coerción y opresión. El problema de si una junta de dirección socialista, carente de cualquier método de cálculo económico, podría o no cumplir esta función, no será tratado en este ensayo.

Existe una regla muy simple para distinguir a los empresarios de los que no lo son. Los empresarios son aquellos sobre quienes recae la incidencia de las pérdidas y de las caídas en el capital invertido. Los economistas aficionados pueden confundir las ganancias con otro tipo de entradas. Pero es imposible dejar de reconocer las pérdidas en el capital invertido.

3. La conducción económica de organizaciones sin fines de lucro

Lo que se ha dado en llamar democracia del mercado se manifiesta en el hecho de que las actividades económicas con fines de lucro están incondicionalmente sujetas a la supremacía del público comprador.

Las organizaciones sin fines de lucro son soberanas en sí mismas. Están en condiciones de desafiar los deseos del público, dentro de los límites trazados por el monto de capital a su disposición.

Un caso especial es el de la conducción de los asuntos gubernamentales: la administración del aparato social de coerción y opresión, es decir, del poder de policía. Los objetivos del gobierno, la protección de la inviolabilidad de la salud y de las vidas de los individuos y de sus esfuerzos para mejorar las condiciones materiales de su existencia, son indispensables. Benefician a todos y son el prerrequisito necesario para la civilización y la cooperación social. Pero no pueden ser vendidos y comprados como si fueran mercaderías; por lo tanto, no tienen precio en el mercado. No puede haber ningún cálculo económico referido a ellos. Los costos derivados de su conducción no pueden ser comparados con un precio recibido por el producto. Este estado de cosas haría que los funcionarios encargados de la administración de las actividades gubernamentales fueran déspotas irresponsables si no estuvieran sujetos al régimen presupuestario. Bajo este régimen, los administradores se ven obligados a obrar de acuerdo con instrucciones detalladas impuestas por el soberano, ya sea un autócrata que asumió el poder por la fuerza, o todo el pueblo actuando a través de representantes electos. Los funcionarios reciben fondos limitados y están obligados a gastarlos sólo para cumplir los objetivos establecidos por el soberano. De esta forma, la dirección de la administración pública se torna burocrática, es decir, dependiente de una cantidad definida de leyes y regulaciones detalladas.

La dirección burocrática es la única alternativa posible cuando no existe una dirección preocupada por las ganancias y las pérdidas.[40]

4. Los votos en el mercado

Los consumidores, a través de sus compras y abstenciones de comprar, eligen a los empresarios como si en realidad se repitiera un plebiscito diario. Determinan quién debe ser propietario y quién no, y cuánto debe tener cada propietario.

Al igual que en todos los casos donde se elige una persona —funcionarios, empleados, amigos, o cónyuge— la decisión de los consumidores se basa en la experiencia y por lo tanto siempre está referida al pasado. No existe una experiencia del futuro. La votación en el mercado beneficia a aquellos que en el pasado inmediato han servido mejor a los consumidores. Sin embargo, la elección no es inalterable y puede ser corregida diariamente. El elegido que decepciona al electorado desciende rápidamente en las listas de los favorecidos por el voto.

Cada voto de los consumidores sólo amplia un poco la esfera de acción del hombre elegido. Para alcanzar los niveles más altos dentro del empresariado, necesita un gran número de votos y que éstos se repitan una y otra vez durante un largo período de tiempo; una prolongada serie de éxitos. Cada día debe someterse a un nuevo juicio, a una nueva elección.

Los empresarios no son ni perfectos ni buenos en sentido metafísico. Deben su posición, exclusivamente, al hecho de estar mejor preparados que otras personas para el desarrollo de las funciones que les incumben. Obtienen ganancias no por ser inteligentes para desarrollar sus tareas, sino porque son más inteligentes o menos desprolijos que otras personas. No son infalibles, y se equivocan a menudo, pero están menos expuestos a los errores y a las equivocaciones que otras personas. Nadie tiene derecho a culparlos por los errores cometidos en la conducción de los negocios y a remarcar el hecho de que la gente habría estado mejor abastecida si los empresarios hubieran sido más hábiles y tenido mejores visiones del futuro. Si quien se queja es más hábil ¿por qué no ocupó él mismo el espacio vacío y aprovechó la oportunidad de obtener ganancias? Es realmente fácil mostrar perspicacia después de ocurridos los hechos. Todos los tontos se vuelven sabios cuando miran hacia atrás.

Una cadena de razonamientos popular dice lo siguiente: el empresario obtiene ganancias no sólo porque otras personas han tenido menos éxito que él en anticipar correctamente el estado futuro del mercado. El mismo contribuyó al surgimiento de las ganancias no produciendo una cantidad mayor del artículo correspondiente. Si no hubiera habido una restricción intencional de su parte, la oferta de este artículo habría sido tan grande que el precio habría caído a un nivel en el cual las entradas no permitirían obtener excedentes sobre los costos de producción. Este razonamiento es el causante de las espurias doctrinas de la competencia imperfecta y monopolística. El gobierno norteamericano recurrió a él poco tiempo atrás cuando culpó a las empresas de la industria del acero por el hecho de que la capacidad

productiva de acero de los EE.UU. no fuera mayor de lo que realmente es.

Ciertamente, aquellos que están comprometidos en la producción del acero no son responsables de que otras personas no entraran igualmente a esta rama productiva. El reproche de las autoridades habría sido sensato si estas últimas hubieran conferido a las corporaciones existentes el monopolio de la producción de acero. Pero al no existir tal privilegio, la reprimenda hecha a las fábricas en funcionamiento no es más justificable que censurar a los poetas y músicos de la nación por no ser más y mejores poetas y músicos. Si alguien tiene la culpa por el hecho de que el número de personas que se incorpora a la organización voluntaria de defensa civil no sea mayor, no son los que ya se han incorporado, sino los que no lo han hecho.

Que la producción del bien "p" no sea mayor de lo que realmente es, se debe al hecho de que los factores complementarios de producción requeridos para una expansión fueron empleados para la producción de otros bienes. Hablar de una oferta insuficiente del bien "p" es retórica vacía si no se señalan los distintos productos "m" producidos en cantidades demasiado grandes, con la consecuencia de que su producción parece ahora, es decir, después del hecho, un desperdicio de los escasos factores de producción. Podemos presumir que los empresarios que, en lugar de producir cantidades adicionales de "p", se volcaron a la producción de cantidades excesivas de "m", y que consecuentemente incurrieron en pérdidas, no se equivocaron intencionalmente.

Tampoco los productores de "p" restringieron la producción de "p" intencionalmente. El capital de cada empresario es limitado; lo emplea en aquellos proyectos que, según él espera, brindarán las mayores ganancias, al satisfacer las necesidades más urgentes del público.

Un empresario que dispone de 100 unidades de capital, emplea, por ejemplo, 50 unidades para la producción de "p" y 50 unidades para la producción de "q". Si ambos productos son rentables, sería ridículo culparlo por no haber utilizado, por ejemplo, 75 unidades para la producción de "p". Podría incrementar la producción de "p" sólo si redujera correspondientemente la producción de "q". Pero quienes se quejan podrían encontrar la misma falla respecto de "q". Si se responsabiliza al empresario por no haber producido más "p", también debe culpárselo por no haber producido más "q". Esto significa lo siguiente: se culpa al empresario por el hecho de que existe escasez de los factores de producción y porque la tierra no es la tierra de Cockaigne.

Quizá quien se queja aducirá la razón de que él considera que "p" es un bien vital, mucho más importante que "q", y que por lo tanto la producción de "p" debe expandirse y la de "q" restringirse. Si éste es realmente el sentido de la crítica, no está de acuerdo con los juicios de los consumidores. Se quita la máscara y muestra

sus aspiraciones dictatoriales. Se pretende que la producción no debe ser dirigida por los deseos del público sino por su voluntad despótica.

Pero si al producir "q" nuestro empresario incurre en pérdidas, es obvio que su error consistió en una pobre visión del futuro y que no fue intencional.

La entrada a las filas de los empresarios en una sociedad de mercado, no saboteada por la interferencia del gobierno o de otros órganos que recurran a la violencia, está abierta a todos. Aquellos que saben cómo aprovechar cualquier oportunidad económica que se presente, siempre encontraran el capital necesario, ya que el mercado está lleno de capitalistas ansiosos por encontrar los destinos más promisorios para sus fondos y que buscan recién llegados ingeniosos, con cuya compañía podrían llevar a cabo los proyectos más remunerativos.

Frecuentemente, la gente no pudo darse cuenta de esta característica inherente al capitalismo, porque no entienden el significado y los efectos de la escasez de capital. La tarea del empresario es seleccionar entre los numerosos proyectos tecnológicamente factibles aquellos que satisfarán las más urgentes y aun no satisfechas necesidades del público. Los proyectos para cuya ejecución no alcanza la oferta de capital no deben ejecutarse. El mercado siempre está atestado de visionarios que desean llevar a cabo esos planes impracticables e irrealizables. Son estos soñadores los que siempre se quejan de la ceguera de los capitalistas que son demasiado estúpidos para cuidar sus propios intereses. Los inversores, por supuesto, a menudo eligen equivocadamente sus inversiones. Pero estos errores consisten precisamente en el hecho de que eligieron un proyecto inapropiado, en lugar de otro que habría satisfecho las necesidades más urgentes del público comprador.

Lamentablemente, la gente se equivoca frecuentemente al juzgar el trabajo de los genios creativos. Sólo una minoría de personas lo aprecia lo suficiente como para valorar correctamente los logros de los poetas, artistas y pensadores. Puede suceder que la indiferencia de sus coetáneos imposibilite al genio lograr lo que habría logrado si sus semejantes hubieran demostrado mejor juicio. El modo de seleccionar al poeta laureado o al filósofo "à la mode" es verdaderamente discutible.

Pero es inadmisible cuestionar la elección que el mercado libre hace de los empresarios. La preferencia que los consumidores demuestran hacia artículos definidos puede ser cuestionable desde el punto de vista de una apreciación filosófica. Pero los juicios de valor, necesariamente, son siempre personales y subjetivos. El consumidor elige lo que, en su opinión, le brinda la mayor satisfacción. Nadie está llamado a determinar qué puede hacer a un hombre más o menos feliz. La popularidad de los automóviles, televisores y medias de nilón puede ser criticada desde el punto de vista "más elevado". Pero éstas son las cosas que la gente demanda. La gente dirige sus votos hacia aquellos empresarios que le ofrecen la mercadería de mejor calidad al más bajo precio.

Al elegir entre distintos partidos y plataformas políticas para la organización social y económica del estado, la mayoría de la gente está mal informada y deambula en la oscuridad. El votante promedio carece de los conocimientos necesarios para distinguir aquellas políticas adecuadas para obtener los fines buscados, de las que no lo son. Le es difícil analizar las largas cadenas del razonamiento apriorístico, que constituye la filosofía de un programa social extenso. En el mejor de los casos, puede formarse alguna opinión acerca de los efectos a corto plazo de las políticas involucradas. Está incapacitado para tratar los efectos a largo plazo. En principio, los socialistas y comunistas frecuentemente sostienen la infalibilidad de las decisiones de la mayoría. Sin embargo, se contradicen cuando critican a las mayorías parlamentarias que rechazan su credo y al negar a la gente, a través de un régimen unipartidario, la posibilidad de elegir entre partidos diferentes.

Pero en la compra de un bien o en la abstención de su compra, lo único que interviene son los deseos que los consumidores tienen de obtener la mejor satisfacción posible de sus necesidades más urgentes. El consumidor no elige —como el votante político— entre medios diferentes cuyos efectos aparecerán más tarde. Elige entre objetos que le brindarán satisfacción inmediata. Su decisión es terminante.

Un empresario obtiene ganancias por servir a los consumidores, es decir a las personas, tal cual son y no tal como deberían ser según las fantasías de algún dictador potencial.

5. La función social de las ganancias y las pérdidas

Las ganancias nunca son normales. Sólo aparecen cuando existe un desajuste, una divergencia entre la producción real y la producción que debería existir para utilizar los recursos mentales y materiales de forma tal que permitan brindar la mejor satisfacción posible a los deseos del público. Son el precio que reciben aquellos que terminan con el desajuste; desaparecen apenas deja de existir el desajuste. En la estructura imaginaria de una economía de rotación uniforme no existen ganancias. En ella la suma de los precios de los factores de producción complementarios coincide con el precio del producto, debido a las asignaciones hechas por las preferencias temporales.

Cuanto más grandes sean los desajustes precedentes, mayores serán las ganancias provenientes de su remoción. Algunas veces, los desajustes pueden llamarse excesivos. Pero es inadecuado aplicar el epíteto de "excesivas" a las ganancias.

La gente se forma la idea de ganancias excesivas comparando la ganancia obtenida con el capital empleado en la empresa y midiendo la ganancia como porcentaje del capital. Este método es sugerido por el procedimiento consuetudinario aplicado en sociedades y corporaciones para la asignación de

cuotas de la ganancia total a los socios y accionistas individuales. Estos hombres han contribuido en diferente medida a la realización del proyecto y comparten las pérdidas y las ganancias de acuerdo con el monto de su contribución.

Pero no es el capital empleado el que crea las ganancias y las pérdidas. El capital no "engendra ganancias", como pensaba Marx. Los bienes de capital, tal como existen, son objetos muertos que en sí mismos no logran nada. Si son utilizados de acuerdo con una, buena idea, aparecen las ganancias. Si son utilizados según una idea equivocada, no aparecen las ganancias o se incurre en pérdidas. Es la decisión empresarial la que crea, ya sea las ganancias o las pérdidas. Es en la actividad mental, en la mente del empresario, donde se originan las ganancias. Éstas son un producto de la mente, del éxito en prever el estado futuro del mercado. Constituyen un fenómeno espiritual e intelectual.

El absurdo de condenar a cualquier ganancia por "excesiva" puede ser fácilmente demostrado.

Una empresa con un capital de monto "c" produce una cantidad definida de "p", que vende a precios que arrojan un excedente de rentas sobre costos de "s" y en consecuencia obtiene una ganancia del "n" por ciento. Si el empresario hubiera sido menos capaz, habría necesitado un capital de "2c" para producir la misma cantidad de "p". En beneficio de la argumentación, podemos incluso pasar por alto el hecho de que esto habría necesariamente incrementado los costos de producción, como también habría duplicado el interés sobre el capital empleado, y podemos presumir que "s" habría permanecido invariable. Pero de todas formas, "s" habría sido comparada con "2c" en lugar de "c", y por lo tanto la ganancia habría sido de sólo el "n/2" por ciento sobre el capital empleado. La ganancia "excesiva" se habría reducido a un nivel "justo". ¿Por qué? Porque el empresario fue menos eficiente y porque su falta de eficiencia privó a sus compatriotas de todas las ventajas que podrían haber obtenido si una cantidad "c" de bienes de capital hubiera quedado disponible para la producción de otras mercaderías.

Al dar a las ganancias el carácter de "excesivas" y al castigar a los empresarios eficientes con impuestos discriminatorios, la gente se hace daño a sí misma. Gravar las ganancias es equivalente a gravar el éxito en brindar el mejor servicio al público. La única meta de todas las actividades productivas es emplear los factores de producción de manera tal que rindan lo máximo posible. Cuanto menor sea la cantidad de factores de producción empleados, mayor será la cantidad disponible para la producción de otros artículos. Pero cuanto mayor sea el éxito que un empresario tenga en este sentido, mayor será la cantidad de insultos que sufra y el monto de impuestos que succionará sus remuneraciones. Los costos crecientes por unidad de producto, es decir, el derroche, son alzados como virtud.

La manifestación más increíble de este total fracaso en entender la tarea de la

producción y la naturaleza y las funciones de las ganancias y las pérdidas se evidencia en la superstición popular según la cual las ganancias son una adición hecha a los costos de producción, cuya magnitud depende únicamente de la discreción del vendedor. Es esta creencia la que conduce a los gobiernos hacia el control de precios. Es esta misma creencia la que ha impulsado a muchos gobiernos a concretar acuerdos con sus contratistas, según los cuales el precio a pagarse por un artículo entregado debe ser igual a los costos de producción del vendedor incrementados en un porcentaje definido. Como consecuencia de esto, el proveedor obtenía un beneficio más importante cuanto menos éxito tenía en evitar costos superfluos. Los contratos de este tipo acrecentaron considerablemente las sumas que los Estados Unidos tuvieron que gastar en las dos guerras mundiales. Pero los burócratas, fundamentalmente los profesores de economía, que sirvieron en los distintos departamentos de guerra, se enorgullecían por su sagaz manejo del asunto.

Todas las personas, tanto los empresarios como los que no lo son, miran con recelo las ganancias obtenidas por otras personas. La envidia es una debilidad común en los hombres. Las personas están poco dispuestas a reconocer el hecho de que ellas mismas podrían haber obtenido ganancias si hubieran puesto de manifiesto la misma perspicacia y el mismo juicio que tuvieron los hombres de negocios exitosos. Su resentimiento es mayor en la medida en que su subconsciente reconoce este hecho.

No existirían las ganancias si no fuera por los deseos del público de adquirir las mercaderías ofrecidas en venta por los empresarios exitosos. Pero las mismas personas que se desesperan por estos artículos, vilipendian al hombre de negocios y lo llaman enfermo de apetito de ganancias.

La expresión semántica de esta envidia es la distinción entre rentas del trabajo e ingresos no ganados. Es difundida por los libros de texto, por el lenguaje de las leyes y de los procedimientos administrativos. Así, por ejemplo, el Formulario oficial 201 para la recaudación del Impuesto a las Ganancias del estado de Nueva York llama "salarios" sólo a las compensaciones recibidas por empleados e implícitamente llama "ingresos no ganados" a todo otro ingreso, incluso aquel que resulte del ejercicio de una profesión. Tal es la terminología utilizada por un estado cuyo gobernador es republicano y cuyo congreso estatal tiene mayoría republicana.

La opinión pública tolera las ganancias, en la medida en que no excedan el salario pagado a un empleado. Toda suma que supere esa cifra es rechazada por ser injusta. El objetivo de los impuestos es, de acuerdo con el principio de capacidad contributiva, confiscar este exceso.

Ahora bien, una de las principales funciones de las ganancias es trasladar el control del capital a aquellos que saben emplearlo de la mejor forma posible para satisfacer, las necesidades del público. Cuanto mayores sean las ganancias obtenidas

por un hombre, mayor será su riqueza y mayor será su influencia en la conducción de las actividades económicas. Las ganancias y las pérdidas son instrumentos por medio de los Cuales los consumidores ceden la dirección de las actividades productivas a aquellos que están, mejor capacitados para servirlos. Cualquier, intento de confiscar o cercenar las ganancias perjudica la función. Como resultado de tales medidas se aflojan las riendas que el consumidor tiene sobre el curso de la producción. El Mecanismo económico se torna, desde el punto de vista del interés de la gente, menos eficiente y menos obediente.

Los celos que el hombre común siente hacen que éste mire las ganancias de los empresarios como si éstas tuvieran el consumo como único destinó. Desde luego, parte de ellas se consumen. Pero únicamente obtienen riqueza e influencia en el ámbito de los negocios aquellos empresarios que sólo consumen una fracción de sus entradas y reinvierten la mayor parte de ellas en sus empresas. Lo que hace que un pequeño negocio se convierta en un gran negocio no es el gasto, sino el ahorro y la acumulación de capital.

6. Las ganancias y las pérdidas en la economía que progresa y en la que retrocede

Llamamos economía estable a aquella en la cual la cuota per cápita de ingresos y riqueza de los individuos permanece invariable. En una economía como ésta el mayor gasto de los consumidores en algunos artículos debe ser equivalente al menor gasto en otros. El monto total de ganancias obtenidas por una parte de los empresarios equivale al monto total de las pérdidas sufridas por otros empresarios. Sólo habrá un excedente en la suma de las ganancias obtenidas por sobre la suma de las pérdidas sufridas en toda la economía, en una economía que progresa, es decir, en aquella en la cual la cuota de capital per cápita aumenta. Este incremento es un efecto del ahorro que añade nuevos bienes de capital a la cantidad disponible previamente. El incremento del capital disponible crea desajustes en cuanto produce una diferencia entre el estado de producción real y el estado que el capital adicional hace posible. Gracias a la aparición de capital adicional, algunos proyectos que hasta un determinado momento no podían llevarse a cabo se hacen factibles. Al dirigir el nuevo capital en aquellas direcciones que satisfagan las necesidades más urgentes de los consumidores, los empresarios obtienen ganancias que no se ven equiparadas con las pérdidas de otros empresarios.

El enriquecimiento que el capital adicional genera sólo favorece parcialmente a aquellos que lo produjeron a través de su ahorro. El resto favorece como consecuencia del aumento de la productividad marginal del trabajo, y por consiguiente de los salarios, a aquellos que perciben jornales y salarios; como consecuencia del aumento de los precios de materias primas y de alimentos determinados, a los dueños de tierras; y finalmente, a los empresarios que integran

este nuevo capital dentro del proceso de producción más económico. Pero mientras que los asalariados y los propietarios se benefician para siempre, las ganancias de los empresarios desaparecen una vez lograda la integración. Son, como ya ha sido mencionado, un fenómeno permanente sólo por el hecho de que diariamente aparecen nuevos desajustes, cuya eliminación genera ganancias.

En beneficio de la argumentación, recurramos al concepto de ingreso nacional tal como es empleado en la economía popular. Así, es evidente que en una economía estable ninguna parte del ingreso nacional constituye ganancias. Sólo en una economía que progresa las ganancias totales exceden las pérdidas totales. La creencia popular de que las ganancias se deducen del ingreso de los trabajadores y de los consumidores es completamente falaz. Si empleamos el término deducción, debemos decir que tanto el exceso de las ganancias sobre las pérdidas, como los incrementos que perciben los asalariados y los propietarios, se deducen de las entradas de aquellos que produjeron el capital adicional a través de su ahorro. Es su ahorro el vehículo de mejoramiento económico, que hace posible el empleo de innovaciones tecnológicas y aumenta la productividad y el nivel de vida. Es la actividad de los empresarios la que se ocupa del empleo más económico del capital adicional. Mientras ellos no ahorren, ni los trabajadores ni los propietarios aportarán nada para que surjan las circunstancias que generan lo que se llama progreso y mejora económica. Estos últimos son beneficiados por el ahorro de otras personas, que crea capital adicional por un lado, y por la acción empresaria que dirige este capital adicional hacia la satisfacción de las necesidades más urgentes, por el otro.

Una economía en retroceso es una economía cuya cuota de capital invertido per cápita está decreciendo. En una economía como ésa, el monto total de pérdidas sufridas por los empresarios excede el monto total de ganancias obtenidas por otros empresarios.

7. El cálculo de las ganancias y las pérdidas

Las categorías praxeológicas originales de ganancias y pérdidas son cualidades psíquicas y no reducibles a ninguna descripción interpersonal hecha en términos cuantitativos. Se trata de magnitudes completas. La diferencia entre el valor del fin obtenido y el de los medios aplicados para su obtención es la ganancia, si es positiva, y la pérdida, si es negativa.

Cuando existe una división social de esfuerzos y de cooperación, como también propiedad privada de los medios de producción, el cálculo económico en términos de unidades monetarias se hace factible y necesario. Las ganancias y las pérdidas son calculables como fenómeno social. Los fenómenos psíquicos de ganancia y pérdida, de los cuales aquéllas derivan en última instancia, siguen siendo, por supuesto, magnitudes completas incalculables.

El hecho de que dentro del marco de la economía de mercado las ganancias y las pérdidas empresariales sean determinadas a través de operaciones aritméticas ha conducido a conclusiones erróneas a muchas personas. No entienden que las partidas esenciales que forman parte de este cálculo son estimaciones emanadas del conocimiento específico que el empresario tiene sobre el estado futuro del mercado. Piensan que estos cálculos están abiertos al análisis y a la verificación o alteración por parte de un experto desinteresado. Ignoran el hecho de que tales cálculos son, como regla, una parte inherente a la anticipación especulativa que el empresario hace sobre las inciertas condiciones futuras.

Para complementar lo que nos hemos propuesto en este ensayo nos basta con hacer referencia a uno de los problemas para la contabilización de los costos. Una de las partidas de una lista de costos es el establecimiento de la diferencia entre el precio pagado por los comúnmente llamados equipos de producción durables y su valor presente. El valor presente es el equivalente monetario a la contribución que este equipo hará a los ingresos futuros. No existe certeza alguna acerca del estado futuro del mercado y del nivel de estos ingresos. Sólo pueden ser determinados por una anticipación especulativa por parte del empresario. Es absurdo llamar a un experto y sustituir el juicio del empresario por su juicio arbitrario. El experto es objetivo mientras no se vea afectado por algún error. Pero el empresario expone su propio bienestar material.

Desde luego, la ley determina magnitudes que llama ganancias y pérdidas. Pero estas magnitudes no son idénticas a los conceptos económicos de ganancias y pérdidas y no deben confundirse con ellos. Si una ley impositiva llama ganancia a una magnitud, en realidad determina el nivel del impuesto adecuado. Le da este nombre porque desea justificar su política impositiva ante la opinión pública. Sería más correcto que el legislador omitiera el término ganancias y hablara simplemente de base para el cálculo del impuesto adeudado.

Las leyes impositivas tienden a calcular lo que ellas llaman ganancias de modo tal que resulten lo más altas posible para incrementar las rentas públicas inmediatas. Pero existen otras leyes destinadas a restringir la magnitud que llaman ganancia. Los códigos comerciales de muchas naciones fueron y son concebidos para proteger los derechos de los acreedores. Procuran restringir lo que ellos llaman ganancias para impedir que el empresario se aparte demasiado de la firma o corporación en beneficio propio y en perjuicio de los acreedores. Eran estas tendencias las que predominaban en la evolución de los usos comerciales respecto del nivel acostumbrado de cuotas de amortización.

Hoy, no existe necesidad de extenderse sobre el problema de la falsificación del cálculo económico en condiciones inflacionarias. Todo el mundo comienza a comprender el fenómeno de las ganancias ilusorias, nacido de las grandes inflaciones de nuestra época. El no poder entender los efectos de la inflación sobre

los métodos usuales utilizados para el cálculo de las ganancias originó el concepto moderno de "excesivas". A un empresario se lo llama "abusador" si su balance de resultados, calculado en términos de moneda sujeta a una inflación que progresa rápidamente, muestra ganancias que otras personas juzgan "excesivas". Ha sucedido frecuentemente en muchos países que el estado de resultados de ese "abusador", una vez calculado en moneda constante o menos inflada, no sólo no mostró ganancias sino que reveló pérdidas considerables.

Aun si evitamos, en beneficio de esta argumentación, hacer alguna referencia al fenómeno de las ganancias meramente ilusorias inducidas por la inflación, es evidente que el epíteto de "abusador" es la expresión de un juicio de valor arbitrario. No existe ningún otro parámetro disponible para hacer la distinción entre ganancias "excesivas" y "justas" que no sea el provisto por la envidia y el resentimiento personales del crítico.

Es verdaderamente extraño que una lógica eminente, la desaparecida L. S. Stebbing, no haya podido percibir con claridad esta importante cuestión. La profesora Stebbing igualó el concepto de excesos a conceptos que se refieren a una distinción clara, de naturaleza tal que entre sus extremos no puede trazarse una línea bien definida. La distinción entre ganancias "excesivas" y "ganancias legítimas", declaró, es clara, aunque no sea una distinción bien definida.[41] Ahora bien, esta distinción es clara sólo cuando se refiere a un acto legislativo que define el término de ganancias excesivas tal como ha sido usado en ese contexto. Pero esto no es lo que Stebbing pensaba. Enfatizó explícitamente que tales definiciones legales están hechas "de manera arbitraria para los fines prácticos de la administración". Utilizó el término "legítimas" sin hacer referencia a estatutos legales y sus definiciones. ¿Pero puede permitirse el empleo del término legítimas sin referirlo a ningún parámetro desde cuyo punto de vista el objeto en cuestión puede ser considerado como legítimo? ¿ Y existe algún otro parámetro disponible para distinguir la ganancia legítima de la excesiva que no sea el provisto por los juicios de valor personales?

La profesora Stebbirig se refirió a los famosos argumentos *acervus y calvus* de los antiguos lógicos. Muchas palabras son vagas hasta tanto se apliquen a características qué pueden ser poseídas en distintas medidas. Es imposible trazar una línea definida entre aquellos que son calvos y aquellos que no lo son. Es imposible definir con precisión el concepto de calvicie. Pero lo que la profesora Stebbing no remarcó es que la característica por la cual la gente distingue entre aquellos, que son calvos y aquellos que no lo son es susceptible de una definición precisa. Es la presencia o la ausencia de cabello en la cabeza de una persona. Ésta es una clara y no ambigua señal cuya presencia o ausencia debe ser establecida a través de la observación y expresada por medio de proposiciones acerca de la existencia. Lo vago és Sólo la determinación del punto en el cual la no calvicie se

convierte en calvicie. La gente puede no estar de acuerdo con respecto a la determinación de este punto. Pero la discusión se refiere a la interpretación de la convención que asigna un cierto significado a la palabra calvicie. No hay juicios de valor implícitos. Desde luego, puede suceder que la diferencia de opinión sea en un caso concreto causada por el prejuicio. Pero éste es otro tema.

La vaguedad de palabras tales como calvicie es la misma que resulta inherente a los números o los pronombres indefinidos. El lenguaje necesita de esos términos ya que para muchos de los propósitos de la comunicación diaria entre los hombres, un establecimiento aritmético exacto de cantidad es superfluo y demasiado fastidioso. Los lógicos están totalmente equivocados al intentar asignar a tales palabras, cuya vaguedad es intencional y sirve a propósitos determinados, la precisión de números definidos. A un individuo que proyecta visitar Seattle le basta saber que existen muchos hoteles en esta ciudad. Un comité que planea reunir una convención en Seattle necesita información precisa acerca del número disponible de camas en los hoteles.

El error de la profesora Stebbing consistió en confundir proposiciones existenciales con juicios de valor. Su falta de familiaridad con los problemas económicos, puesta de manifiesto en todos sus escritos, que son valiosos en otros aspectos, la condujo por mal camino. No habría cometido tal equivocación en un terreno que le hubiera resultado más conocido. No habría declarado que existe una clara distinción entre las "regalías legitimas" y las "regalías ilegítimas" que un autor percibe. Habría comprendido que el monto de las regalías percibidas depende del aprecio que el público sienta por un libro y que un observador que critica el monto de las regalías sólo expresa su juicio de valor personal.

B. La condena de las ganancias

1. La economía y la abolición de las ganancias

Aquellos que tildan con desprecio como de "no merecidas" las ganancias empresarias, quieren decir que se trata de lucro injustamente obtenido a costa de los trabajadores y de los consumidores, o de ambos. Tal es la idea subyacente en el supuesto "derecho al producto total del trabajo" y en la doctrina marxista de la explotación. Puede decirse que la mayoría de los gobiernos —si no todos— y la inmensa mayoría de nuestros contemporáneos respaldan esta opinión en todo aspecto aunque algunos de ellos sean suficientemente generosos como para consentir que los "explotadores" deberían conservar una fracción de las ganancias.

No tiene sentido discutir acerca de la adecuación de los preceptos éticos. Éstos derivan de la intuición; son arbitrarios y subjetivos. No existe un parámetro objetivo por el que puedan ser juzgados. Los fines últimos son elegidos por los juicios de valor del individuo. No pueden determinarse por la investigación científica y el

razonamiento lógico. Si un hombre dice "esto es lo que yo pretendo, cualesquiera sean las consecuencias de mi conducta y el precio que deba pagar por ello", nadie puede oponerle objeción alguna. Pero la cuestión es si es realmente cierto que este hombre está dispuesto a pagar cualquier precio para obtener el fin mencionado. Si la respuesta a esta última pregunta es negativa se hace posible efectuar un análisis del asunto en cuestión.

Si realmente existiera gente que estuviera dispuesta a tolerar todas las consecuencias de la abolición de las ganancias, por más perjudiciales que fueran, la economía se vería imposibilitada de tratar el problema. Pero éste no es el caso. Aquellos que quieren abolir las ganancias son guiados por la idea de que esta confiscación mejoraría el bienestar material de todos los no empresarios. A su juicio la abolición de la ganancia no es un fin último sino un medio para alcanzar un fin definido, o sea el enriquecimiento de los que no son empresarios. Que este fin pueda realmente obtenerse empleando este medio y que la utilización de este medio pueda tener consecuencias que parezcan a todas o a algunas personas menos deseables que las condiciones imperantes antes de su empleo, son cuestiones que la economía debe examinar.

2. Las consecuencias de la abolición de las ganancias

La idea de abolir ganancias para beneficiar a los consumidores lleva implícito el hecho de que el empresario debería ser obligado a vender los productos a precios que no excedan los costos de producción. Como tales precios, para todos los artículos cuya venta habría arrojado ganancias, están por debajo del precio potencial del mercado, la oferta disponible no alcanza a satisfacer a todos aquellos que desean adquirir estos artículos a estos precios. El mercado se ve paralizado por la fijación de precios máximos. No puede asignar productos a los consumidores. Debe adoptarse un sistema de racionamiento.

La sugerencia de abolir las ganancias del empresario en beneficio de los empleados no busca la abolición de las ganancias. Pretende arrebatarlas de las manos del empresario para entregarlas a los empleados.

En un modelo como ése, las pérdidas sufridas recaen sobre el empresario mientras que las ganancias van hacia los empleados. Es probable que el efecto de esta medida sea un incremento de las pérdidas y una mengua en las ganancias. De todos modos una parte mayor de las ganancias sería consumida y una parte menor sería ahorrada y reinvertida en la empresa. No habría capital disponible para el establecimiento de nuevas ramas productivas y para las transferencias de capital desde las ramas que —de acuerdo con la demanda de los clientes— deberían achicarse hacia aquellas que deberían expandirse, ya que los intereses de aquellos empleados en una actividad o empresa definida se verían perjudicados por la restricción del capital empleado en ella y por la transferencia de éste hacia otra

empresa o actividad. Si un modelo como ése hubiera sido adoptado hace cincuenta años, todas las innovaciones logradas en este período se habrían vuelto imposibles de alcanzar. Si, a los fines de la argumentación, estuviéramos dispuestos a no hacer referencia al problema de la acumulación del capital, aún deberíamos darnos cuenta de que el dar las ganancias a los empleados tendrá como resultado una rigidez del estado de producción alguna vez, alcanzado e impedirá cualquier ajuste, mejora y progreso.

En efecto, el modelo transferiría la propiedad del capital invertido a manos de los empleados. Equivaldría al establecimiento del sindicalismo y generaría los mismos efectos que el sindicalismo, un sistema que ningún autor o reformista se atrevió a defender abiertamente.

Una tercera solución del problema sería confiscar todas las ganancias obtenidas por los empresarios en beneficio del estado. Un impuesto a las ganancias del cien por ciento cumpliría con esta tarea. Transformaría a los empresarios en administradores irresponsables de todas las plantas y lugares de trabajo. Ya no estarían sujetos a la supremacía del público comprador. Sólo serían personas que tienen el poder para manejar la producción como les plazca.

Las políticas de todos los gobiernos contemporáneos que no han adoptado un socialismo sin reservas aplican conjuntamente estos tres modelos. Confiscan a través de diversas medidas de control de precios una parte de las ganancias potenciales, supuestamente en beneficio de los consumidores. Respaldan a los sindicatos en sus esfuerzos para arrebatar, teniendo en cuenta el principio de determinación salarial por capacidad de pago, una parte de las ganancias a los empresarios. Y por último, es igualmente importante mencionar sus intentos de confiscar, a través de tasas progresivas de impuestos a las ganancias, impuestos especiales sobre las ganancias de las corporaciones e impuestos sobre las "ganancias excesivas", una parte cada vez mayor de las ganancias para solventar el gasto público. Puede apreciarse fácilmente que de continuar aplicándose estas políticas, muy pronto dejarán de existir completamente las ganancias empresarias.

El efecto de la aplicación conjunta de estas políticas ya está causando el caos. El efecto final será el pleno advenimiento del socialismo a través del desplazamiento de los empresarios. El capitalismo no puede sobrevivir si las ganancias son abolidas. Son las ganancias y las pérdidas las que obligan a los capitalistas a emplear su capital para brindar el mejor servicio a los consumidores. Son las ganancias y las pérdidas las que encumbran en la conducción de los negocios a aquellas personas que están mejor preparadas para satisfacer al público. Si las ganancias son abolidas, la consecuencia será el caos.

3. Los argumentos contra las ganancias

Todas las razones desarrolladas a favor de una política que vaya en contra de las ganancias son el resultado de una interpretación errónea del funcionamiento de la economía de mercado.

Los magnates de la industria son demasiado poderosos, demasiado ricos y demasiado grandes. Abusan de su poder para su propio enriquecimiento. Son tiranos irresponsables. Una empresa de gran tamaño es un mal en sí misma. No existe ninguna razón para que algunos hombres sean dueños de millones mientras otros son pobres. La riqueza de unos pocos es la causa de la pobreza de las masas.

Cada palabra de estas apasionadas acusaciones es falsa. Los empresarios no son tiranos irresponsables. Es precisamente la necesidad de obtener ganancias y evitar pérdidas la que otorga a los consumidores el poder de influir sobre ellos, obligándolos a satisfacer los deseos de la gente. Lo que hace grande a una empresa es su éxito en satisfacer de la mejor manera las demandas de los compradores. Si la empresa mayor no sirviera a la gente mejor que una pequeña, habría sido reducida a la pequeñez. Los esfuerzos de un empresario para enriquecerse a través del incremento de sus ganancias no perjudican a nadie. El empresario tiene, en su calidad de tal, sólo una tarea: procurar obtener la ganancia más alta posible. Las enormes ganancias son prueba de un buen servicio prestado en la satisfacción de los consumidores. Las pérdidas son prueba de los errores cometidos, del fracaso en desempeñar satisfactoriamente las tareas que incumben a un empresario. La riqueza de los empresarios exitosos no es la causa de la pobreza de nadie; es consecuencia del hecho de que los consumidores están mejor abastecidos que lo que hubieran estado de no haber existido el esfuerzo del empresario. La penuria soportada por millones de personas en los países atrasados no es causada por la opulencia de nadie, es correlativa del hecho de que su país no tiene empresarios que hayan adquirido riquezas. El nivel de vida del hombre común es más alto en aquellos países que tienen el mayor número de empresarios ricos. Es de principal importancia para el interés material de todos que el control de los factores de producción esté concentrado en manos de aquellos que saben cómo utilizarlos de la manera más eficiente posible.

Impedir el surgimiento de nuevos millonarios es el objetivo reconocido de las políticas de todos los gobiernos y partidos políticos actuales. La adopción de esta política en los EE.UU. hace cincuenta años habría impedido el crecimiento de la industria productora de nuevos artículos. Los automóviles, las heladeras, los aparatos de radio y un centenar de otras innovaciones no tan espectaculares pero aun más prácticas no se habrían convertido en parte del equipamiento corriente de la mayoría de los hogares norteamericanos.

El asalariado promedio piensa que para mantener en funcionamiento el aparato social de producción y para mejorar e incrementar la producción total, no se necesita nada más que el trabajo rutinario, comparativamente simple, que le fue

asignado. No se da cuenta de que los afanes y fatigas de la tarea que desempeña rutinariamente no son suficientes por sí mismos. La diligencia y la habilidad son desperdiciadas sin la previsión del empresario que las dirija hacia la meta más importante y sin la ayuda del capital acumulado por los capitalistas. El trabajador norteamericano se equivoca totalmente cuando piensa que debe su alto nivel de vida a sus propias virtudes. No es más industrioso ni más hábil que los trabajadores de Europa occidental. Debe sus altos ingresos al hecho de que su país se aferró a un "vigoroso individualismo" en mucho mayor medida que Europa. Tuvo la suerte de que los Estados Unidos aplicaran una política anticapitalista cuarenta o cincuenta años más tarde que Alemania. Sus salarios son más altos que los de los trabajadores del resto del mundo porque la inversión de capital por habitante es más alta en EE.UU. y porque el empresario norteamericano no se vio tan limitado como sus colegas de otros países por reglamentaciones paralizantes. La prosperidad comparativamente mayor de los EE.UU. es consecuencia del hecho de que el New Deal no llegó en 1900 o en 1910 sino recién en 1933.

Si se quisiera estudiar las razones del retraso de Europa, sería necesario examinar las numerosas leyes y regulaciones que impidieron allí el establecimiento del equivalente del drugstore norteamericano y evitaron la evolución de las cadenas de tiendas de los comercios departamentados, de los supermercados y establecimientos comerciales similares. Sería importante investigar el esfuerzo del Reich alemán para proteger los ineficientes métodos de "Handwork" (mano de obra) tradicional de la competencia de la economía capitalista. Aun más revelador sería un análisis del "Gewerbepolitik" austríaco, una política que tuvo como meta, apenas iniciada la década del 80 y en adelante, preservar la estructura económica de las épocas que precedieron a la Revolución Industrial.

La peor amenaza a la prosperidad, a la civilización y al bienestar material de los asalariados es la incapacidad de los jefes sindicales, de los "economistas del sindicato" y del grupo menos inteligente de los propios trabajadores para reconocer el rol que los empresarios desempeñan en la producción. Esta falta de visión ha encontrado una expresión clásica en los escritos de Lenin. Para Lenin, todo lo que la producción requiere aparte del manual de trabajo del trabajador y del diseño de los ingenieros es el "control de producción y distribución", una tarea que puede ser cumplida fácilmente por los "trabajadores armados", ya que esta contabilización y control "han sido *simplificados* en grado sumo por el capitalismo, hasta haberse convertido en las operaciones extraordinariamente simples de observar, registrar y emitir recibos, que están dentro de las posibilidades de todos los que sepan leer y escribir y conozcan las cuatro operaciones aritméticas fundamentales".[42] No es necesario hacer ningún otro comentario.

4. El argumento de la igualdad

Para los partidos que se autoproclaman progresistas e izquierdistas, el defecto

fundamental del capitalismo es la desigualdad de ingresos y riqueza. El fin último de sus políticas es establecer la igualdad. Los moderados desean alcanzar esta meta paso a paso; los radicales planean alcanzarla de un golpe, a través de la caída revolucionaria de los métodos de producción capitalista.

Sin embargo, al hablar de la igualdad y pidiendo vehementemente su vigencia, nadie defiende una reducción de sus propios ingresos actuales. El término igualdad, tal como se usa en el lenguaje político contemporáneo, siempre significa nivelar hacia arriba los ingresos propios, nunca nivelarlos hacia abajo. Significa obtener más y no compartir la riqueza propia con gente, que tiene menos.

Si el trabajador de automóviles, el ferroviario o el compositor norteamericanos dicen igualdad, quieren decir expropiar a los tenedores de acciones y bonos en su propio beneficio. No consideran la posibilidad de compartir con los trabajadores no capacitados que ganan menos. En el mejor de los casos, piensan en la igualdad de todos los ciudadanos norteamericanos, nunca que los pueblos de América latina, Asia y África pudieran interpretar el postulado de la igualdad como igualdad mundial y no como igualdad nacional.

El movimiento laboral político, como también el movimiento laboral sindical, proclaman de manera rimbombante su internacionalismo. Pero este internacionalismo es un gesto meramente retórico sin ningún significado sustancial. En todos los países cuyos salarios promedio son más altos que en cualesquiera otros, los sindicatos defienden barreras inmigratorias insuperables para evitar que los "hermanos" y "compañeros" extranjeros compitan con sus propios miembros. Comparada con las leyes antiinmigratorias de las naciones europeas, la legislación inmigratoria de las repúblicas americanas es verdaderamente moderada porque permite la inmigración de un número limitado de personas. Las leyes europeas no prevén ningún cupo de este tipo.

Todos los argumentos desarrollados en favor de la igualación de los ingresos dentro de un país pueden también esgrimirse, con la misma justificación o falta de justificación, en favor de la igualación mundial. Un trabajador norteamericano no tiene mejores títulos que un extranjero para reclamar los ahorros del capitalista norteamericano. Que un hombre haya obtenido ganancias sirviendo a los consumidores y que no haya consumido totalmente sus fondos sino reinvertido la mayor parte de ellos en equipo industrial no da a nadie un título válido para expropiar este capital en beneficio propio. Pero si aún se mantiene la opinión en contrario, ciertamente no existe razón alguna para atribuir a algunos mayores derechos de expropiación que a otros. No hay razón alguna para afirmar que sólo los norteamericanos tienen derecho a expropiar a otros norteamericanos. Los grandes impulsores de la economía norteamericana son los descendientes de las personas que inmigraron a los EE.UU. desde Inglaterra, Escocia, Irlanda, Francia, Alemania, y otros países europeos. Los radicales norteamericanos se equivocan

totalmente al creer que su programa social es idéntico a los objetivos de los radicales de otros países, o al menos compatible con ellos. No lo es. Los radicales extranjeros no consentirán dejar a los norteamericanos, una minoría de menos del 7 % de la población mundial total, lo que consideran una posición privilegiada. Un gobierno mundial como el solicitado por los radicales norteamericanos trataría de confiscar a través de un impuesto a las ganancias mundial toda la diferencia de ingresos entre lo que gana un norteamericano promedio y el ingreso promedio de un trabajador indio o chino. Aquellos que cuestionan la veracidad de esta afirmación disiparían sus dudas luego de una conversación con cualquiera de los líderes intelectuales de Asia.

Casi ningún iraní calificaría las objeciones planteadas por el gobierno laborista británico contra la confiscación de los pozos de petróleo como otra cosa que una manifestación del más reaccionario espíritu de explotación capitalista. Hoy en día, los gobiernos sólo se abstienen de expropiar virtualmente las inversiones extranjeras —a través del control sobre el comercio exterior, de impuestos discriminatorios y mecanismos similares— si esperan conseguir más capitales foráneos en losaños siguientes, para así expropiar un monto mayor en el futuro.

La desintegración del mercado de capitales internacional es uno de los efectos más importantes de la mentalidad antiganancias de nuestra época. Pero no menos funesto es el hecho de que la mayor parte de la población mundial mira a los EE.UU. —no sólo a los capitalistas sino también a los trabajadores norteamericanos — con los mismos sentimientos de envidia, odio y hostilidad con los cuales, estimuladas por las doctrinas comunista y socialista, las masas de todo el mundo miran a !Os capitalistas de su propia nación.

5. El comunismo y la pobreza

Un método usual para tratar los programas y movimientos políticos es explicar y justificar su popularidad haciendo referencia a las condiciones que la gente encuentra no satisfactorias y a las metas que se desea alcanzar llevando a la práctica estos programas.

Sin embargo, lo único que importa es si dicho programa es o no adecuado para obtener los fines pretendidos. Un mal programa y una mala política nunca pueden ser explicados, y menos aun justificados, señalando las condiciones insatisfactorias de sus creadores y seguidores. La única cuestión que es válido plantearse es si estas políticas pueden o no eliminar o aliviar los males para cuyo remedio fueron diseñadas.

Sin embargo, todos nuestros contemporáneos declaran una y otra vez: si quiere tener éxito al combatir al comunismo, socialismo e intervencionismo, debe en primer término mejorar el bienestar material de las personas. La política del *laissez*

faire apunta precisamente a hacer a la gente más próspera. Pero no puede tener éxito mientras las condiciones empeoren cada vez más por las medidas intervencionistas y socialistas.

El bienestar de algunas personas puede incrementarse en el muy corto plazo expropiando a empresarios y capitalistas y distribuyendo el botín. Pero incursiones tan depredatorias como las citadas, que hasta el *Manifiesto comunista* describió como "despóticas" y como "económicamente insuficientes e insostenibles", arruinan el funcionamiento de la economía de mercado, deterioran muy pronto las condiciones de todas las personas y frustran los esfuerzos de empresarios y capitalistas para hacer más prósperas a las masas. Lo que es bueno por un instante que se esfuma rápidamente (es decir, en el más corto plazo) puede muy pronto (es decir, en el largo plazo) tener las consecuencias más desastrosas.

Los historiadores se equivocan al explicar la toma de poder del nazismo haciendo referencia a hostilidades y opresiones reales o imaginarias sufridas por el pueblo alemán. Lo que llevó a los alemanes a respaldar en forma casi unánime los veinticinco puntos del "inalterable" programa de Hitler no fueron algunas condiciones que ellos juzgaban insatisfactorias, sino la esperanza que la ejecución de este programa les brindaba para solucionar sus problemas y para ser más felices. Se volcaron al nazismo por falta de sentido común e inteligencia. No fueron lo suficientemente razonables como para reconocer a tiempo los desastres que el nazismo inevitablemente iba a causarles.

La inmensa mayoría de la población mundial es extremadamente pobre si se la compara con el nivel de vida promedio de las naciones capitalistas. Pero esta pobreza no explica su propensión a adoptar el programa comunista. Son anticapitalistas porque están cegados, por la envidia, la ignorancia y la falta de inteligencia, no pudiendo identificar correctamente las causas de sus desgracias. No existe más que un medio de mejorar su bienestar material, a saber, convencerlos de que sólo el capitalismo puede hacerlos más prósperos.

El peor método para combatir el comunismo es el del plan Marshall. Da a los receptores la presión de que sólo los EE.UU. están interesados en preservar el sistema de ganancias, mientras que sus propios intereses requieren un régimen comunista. Los EE.UU., piensan, los están ayudando porque no tienen su conciencia limpia. Ellos mismos embolsan este soborno pero sus simpatías se dirigen al sistema socialista. Los subsidios norteamericanos posibilitan a sus gobiernos ocultar parcialmente los efectos desastrosos de las distintas medidas socialistas que han adoptado.

El origen del socialismo no es la pobreza sino las simpatías ideológicas espurias. La mayoría de nuestros contemporáneos rechazan de antemano todas las enseñanzas de la economía, tildándolas de tonterías apriorísticas, sin haberlas estudiado nunca.

Sostienen que sólo debe confiarse en la experiencia. ¿Pero existe alguna experiencia que hable en favor del socialismo?

Los socialistas replican lo siguiente: pero el capitalismo crea pobreza; mire a la India y a China. La objeción es inútil. Ni la India ni China establecieron alguna vez el capitalismo. Su pobreza es el resultado de la ausencia de capitalismo.

Lo que sucedió en estos y en otros países subdesarrollados fue que se vieron beneficiados desde el exterior por algunos de los frutos del capitalismo sin haber adoptado el modo de producción capitalista. Los capitalistas europeos, así como también los norteamericanos, más recientemente, invirtieron capital en esas áreas, incrementando, por consiguiente, la productividad marginal del trabajo y de los salarios. Al mismo tiempo, estos pueblos recibieron del extranjero los medios para combatir las enfermedades contagiosas, medicamentos desarrollados en los países capitalistas. En consecuencia las tasas de mortalidad, sobre todo la mortalidad infantil, cayeron considerablemente. En los países capitalistas esta prolongación del promedio de vida fue compensada parcialmente por una caída en la tasa de natalidad. Como la acumulación de capital crecía más rápido que la población, la cuota de capital invertido per cápita aumentaba continuamente. El resultado fue una creciente prosperidad. Algo diferente ocurrió en los países que se beneficiaron con algunos efectos del capitalismo sin volverse capitalistas. En ellos la tasa de natalidad no declinó en absoluto o al menos no lo hizo en la medida necesaria para hacer que la cuota de capital invertido per capita aumentara. Estas naciones impidieron con sus políticas tanto la importación de capital extranjero como la acumulación de cápital doméstico. El efecto conjunto de la alta tasa de natalidad y de la ausencia de un incremento en el capital es, por supuesto, una pobreza creciente.

No existe más que un medio para mejorar el bienestar material de los hombres, a saber, acelerar el crecimiento del capital acumulado comparado con el de la población. Ninguna lucubración psicológica, por más sofisticada que sea, puede modificar este hecho. No existe ningún tipo de excusas para continuar aplicando políticas que no sólo no alcanzan los fines buscados, sino que hasta empeoran seriamente las condiciones.

6. La condena moral del motivo de las ganancias

Apenas se presenta el problema de las ganancias, la gente lo transporta desde la esfera praxeológica hacia la esfera de los juicios de valor éticos. Entonces todo el mundo se jacta de poseer la aureola del santo y del asceta. Él no se _preocupa por el dinero y el bienestar material. Él sirve a sus compañeros con su máxima capacidad y desinteresadamente. Se esfuerza por cosas más nobles y elevadas que la riqueza. Gracias a Dios, él no es uno de esos egoístas codiciosos.

Se acusa a los hombres de negocios de pensar solamente en el éxito. Sin embargo, todo el mundo —sin ninguna excepción— pretende alcanzar un fin definido al actuar. La única alternativa del éxito es el fracaso; nadie desea fracasar. Surge de la esencia misma de la naturaleza humana que el hombre busque conscientemente sustituir un estado de cosas menos satisfactorio por otro más satisfactorio. Lo que distingue a un hombre decente de uno deshonesto son las diferentes metas que pretenden alcanzar y los distintos medios que utilizan para obtener los fines elegidos.

Pero ambos quieren tener éxito en su búsqueda. No es lícito desde el punto de vista lógico distinguir entre personas que buscan el éxito y aquellas que no lo hacen. Prácticamente todo el mundo busca mejorar las condiciones materiales de su existencia. La opinión pública no se ofende por los esfuerzos que los granjeros, trabajadores, escribanos, maestros, médicos, ministros y personas de muchos otros oficios hacen para ganar tanto como el resto de la gente. Pero censura a los capitalistas y empresarios por su codicia. Mientras disputa sin ningún escrúpulo todos los bienes que la economía le brinda, el consumidor condena vehementemente el egoísmo de los proveedores de estas mercaderías. No se da cuenta de que él mismo crea sus ganancias bregando por las cosas que ellos venden.

El hombre medio tampoco comprende que las ganancias son indispensables para dirigir las actividades económicas por aquellos cauces que le brinden una mayor satisfacción. Mira a las ganancias como si su única función fuera permitir que sus receptores consuman más que él mismo. No se da cuenta de que su función principal es transmitir el control de los factores de producción a aquellos que mejor las utilicen para sus propios propósitos. No renunció, como piensa, a ser un empresario sin escrúpulos morales. Eligió una posición cuyos réditos son más modestos porque carece de las cualidades requeridas para ser empresario o, en casos verdaderamente excepcionales, porque sus preferencias lo impulsaron a iniciar otra carrera.

La humanidad debería estar agradecida a aquellos hombres excepcionales que, no teniendo fervor científico, entusiasmo humanitario o fe religiosa, sacrificaron sus vidas, salud y riqueza, para servir a sus congéneres. Pero los filisteos se decepcionan de si mismos al compararse con los pioneros de la aplicación médica de los rayos X o con monjas que atienden a las víctimas de una catástrofe. No es la abnegación la que conduce al médico a elegir su carrera, sino la expectativa de obtener una posición social respetada e ingresos apropiados.

Todo el mundo espera cobrar por sus servicios y logros tanto como puede. En este sentido no hay diferencia alguna entre los trabajadores, estén o no agrupados en sindicatos, los ministros y los maestros por un lado y los empresarios por el otro. Ninguno de ellos tiene derecho a hablar como si fuera Francisco de Asís.

No existe otro parámetro para medir qué es moralmente bueno o malo que no sean los efectos producidos por el comportamiento sobre la cooperación social. Un individuo hipotéticamente aislado y autosuficiente no tendría que tomar en cuenta nada más que su propio bienestar al actuar. El hombre social debe, en todas sus acciones, evitar dejarse llevar por algún hecho que pueda hacer peligrar el parejo funcionamiento del sistema de cooperación social. Al obrar de acuerdo con la ley moral el hombre no sacrifica sus propios intereses en virtud de una entidad mítica más elevada, ya sea que ésta se llame clase, estado, nación, raza o humanidad. Refrena algunos de sus impulsos, apetitos y anhelos instintivos, es decir sus intereses de corto plazo, para servir mejor a sus propios intereses entendidos correctamente o de largo plazo. Renuncia a un pequeño beneficio que podría obtener instantáneamente para no perder una recompensa mayor, aunque posterior, ya que el logro de todos los fines humanos, cualesquiera que sean, está condicionado por la preservación y futuro desarrollo de lazos sociales y de cooperación entre los seres humanos. Lo que constituye un medio indispensable para intensificar la cooperación social y para hacer que más gente goce de más años de vida y disfrute de un nivel de vida más elevado, es moralmente bueno y socialmente deseable. Aquellos que rechazan este principio por anticristiano deberían reflexionar acerca del siguiente texto: "Largos puedan ser tus días sobre la tierra que Dios, tu Señor, te dio". Ciertamente no pueden negar que el capitalismo ha prolongado los días del hombre sobre la tierra si se los compara con los de las épocas precapitalistas.

No hay razón para que los capitalistas y empresarios se avergüencen de obtener ganancias. Es una tontería que algunas personas traten de defender el capitalismo norteamericano declarando: "Los antecedentes de la economía norteamericana son buenos; las ganancias no son demasiado elevadas". La función de los empresarios es obtener ganancias; las grandes ganancias son prueba de que han realizado bien su tarea de remover los desajustes de la producción.

Desde luego, por lo general los capitalistas y empresarios no son santos que se destaquen por su virtud de autosacrificio. Pero sus críticos tampoco son santos. Y con todo el respeto debido a la sublime bondad de los santos no podemos dejar de señalar el hecho de que el mundo se encontraría en condiciones bastante desoladas si estuviera poblado exclusivamente por hombres no interesados en la búsqueda del bienestar material.

7. La mentalidad estática

El hombre promedio carece de la imaginación necesaria para darse cuenta de que las condiciones de vida y la acción están en un flujo continuo. En su opinión, no existen cambios en los objetos externos que constituyen su bienestar. Su visión del mundo es estática y estacionaria. Refleja un medio ambiente estancado. No sabe ni que el pasado era distinto del presente ni que reina la incertidumbre con respecto a

las cosas futuras. No puede comprender en absoluto la función del empresariado porque no se da cuenta de esta incertidumbre. Como los niños que aceptan todas las cosas que sus padres les brindan sin hacer preguntas, acepta todos los bienes que la economía le ofrece. No está al tanto de los esfuerzos realizados para satisfacerlo. Ignora el rol de la acumulación de capital y de las decisiones empresarias. Da por sentado que una mesa mágica aparece en el momento que lo necesite con todo lo que desea disfrutar.

Esta mentalidad se refleja en la idea popular de socialización. Una vez desplazados los capitalistas y empresarios parasitarios, se obtendrá todo lo que ellos consumían. No es más que un error menor de esta expectativa el hecho de que exagere grotescamente el incremento del ingreso que cada individuo podría recibir de una distribución como ésa, si es que existe tal incremento. Mucho más grave es el hecho de que se presume que lo único que se requiere es continuar en las distintas fábricas la producción de aquellos bienes que se producen en el momento de la socialización de la manera en que hasta ese momento se producían. No se toma en cuenta la necesidad de prácticas nuevas y diarios ajustes a la producción de acuerdo con las siempre cambiantes circunstancias. El simpatizante del socialismo no comprende que una socialización efectuada hace cincuenta años no habría socializado la estructura de la economía tal como ésta existe actualmente, sino una estructura muy diferente. Ni por un minuto piensa en los enormes esfuerzos necesarios para transformar la economía una y otra vez para brindar el mejor servicio posible.

La incapacidad de los economistas aficionados para comprender los puntos esenciales de los asuntos vinculados a la conducción de la producción no sólo se manifiesta en los escritos de Marx y Engels. También se refleja en las contribuciones de los seudoeconomistas contemporáneos.

La construcción imaginaria de una economía de uniforme giro es una herramienta mental indispensable del pensamiento económico. Para poder entender la función de las pérdidas y las ganancias, el economista construye la imagen de un hipotético, aunque irrealizable, estado de cosas en el que nada cambia, en el que el mañana no difiere en absoluto del hoy y en el que, consecuentemente, no puede originarse ningún desajuste ni puede surgir necesidad alguna de modificar la conducción económica. Dentro del marco de esta construcción imaginaria no existen ganancias y pérdidas empresariales ni empresarios. Las ruedas siguen rodando tan espontáneamente como lo hacían antes. Pero el mundo real en el que los hombres deben vivir y trabajar nunca podrá copiar el hipotético mundo de esta creación mental.

Ahora bien, uno de los principales errores de los economistas matemáticos es que se ocupan de esta economía de uniforme giro —la llaman cuadro estático— como si realmente existiera. Predispuestos a aceptar la falacia de que la economía debe

analizarse con métodos matemáticos, concentran sus esfuerzos en el análisis de estados estáticos que, desde luego, permiten hacer una descripción en grupos de ecuaciones diferenciales simultáneas. Pero este tratamiento matemático casi siempre evita hacer referencia a los problemas reales de la economía. Se entrega a un juego matemático bastante inútil sin apostar nada a la comprensión de los problemas de la actividad y la producción humanas. Crea la falsa imagen de que el análisis de los estados estáticos es el interés principal de la economía. Confunde una herramienta meramente auxiliar con la realidad.

El economista matemático está tan cegado por sus prejuicios epistemológicos que simplemente no puede ver cuáles son las tareas de la economía. Está ansioso por mostrarnos que el socialismo es realizable en condiciones estáticas. Como las condiciones estáticas, como él mismo admite, son irrealizables, esto sólo es válido para afirmar que un estado irrealizable del socialismo mundial sería realizable. Verdaderamente, un resultado muy valioso de cien años de trabajo mancomunado realizado por cientos de autores, enseñado en las universidades, publicado en innumerables libros de texto y monografías y considerado por revistas supuestamente científicas.

No existe algo así como una economía estática. Todas las conclusiones derivadas de la preocupación por la imagen de estados estáticos y equilibrios estáticos no son útiles para la descripción del mundo tal como es y como lo será siempre.

C. La alternativa

Un orden social basado en el control privado de los medios de producción no puede funcionar sin acción empresarial, ganancia empresarial y, desde luego, pérdida empresarial. La eliminación de las ganancias, cualesquiera sean los métodos empleados para llevarla a cabo, debe transformar la sociedad en un revoltijo sin sentido. Generaría pobreza para todos.

En un sistema socialista no existen ni empresarios ni pérdidas y ganancias empresarias. Sin embargo el director supremo de la República socialista tendría que esforzarse para obtener un exceso de los ingresos sobre los costos de la misma manera que lo hacen los empresarios en un régimen capitalista. No es tarea de este ensayo ocuparse del socialismo. Por lo tanto no es necesario remarcar el hecho de que, no pudiendo aplicar ninguna clase de cálculo económico, el jefe socialista nunca conocería sus costos e ingresos.

Lo que es importante en este contexto es solamente el hecho de que no es factible un tercer sistema. No puede haber algo así como un sistema no socialista sin pérdidas y ganancias empresarias.

Los intentos de eliminar las ganancias del sistema capitalista son sólo destructivos. Desintegran el capitalismo sin ocupar el lugar que éste deja. Es esto lo

que pensamos cuando afirmamos que provocan el caos.

Los hombres deben elegir entre el capitalismo y el socialismo. No pueden evitar el dilema recurriendo a un sistema capitalista sin ganancia empresaria. Con cada paso que se da hacia la eliminación de las ganancias se avanza en el camino que conduce a la desintegración social.

Al elegir entre el capitalismo y el socialismo la gente también elige implícitamente entre todas las instituciones sociales que necesariamente acompañan a cada uno de estos sistemas, su "superestructura", según Marx. Si el control de la producción es arrebatado a los empresarios diariamente elegidos por el plebiscito de los consumidores, y pasa a manos del comandante supremo de los "ejércitos industriales" (Marx y Engels) o de los "trabajadores armados" (Lenin), ni el gobierno representativo ni las libertades civiles pueden sobrevivir. Wall Street, contra la cual luchan los autoproclamados idealistas, es sólo un símbolo. Pero las paredes de las prisiones soviéticas en cuyo interior los disidentes desaparecen para siempre constituyen un hecho penoso.

[Ir a tabla de contenidos]

CAPÍTULO X

SALARIOS, DESOCUPACIÓN E INFLACIÓN[43]

Nuestro sistema económico —economía de mercado o capitalismo— es un sistema donde reina el consumidor. El consumidor es soberano; él "siempre tiene razón", según reza un dicho popular. Los empresarios están obligados a producir y vender lo que los consumidores demandan, y deben hacerlo a los precios que los mismos consumidores puedan afrontar y estén dispuestos a pagar. Una operación mercantil fracasa rotundamente si los ingresos provenientes de las ventas no alcanzan para reembolsar al empresario todos los gastos en que ha incurrido para producir el artículo. Así es como los consumidores, al comprar a cierto precio, determinan el nivel de salarios pagados a todas las personas vinculadas a una industria.

1. En última instancia, los salarios son pagados por los consumidores

En consecuencia, un empleador no puede pagar a un empleado más que el equivalente del valor de su trabajo agregado a la mercadería *de acuerdo con el juicio del público comprador*. (Ésta es la razón por la cual una estrella cinematográfica gana mucho más que una doble cualquiera.) Si el empleador pagara más, no recuperaría sus desembolsos con los pagos efectuados por los compradores, incurriría en pérdidas y, finalmente, quebraría. Al pagar salarios, el empleador actúa como mandatario de los consumidores. La incidencia de los pagos salariales recae

sobre los consumidores. Como la inmensa mayoría de los bienes producidos son comprados y consumidos por gente que recibe sueldos y salarios, resulta obvio que, al gastar sus ingresos, son fundamentalmente los mismos asalariados y empleados quienes determinan el monto de las compensaciones que ellos y sus compañeros reciben por su trabajo.

2. Las causas del crecimiento de los salarios

Los compradores no pagan por el esfuerzo y el cansancio del trabajador al realizar su tarea, ni por el tiempo que dedica a su trabajo. Pagan por los productos. Cuanto mejores sean las herramientas usadas por el trabajador en su trabajo, mayor será su producción horaria y, consecuentemente, más alta será su remuneración. Lo que aumenta los salarios y procura a los asalariados condiciones más satisfactorias es la mejora del equipo tecnológico.

Los salarios norteamericanos son más altos que los ganados por los trabajadores en otros países debido a que el capital invertido per cápita es mayor y, consecuentemente, las fábricas están en condiciones de utilizar las más eficientes herramientas y maquinarias. El llamado modo de vida norteamericano es el resultado del hecho de que los EE.UU. han puesto menos obstáculos que otras naciones a la formación del ahorro y a la acumulación de capital.

El atraso económico de países como la India consiste, precisamente, en el hecho de que sus políticas obstruyen tanto la acumulación de capital en dicho país como las inversiones extranjeras. Al faltar el capital requerido, las empresas indias no pueden emplear suficiente cantidad de equipos modernos; en consecuencia, producen mucho menos por hora-hombre y sólo pueden pagar salarios que, comparados con los de los EE.UU., parecen extremadamente bajos.

Existe un solo camino conducente al mejoramiento del nivel de vida de las masas asalariadas: el incremento del monto del capital invertido. Los métodos restantes, por muy populares que sean, no sólo son inútiles sino realmente perjudiciales para el bienestar de aquellos a quienes supuestamente se quiere beneficiar.

3. Las causas de la desocupación

La cuestión fundamental es: ¿es posible aumentar los salarios *de todos los que desean encontrar trabajo* por encima del nivel que habrían alcanzado en un mercado laboral no intervenido?

La opinión pública, en general, cree que el mejoramiento de las condiciones de los asalariados es el fruto de la acción sindical y de distintas medidas legislativas. Atribuye a los sindicatos y a la legislación el aumento de los salarios, la reducción de la jornada de trabajo, la eliminación del trabajo de menores y muchos otros cambios. El predominio de esta creencia hizo populares a los sindicatos y es

responsable por la legislación laboral de las últimas décadas. Como la gente piensa que debe su alto nivel de vida a los sindicatos, tolera la violencia, la coerción y la intimidación practicadas por éstos y permanece indiferente ante el menoscabo sufrido por la libertad personal; menoscabo éste que es inherente a muchas cláusulas de los actuales contratos de trabajo, celebrados sobre bases compulsivas. Mientras estas falencias predominan en las mentes de los votantes, es inútil esperar un abandono resuelto de las políticas erróneamente denominadas progresistas.

Esta doctrina popular interpreta equivocadamente todos los aspectos de la realidad económica. El nivel de salarios en el que encuentran empleo todas las personas que desean hacerlo depende de la productividad marginal del trabajo. Permaneciendo invariables los demás factores, cuanto más capital se invierte, más crecerán los salarios en el mercado libre de trabajo, es decir, en el mercado de trabajo no manipulado por el gobierno ni por los sindicatos. A estos niveles de salarios, en el mercado libre, todos los que desean contratar trabajadores pueden tomar tantos como quieran y a esos mismos niveles salariales, todos los trabajadores que quieran emplearse encuentran trabajo. En un mercado laboral libre prevalece la tendencia hacia el pleno empleo. En realidad, la política de permitir que el mercado libre determine el nivel de salarios es la única política de pleno empleo razonable y destinada a tener éxito. Si los salarios son incrementados por encima de ese nivel, ya sea por la presión o compulsión sindical o por decreto gubernamental, sobreviene una desocupación duradera de una parte de la fuerza laboral potencial.

4. La expansión del crédito no sustituye al capital

Estas opiniones son apasionadamente rechazadas por los dirigentes sindicales y por sus seguidores entre los políticos, así como también por ciertos intelectuales sui generis. La panacea que recomiendan para combatir la desocupación es la expansión del crédito y la inflación, llamada eufemísticamente "una política de dinero fácil".

Como ha sido señalado con anterioridad, la incorporación de capital previamente acumulado al stock disponible impulsa nuevos progresos en las posibilidades del equipo tecnológico de las industrias, aumentando así la productividad marginal del trabajo y, consecuentemente, también los salarios. Pero la expansión del crédito, ya sea producida mediante la emisión adicional de billetes, o por el aumento de préstamos bancarios que crean nuevos depósitos en las cuentas corrientes de los clientes, no agrega nada a la riqueza de la nación en bienes de capital. Sólo crea la ilusión de un incremento de los fondos disponibles para una expansión de la producción. Al poder obtener crédito barato, la gente cree, erróneamente, que la riqueza de la nación se ha incrementado, y que, por lo tanto, ciertos proyectos que antes no podían ejecutarse son ahora factibles. La puesta en marcha de estos proyectos intensifica la demanda de trabajo y de materias primas, elevando así los salarios y los precios de los bienes. Se produce un auge artificial.

Bajo las condiciones de este auge, los salarios nominales, que antes de la expansión del crédito eran demasiado elevados para la situación del mercado y, por lo tanto, provocaron la desocupación de una parte de la fuerza laboral potencial, ya no resultan demasiado elevados y los desocupados pueden encontrar trabajo nuevamente. Sin embargo, esto ocurre sólo porque en condiciones crediticias y monetarias distintas, los precios están subiendo o, lo que es lo mismo dicho de otra manera, está cayendo el poder adquisitivo de la unidad monetaria. "Entonces, el mismo monto de salarios nominales, i.e., salarios expresados en términos de dinero, significa menos en términos de salarios reales, i.e., expresados en términos de bienes que pueden adquirirse con la unidad monetaria. La inflación puede reducir la desocupación sólo reduciendo los salarios *reales*. Pero entonces los sindicatos piden nuevos incrementos de salarios, para mantenerlos a tono con el alza del costo de la vida, volviendo a estar donde estábamos antes, es decir, en una situación en la cual el desempleo en gran escala sólo puede evitarse con nuevas expansiones de crédito.

Esto es lo que ocurrió en los Estados Unidos, como también en muchos otros países, durante los últimos años. Los sindicatos, apoyados por el gobierno, han venido forzando a las empresas a que acepten salarios más altos que los potenciales del mercado, es decir, aquellos que el público estaba dispuesto a reembolsar a los empleadores, al comprarles sus productos. Esto habría arrojado la consecuencia inevitable de un incremento de la desocupación. Pero las políticas gubernamentales intentaron impedir la aparición de una seria desocupación mediante la expansión del crédito, es decir, la inflación. El resultado fue un aumento de los precios, renovados pedidos de aumentos salariales y la reiteración de la expansión del crédito; en resumen, la prolongación de la inflación.

5. La inflación no puede continuar indefinidamente

Pero, finalmente, las autoridades se asustaron. Ellas saben que la inflación no puede continuar indefinidamente. Si no se detiene a tiempo la perniciosa política de aumentar la cantidad de moneda y los medios fiduciarios el sistema monetario de la nación sufrirá un completo colapso. El poder adquisitivo de la unidad monetaria caerá hasta un punto tan bajo que, para todo propósito práctico, no será mejor que cero. Esto ocurrió una y otra vez, en los Estados Unidos con la moneda continental en 1781, en Francia en 1796, en Alemania en 1923. Nunca es demasiado pronto para que una nación comprenda claramente que la inflación no puede considerarse como si fuera un modo de vida, y que es imperativo retornar a políticas de moneda sana. Reconociendo estos hechos, hace algún tiempo la administración y las autoridades de la Reserva Federal detuvieron la política de expandir progresivamente el crédito.

No es tarea de este corto artículo ocuparse de todas las consecuencias que las medidas para terminar con la inflación traen aparejadas. Sólo deseamos consignar el hecho de que el retorno a la estabilidad monetaria no *genera*una crisis. Únicamente

saca a relucir las malas inversiones y otras equivocaciones realizadas bajo la alucinación de la ilusoria prosperidad creada por la moneda fácil. La gente se da cuenta de las faltas cometidas, y liberada del fantasma del crédito barato que la había enceguecido comienza a reajustar sus actividades, para adaptarlas al estado real del suministro de factores materiales de producción. Este reajuste —ciertamente doloroso pero inevitable— es lo que constituye la depresión.

6. La política de los sindicatos

Una de las desagradables características de este proceso, consistente en descartar quimeras y retornar a una sobria estimación de la realidad, concierne al nivel de los salarios. Bajo el impacto de la política de inflación progresiva, la burocracia sindical adquirió el hábito de pedir, a intervalos regulares, aumentos de salarios, y los empresarios, después de una resistencia simulada, cedieron. Estos salarios, demasiado elevados en ese momento para la situación del mercado, hubieran producido una cantidad notable de desocupación. Pero la incesante inflación progresiva muy pronto los neutralizó. Entonces, los sindicatos pidieron nuevos aumentos, y así sucesivamente.

7. El argumento del poder adquisitivo

No importa qué clase de justificaciones invoquen los sindicatos y sus voceros en favor de esos reclamos. Los efectos inevitables de forzar a los empleadores a que remuneren el trabajo realizado a precios más altos que los que los consumidores están dispuestos a reembolsarles al comprar sus productos son siempre los mismos: tasas de desempleo cada vez mayores.

En la presente coyuntura, los sindicatos tratan de hurgar nuevamente en la cien veces refútada fábula del poder adquisitivo. Declaran que poniendo más dinero en manos de los asalariados, mediante el incremento de los salarios, aumentando los beneficios a los desocupados y emprendiendo nuevas obras públicas, los trabajadores podrán gastar más, y así estimular la economía, para sacarla de la recesión y llevarla a la prosperidad. Éste es el espurio argumento a favor de la inflación, para hacer felices a todos imprimiendo billetes. Por cierto que, si se incrementa la cantidad de la circulación monetaria, aquellos cuyos bolsillos reciben la riqueza ficticia —ya sean trabajadores industriales, agricultores o cualquier otra clase de gente— aumentarán sus gastos. Pero, precisamente, este aumento de gastos, inevitablemente, conduce a la tendencia general al aumento de todos los precios o, lo que es lo mismo dicho con otras palabras, a una disminución en el poder adquisitivo de la unidad monetaria. De este modo, la ayuda que la acción inflacionaria pueda procurar a los asalariados tendrá sólo breve duración. Para perpetuarla habría que recurrir reiteradamente a nuevas medidas inflacionarias. Como es obvio, esto conduce al desastre.

8. Los aumentos salariales no son inflacionarios por sí mismos

Se dicen muchas tonterías en torno a estas cosas. Algunos sostienen que los aumentos de salarios son "inflacionarios". Pero no son inflacionarios en sí mismos. No hay nada inflacionario excepto la inflación misma, vale decir, un incremento de la circulación monetaria y de los créditos con depósitos bancarios movidos por cheques. Y, en las condiciones actuales, nadie, excepto el gobierno, puede provocar inflación. Lo que los sindicatos pueden generar, forzando a los empleadores a aceptar salarios más altos que los potenciales del mercado, no es inflación ni precios más elevados, sino desempleo de una parte de la población deseosa de encontrar trabajo. La inflación es una política a la cual recurre el gobierno para evitar la desocupación en gran escala, que de otro modo se habría producido por la acción sindical que forzó los salarios hacia arriba.

9. El dilema de las políticas actuales

El dilema que este país y muchos otros deben afrontar es muy serio. El muy popular método de aumentar los salarios por encima del nivel que hubiera establecido un mercado no intervenido provocaría una desocupación masiva catastrófica, si la expansión del crédito inflacionario no la hubiera neutralizado. Pero la inflación no sólo tiene efectos perniciosos de carácter social. No puede continuar indefinidamente sin producir una quiebra completa de todo el sistema monetario.

La opinión pública, enteramente dominada por las falaces doctrinas sindicales en materia laboral, generalmente simpatiza con las demandas de los dirigentes sindicales para lograr considerables aumentos de salarios. Tal como son las condiciones hoy en día, los sindicatos tienen el poder de someter a los empresarios a sus dictados. Pueden declarar huelgas y, sin ninguna restricción por parte de los gobiernos, recurrir impunemente a la violencia contra quienes desean trabajar. En realidad, son conscientes del hecho de que el encarecimiento de la mano de obra aumentara el número de trabajadores sin empleo. El único remedio que sugieren es el de ampliar los fondos de seguros para los desocupados y ampliar también el suministro de créditos, es decir, la inflación. El gobierno, rindiéndose dócilmente a una opinión pública descarriada, preocupado por el resultado de la próxima contienda electoral, desafortunadamente, ya comenzó a revertir sus intentos de retorno a una política de moneda sana. Estamos así, nuevamente, empeñados en el pernicioso método de interponemos para influir en el suministro de la moneda. Seguimos con una inflación que aceleradamente deprime el poder adquisitivo del dólar. ¿En qué terminaremos? Éste es el interrogante que el señor Reuther y los demás dirigentes sindicales nunca formulan.

Sólo una estupenda ignorancia puede denominar pro-laborales a las políticas adoptadas por los que se autoproclaman progresistas. El asalariado, como cualquier otro ciudadano, está firmemente interesado en la preservación del poder adquisitivo

del dólar. Si, gracias a su sindicato, el asalariado ve aumentar su paga semanal por encima de la tasa del mercado, muy pronto descubre que el movimiento alcista de los precios no sólo lo priva de las ventajas que esperaba sino que deteriora el valor de sus ahorros, de su póliza de seguro y de sus derechos adquiridos a una jubilación; peor aun, puede incluso perder su trabajo y no encontrar otro.

10. La falta de sinceridad en la lucha contra la inflación

Todos los partidos políticos y grupos de presión pregonan que ellos son contrarios a la inflación. Pero lo que realmente quieren decir es que no les gustan las inevitables consecuencias de la inflación, es decir, el aumento del costo de vida. En realidad, favorecen todas las políticas que necesariamente traen aparejado un incremento del medio circulante. No sólo abogan por una política de moneda fácil que haga posible el alza continua de los salarios impulsada por los sindicatos, sino que también apoyan mayores gastos públicos y, al mismo tiempo, la disminución de los impuestos mediante el incremento de las exenciones.

Engañada por el espurio concepto marxista del irreconciliable conflicto entre los intereses de las distintas clases sociales, la gente supone que únicamente los intereses de las clases propietarias son opuestos a las demandas de los sindicatos por mayores salarios. Pero, en verdad, los asalariados no están menos interesados que cualquier otro grupo o clase en el retorno a una moneda sana. Mucho se ha dicho en los últimos meses sobre los daños causados por fraudulentos burócratas sindicales a los miembros de los sindicatos. Pero la ruina ocasionada a los trabajadores por los excesivos salarios exigidos por los sindicatos es mucho mayor.

Sería una exageración decir que las tácticas sindicales constituyen la única amenaza a la estabilidad monetaria y a una política económica responsable. Los trabajadores organizados no son el único grupo de presión cuyos reclamos amenazan hoy la estabilidad monetaria, pero sí el grupo de presión más poderoso e influyente y les corresponde la mayor parte de la responsabilidad.

11. La importancia de las políticas monetarias sanas

El capitalismo ha mejorado el nivel de vida de los trabajadores en una medida sin precedentes. La familia tipo norteamericana goza hoy de bienes y servicios que sólo un siglo atrás ni siquiera los personajes más ricos y encumbrados podían soñar. Todo este bienestar es el fruto de los incrementos de los ahorros y de la acumulación de capital. Sin estos recursos, que permiten la utilización práctica de los progresos científicos y tecnológicos, el trabajador norteamericano no podría producir más ni mejores cosas por hora de trabajo que los peones asiáticos, no ganaría más que ellos y, como ellos, viviría miserablemente, al borde de la inanición. Todas las medidas que —como ocurre con el impuesto a los réditos— tienden a obstaculizar nueva acumulación de capital e incluso a favorecer la

descapitalización, son, en consecuencia, medidas virtualmente antiobreras y antisociales.

Una observación más debe todavía hacerse, con respecto al tema del ahorro y la formación de capital. El mejoramiento y el bienestar que el capitalismo ha producido, hicieron posible al hombre común ahorrar, y así convertirse él mismo en un capitalista, aunque sea en pequeña escala. Una parte considerable del capital que opera en la economía norteamericana tiene su origen en los ahorros de las masas. Millones de asalariados poseen depósitos de ahorros, títulos públicos y pólizas de seguros, todos pagaderos en dólares, y su valor depende de la salud de la moneda nacional. Desde este punto de vista, es fundamental para el interés vital de las masas preservar el poder adquisitivo del dólar. Para ese fin, no basta imprimir en los billetes la máxima "Confiamos en Dios". Debemos adoptar una política apropiada.

[Ir a tabla de contenidos]

Capítulo XI

LA ENSEÑANZA DE LA ECONOMÍA EN LAS UNIVERSIDADES[44]

Pocos años atrás, un subcomité de Publicidad y Propaganda en los Departamentos Ejecutivos de la Casa de Representantes, bajo la presidencia del representante Forest A. Harness, investigó operaciones de propaganda federales. En una ocasión, el Comité tuvo como testigo a un médico empleado por el gobierno. Cuando se le preguntó si en sus discursos públicos, pronunciados en todo el país, presentó los dos aspectos de la discusión sobre el seguro nacional de salud obligatorio, este testigo respondió: "No sé qué quiere usted decir con los dos aspectos".

La ingenua respuesta arroja luz sobre el estado mental de personas que se enorgullecen de llamarse intelectuales progresistas. Simplemente no imaginan que pueda esgrimirse algún argumento contra los distintos modelos que sugieren. En su opinión, todos deben respaldar sin cuestionamientos cada proyecto que busque cada vez más control gubernamental sobre todos los aspectos que hacen a la conducta y a la vida del ciudadano. Nunca tratan de refutar las objeciones planteadas contra sus doctrinas. Prefieren, al igual que lo hizo recientemente la señora Eleanor Roosevelt en su columna, llamar deshonestos a aquellos con quienes no están de acuerdo.

Muchos ciudadanos eminentes responsabilizan a los institutos educativos por la forma en que este fanatismo se ha esparcido. Critican severamente la manera como se enseñan la economía, la filosofía, la sociología, la historia y la ciencia política en la mayoría de los colegios y universidades norteamericanas. Culpan a muchos maestros de adoctrinar a sus estudiantes con las ideas de la planificación total, del socialismo y del comunismo. Algunos de los inculpados tratan de negar cualquier responsabilidad. Otros, dándose cuenta de la inutilidad de este modo de defensa, se

quejan de la "persecución" a que se ven sometidos y de la violación de la "libertad académica".

Sin embargo, lo que no es satisfactorio en las condiciones académicas actuales —no sólo en este país sino en la mayoría de los países extranjeros— no es sólo el hecho de que muchos maestros están ciegamente comprometidos con las falacias veblenianas, marxistas y keynesianas y tratan de convencer a sus alumnos de que ninguna objeción sostenible puede plantearse contra lo que ellos llaman políticas progresistas. El perjuicio debe verse más bien en el hecho de que las afirmaciones de estos maestros no son objeto de ningún tipo de crítica en la esfera académica. Los seudoliberales monopolizan las cátedras en muchas universidades. Sólo los hombres que están de acuerdo con ellos son designados maestros e instructores de ciencias sociales, y únicamente se utilizan libros de texto que respaldan sus ideas. La cuestión esencial no es cómo deshacerse de maestros ineptos y de libros de texto deficientes, sino cómo dar a los estudiantes la oportunidad de escuchar algo acerca de las ideas de los economistas que rechazan los principios de los intervencionistas, inflacionistas, socialistas y comunistas.

1. Los métodos de los maestros "progresistas"

Ilustremos el tema analizando un libro recientemente publicado. Un profesor de la Universidad de Harvard edita, con el apoyo de un comité asesor cuyos miembros son, como el editor, profesores de economía de esa universidad, una serie de libros de texto llamada "Serie de Manuales Económicos". En esta serie se publicó un volumen sobre el socialismo. Su autor, Paul M. Sweezy, comienza el prefacio declarando que el libro "está escrito desde el punto de vista de un socialista". El editor de la serie, el profesor Seymour E. Harris, en su introducción va aun más lejos al afirmar que el punto de vista del autor "se aproxima más al grupo que determina la política soviética que al que ejerce el gobierno actual (1949) de Gran Bretaña". Ésta es una moderada descripción del hecho de que el volumen es desde la primera hasta la última página, una abierta apología del sistema soviético.

Ahora bien, es perfectamente legítimo que el Dr. Sweezy escriba un libro como el descripto y que los profesores lo editen y lo publiquen. Los EE.UU. son un país libre —uno de los pocos países libres que quedan en el mundo— y la Constitución y sus enmiendas garantizan a todos el derecho a pensar como les guste y publicar e imprimir lo que piensan. En realidad, Sweezy ha brindado, sin saberlo, un gran servicio al público pensante, ya que su obra muestra a cada lector razonable y versado en economía que a los más eminentes defensores del socialismo se les está terminando su inventiva, que no saben cómo desarrollar algún argumento plausible en favor de su credo y que es total su incapacidad para refutar algunas de las serias objeciones planteadas contra él.

Pero el libro no está destinado a estudiantes perspicaces y familiarizados con las

ciencias sociales. Está escrito para el lector general —según enfatiza la introducción del editor—, para popularizar las ideas y, especialmente, para usar en el aula. Quienes ignoran el tema y los estudiantes que nada o muy poco conocen de los problemas involucrados obtendrán todos sus conocimientos sobre el socialismo de este libro. No están familiarizados con las teorías y hechos que les permitirían formarse una opinión independiente acerca de las diversas doctrinas expuestas por el autor. Aceptarán todas estas tesis y descripciones como si fueran sabiduría y ciencia irrefutables; cómo podrían ser tan presuntuosos para dudar de la confiabilidad de un libro escrito, como la introducción afirma, por una "autoridad" en la materia y apadrinado por un comité de profesores pertenecientes a la venerable Harvard.

El error del comité no debe buscarse en el hecho de que hayan publicado este libro, sino en el hecho de que su serie sólo contiene esta obra acerca del socialismo. Si hubieran publicado, junto con el libro del Dr. Sweezy, otro volumen que contuviera un análisis crítico de las ideas comunistas y de los logros de los gobiernos socialistas, nadie podría acusarlos de difundir el comunismo. La decencia debería haberlos impulsado a dar a los críticos del socialismo y del comunismo la misma oportunidad que dieron al Dr. Sweezy, para así poder presentar sus opiniones a los estudiantes de las universidades y colegios.

En cada página del libro del Dr. Sweezy pueden encontrarse afirmaciones realmente increíbles. Así, al referirse al problema de los derechos civiles bajo un régimen socialista, simplemente equipara la Constitución soviética con la norteamericana. Ambas son, según declara, "generalmente aceptadas como afirmación de ideales que deberían guiar las acciones, tanto del estado como del ciudadano individual. Que estos ideales no siempre estén en conformidad con los hechos —ya sea en la Unión Soviética o en los Estados Unidos— es ciertamente importante y verdadero; pero esto no significa que no existan o que puedan ser ignorados, y menos aun que puedan transformarse en lo opuesto".

Dejando de lado la mayor parte de lo que podría decirse para refutar este razonamiento, es necesario darse cuenta de que la Constitución norteamericana no es sólo un ideal sino la ley válida del país. Para evitar que se convierta en letra muerta existe un poder judicial independiente que culmina en la Corte Suprema. Sin un guardián de la ley y de la legalidad como el mencionado, cualquier ley puede ser y es transformada en su opuesta. ¿El Dr. Sweezy nunca se percató de este hecho? ¿Cree realmente que los millones de seres que languidecen en las prisiones y en los campos de concentración soviéticos pueden invocar habeas corpus?

Repito: el doctor Sweezy tiene derecho —precisamente porque la Declaración de Derechos norteamericana no es sólo un ideal, sino una ley vigente— a transformar cada hecho en lo contrario. Pero los profesores que entregan una apología de la Unión Soviética como la citada a sus estudiantes, sin interiorizarlos de las opiniones

de los oponentes del socialismo, no deben sentirse difamados si se los crítica.

El profesor Harris, en su introducción, afirma que "aquellos que temen una influencia excesiva del presente volumen pueden alegrarse por un futuro volumen sobre el capitalismo, compañero de éste, escrito por alguien tan devoto de la empresa privada como el Dr. Sweezy lo es del socialismo". Este volumen, escrito por el profesor David Mc Cord Wright de la Universidad de Virginia, ha sido publicado en el ínterin. También se ocupa incidentalmente del socialismo y trata de refutar algunas falacias socialistas menores, como la doctrina del debilitamiento del estado, una doctrina que hasta los más fanáticos autores soviéticos relegan hoy a una posición insignificante. Pero verdaderamente no puede ser considerado un sustituto satisfactorio, o siquiera un sustituto, de un examen crítico completo de todo el conjunto de ideas socialistas y comunistas y del lamentable fracaso de todos los experimentos socialistas.

Algunos de los profesores intentan refutar las acusaciones de intolerancia ideológica dirigidas a sus universidades y demostrar su propia imparcialidad, invitando ocasionalmente a un disidente no proveniente de su universidad para hablar a sus estudiantes. Esto es sólo una patraña. ¡Una hora de economía sana contra muchas de adoctrinamiento equivocado! Quien esto escribe puede transcribir una carta en la que declinó una invitación semejante: "Lo que me imposibilita presentar el funcionamiento de la economía de mercado en una conferencia de corta duración —ya sea de cincuenta minutos o de dos períodos de cincuenta minutos— es el hecho de que la gente, influida por las ideas predominantes sobre los problemas económicos, tiene muchísimas opiniones equivocadas respecto de este sistema. Están convencidos de que las depresiones económicas, la desocupación masiva, el monopolio, el imperialismo y las guerras agresivas, y la pobreza de la mayor parte de la humanidad, son causadas por el libre funcionamiento de los métodos de producción capitalistas".

"Si un conferenciante no desvanece cada uno de estos dogmas, la impresión causada en la audiencia no es satisfactoria. Ahora bien, refutar cualquiera de ellos requiere mucho más tiempo que el que me fue asignado en su programa. Los asistentes pensarán: 'No hizo ninguna referencia a este tema' o 'Sólo hizo unas pocas observaciones casuales sobre aquello'. Mi conferencia probablemente los reafirmaría en las equivocadas ideas que tienen del sistema... Si fuera posible exponer el funcionamiento del capitalismo en una o dos conferencias de poca duración seria una pérdida de tiempo que los estudiantes de economía permanecieran tantos años en las universidades. Sería difícil de explicar por qué deben escribirse libros voluminosos sobre este tema. Son estas razones las que me obligan, lamentablemente, a declinar su amable invitación".

2. La supuesta imparcialidad de las universidades

Los profesores seudoprogresistas justifican su política de impedir el acceso a las cátedras a todos aquellos a quienes tildan calumniosamente de reaccionarios anticuados, llamando a estos hombres "poco objetivos".

La referencia a la falta de objetividad no es pertinente si el acusador no está en condiciones de demostrar claramente en qué consiste la deficiencia de la doctrina del autor calumniado. Lo único que importa es si una doctrina es sana o no. Esto debe determinarse a través de los hechos y del razonamiento deductivo. Si no puede esgrimirse ningún argumento sostenible para invalidar una teoría su veracidad no se ve afectada en absoluto por el hecho de que el autor sea insultado. Por otro lado, si la falsedad de una doctrina ha sido claramente demostrada por una irrefutable serie de razonamientos, no hay necesidad de llamar "poco objetivo" a su autor.

Un biógrafo puede intentar explicar los errores claramente evidenciados de la persona cuya vida relata demostrando que provienen de sus prejuicios. Pero esta interpretación psicológica no reviste importancia en discusiones sobre la veracidad o falsedad de una teoría. Los profesores que denominan a aquellos con quienes disienten "poco objetivos", sólo confiesan su incapacidad para descubrir cualquier falla en las teorías de sus adversarios.

Muchos profesores "progresistas" han servido por algún tiempo en alguno de los distintos organismos gubernamentales, realizando generalmente tareas auxiliares. Recopilaban datos estadísticos y escribían informes que sus superiores, políticos o antiguos gerentes de corporaciones, archivaban sin leer. Los profesores no infundieron a sus oficinas espíritu científico, pero éstas crearon en ellos una mentalidad autoritaria. No confían en el pueblo y consideran al Estado (con "E" mayúscula) como un guardián de los desdichados subordinados, enviado por Dios. Sólo el Gobierno es imparcial y objetivo. Cualquier persona que se oponga a una extensión de los poderes gubernamentales es, por este hecho, tildada de enemiga del bien público. Es evidente que "odia" al Estado.

Ahora bien, si un economista se opone a la socialización de industrias no "odia" al estado. Sólo declara que la nación se beneficia más con la propiedad privada de los medios de producción que con la propiedad pública. Nadie puede alegar que la experiencia obtenida con las empresas nacionalizadas contradice esta opinión.

Otro prejuicio típicamente burocrático que los profesores contrajeron en Washington es el de llamar a aquellos que con su conducta demuestran su oposición a los controles gubernamentales y al establecimiento de nuevas dependencias del gobierno "negativistas". Según esta terminología todo lo logrado por el sistema de empresa individual norteamericano es sólo "negativo"; únicamente las oficinas gubernamentales son "positivas".

Existe, además, una antítesis aparente entre "planificar o no planificar". Sólo se llama planificación a la de un gobierno totalitario que reduce a los ciudadanos a la

calidad de peones de ajedrez para servir a los proyectos de la burocracia. Los planes de los ciudadanos individuales no se consideran tales. ¡Qué semántica!

3. Cómo se enseña la historia moderna

El intelectual progresista mira al capitalismo como si fuera el más terrible de los males. La humanidad, afirma, vivía felizmente en los viejos y buenos tiempos. Pero entonces, como decía un historiador británico, la Revolución Industrial "cayó como una guerra o una plaga" sobre la gente. La "burguesía" convirtió la abundancia en escasez. Unos pocos privilegiados disfrutan de todos los lujos. Pero, como el mismo Marx observó, el trabajador "se hunde cada vez más" porque la burguesía "es incompetente para asegurar a su esclavo una existencia dentro de su esclavitud".

Aun peores son los efectos morales e intelectuales de los modos de producción capitalistas. El progresista cree que no existe más que un medio de liberar a la humanidad de la miseria y de la degradación producida por el *laissez faire* fácil y el crudo individualismo: adoptar una planificación central, el sistema que los rusos están experimentando exitosamente. Es cierto que los resultados obtenidos por los soviéticos aún no son completamente satisfactorios. Pero estos defectos tienen su única causa en las peculiares características de Rusia. El mundo occidental eludirá las trampas de los rusos e instaurará el Estado benefactor sin las características meramente accidentales que lo desfiguraron en Rusia y en la Alemania de Hitler.

Esta es la filosofía enseriada en la mayoría de las escuelas actuales y propagada por novelas y obras teatrales. Es esta doctrina la que guía las acciones de casi todos los gobiernos contemporáneos. El norteamericano "progresista" se avergüenza de lo que denomina atraso social de su país. Considera que es un deber de los EE.UU. subsidiar abundantemente a los gobiernos socialistas extranjeros para posibilitar que continúen con sus ruinosas aventuras socialistas. Para él, el enemigo real del pueblo norteamericano son los Grandes Negocios, es decir, las empresas que posibilitan al hombre común el nivel de vida más alto alcanzado en la historia. Aclama cada paso que se da en el camino que conduce hacia un control total de la economía, llamándolo progreso. Tilda a todos aquellos que aluden a los perniciosos efectos del despilfarro, del gasto deficitario y del desahorro de capital, de reaccionarios, aristócratas económicos y fascistas. Nunca menciona los productos nuevos o mejorados que la economía hace accesibles a las masas casi todos los años. Pero queda embelesado por los logros, en gran medida cuestionables, de la Autoridad del Valle de Tennessee, cuyo déficit se financia con los impuestos cobrados a los Grandes Negocios.

A los expositores más apasionados de esta ideología se los debe buscar en los departamentos de historia, ciencias políticas, sociología y literatura de las universidades. Los profesores de estos departamentos tienen la ventaja, al referirse a temas económicos, de estar hablando de un tema con el que no están en absoluto

familiarizados. Esto es especialmente notorio en el caso de los historiadores. La forma en que la historia de los últimos doscientos años ha sido tratada es realmente escandalosa. Sólo recientemente, eruditos eminentes han comenzado a desenmascarar las torpes falacias de Lujo Brentano, los Webb, los Hammond, Tawney, Arnold Toynbee, Elie Halévy, los Beard y otros autores. En la última reunión de la Sociedad Mont Pélerin, el presidente de la cátedra de historia económica en la Escuela Londinense de Economía (London School of Economics), profesor T. S. Ashton, presentó un documento en el que señalaba que las opiniones comúnmente aceptadas sobre los desarrollos económicos del siglo diecinueve "no contienen ni una vislumbre de sentido económico". Los historiadores tergiversaron los hechos al forjar la leyenda según la cual "la forma dominante de organización bajo el capitalismo industrial, es decir, la fábrica, tuvo su origen en la demanda, no de la gente ordinaria, sino de los ricos y de los gobernantes".

La verdad es que el distintivo característico del capitalismo fue y es la producción en masa para las necesidades de las masas. Todas las veces que una fábrica —con sus métodos de producción en masa realizada por medio de maquinarias accionadas por fuerza motriz— invadió una nueva rama productiva, comenzó produciendo bienes baratos para las masas en general. Las fábricas se volcaron a la producción de mercaderías más refinadas —y, por lo tanto, más caras—, sólo posteriormente, cuando la mejora sin precedentes que habían provocado en el nivel de vida de las masas hizo razonable aplicar también los métodos de producción en masa para fabricar mejores artículos. Las grandes empresas satisfacen las necesidades de las mayorías; dependen exclusivamente del consumo masivo. En su calidad de consumidor, el hombre común es el soberano cuyas compras y abstenciones de comprar determinan la suerte de las actividades empresarias. El "proletario" es el cliente que siempre tiene razón, del que tanto se habla.

El método más popular para desprestigiar el capitalismo es responsabilizarlo por toda circunstancia considerada insatisfactoria. La tuberculosis y, hasta hace unos pocos años, la sífilis, fueron llamadas enfermedades del capitalismo. La culpa de la miseria de millones de seres humanos en países como la India, que *no*adoptaron el capitalismo, es atribuible a éste. Es un hecho lamentable que la gente se debilite en la vejez y finalmente muera. Pero esto le ocurre no sólo al vendedor sino también a los empleadores, y no fue menos trágico en las épocas precapitalistas que bajo el capitalismo. Tanto la prostitución como la dipsomanía y la drogadicción son denominados "vicios capitalistas".

Toda vez que la gente discute los supuestos delitos de los capitalistas, un sabio profesor o un sofisticado artista hace referencia a los altos ingresos de las estrellas cinematográficas, de los boxeadores y de los luchadores. ¿Pero quién contribuye más a estos ingresos, los millonarios o los proletarios?

Debe admitirse que los peores excesos de esta propaganda no son cometidos por

profesores de economía sino por profesores de otras ciencias sociales, por periodistas, escritores y algunas veces hasta por ministros. Pero la fuente de donde surgen todos los lemas de este turbulento fanatismo son las enseñanzas impartidas por la escuela "institucionalista" de políticas económicas. Todos estos dogmas y falacias pueden ser, en última instancia, derivados de doctrinas supuestamente económicas.

4. La proscripción de la economía sana

Los marxistas, keynesianos, veblenianos y otros "progresistas" saben muy bien que sus doctrinas no resisten ningún análisis crítico. Se dan perfecta cuenta del hecho de que un representante de la economía sana en su departamento invalidaría todas sus enseñanzas. Éste es el motivo por el que tanto anhelan impedir el acceso de todo "ortodoxo" a la fortaleza de su "no ortodoxia".

La peor consecuencia de esta proscripción de la economía sana es el hecho de que jóvenes graduados de grandes condiciones se apartan de la carrera de economista académico. No quieren ser boicoteados por las universidades, por los críticos de libros y por las editoriales. Prefieren ejercer el comercio o practicar el derecho, actividades en las que se apreciará su talento. Son fundamentalmente los acomodados, aquellos que no desean conocer los errores de la doctrina oficial, quienes aspiran a ser profesores. Quedan pocos hombres competentes para ocupar el lugar de eminentes sabios que mueren o alcanzan la edad de jubilarse. Dentro de la naciente generación de profesores existen muy pocos sucesores dignos de economistas tales como Frank A. Fetter y Edwin W. Kemmerer, de Princeton, Irving Fisher, de Yale, y Benjamin M. Anderson, de California.

No hay más que un camino para remediar esta situación. Los verdaderos economistas deben tener la misma oportunidad en nuestras facultades, oportunidad de la que hoy sólo gozan los defensores del socialismo y del intervencionismo. Seguramente, esto no es demasiado pedir mientras este país no se haya hecho totalitario.

[Ir a tabla de contenidos]

CAPÍTULO XII

LAS TENDENCIAS PUEDEN CAMBIAR[45]

Uno de los dogmas más apreciados, que va implícito en las doctrinas contemporáneas de moda, es la creencia de que las tendencias de la evolución social que se ponen de manifiesto en el pasado reciente prevalecerán también en el futuro. El estudio del pasado, según se presume, revela la forma de lo que vendrá. Cualquier tentativa de revertir o aun de detener una tendencia está condenada al fracaso. El hombre debe someterse al poder irresistible de su destino histórico.

A este dogma se agrega la idea hegeliana del mejoramiento progresivo de las condiciones humanas. Cada etapa de la historia, enseriaba Hegel, es necesariamente un estado superior y más perfecto que la precedente, es un progreso hacía la meta final que Dios, en su infinita bondad, fijó a la humanidad. Así que cualquier duda con respecto a la excelencia de lo que debe venir es injustificada, anticientífica y blasfema. Aquellos que combaten "el progreso" no están sólo dedicados a una aventura sin esperanza. Son también moralmente malos, *reaccionarios*, pues quieren impedir que emerjan condiciones que beneficiarán a la inmensa mayoría.

Los adeptos de esta filosofía, que se llaman a sí mismos "progresistas", tratan desde este punto de vista los aspectos fundamentales de la política económica. No examinan los méritos o deméritos de las medidas y reformas que se sugieren. Esto sería, a sus ojos, anticientífico. A su manera de ver, la única cuestión a dilucidar es si las innovaciones propuestas están o no de acuerdo con el espíritu de nuestra época y siguen la dirección que el destino ha ordenado para la marcha de los asuntos humanos. El rumbo de los sistemas del pasado reciente nos enseña lo que es a la vez inevitable y beneficioso. La única fuente legítima para el conocimiento de lo que es saludable y tiene que realizarse hoy es el conocimiento de lo que se hizo ayer.

En las últimas décadas prevaleció una tendencia hacia una intervención cada vez mayor del gobierno en los negocios. La esfera de la iniciativa de los ciudadanos particulares fue estrechándose. Leyes y decretos administrativos restringieron el campo dentro del cual los empresarios y capitalistas podían conducir libremente sus actividades siguiendo el deseo de los consumidores según se pone de manifiesto en la estructura del mercado. De año en año una porción cada vez mayor de los beneficios y del interés sobre el capital invertido se confiscaron mediante impuestos sobre las utilidades de las empresas, la renta individual y los patrimonios. El control "social", es decir, el control gubernamental, de los negocios, sustituye, paso a paso, al control privado. Los "progresistas" están seguros de que esta tendencia a arrancar el poder "económico" de la "clase ociosa" parasitaria y transferirlo al "pueblo" continuará hasta que el "Estado benefactor" haya suplantado al nefasto sistema capitalista que la historia ha condenado para siempre. No obstante las siniestras maquinaciones de "los intereses capitalistas", la humanidad, conducida por los economistas de los gobiernos y otros burócratas, políticos y dirigentes gremiales, marcha firmemente hacia la bienaventuranza de un paraíso terrestre.

El prestigio de este mito es tan enorme que sofoca cualquier oposición. Difunde el derrotismo aun entre aquellos que no comparten la opinión de que todo lo que viene después es mejor que lo anterior y están plenamente conscientes de los desastrosos efectos de la planificación integral, es decir, del socialismo totalitario. Ellos también se someten mansamente a aquello que los seudo sabios les dicen que es inevitable. Es esta mentalidad, que acepta pasivamente la derrota, la que ha

hecho triunfar el socialismo en muchos países europeos y podría también hacerlo predominar en Norteamérica.

El dogma marxista de la inevitabilidad del socialismo se basaba en la tesis de que el capitalismo se traduce necesariamente en un progresivo empobrecimiento de la inmensa mayoría del pueblo. Todas las ventajas del progreso tecnológico benefician exclusivamente a la pequeña minoría de los explotadores. Las masas están condenadas a una "miseria, opresión, esclavitud, degradación y explotación" crecientes. Ninguna acción por parte de los gobiernos o de los sindicatos obreros puede tener éxito para detener esta evolución. Sólo el socialismo que necesariamente debe llegar "con la inexorabilidad de una ley de la naturaleza" traerá la salvación por medio de la "expropiación de los pocos usurpadores por la masa del pueblo".

Los hechos han desmentido este pronóstico no menos que todos los demás presupuestos marxistas. En los países capitalistas el nivel de vida del hombre común es hoy incomparablemente más alto de lo que era en los días de Marx. Simplemente no es verdad que los frutos de las mejoras tecnológicas sean gozados exclusivamente por los capitalistas mientras el trabajador, como lo dice el *Manifiesto comunista*, "en lugar de levantarse con el progreso de la industria se hunde más y más profundamente". No son unos pocos "individualistas desvergonzados" los principales consumidores de los productos que se obtienen mediante la fabricación en gran escala, sino las masas. Sólo los débiles mentales pueden aún dar crédito a la fábula de que el capitalismo "es incompetente para asegurar una existencia a su esclavo dentro de su esclavitud".

Hoy la doctrina de la irreversibilidad de las tendencias dominantes ha suplantado a la doctrina marxista referente a la inevitabilidad del empobrecimiento progresivo.Ahora bien, esta doctrina está desprovista de toda verificación lógica o experimental. Las tendencias históricas no siguen necesariamente para siempre. Ningún hombre práctico es tan tonto como para suponer que los precios seguirán subiendo porque la curva de los precios en el pasado muestre una tendencia alcista. Por el contrario, cuanto más suben los precios más se alarman los empresarios prudentes, previendo un posible cambio radical. Se ha comprobado que casi todos los pronósticos que nuestros estadígrafos gubernamentales hacen sobre la base de su estudio de las cifras disponibles —que siempre se refieren necesariamente al pasado — han sido defectuosos. Lo que se llama extrapolación de las líneas de tendencia es mirado con la mayor desconfianza por los serios teorizadores de la estadística.

Lo mismo cabe decir con respecto a desenvolvimientos en terrenos que no pueden describirse por cifras estadísticas. Hubo, por ejemplo, durante la antigua civilización grecorromana, una tendencia hacia una división interregional del trabajo. El comercio entre las diversas partes del vasto imperio romano se intensificaba cada vez más. Pero entonces ocurrió un vuelco. El comercio declinó y

finalmente emergió el sistema señorial de la Edad Media con casi completa autarquía de la familia y dependientes de cada propietario de tierras.

O para citar otro ejemplo, existió en el siglo XVIII una tendencia a reducir la severidad y los horrores de la guerra. En 1770 el conde de Guibert podía escribir: "Hoy toda Europa está civilizada. Las guerras se han hecho menos crueles. No se derrama sangre, excepto en el combate, los prisioneros son respetados, las ciudades ya no se destruyen, el campo no es ya asolado".

¿Puede alguien sostener que esta tendencia no ha cambiado?

Pero aun si fuera verdad que una tendencia histórica debe seguir indefinidamente, y que por lo tanto el advenimiento del socialismo es inevitable, no sería lícito inferir que el socialismo será un estado mejor o, más aun, el más perfecto estado de la organización económica de la sociedad. Nada hay para fundar tal conclusión, excepto los supuestos arbitrarios y seudoteológicos de Hegel, Comte y Marx, de acuerdo con los cuales cada etapa posterior del proceso histórico debe ser necesariamente un estado mejor. No es verdad que las condiciones humanas deban siempre mejorar y que una recaída en modos de vida muy poco satisfactorios, o en la penuria y la barbarie, sea imposible. El nivel de vida comparativamente alto de que el hombre común goza hoy en los países capitalistas es un resultado del capitalismo del *laissez faire*. Ni el razonamiento teórico ni la experiencia histórica permiten la inferencia de que podría preservarse bajo el socialismo, ni mucho menos mejorarse.

En las últimas décadas, en muchos países el número de divorcios y de suicidios ha aumentado de año en año. Sin embargo, casi nadie tendría la temeridad de sostener que esta tendencia significa un progreso hacia condiciones más satisfactorias.

El ex alumno típico de los colegios y universidades pronto olvida la mayor parte de las cosas que ha aprendido. Pero hay un fragmento de la enseñanza que hace una impresión duradera en su mente, a saber, el dogma de la irreversibilidad de la tendencia hacia la planificación integral y la regimentación. No pone en duda la tesis de que la humanidad nunca retornará al capitalismo, ese sistema deplorable de una edad desaparecida para siempre, y que la "Ola del futuro" nos lleva hacia la tierra prometida de Cockaigne. Si tuviera alguna duda, ésta sería disipada por lo que lee en los periódicos y lo que oye decir a los políticos. Porque aun los candidatos designados por los partidos de la oposición, aunque critican las medidas del partido en el poder, protestan que ellos no son "reaccionarios" y no se atreven a detener la marcha hacia "el progreso".

Así, el hombre común está predispuesto en favor del socialismo. Desde luego, no aprueba todo lo que los Soviets han hecho. Piensa que los rusos han cometido errores en muchos aspectos y excusa estos errores como causados por su falta de

familiaridad con la libertad. Culpa a los dirigentes, especialmente a Stalin, por la corrupción del sublime ideal de la planificación integral. Simpatiza más bien con Tito, el honesto rebelde, que rehúsa rendirse a Rusia. No hace mucho tiempo abrigaba los mismos sentimientos amistosos hacia Benes, y hasta hace algunos meses hacia Mao Tsétung, el "reformador agrario".

Sea como fuere, buena parte de la opinión pública de los Estados Unidos cree que su país está atrasado en cuestiones esenciales, no ha eliminado todavía, como los rusos, la producción basada en la utilidad y la desocupación y no ha conseguido aún estabilidad. Prácticamente nadie piensa que puede aprender algo importante sobre estos problemas ocupándose seriamente de los estudios económicos. Los dogmas de la irreversibilidad de las tendencias dominantes y de sus seguros efectos benéficos hacen que tales estudios estén de más. Si confirman estos dogmas, resultan superfluos; si están en discrepancia con ellos es porque son ilusorios y engañosos.

Ahora bien, las tendencias de la evolución pueden cambiar, y hasta aquí casi siempre han cambiado. Pero cambiaron sólo porque encontraron firme oposición. La tendencia corriente en la actualidad hacia lo que Hilaire Belloc llamó "el estado servil" no será ciertamente invertida si nadie tiene el coraje de atacar los dogmas que la sostienen.

[Ir a tabla de contenidos]

CAPÍTULO XIII

LAS CHANCES POLÍTICAS DEL LIBERALISMO GENUINO[46]

Las perspectivas del liberalismo genuino, según algunos de sus más destacados representantes, son actualmente bastante sombrías. En su opinión, los mordaces lemas de los socialistas y de los intervencionistas obtienen mejor respuesta de las masas que el frío razonamiento de hombres sensatos. La mayoría de los votantes son tan sólo personas tontas y mentalmente inactivas, que no gustan de pensar y son fácilmente engañadas por las seductoras promesas de cuenteros irresponsables. Los complejos de inferioridad subconscientes y la envidia empujan a la gente hacia los partidos de izquierda. Se regocijan con las políticas que confiscan la mayor parte de los ingresos y de la riqueza de los empresarios exitosos sin entender el hecho de que estas políticas perjudican sus propios intereses materiales. Pasan por alto todas las objeciones planteadas por los economistas, y creen firmemente que pueden obtener muchos bienes gratuitamente. Incluso el pueblo norteamericano, a pesar de que disfruta el nivel de vida más alto jamás alcanzado en la historia, está dispuesto a condenar el capitalismo como una vil economía de escasez y a soñar con una economía de abundancia en donde todos recibirán todo "de acuerdo con sus necesidades". La causa de la libertad y de la prosperidad material no tiene futuro.

Éste pertenece a los demagogos que no saben hacer otra cosa que disipar el capital acumulado por generaciones anteriores. La humanidad se lanza hacia una nueva edad media. La civilización occidental está sentenciada a muerte.

El principal error de este generalizado pesimismo es la creencia de que las ideas y políticas destructivas de nuestra época surgieron de los proletarios y son una "revolución de las masas". En realidad, las masas, precisamente por no ser creativas ni desarrollar filosofías propias, siguen a los líderes. Las ideologías que producen todos los errores y catástrofes de nuestro siglo no constituyen un logro de las multitudes. Son hazañas de los seudo eruditos y seudo intelectuales. Fueron propagadas por las cátedras universitarias y desde el púlpito; fueron diseminadas por la prensa, las novelas y obras teatrales y por las películas y la radio. Los intelectuales convirtieron al socialismo y al intervencionismo a las masas. Estas ideologías deben el poder que hoy tienen al hecho de que todos los medios de comunicación se han volcado a sus partidarios y todos sus opositores han sido virtualmente silenciados. Lo que se necesita para modificar el rumbo de los acontecimientos es cambiar la mentalidad de los intelectuales. Luego, las masas seguirán el ejemplo.

Por otra parte, no es verdad que las ideas del liberalismo genuino sean demasiado complicadas para atraer a la mentalidad no educada del votante promedio. No es una tarea inútil explicar a los asalariados que el único medio de aumentar los índices salariales *para todos aquellos que desean encontrar trabajo y ganar salarios* es incrementar la cuota de capital invertido per cápita. Los pesimistas subestiman la capacidad mental del "hombre común" cuando afirman que no puede entender las desastrosas consecuencias de las políticas que provocan desacumulación de capital. ¿Por qué todos los "países subdesarrollados" piden ayuda norteamericana y capital norteamericano? ¿Por qué no esperan preferentemente ayuda de la Rusia socialista?

El colmo de las políticas de los partidos políticos y gobiernos autoproclamados progresistas es el aumento artificial de los precios de los bienes vitales por encima del nivel que habrían alcanzado en los mercados del capitalismo libre y del *laissez faire*. Sólo una fracción infinitesimal del pueblo norteamericano está interesada en que el precio del azúcar se mantenga alto. La inmensa mayoría de los votantes norteamericanos son compradores y consumidores, y no productores y vendedores de azúcar. De cualquier manera, el gobierno norteamericano está firmemente comprometido en una política de precios altos para el azúcar, mediante la restricción rigurosa tanto de su importación desde el exterior como de la producción doméstica. Se adoptan políticas similares respecto de los precios del pan, de la carne, de la manteca, de loshuevos, de las papas, del algodón y de muchos otros productos agrícolas. Es una seria equivocación que estos procedimientos sean llamados indiscriminadamente "políticas pro-agrícolas". Menos de la quinta parte de

la población total de los EE.UU. depende de la agricultura para vivir. Sin embargo, los intereses de estas personas con respecto a los precios de distintos productos agrícolas no son idénticos. El lechero no está interesado en precios altos para el trigo, para los forrajes, el azúcar y el algodón. Los criadores de pollos se ven perjudicados por los altos precios de cualquier producto agrícola, exceptuando los pollos y los huevos. Es obvio que quienes cultivan algodón, uvas, naranjas, manzanas, pomelos, se perjudican con un sistema que aumente los precios de los alimentos principales. La mayoría de los ítem que constituyen la así llamada "política pro-agrícola" favorecen a sólo una minoría de la población agrícola total a expensas de la mayoría, no sólo no agrícola, sino también de la población agrícola.

Las cosas no difieren mucho en otras áreas. Cuando los ferroviarios o los trabajadores de las inmobiliarias, respaldados por leyes y prácticas administrativas que están reconocidamente creadas para hacer frente a sus empleadores, recurren al trabajo a reglamento y a otros mecanismos destinados a "crear más empleos", están esquilmando injustamente a la inmensa mayoría de sus conciudadanos. Los sindicatos de trabajadores gráficos hacen aumentar los precios de los libros y periódicos y de esta manera afectan a toda la gente que anhela leer y aprender. Las políticas llamadas prolaborales traen aparejado un estado de cosas en el que cada grupo de asalariados está decidido a mejorar su propia condición a expensas de los consumidores, es decir, de la inmensa mayoría.

Hoy en día, nadie sabe si las políticas que favorecen al grupo al cual se pertenece producen beneficios superiores a las pérdidas generadas por las políticas que favorecen a los grupos restantes. Pero lo que sí es seguro es que todos se ven afectados negativamente por la caída general en la productividad de los esfuerzos y de la actividad industriales que estas políticas supuestamente beneficiosas traen aparejada de modo inevitable.

Hasta hace pocos años, los partidarios de estas inadecuadas políticas intentaron defenderlas señalando que su incidencia sólo disminuye la riqueza y los ingresos de los ricos, mientras beneficia a las masas sólo a expensas de parásitos inútiles. No es necesario refutar las falacias de este razonamiento. Aun si admitimos su veracidad, a los fines de la argumentación, debemos darnos cuenta de que, con excepción de unos pocos países, estos fondos excesivos de que disfrutaban los ricos ya se han agotado. Ni siquiera el señor Hugh Gaitskell, sucesor de Sir Stafford Cripps como Führer de la economía británica, pudo evitar declarar que "los ricos no tienen dinero suficiente para que, a través de su exacción, pueda continuar elevándose el nivel de vida en Inglaterra". En los EE.UU. la política de "chupar la sangre a los ricos" aún no ha ido tan lejos. Pero si la tendencia de la política norteamericana no se revierte muy pronto, este país, el más rico de todos, tendrá que enfrentar la misma situación en unos pocos años.

Siendo así las cosas, las perspectivas de un renacimiento genuinamente liberal

pueden parecer buenas. Por lo menos un cincuenta por ciento de los votantes son mujeres, la mayoría de ellas amas de casa o futuras amas de casa. Un programa de precios bajos atraerá fuertemente al sentido común de estas mujeres. Seguramente apoyarán a los candidatos que proclamen: ¡Suprimir perentoriamente todas las políticas y medidas destinadas a aumentar los precios por encima del nivel que el mercado libre habría fijado! ¡Suprimir todo ese asunto de los precios sostén, precios de paridad, tarifas y cuotas, acuerdos intergubernamentales de control de bienes y todo lo demás! ¡Abstenerse de aumentar la cantidad de moneda en circulación y de expandir el crédito, de realizar inútiles intentos para bajar la tasa de interés y de continuar con la política de gastos deficitarios! Lo que queremos son precios bajos.

Finalmente, estas razonables amas de casa podrán incluso convencer a sus maridos.

En el *Manifiesto comunista*Karl Marx y Frederick Engels afirmaban: "Los bajos precios de sus bienes constituyen la artillería pesada con la que el capitalismo derriba toda la Muralla china". Podemos esperar que estos bajos precios también derriben la más alta de las murallas chinas, es decir, aquella construida por el desatino de las malas políticas económicas.

Manifestar estas esperanzas no es una mera expresión de deseos.

[Ir a tabla de contenidos]

CAPÍTULO XIV

EL PROBLEMA DEL ORO[47]

¿Nuestro sistema monetario está basado en el oro? Porque, en las condiciones actuales y hasta donde puede preverse, sólo el patrón oro hace que la determinación del poder adquisitivo de la moneda sea independiente de las ambiciones y maquinaciones de los gobiernos, de los dictadores, de los partidos políticos y de los grupos de presión. Sólo el patrón oro es lo que en el siglo XIX los líderes amantes de la libertad (que abogaban por el gobierno representativo, las libertades civiles y la prosperidad para todos) llamaban "moneda sana".

La importancia y la utilidad del patrón oro consisten en que con este sistema la provisión de moneda depende de la productividad de las minas de oro, y así se pone un freno a aventuras inflacionarias en gran escala por parte de los gobiernos.

El patrón oro no falla. Los gobiernos lo han saboteado deliberadamente y aún siguen haciéndolo, pero ninguno tiene el poder suficiente como para invalidarlo mientras la economía de mercado no sea completamente eliminada por el establecimiento del socialismo en todo el mundo.

Desde el punto de vista de los gobiernos, el patrón oro es el único responsable de

que sus esquemas inflacionarios no sólo fracasen en producir los beneficios esperados, sino que traigan aparejadas de modo inevitable condiciones que (según la opinión de los propios dirigentes y de la mayoría de las personas) se consideran mucho peores que los males, supuestos o reales, que debían eliminar. Según algunos seudoeconomistas, si no fuera por el patrón oro los gobiernos podrían lograr una perfecta prosperidad para todos. Veamos las tres doctrinas desarrolladas en apoyo de esta fábula de la omnipotencia gubernamental.

1. La ficción de la omnipotencia del gobierno

"El estado es Dios", decía Ferdinand Lassalle, fundador del movimiento socialista alemán. En su carácter de tal, el estado tiene el poder de crear cantidades ilimitadas de moneda, con lo cual hace felices a todos. Si bien los hombres resueltos e inteligentes han denominado inflación a esta política de "creación" de dinero, la terminología oficial la llama "gasto deficitario".

Pero cualquiera que sea el nombre que se le dé a este fenómeno, su significado es obvio. El gobierno aumenta la cantidad de dinero en circulación; entonces una mayor cantidad de dinero "capta" (como dice la expresión popular) a una cantidad de bienes y servicios que no han sido aumentados. La acción gubernamental no agrega nada a la cantidad de bienes y servicios disponibles; sólo hace elevar sus precios.

Si el gobierno desea incrementar los ingresos de algunas personas, por ejemplo, los empleados del estado, tiene que confiscar por medio de impuestos parte de los ingresos de otras, para luego distribuir lo recaudado entre los empleados o grupos favorecidos. En consecuencia, los contribuyentes se ven forzados a restringir sus gastos, mientras que quienes han recibido altos salarios o beneficios aumentan los suyos en la misma magnitud. Esto no da por resultado un cambio notable en el poder adquisitivo de la unidad monetaria.

Pero, en cambio, si el gobierno recurre a la emisión de papel moneda o al otorgamiento de créditos adicionales con el fin de obtener el dinero que necesita para el pago de salarios más altos, este dinero representará en el mercado, en manos de los beneficiarios, una demanda adicional de la cantidad no aumentada de bienes y servicios ofrecidos para la venta. Es inevitable una tendencia general a la suba de los precios.

En vano el gobierno y sus organismos de propaganda tratan de ocultar esta concatenación de hechos. El gasto deficitario significa un aumento de la cantidad de dinero en circulación. Es inútil que la terminología oficial evite llamarlo inflación.

Como el gobierno carece de los poderes del mítico Santa Claus, sólo puede gastar sacando dinero a algunos para beneficiar a otros.

2. La falacia del "dinero barato"

El interés es la diferencia en la evaluación de bienes presentes y bienes futuros; es el descuento en la valoración de los bienes futuros en comparación con los bienes presentes. No puede ser "abolido" mientras la gente prefiera la manzana que puede obtener hoy a aquella de la que sólo dispondrá dentro de un año, de diez o de cien.

El nivel de la tasa de interés originaria,[48] componente principal de la tasa de interés, de mercado según se determina en el mercado de dinero, refleja la diferencia en la valuación, por parte de la gente, de la satisfacción de sus necesidades presentes y futuras. La desaparición del interés, es decir, una tasa de interés igual a cero, significaría que a la gente no le interesa en absoluto la satisfacción de ninguna de sus necesidades presentes, sino *exclusivamente* la de sus necesidades futuras, las de los próximos años, décadas o siglos. Sólo habría ahorro e inversión, pero no consumo.

En el otro extremo, si la gente dejara de ahorrar, es decir, si no hiciera ninguna provisión para el futuro, ni siquiera para el día siguiente, y no sólo no ahorrara en absoluto, sino que consumiera todos los bienes de capital acumulados por las generaciones precedentes, la tasa de interés se elevaría en forma ilimitada.

Por lo tanto, es obvio que el nivel de la tasa de interés de mercado no depende, en última instancia, del capricho o los intereses pecuniarios de quienes constituyen el aparato de coerción y coacción gubernamental, el tan mentado "sector público" de la economía. Pero el gobierno tiene el poder para impulsar al Sistema de la Reserva Federal, así como a los bancos dependientes de él, hacia una política de dinero barato. En consecuencia, los bancos expanden el crédito. Mediante la baja de la tasa de interés fijada por el mercado de dinero libre, ofrecen crédito adicional creado a partir de la nada. De esta manera conducen a los empresarios a una falsa apreciación de las condiciones del mercado. A pesar de que la provisión de bienes de capital (que sólo puede incrementarse a partir del ahorro adicional) permanece invariable, se crea la ilusión de un mayor aporte de capital. A causa de esto aquéllos emprenden proyectos que a la luz de una estimación serena, no inducida a error por el espejismo del dinero barato, se habrían revelado como malas inversiones (inversiones de capital no rentables). Tanto los precios como los salarios se elevan debido a las cantidades adicionales de crédito que' inundan el mercado. Sobreviene un auge artificial, enteramente basado en la ilusión del dinero abundante y barato. Pero esa aparente prosperidad no puede perdurar. Tarde o temprano se hará evidente que, engañados por la expansión del crédito, los empresarios se han embarcado en proyectos para cuya ejecución no basta el ahorro de que se dispone realmente. Cuando se pone de manifiesto la verdadera naturaleza de las inversiones realizadas, se produce el colapso.

La depresión que sigue es el proceso durante el cual se pagan los errores

cometidos en ese período de prosperidad artificial; se vuelve entonces al razonamiento sereno y a una conducción razonable de los negocios, dentro de los límites de la provisión de bienes de capital efectivamente disponible. Es un proceso doloroso, sin duda, pero saludable.

La expansión del crédito no es una panacea para alcanzar la felicidad; por lo contrario, la falsa prosperidad que causa conduce inevitablemente a la ruina y a la desdicha.

Si realmente fuera posible sustituir la acumulación de bienes de capital debida al ahorro por la expansión del crédito (dinero barato) no habría pobreza en el mundo. Las naciones económicamente atrasadas no se lamentarían por la insuficiencia de sus disponibilidades de capital, ya que para mejorar sus condiciones de vida les bastaría con expandir cada vez más la cantidad de dinero y de crédito. No habrían surgido programas de "ayuda externa". Ahora bien, al otorgar esta ayuda a los países en desarrollo el gobierno de los Estados Unidos reconoce implícitamente que la expansión del crédito no es un sustituto efectivo para la acumulación de capital efectuada mediante el ahorro.

3. El fracaso de las leyes de salarios mínimos y de la coerción, sindical

El nivel de los índices salariales se determina por la estimación, por parte de los consumidores, del valor que el trabajo agrega al valor de los artículos en venta. Como la inmensa mayoría de los consumidores son asalariados, esto significa que quienes determinan cuál ha de ser la compensación por el trabajo realizado y por los servicios prestados, son los mismos que recibirán esos salarios. Las pingües ganancias de las estrellas cinematográficas y de los campeones de boxeo son provistas por los soldadores, los barrenderos y las empleadas domésticas que asisten a las funciones y a las peleas.

Un empresario que intentara pagar a un asalariado menos que lo que el trabajo de éste agrega al valor del producto, seria eliminado del mercado de trabajo por la competencia de otros empresarios ávidos de ganancias. Por otra parte, ningún empresario puede pagar a sus empleados una cantidad mayor que la que los consumidores están dispuestos a reembolsarle por la venta de sus productos. Si lo hiciera, incurriría en pérdidas y sería borrado de las filas de los empresarios.

Al fijar por decreto salarios mínimos que están por encima de los índices salariales del mercado, los gobiernos limitan el número de personas que pueden conseguir empleo. De este modo producen el desempleo de parte de la fuerza de trabajo. Lo mismo ocurre con lo que se denomina, eufemísticamente, "convenios colectivos".

La única diferencia entre ambos métodos consiste en el instrumento mediante el

cual se exige la puesta en vigencia del salario mínimo. El gobierno se vale de la policía para hacer cumplir sus decretos. Los sindicatos, de los piquetes de huelga. Sus miembros y sus funcionarios han adquirido el poder y el derecho de cometer injusticias contra las personas y la propiedad, de privar a los individuos de los medios de ganarse la vida y de cometer muchos otros actos que en circunstancias normales no pueden llevarse a cabo impunemente.[49] Nadie puede hoy en día desobedecer una orden emanada de un sindicato. A los empleadores no les queda otra opción que la de someterse a los dictados de los sindicatos o quedar fuera del ámbito de los negocios.

Pero tanto los gobiernos como los sindicatos son impotentes contra las leyes económicas. Si bien la violencia puede impedir a los empresarios que recurran a los índices salariales potenciales del mercado, no puede obligarlos a emplear a todos los que desean trabajar. La injerencia de los gobiernos y de los sindicatos en el nivel de los índices salariales sólo puede resultar en un aumento incesante del número de desempleados.

Precisamente para evitar esto, en todos los países occidentales los sistemas bancarios bajo control gubernamental recurren a la inflación. Al aumentar la cantidad de moneda en circulación, y así disminuir el poder adquisitivo de la unidad monetaria, hacen bajar las sobredimensionadas listas de jornales hasta un nivel acorde con las condiciones del mercado. Esto se denomina en la actualidad política de pleno empleo keynesiana. De hecho, es un método para perpetuar, mediante la inflación continuada, las fútiles tentativas gubernamentales y sindicales de entrometerse en las condiciones del mercado de trabajo. Tan pronto como el progreso de la inflación ha ajustado los índices salariales como para evitar que cunda el desempleo, el gobierno y los sindicatos reanudan con renovados bríos sus intentos de elevar los índices salariales por encima del nivel en el cual todos los que buscan trabajo pueden conseguirlo.

La experiencia de esta era de New Deal, Fair Deal, Nueva Frontera y Gran Sociedad, confirma la tesis fundamental que sustentaron en la Gran Bretaña del siglo pasado los verdaderos amantes de la libertad política, a saber, que hay sólo un medio para mejorar las condiciones materiales de todos los asalariados, y es aumentar la cuota per cápita de capital real invertido. Esto puede lograrse únicamente con ahorro adicional y acumulación de capital, pero de ningún modo mediante decretos gubernamentales, violencia e intimidación sindicales e inflación. Los enemigos del patrón oro también se equivocan con respecto a esto.

4. Como consecuencia ineludible, disminuirán las reservas de oro del gobierno de los Estados Unidos

Un número creciente de personas en diversas partes del mundo advierten que tanto los Estados Unidos como la mayoría de las demás naciones están empeñados

en una política de inflación progresiva. La experiencia de las últimas décadas les ha enseñado lo suficiente como para llegar a la conclusión de que, debido a estas políticas inflacionarias, la onza de oro se encarecerá, no sólo en términos de la moneda norteamericana sino también de la de sus propios países. Esto les causa alarma y desearían evitar el perjuicio que habrá de resultar.

Durante algunos años (desde 1933 hasta 1976) se prohibió a los norteamericanos poseer monedas y lingotes de oro. Sus tentativas de proteger sus activos financieros consistieron en el método que los alemanes, en la inflación más espectacular que registra la historia, llamaron "Flucht in die Sachwerte" (vuelo hacia valores reales). Ahora invierten su dinero en acciones ordinarias y en bienes raíces y prefieren tener deudas pagaderas en moneda de curso legal que títulos reembolsables en ella.

Aun en los países en los cuales se puede adquirir oro libremente no hay todavía (1965) compras notables de oro por parte de particulares e instituciones con poder económico. Hasta el momento en que las agencias francesas comenzaron a adquirir oro, los compradores eran, en su mayoría, personas de modestos recursos que deseaban guardar algunas monedas de oro como reserva para el futuro. Las compras de estos particulares, realizadas por intermedio del mercado de oro de Londres, redujeron las reservas de oro de los Estados Unidos.

Sólo hay un método para impedir una reducción aun mayor de las reservas de oro norteamericanas: abandonar radicalmente el gasto deficitario, así como toda política de "dinero fácil".

[Ir a tabla de contenidos]

CAPÍTULO XV

LA PROVISIÓN DE CAPITAL Y LA PROSPERIDAD EN LOS ESTADOS UNIDOS[50]

I

Uno de los fenómenos más asombrosos de esta campaña electoral es el modo como autores y oradores se refieren al estado de los negocios públicos y a las condiciones económicas en que se encuentra la nación, elogiando al gobierno por la prosperidad y el elevado estándar de vida del ciudadano medio. "Usted nunca estuvo tan bien","No deje que le quiten lo que tiene", dicen. Esto implica que el aumento en la cantidad y el mejoramiento en la calidad de los productos de consumo son logros de un gobierno paternal. Los ingresos de los ciudadanos particulares aparecen como dádivas concedidas graciosamente por una burocracia benévola. Se considera al gobierno norteamericano mejor que el de Italia o el de la India porque proporciona a los ciudadanos más y mejores productos que los que aquéllos pueden suministrar.

Difícilmente podrían tergiversarse más los hechos fundamentales de la economía. *El estándar de vida promedio es mayor en los Estados Unidos que en cualquier otro lugar del mundo no porque sus estadistas y políticos sean superiores a los de los demás países sino porque la cuota de capital invertido per cápita es más alta. El rendimiento por hombre-hora es mayor aquí que en otros países, sea en Inglaterra o en la India, porque nuestras fábricas están equipadas con herramientas y máquinas más eficientes. El capital es más abundante en los Estados Unidos que en los países extranjeros porque hasta ahora nuestras instituciones y nuestras leyes pusieron menos obstáculos a la acumulación de capital en gran escala de lo que lo hicieron las de otras naciones.*

No es cierto que el atraso económico de los países extranjeros deba imputarse a su ignorancia en materia de tecnología moderna. Esta no es una doctrina esotérica. Se la enseña en muchas universidades tecnológicas, tanto en los Estados Unidos como en el extranjero, y es tema de gran número de excelentes libros de texto y artículos de revistas científicas. Cientos de extranjeros se gradúan cada año en institutos tecnológicos norteamericanos. Hay en todas partes del mundo muchísimos expertos versados en los descubrimientos más recientes de la técnica industrial. Lo que impide a los países extranjeros adoptar plenamente los modernos métodos de fabricación norteamericanos no es la falta de conocimientos sino la insuficiencia del capital disponible.

II

La opinión predominante gracias a la cual pudo prosperar el capitalismo se caracterizaba por aprobar moralmente el deseo del ciudadano de proveer a sus necesidades y asegurar el futuro de su familia. El ahorro se consideraba como una virtud no menos beneficiosa para el propio ahorrista que para todas las demás personas. Si la gente no gasta la totalidad de sus ingresos, el excedente no consumido puede invertirse, aumentando la cantidad de bienes de capital disponibles y permitiendo de este modo emprender proyectos que antes no era posible llevar a cabo. La acumulación progresiva de capital resulta en un mejoramiento económico permanente. La vida de cada ciudadano se ve afectada favorablemente en todos los aspectos. La tendencia continua a expandir las actividades comerciales abre a las nuevas generaciones un amplio campo de acción en el cual pueden desplegar sus energías. Al considerar retrospectivamente su propia juventud y las condiciones imperantes en su hogar paterno el hombre medio no puede evitar darse cuenta de que ha progresado hacia un estándar de vida más satisfactorio.

Tales eran las circunstancias en todos los países en vísperas de la primera guerra mundial, si bien las condiciones no eran las mismas en todas partes. Por un lado estaban los países del mundo capitalista occidental y por el otro las naciones

económicamente atrasadas que sólo aceptaban con lentitud y renuencia las ideas y los métodos del moderno comercio progresista. Pero esas naciones se veían ampliamente beneficiadas por las inversiones de capital realizadas por empresarios de los países avanzados. El capital extranjero construyó sus ferrocarriles y sus fábricas y desarrolló sus recursos naturales.

Hoy en día el mundo ofrece un espectáculo muy diferente. También ahora, como hace cuarenta años, está dividido en dos campos. La órbita capitalista, considerablemente reducida con respecto al año 1914, incluye en la actualidad a los Estados Unidos, a Canadá y a algunas de las pequeñas naciones de Europa occidental. El grueso de la población del mundo vive en países que rechazan rigurosamente los métodos de propiedad, iniciativa y empresa privadas. Estos países, están estancados o enfrentan el deterioro progresivo de sus condiciones económicas.

III

Podemos ilustrar esta diferencia estableciendo un contraste entre las condiciones de los Estados Unidos y las de la India, por ser típicas de cada uno de los dos grupos. En los Estados Unidos las grandes empresas capitalistas brindan al público casi todos los años algunas novedades, ya se trate de productos perfeccionados en reemplazo de otros similares usados durante mucho tiempo, ya de artículos totalmente desconocidos hasta ese momento. Estos últimos —como por ejemplo los televisores o las medias de nilón— se denominan generalmente artículos de lujo, puesto que la gente vivía antes bastante satisfecha y feliz sin ellos. El hombre medio goza de un estándar de vida que sólo cincuenta años atrás sus padres y abuelos habrían considerado fabuloso. Hay en su casa artefactos y comodidades que las personas adineradas de antaño habrían envidiado. Su esposa y sus hijas se visten con elegancia y usan cosméticos. Sus hijos, bien alimentados y cuidados, reciben educación superior, y en muchos casos asisten a la universidad. Si se lo observa a él y a su familia durante sus paseos de fin de semana, su prosperidad resulta evidente.

Por supuesto, hay muchos norteamericanos cuyas condiciones de vida son insatisfactorias si se las compara con las de la gran mayoría de la nación. Algunos novelistas y dramaturgos tratan de hacernos creer, con sus sombrías descripciones, que esta minoría desafortunada representa el destino del hombre común bajo el capitalismo, pero se equivocan. La mala situación de estos norteamericanos pobres es, más bien, representativa de las circunstancias imperantes en todas partes en épocas precapitalistas, y que aún prevalecen en países donde no ha llegado el capitalismo, o que sólo lo han conocido superficialmente. Lo malo es que estas personas no han sido integradas todavía en el marco de la producción capitalista. Su penuria es un remanente del pasado; será erradicada mediante la acumulación progresiva de nuevos capitales y la expansión de la producción en gran escala, por los mismos métodos con los cuales se ha mejorado ya el estándar de vida de la

inmensa mayoría, a saber, elevando la cuota de capital invertido per cápita y, de tal manera, la productividad marginal del trabajo.

Consideremos ahora el caso de la India. Su territorio posee valiosos recursos naturales y un suelo quizá más fértil que el de los Estados Unidos. Por otra parte, el clima permite al hombre subsistir con una dieta más ligera y prescindir de muchas cosas indispensables en los rigurosos inviernos que soporta la mayor parte del territorio de los Estados Unidos. No obstante, las masas de la India se encuentran al borde del hambre, vestidas con harapos, hacinadas en chozas primitivas, sucias, iletradas. Año a año las cosas empeoran, porque la población va en aumento pero no los montos totales de capital invertido; antes bien, disminuyen. Sea como fuere, se observa una caída progresiva en la cuota per cápita de capital invertido.

A mediados del siglo XVIII las condiciones de vida en Inglaterra eran apenas más propicias que las que existen hoy en la India. El sistema de producción tradicional no era adecuado para cubrir las necesidades de una población en aumento. El número de personas para las cuales no había lugar en el rígido sistema de paternalismo y control gubernamental de las actividades económicas crecía rápidamente. Aunque en esa época la población de Inglaterra no llegaba a mucho más del quince por ciento de la que hay en la actualidad, varios millones de habitantes se encontraban en la indigencia. Ni la aristocracia gobernante ni los propios necesitados tenían idea alguna acerca de lo que se debía hacer para mejorar las condiciones materiales de las masas.

El gran cambio que en pocas décadas convirtió a Inglaterra en la nación más rica y poderosa del mundo fue preparado por un pequeño grupo de filósofos y economistas, quienes demolieron la seudo filosofía que hasta ese momento había contribuido a conformar la política económica de las naciones. Estos hombres echaron por tierra las viejas fábulas: 1) que es desleal e injusto superar a un competidor produciendo artículos mejores y más baratos; 2) que es inicuo apartarse de los métodos tradicionales de producción; 3) que las máquinas que ahorran trabajo provocan desempleo y por lo tanto son malas; 4) que una de las tareas del gobierno civil consiste en impedir el enriquecimiento de los empresarios eficientes y en proteger a los menos eficientes de la competencia de aquéllos; y 5) que restringir la libertad y la iniciativa de los empresarios mediante compulsión gubernamental o coerción por parte de otros poderes es un medio apropiado para promover el bienestar de una nación. En resumen: estos autores expusieron la doctrina del comercio libre y del laissez faire. Allanaron el camino para una política que ya no opondría obstáculos a los esfuerzos de los empresarios para mejorar y ampliar sus operaciones.

Lo que produjo la industrialización moderna y la mejora sin precedentes en las condiciones materiales que aquélla trajo aparejada no fue el capital acumulado previamente ni los conocimientos tecnológicos reunidos hasta entonces. En

Inglaterra, así como en otros países occidentales que siguieron sus pasos en el camino al capitalismo, los pioneros comenzaron con capital escaso y con experiencia tecnológica insuficiente. *En el comienzo de la industrialización estaba la filosofía de la empresa y de la iniciativa privadas, y la aplicación práctica de esta ideología hizo crecer el capital y avanzar y madurar los conocimientos tecnológicos.*

Es necesario hacer hincapié sobre este punto, porque el hecho de no prestarle la debida atención induce a error a los gobernantes de los países atrasados en sus planes para el desarrollo económico. Éstos suelen creer que la industrialización está representada por las máquinas y los textos de tecnología. Pero en realidad industrialización significa libertad económica, que crea el capital y los conocimientos tecnológicos.

Volvamos al ejemplo de la India. Este país carece de capitales porque no adoptó nunca la filosofía procapitalista de Occidente, y por lo tanto no eliminó los tradicionales obstáculos institucionales a la libre empresa y a la acumulación de capital en gran escala. El capitalismo llegó a la India como una ideología extraña, importada, que no logró arraigar en la mente del pueblo. El capital extranjero, en su mayoría procedente de Gran Bretaña, dotó al país de ferrocarriles y fábricas. Los nativos no sólo miraban con desconfianza las actividades de los capitalistas extranjeros, sino también las de aquellos de sus compatriotas que participaban en los riesgos de las empresas capitalistas. En la actualidad la situación es la siguiente: gracias a los nuevos métodos terapéuticos, desarrollados por las naciones capitalistas e introducidos en la India por los británicos, ha aumentado el término de vida promedio y la población crece rápidamente. Como los capitalistas extranjeros ya han sido virtualmente expropiados o lo serán en un futuro próximo no se puede siquiera pensar en nuevas inversiones de capital externo. Por otra parte, el aparato del estado y el partido gobernante son hostiles a la acumulación de capitales nativos.

El gobierno de la India habla de industrialización, pero lo que realmente tiene en mente es la nacionalización de empresas privadas ya establecidas. En nuestra argumentación no podemos dejar de referirnos al hecho de que esto probablemente resultará en una progresiva disminución de los capitales invertidos en esas industrias, como ya ha ocurrido en muchos de los países que hicieron la experiencia de la nacionalización. Sea como fuere, una nacionalización semejante no añade nada al grado de inversión ya existente. Mr. Nehru admite que su gobierno no posee el capital requerido para el establecimiento de nuevas industrias estatales o para la expansión de las ya instaladas. De este modo, declara solemnemente que su gobierno "estimulará en todo sentido" a la industria privada, y explica en qué consistirá ese estímulo: les prometemos, dice, "que no las tocaremos por lo menos durante diez años, quizá más". Y agrega: "No sabemos cuándo las

nacionalizaremos".[51] Pero los empresarios saben muy bien que las nuevas inversiones serán nacionalizadas apenas comiencen a producir réditos.

IV

He tratado tan extensamente el caso de la India porque es representativo de lo que está ocurriendo en la actualidad en casi todos los países de Asia y África, en gran parte de América latina y aun en muchas naciones europeas. En todos estos países la población va en aumento; también en todos ellos las inversiones extranjeras son expropiadas, abierta o subrepticiamente, mediante el control de cambios externos o con impuestos discriminatorios. Al mismo tiempo sus políticas internas hacen lo posible para desalentar la formación de capitales nacionales. Hoy en día hay mucha pobreza en el mundo, y los gobiernos, que en este aspecto están plenamente de acuerdo con la opinión pública, perpetúan y agravan esta pobreza con sus políticas. Según este punto de vista, los países capitalistas de Occidente son responsables, de una manera no bien especificada, de los problemas económicos de estas naciones. Hasta hace pocos años esta opinión se hacía extensiva a las naciones avanzadas de Europa occidental, especialmente al Reino Unido. Los cambios económicos recientes han limitado cada vez más el número de países a los cuales se hace referencia; en la actualidad prácticamente sólo se alude a los Estados Unidos. *Los habitantes de todos los países en los cuales el ingreso promedio es considerablemente inferior que en el nuestro experimentan hacia los Estados Unidos los mismos sentimientos de envidia y odio con los cuales, dentro de los países capitalistas, aquellos que votan a los partidos comunista, socialista o intervencionista, consideran a los empresarios de su propia nación. Las mismas consignas que se emplean en nuestros antagonismos internos —Wall Street, gran empresa, monopolios, mercaderes de la muerte— aparecen en discursos y artículos de políticos antinorteamericanos en sus ataques a lo que en América latina se denomina yankismo, y en el otro hemisferio, americanismo.*En estos desahogos poco se diferencian entre sí los nacionalistas más chauvinistas y los adeptos más entusiastas del internacionalismo marxista, los autodenominados "conservadores", ansiosos de preservar la fe religiosa tradicional y las instituciones políticas, y los revolucionarios cuyo propósito es trastrocar violentamente todo el orden existente. La popularidad de estas ideas no es en modo alguno efecto de la propaganda soviética, sino precisamente lo contrario. La capacidad de persuasión que poseen las mentiras y calumnias comunistas, cualquiera que ésta sea, se debe al hecho de que coinciden con las doctrinas sociopolíticas enseñadas en la mayoría de las universidades y que sostienen los políticos y escritores más influyentes.

Las mismas ideas predominan en los Estados Unidos y determinan la actitud de los gobernantes en relación con los problemas que les atañen. La gente se avergüenza de que con capital norteamericano se desarrollen los recursos naturales en muchos países que carecen no sólo de capital sino también de especialistas

capacitados. Cuando varios gobiernos extranjeros expropiaron inversiones estadounidenses o rechazaron empréstitos garantizados por los ahorristas norteamericanos el público permaneció indiferente o bien simpatizó con los expropiadores. No podía esperarse otra reacción si se tienen en cuenta las ideas que sustentan los programas de los grupos políticos más influyentes y que se enseñan en la mayoría de las instituciones educacionales.

Hace cuatro años se reunió en Ámsterdam el Consejo Mundial de Iglesias, una organización que agrupa a más de ciento cincuenta confesiones religiosas. Podemos leer en el informe redactado por este organismo ecuménico la siguiente declaración: "La justicia requiere que los habitantes de Asia y África, gocen de los beneficios de una mayor producción mecanizada". Esto implica que el atraso tecnológico de estas naciones ha sido causado por una injusticia cometida por algunos individuos, grupos de individuos o naciones. No se especifica quiénes son los culpables, pero es obvio que la acusación se refiere a los capitalistas y empresarios de los países capitalistas, cuyo número es cada vez menor ya que prácticamente se reduce ahora a los Estados Unidos y a Canadá. Tal es la opinión de sensatos eclesiásticos conservadores, que actúan con plena conciencia de sus responsabilidades. A la misma doctrina se deben también la ayuda exterior y las políticas del Punto Cuatro de los Estados Unidos. Esto quiere decir que los contribuyentes norteamericanos tienen la obligación moral de proporcionar capitales a naciones que han expropiado las inversiones externas y evitan mediante diversos planes la acumulación de capitales internos.

De nada sirven las expresiones de deseo. En el estado actual de la legislación internacional las inversiones extranjeras son inseguras y se encuentran a merced del gobierno de cada estado soberano. Generalmente se está de acuerdo en que cada gobierno tiene el derecho de decretar una paridad ficticia para su inflada moneda, sea con respecto al dólar o al oro, y de tratar de hacer valer por la fuerza esta paridad espuria y arbitrariamente fijada mediante el control de cambios externos, es decir, virtualmente expropiando a los inversores extranjeros. Si algunos gobiernos aún se abstienen de llevar a cabo tales confiscaciones lo hacen porque esperan inducir a los extranjeros a realizar mayores inversiones.

Entre los países que hacen todo lo posible para impedir a sus industrias la obtención urgente de capitales se encuentra en la actualidad también Gran Bretaña, otrora la cuna de la libre empresa y que hasta 1914 ocupaba el primer o el segundo lugar entre las naciones más ricas del mundo. Un profesor de Harvard, haciendo un excesivo e inmerecido elogio del extinto Lord Keynes, sólo encontró una debilidad en su héroe: Keynes, dijo, "siempre exaltó aquello que era en algún momento verdadero y sabio para Inglaterra por sobre lo que era verdadero y sabio en todo tiempo y lugar".[52] Estoy en total desacuerdo. Precisamente cuando debía ser más evidente para cualquier observador sensato que las dificultades económicas de Inglaterra se debían a un aporte insuficiente de capital, enunció Keynes su

escandalosa doctrina de los supuestos peligros del ahorro y recomendó vehementemente más gasto. Keynes trató de proporcionar una tardía y espuria justificación para una política que Gran Bretaña había adoptado a despecho de las enseñanzas de todos sus grandes economistas. *La esencia del keynesianismo es su completo fracaso en comprender el papel que desempeñan el ahorro y la acumulación de capital en el mejoramiento de las condiciones económicas*.

V

El problema principal para los Estados Unidos es si se seguirá el curso de las políticas económicas adoptadas por casi todas las naciones extranjeras, aun por muchas de aquellas que ocuparon los primeros lugares en la evolución del capitalismo. Hasta ahora el ahorro y la formación de nuevos capitales son cuantitativamente mayores que el gasto y la dispersión de capital. ¿Seguirá siendo así?

Para responder a esta pregunta es preciso considerar las ideas que predominan en la opinión pública acerca de los asuntos económicos. El problema es: *¿Saben los votantes norteamericanos que el mejoramiento sin precedentes en su estándar de vida verificado en los últimos cien años fue el resultado de la firme elevación en la cuota per cápita de capital invertido? ¿Se dan cuenta de que cada medida que conduce a la disminución de capital pone en peligro su prosperidad? ¿Tienen conciencia de las condiciones que hacen que sus índices salariales se eleven por encima de los de otros países?*

Si pasamos revista a los discursos de los líderes políticos, los editoriales de los diarios y los textos de economía y finanzas, no podemos menos que descubrir que se ha prestado muy poca atención, o ninguna, a los problemas de provisión de capital. La mayoría de las personas simplemente dan por sentada la existencia de algún factor misterioso que hace que la nación sea más rica cada año. Los economistas del gobierno han computado una tasa de aumento anual en el ingreso nacional durante los últimos cincuenta años y presuponen alegremente que la misma tasa prevalecerá en el futuro. Discuten problemas tributarios sin mencionar siquiera el hecho de que nuestro actual sistema impositivo recauda grandes cantidades que han sido ahorradas por el contribuyente, y las emplea para los gastos corrientes.

Debemos citar un ejemplo típico de este modo de tratar (o, más bien, de no tratar) el problema de la provisión de capitales en los Estados Unidos. Hace pocos días la Academia Norteamericana de Ciencias Políticas y Sociales publicó un nuevo volumen de sus Anales, íntegramente dedicado a la investigación de asuntos vitales para la nación. Su titulo es: *Significado de la elección presidencial de 1952.* El profesor Harold M. Groves, de la Universidad de Wisconsin, contribuyó a este simposio con un artículo titulado: *¿Son muy altos los impuestos?* El autor da a la pregunta "una respuesta ampliamente negativa". Desde nuestro punto de vista, el

rasgo más interesante del artículo es el hecho de que se llega a esa conclusión sin siquiera mencionar los efectos que los impuestos sobre la renta, las corporaciones, las ganancias y el patrimonio ejercen sobre el mantenimiento y la formación del capital. El autor desconoce o no considera digno de mención lo que los economistas han dicho acerca de estos problemas.

No tergiversamos las ideas económicas que determinan el curso de la política norteamericana cuando la censuramos por no tener conciencia del papel que desempeña la formación de nuevos capitales en el mejoramiento y expansión de la producción. El conflicto entre el gobierno y los empresarios con respecto a la suficiencia de las cuotas de amortización en condiciones inflacionarias constituye un ejemplo aleccionador. Durante los agitados debates sobre ganancias, impuestos y elevación de índices salariales apenas se habla de la provisión de capitales, o no se la menciona en absoluto. Al comparar los índices salariales y el estándar de vida en los Estados Unidos con los de los países extranjeros, la mayoría de los autores y de los políticos no hacen hincapié sobre las diferencias de las cuotas per cápita de capital invertido.

En los últimos cuarenta años el sistema impositivo norteamericano ha adoptado métodos que fueron demorando cada vez más el ritmo de la acumulación de capital. Si esto continúa algún día se habrá alcanzado el punto en el cual ya no será posible aumentar el capital de ninguna manera, y quizá se producirá su disminución. Sólo hay un modo de detener esta evolución y de ahorrar a los Estados Unidos la suerte de Inglaterra y de Francia. Se deben sustituir las fábulas y las ilusiones por ideas económicas sanas.

VI

Hasta ahora he empleado las expresiones *falta de capital y escasez de capital* sin explicarlas ni definirlas. Esto resultó suficiente en la medida en que me ocupé principalmente de las condiciones en aquellos países cuyo aporte de capital parece inadecuado cuando se lo compara con el de países más avanzados, en especial con el del más importante, los Estados Unidos. Pero cuando se examinan los problemas en este último es necesaria una interpretación más cabal de los términos.

Estrictamente hablando, el capital siempre ha sido escaso y siempre lo será. El aporte de bienes de capital nunca será tan abundante como para que sea posible emprender todos los proyectos cuya ejecución incrementará el bienestar material de la gente. De lo contrario, la humanidad viviría en el paraíso y no se preocuparía en absoluto por la producción. Cualquiera que pueda ser el estado de la provisión de capital, en nuestro mundo real habrá siempre proyectos empresariales que no será posible emprender porque el capital que requieren es empleado en otras empresas, cuyos productos reclaman con más urgencia los consumidores. En cada rama de la industria hay límites más allá do los cuales la inversión de capital

adicional no es rentable. No lo es porque los bienes de capital empleados pueden invertirse en la producción de mercancías más valiosas, según la opinión de los compradores. Si la provisión de capital aumenta, manteniéndose constantes otros factores, los proyectos que hasta un cierto momento no podían emprenderse se hacen lucrativos y se ponen en marcha. Nunca faltan las oportunidades de inversión. Si no hay ocasión de realizar una inversión provechosa, ello se debe a que los bienes de capital disponibles han sido ya invertidos en proyectos más ventajosos.

Al hablar de la escasez de capitales en un país que es más pobre que otros no nos referimos a este fenómeno de la falta general y permanente de capital. Simplemente comparamos el estado de los negocios en este país en particular con el de otros países cuyo capital es más abundante. Considerando el caso de la India podemos decir: hay cierto número de artesanos que producen, con un capital total de diez mil dólares, productos cuyo valor de mercado es de, digamos, un millón de dólares. En una fábrica norteamericana que dispone de un capital de un millón de dólares, el mismo número de trabajadores producen bienes cuyo valor de mercado es de 500 veces esa cantidad invertida. Los empresarios de la India carecen, lamentablemente, del capital para hacer tales inversiones. Esto tiene como consecuencia que la productividad por cada obrero es menor en la India que en los Estados Unidos, que la cantidad total de bienes disponibles para el consumo es más pequeña y que el ciudadano promedio es más pobre si se lo compara con el norteamericano promedio.

No se dispone, en especial en condiciones inflacionarias, de un patrón fidedigno que pueda aplicarse para medir el grado de escasez de capital. Allí donde es imposible comparar las condiciones de un país con las de otros en los cuales el aporte de capital es más abundante, como en el caso de los Estados Unidos, sólo son posibles las comparaciones con una medida hipotética del aporte de capital (como habría sido de no haber ocurrido ciertas cosas). No hay, en un país semejante, un fenómeno que pueda aparecer como escasez de capital en forma tan clara y manifiesta como aparece hoy en día la escasez de capital ante el pueblo de la India. Todo cuanto puede decirse es que si el pueblo de esa nación hubiera ahorrado más en el pasado, habrían sido factibles algunos adelantos en los métodos tecnológicos (y la expansión lateral de la producción por duplicación de los equipos del tipo ya existente, para lo cual falta el capital necesario).

VII

No es fácil explicar este estado de cosas a un público inducido a conclusiones erróneas por la apasionada agitación anticapitalista. Tal como lo ven los autodenominados intelectuales, el sistema capitalista y la codicia de los empresarios son responsables de que la suma total de productos para el consumo no sea mayor de lo que en realidad es. El único modo de eliminar la pobreza que

conocen es quitar todo lo posible —mediante impuestos cada vez mayores— a los que tienen más riquezas. En su opinión la riqueza de los ricos es la causa de la pobreza de los pobres. De acuerdo con esta idea las políticas fiscales de todas las naciones, y en especial la de los Estados Unidos, estuvieron dirigidas en las últimas décadas hacia la confiscación de cantidades cada vez mayores de la riqueza y de los ingresos de los sectores más acomodados. La parte más importante de los fondos así recolectados habría sido empleada por los contribuyentes en el ahorro y en la acumulación de capital adicional. Su inversión habría incrementado la productividad por hombre-hora y de este modo habría provisto más bienes para el consumo. Habría elevado el estándar de vida del hombre común. Si el gobierno los utiliza para los gastos corrientes se disipan y, concomitantemente, la acumulación de capital se retrasa.

Sea lo que fuere lo que se piense de esta política de exacción contra los ricos, es imposible negar que ya ha llegado al límite. En Inglaterra el canciller socialista del Tribunal de Hacienda tuvo que admitir, hace pocos años, que incluso la confiscación total de todo lo que aún se ha dejado a los ciudadanos que poseen más altos ingresos sólo agregaría una cantidad insignificante a las entradas del erario, y que ya no se podía pensar en mejorar la suerte de los más pobres quitando dinero a los ricos.

En este país una confiscación total de los ingresos superior a los veinticinco mil dólares rendiría a lo sumo mucho menos de mil millones de dólares, suma muy pequeña, en verdad, si se la compara con el monto de nuestro presupuesto actual y con el probable déficit. El principio más importante de las políticas financieras de los autodenominados progresistas se ha seguido hasta el punto en el cual se derrota a sí mismo y su falta de sentido se hace evidente. Los progresistas ya no saben qué hacer. En el futuro, si quieren expandir más aun el gasto público tendrán que imponer mayores contribuciones precisamente a aquellos votantes cuyo apoyo han tratado de captar hasta ahora poniendo la carga más pesada sobre los hombros de la minoría más acomodada. (Un dilema muy embarazoso, en realidad, para el próximo Congreso.)

Pero precisamente la perplejidad producida por esta situación es lo que brinda una oportunidad favorable para abandonar los perniciosos errores que han prevalecido en las últimas décadas y sustituirlos por firmes principios económicos. Ahora es el momento de explicar a los votantes las causas de la prosperidad norteamericana, por una parte, y las de la mala situación económica de los países atrasados, por otra. Deben comprender que lo que hace que los índices salariales en los Estados Unidos sean más altos que los de otros países es el monto del capital invertido y que cualquier mejoramiento ulterior de su estándar de vida depende de una acumulación suficiente de capital adicional. Hoy en día sólo los empresarios se preocupan acerca de la provisión de nuevos capitales para la expansión y desarrollo

de sus fábricas. Las demás personas son indiferentes con respecto a este tema, sin saber que su bienestar y el de sus hijos están en peligro. Es necesario hacer que estos problemas sean comprendidos por la mayoría. *Ninguna plataforma partidaria debe considerarse satisfactoria si no contiene el punto siguiente: como la prosperidad de la nación y la elevación de los índices salariales dependen de un continuo incremento del capital invertido en sus fábricas, minas y establecimientos agrícolas, una de las primeras tareas de una buena administración es eliminar todos los obstáculos que impiden la acumulación y la inversión de nuevos capitales.*

[Ir a tabla de contenidos]

CAPÍTULO XVI

LA LIBERTAD Y SU ANTÍTESIS[53]

Tal como nos lo dicen una y otra vez los precursores del socialismo, éste no sólo hará que la gente sea rica, sino que también traerá aparejada una libertad perfecta para todos. La etapa de transición hacia el socialismo, afirma Engels —el amigo y colaborador de Marx—, constituye el salto de la humanidad desde el reino de la necesidad hasta el reino de la libertad. Bajo un régimen capitalista, dicen los comunistas, las grandes mayorías son esclavas; sólo en la Unión Soviética existe una genuina libertad para todos.

El tratamiento del problema de la libertad y de la esclavitud ha sido oscurecido por confundirlo con los temas relativos a las condiciones naturales de la existencia del hombre. En la naturaleza no existe nada que pueda llamarse libertad. Naturaleza es sinónimo de necesidad inexorable. Es el estado de cosas en el cual fueron situados todos los seres creados, y éstos deben vivir en él. El hombre debe ajustar su conducta al mundo tal como éste existe. Carece del poder necesario para rebelarse contra las "leyes de la naturaleza". Si desea reemplazar condiciones poco satisfactorias por otras más satisfactorias, tiene que adaptarse a ellas.

El concepto de libertad y su antítesis sólo tienen sentido si se refieren a las condiciones de cooperación social entre los hombres. La cooperación social, base de cualquier existencia realmente humana y civilizada, puede lograrse a través de dos métodos diferentes. Puede existir cooperación en virtud de un contrato y de una coordinación voluntaria por parte de todos los individuos, o en virtud de las órdenes. impartidas por parte de un Führer y de la subordinación compulsiva de la mayoría. Este último es un sistema autoritario.

En un sistema de libertad, cada individuo es una persona moral; es decir, él es libre para elegir y para actuar, y es responsable por su conducta. En el sistema autoritario sólo el jefe supremo es un agente libre, mientras que las demás personas son esclavos sujetos a la voluntad del jefe. Una vez que el sistema autoritario se ha afianzado completamente, como sucedió, por ejemplo, en el imperio Inca de la

América precolombina, los sujetos son humanos sólo en un sentido zoológico, ya que virtualmente son desposeídos de su facultad, específicamente humana, de elegir y actuar; no siendo responsables por sus conductas. En concordancia con esta degradación de la dignidad moral del hombre los criminales nazis rechazaron toda responsabilidad por sus actos, señalando que todo lo que hicieron fue obedecer las órdenes de sus superiores.

La civilización occidental está basada en el principio de la libertad, y todos sus logros son resultado de la acción de hombres libres. Solamente en el marco de una sociedad libre tiene sentido hacer una distinción entre lo que es bueno y debería hacerse, y lo que es malo y debería evitarse. Sólo en una sociedad libre como ésa, el individuo tiene poder para elegir entre lo que es moralmente recomendable y aquello que constituye una conducta moralmente censurable.

El hombre no es un ser perfecto y no existe perfección en los asuntos humanos. Ciertamente las condiciones existentes en una sociedad libre son en muchos aspectos insatisfactorias. Aún hay un amplio campo de acción para aquellos que se esfuerzan por combatir el mal y por elevar el nivel moral, intelectual y material de la humanidad.

Pero los designios de los comunistas, socialistas y de todos sus aliados apuntan a algo más. Quieren erigir el sistema autoritario. Pretenden instaurar —exaltando los beneficios que se derivarían de lo que ellos denominan "planificación"— una sociedad en la cual todas las personas se verían impedidas de planear su propia conducta y de manejar sus vidas de acuerdo con sus propias convicciones morales. Sólo un plan debería prevalecer: el plan del gran dios Estado (con E mayúscula), el plan del jefe supremo del gobierno, impuesto por la policía. Cada individuo debería verse obligado a renunciar a su autonomía y a obedecer, sin hacer preguntas, las órdenes emanadas del Politburó, es decir, del secretariado del Führer. Ésta es la clase de libertad que Engels imaginaba. Es justamente lo contrario de lo que el término libertad significaba hasta nuestros días.

El gran mérito del profesor Friedrich von Hayek fue el haber dirigido la atención hacia el carácter autoritario de los modelos socialistas, fueran éstos respaldados por socialistas internacionales o por nacionalsocialistas, por ateos o por creyentes descarriados, por fanáticos blancos o por fanáticos negros. A pesar de que siempre han existido autores que pusieron al descubierto el autoritarismo de los modelos socialistas, la crítica fundamental hecha al socialismo giró alrededor de su falta de viabilidad económica, y no se ocupó en la medida suficiente de los efectos que tendría sobre las vidas de los ciudadanos. Por haber descuidado el ángulo humano del tema, la gran mayoría de aquellos que defendían las políticas socialistas presumían vagamente que la restricción de la libertad del individuo causada por un régimen socialista "sólo" se aplicaría a los asuntos económicos y no afectaría la libertad en asuntos no económicos.

Pero tal como lo señalara Hayek en 1944, en su libro *Camino de servidumbre*; el control económico de un sector de la vida humana que puede ser separado del resto, es el control de los medios para lograr todos nuestros fines. Como el estado socialista ejerce un control absoluto sobre los medios, tiene poder para determinar qué fines deben ser atendidos y qué es lo que los hombres deben procurar. No es casual que el socialismo marxista en Rusia y el nacionalsocialismo en Alemania dieran por resultado la completa abolición de todas las libertades civiles y el establecimiento del más rígido despotismo. La tiranía es el corolario político del socialismo, como el gobierno representativo es el corolario político de la economía de mercado.

El profesor Hayek acaba de ampliar y fundamentar sus ideas en un extenso tratado: *Los fundamentos de la libertad.*[54] En las dos primeras partes de este libro el autor hace una brillante exposición sobre el significado de la libertad y los poderes creativos de una civilización libre. Avalando la famosa definición que describe a la libertad como la sostenida por leyes y no dependiente del capricho de los hombres, analiza los fundamentos constitucionales y legales del bienestar de los ciudadanos libres. Hace un contraste entre los dos modelos de organización social y política de la sociedad, es decir entre el gobierno del pueblo (gobierno representativo) basado en la legalidad, y el gobierno ejercido a través de un poder discrecional por un gobernante autoritario o por un gobierno de camarilla, un *Obrigkeit*, tal como lo denominan los alemanes. Estando plenamente consciente de la superioridad moral, práctica y material del primer modelo, describe detalladamente cuáles son los requerimientos legales de un estado de cosas como el mencionado y qué debe hacerse para hacerlo funcionar y para defenderlo de las maquinaciones de sus enemigos.

Desafortunadamente, la tercera parte del libro del profesor Hayek es bastante decepcionante. Aquí, el autor intenta hacer una distinción entre el socialismo y el Estado benefactor. El socialismo, asevera, está en declinación; el Estado benefactor lo está suplantando; y piensa que el Estado benefactor es, en ciertas condiciones, compatible con la libertad.

En los hechos, el Estado benefactor es sólo un método para transformar paso a paso la economía de mercado en socialismo. El plan original de acción socialista, tal como fuera desarrollado por Karl Marx en 1848 en el *Manifiesto comunista*, pretendía alcanzar una instauración gradual del socialismo a través de una serie de medidas gubernamentales. Las diez medidas más enérgicas fueron enumeradas en el *Manifiesto*. Son bien conocidas por todos porque justamente constituyen las medidas que conforman la esencia de las actividades del Estado benefactor, de la *Sozialpolitik*alemana de Bismarck y del Kaiser, como también del New Deal norteamericano y del socialismo fabiano británico. *El Manifiesto comunista* tilda a estas medidas, por él sugeridas, de "económicamente insuficientes e insostenibles",

pero remarca el hecho de que "en el curso del movimiento se dejan atrás a sí mismas, necesitan nuevas incursiones sobre el viejo orden social y son inevitables como medio para revolucionar completamente los modos de producción".

Posteriormente, Marx adoptó un método diferente para las políticas de su partido. Abandonó las tácticas de aproximación gradual al estado de socialismo total y en su lugar respaldó un derrocamiento revolucionario violento del sistema "burgués" que de un golpe debería "liquidar" a los "explotadores" y establecer "la dictadura del proletariado". Fue esto lo que Lenin llevó a cabo en Rusia en 1917 y lo que la Internacional Comunista planea lograr en todos lados. Lo que diferencia a los comunistas de los partidarios del Estado benefactor no es el fin último de sus esfuerzos, sino los métodos por medio de los cuales desean alcanzar una meta común a ambos. La diferencia de opiniones que los divide es la misma que distingue al Marx de 1848 del Marx de 1867, año de la primera publicación del primer volumen de Das Kapital.

Sin embargo, el hecho de que el profesor Hayek haya juzgado incorrectamente las características del Estado benefactor no afecta seriamente el valor de su gran libro, ya que su minucioso análisis de las políticas e intereses del Estado benefactor muestra a todo lector pensante por qué y de qué manera estas políticas benefactoras tan elogiadas fracasan inevitablemente. Nunca logran alcanzar aquellos fines —supuestamente benéficos— que el gobierno y los autoproclamados progresistas que las defendieron querían alcanzar, sino que, por el contrario, traen aparejado un estado de cosas que —desde el propio punto de vista del gobierno y de sus defensores— es aun menos satisfactorio que el estado de cosas previo que querían "mejorar". Si el gobierno no revoca su primera intervención se verá inducido a complementarla a través de actos adicionales de intervención. Al fracasar éstos nuevamente, recurre a entrometerse aun en mayor medida en la economía hasta virtualmente abolir toda libertad económica. Lo que entonces surge es el sistema de planificación total, es decir, socialismo de la clase que el Plan Hindenburg pretendía alcanzar en la primera guerra mundial y que fue llevado a la práctica posteriormente por Hitler después de tornar el poder, y por la coalición del gabinete británico en la segunda guerra mundial.

El principal defecto de nuestros contemporáneos, por cuya causa no comprenden adecuadamente la importancia que revisten las plataformas políticas de los distintos partidos y la tendencia implícita en las políticas benefactoras, consiste en que no alcanzan a percibir que, además de la nacionalización absoluta de todas las fábricas y establecimientos agrícolas (como se llevó a cabo en la U.R.S.S. y en China) existe un segundo método para que el socialismo se realice plenamente. Bajo este sistema, comúnmente llamado "planificación" (o, en tiempo de guerra, socialismo de guerra), las distintas fábricas y establecimientos agrícolas continúan siendo, aparentemente, entes libres, pero, en realidad, están completa e

incondicionalmente sujetos a las órdenes de la autoridad planificadora suprema. Todo ciudadano, cualquiera sea su posición nominal en el sistema económico, está obligado a trabajar ajustándose estrictamente a las órdenes del órgano planificador, y sus ingresos —el monto que se le permite gastar para consumo propio— son exclusivamente determinados por estas órdenes. Algunos títulos y términos del sistema capitalista quizá sean conservados, pero significan, en estas condiciones, algo completamente diferente de lo que significaban en la economía de mercado. Otros términos pueden ser modificados. De esta forma, en la Alemania de Hitler, el jefe de una compañía que hacía de empresario o de presidente de la corporación de la economía de mercado era llamado "gerente de fábrica" (*Betriebsführer*) y la fuerza de trabajo "seguidores" (Gefolgschaft).

Tal como lo han señalado repetidamente los precursores teóricos de este sistema, por ejemplo el extinto profesor Othmar Spann, sólo conserva el rótulo de propiedad privada, mientras que en los hechos sólo existe la propiedad pública-estatal.

Sólo si prestamos mucha atención a estos temas fundamentales podemos apreciar correctamente las controversias políticas en las naciones pertenecientes a la civilización occidental, ya que si el socialismo y el comunismo tuvieran éxito en estos países se aplicaría el socialismo del tipo planificador y no el socialismo del tipo nacionalizador. Este último es un método aplicable a países predominantemente agrícolas como los de Europa oriental y Asia. En los países industriales occidentales el socialismo de tipo planificador es más popular porque aun los más fanáticos partidarios del estatismo se abstienen de nacionalizar directamente el intrincado aparato de producción moderno.

Sin embargo, el socialismo del "tipo planificador" es tan destructivo para la libertad como el del "tipo de nacionalización", y ambos conducen a un estado autoritario.

[Ir a tabla de contenidos]

CAPÍTULO XVII

MIS CONTRIBUCIONES A LA TEORÍA ECONÓMICA[55]

Vuestra amable invitación a exponer aquí mis contribuciones a la teoría económica me honra profundamente. No es una tarea sencilla. Considerando mi obra en forma retrospectiva, me doy cuenta de que el aporte de un solo individuo a los logros totales de una época es, por cierto, pequeño; de que está en deuda no solamente con sus predecesores y sus maestros sino también con sus colegas y, no en menor medida, con sus discípulos. Sé cuánto debo a los economistas de esta nación, sobre todo desde el momento, hace ya muchos años, en que mi maestro Böhm-Bawerk dirigió mi atención hacia el estudio de las obras de John Bates Clark, Frank A. Fetter y otros eruditos de este país. Durante todo el tiempo en que

desarrollé mis actividades me ha alentado el reconocimiento de los economistas norteamericanos. Tampoco olvido que cuando aún era un estudiante en la Universidad de Viena, publiqué una monografía sobre el desarrollo de la legislación laboral en Austria, y fue un economista norteamericano el primero que demostró interesarse por ella. Más tarde, nuevamente un erudito norteamericano, mi distinguido amigo el profesor B. M. Anderson, fue el primero en apreciar mi T *he Theory of Money and Credit (Teoría del dinero y el crédito) en su obra The Value of Money (El valor del dinero),* publicada en 1917.

I

Cuando comencé a estudiar los problemas de la teoría monetaria, existía la creencia generalizada de que la moderna economía de la utilidad marginal no podía ocuparse en forma satisfactoria de la teoría monetaria. Helfferich fue el más renombrado de cuantos sustentaron esta opinión. En su *Treatise on Money (Tratado sobre la moneda)* trató de demostrar que el análisis de la utilidad marginal fracasará necesariamente en sus intentos de crear una teoría del dinero.

Éste fue el incentivo que me movió a utilizar los métodos de la moderna economía de la utilidad marginal para estudiar los problemas monetarios. Para hacerlo tuve que utilizar un enfoque radicalmente diferente del de los economistas matemáticos, quienes trataban de establecer las fórmulas de la denominada ecuación del intercambio. El economista matemático da por supuesto, al ocuparse de esta ecuación, que algo cambia (obviamente, uno de los elementos de la ecuación) y qué deben seguirse necesariamente cambios correspondientes en los otros valores. Como estos elementos de la ecuación no son ítem en la economía del individuo sino categorías del sistema, económico considerado como un todo, los cambios no les ocurren a los individuos sino a todo el sistema, al *Volkswirtschaft* íntegro. Esta conceptualización no se ajusta en absoluto a la realidad y difiere radicalmente de los procedimientos de la cataláctica moderna.[56] Representa una vuelta a la forma de razonamiento que condenó a la frustración la obra de los antiguos economistas clásicos. Los problemas monetarios son problemas económicos y deben ser tratados de la misma manera que los demás problemas económicos. El economista monetario no tiene que habérselas con entidades universales como el volumen del comercio, considerado como el volumen del comercio total, o la cantidad de dinero, considerada como la totalidad del dinero circulante en el sistema económico integro. Menos aun puede emplear la vaga metáfora "velocidad de circulación". Tiene que darse cuenta de que la demanda de dinero proviene de las preferencias de los individuos dentro de una sociedad regida por una economía de mercado.

Hay demanda de dinero porque todos quieren tener cierta cantidad de dinero en efectivo, a veces más, a veces menos. El dinero nunca está sencillamente en el sistema económico, nunca está simplemente circulando. Todo el dinero disponible se encuentra siempre en forma de efectivo en poder de alguien. Cada unidad

monetaria puede en algún momento, y con mayor o menor frecuencia, pasar de unas manos a otras, pero siempre es poseída por alguna persona y forma parte de las disponibilidades de efectivo de alguien. Las decisiones de los individuos con respecto al monto de sus posesiones de dinero en efectivo, sus elecciones entre las ventajas y las desventajas de tener más efectivo en su poder, constituyen el factor fundamental para la formación del poder adquisitivo.

Los cambios en la oferta o en la demanda de dinero nunca se producen al mismo tiempo para todos los individuos; tampoco tienen idéntico alcance para todos; en consecuencia, no influyen en la misma medida sobre sus juicios de valor ni sobre su conducta como compradores y como vendedores. Por lo tanto, los cambios en los precios no afectan a todos los bienes simultáneamente y en el mismo grado. La fórmula excesivamente simple de la primitiva teoría de la cantidad y de los economistas matemáticos contemporáneos según la cual los precios, es decir, todos los precios, se elevan o caen en proporción con el aumento o la disminución en la cantidad de dinero, es absolutamente errónea.Al estudiar los cambios monetarios debemos considerarlos como aquellos que se producen en primer lugar sólo para algunos grupos de individuos y poco a poco se extienden a la totalidad del sistema económico, hasta el punto en que la demanda adicional de los que se han visto beneficiados en primer lugar alcanza a otras clases de individuos. Sólo así lograremos una verdadera comprensión de las consecuencias sociales de los cambios monetarios.

II

A partir de estos conceptos desarrollé una teoría general del dinero y del crédito y traté de explicar la teoría de los ciclos como un fenómeno crediticio. Esta teoría, que hoy se denomina teoría monetaria o, en ocasiones, teoría austríaca de los ciclos, me llevó a realizar ciertas críticas sobre el sistema crediticio continental, especialmente el alemán. Al principio, los lectores se interesaron más en mis opiniones desfavorables sobre las tendencias de la política del Banco Central de Alemania y en mis pronósticos pesimistas, que nadie creía en 1912, hasta que pocos años más tarde se demostró que las cosas eran mucho peores que lo que yo había predicho. El destino del economista es que la gente se interese más en sus conclusiones que en sus explicaciones, y que se muestre renuente a abandonar una política cuyas consecuencias indeseables, pero inevitables, aquél ha demostrado.

III

A partir de mis estudios sobre los problemas monetarios y crediticios, que posteriormente me impulsaron a fundar el Instituto Austriaco para la Investigación de los Ciclos Económicos, comencé a estudiar el problema del cálculo económico en una comunidad socialista. En mi ensayo acerca del cálculo económico en un mundo socialista, publicado por primera vez en 1920, y más tarde en mi libro

Socialism(*El socialismo*), demostré que un sistema económico en el cual no existe la propiedad privada de los medios de producción, no puede hallar ningún criterio para determinar los valores de los factores de la producción, y en consecuencia es incapaz de calcular. Desde que me ocupé por primera vez de este punto, han aparecido docenas de libros y cientos de artículos en idiomas diferentes que han tratado el problema; esta discusión no ha echado por tierra mi tesis. El tratamiento de los temas relacionados con la planificación, por supuesto con la planificación y la socialización totales, ha seguido una dirección completamente nueva al reconocerse éste como el punto fundamental.

IV

Del estudio comparativo de los rasgos esenciales de la economía capitalista y de la economía socialista pasé al problema conexo de si hay, además de estos dos sistemas concebibles de cooperación social, a saber, propiedad privada y propiedad pública de los medios de producción, un tercer sistema social posible. Reiteradamente se ha sugerido la existencia de esta tercera solución, un sistema que, según sus proponentes, no es socialismo ni capitalismo sino un término medio entre ambos que evita las desventajas y conserva las ventajas de cada uno de ellos. He tratado de examinar las implicaciones económicas de estos sistemas de interferencia gubernamental y de demostrar que no pueden alcanzar los objetivos que se desea lograr con su aplicación. Posteriormente he ampliado el campo de mis investigaciones para poder incluir en ellas los problemas del *stato corporativo*, la panacea recomendada por el fascismo.

V

Al tratar tales asuntos se hace necesaria una aproximación al tema de los valores y de los fines de la actividad humana. El reproche que los sociólogos hacen a los economistas en el sentido de que éstos se ocupan de un "hombre económico" irreal no puede sostenerse por más tiempo. He intentado demostrar que los economistas nunca han sido tan estrechos de miras como suponen sus críticos. Los precios cuya formación tratamos de explicar son una función de la demanda, y no importa qué motivos han animado a quienes tomaron parte en la transacción. Es indiferente si los móviles de los que desean comprar son egoístas o altruistas, morales o inmorales, patrióticos o no patrióticos. La economía se ocupa de los medios escasos para alcanzar fines, independientemente de la calidad de los fines. Aunque éstos se encuentran más allá del alcance de la racionalidad, cada acción consciente orientada hacia una meta específica es necesariamente racional. La actitud de condenar a la economía porque es racional y tiene que ver con la racionalidad, es fútil. La ciencia es siempre racional.

En mi tratado sobre Teoría Económica, publicado en alemán[57] hace pocos meses en Ginebra —próximamente aparecerá una edición en inglés[58] [fue editada

en 1949]— me he ocupado no sólo de los problemas económicos de una sociedad regida por una economía de mercado, sino también de las economías de todos los demás tipos imaginables de cooperación social. Creo que esto resulta indispensable en un mundo en el cual se encuentran comprometidos los principios fundamentales de la organización económica.

En mi tratado he intentado considerar el concepto del equilibrio estático como meramente instrumental, y de emplear esta abstracción puramente hipotética sólo como un medio de acercarse a la comprensión de un mundo en cambio constante. Muchos economistas teóricos han olvidado el propósito subyacente a la introducción de este concepto hipotético en nuestro análisis. Si bien no podemos prescindir de esta noción de un mundo donde no hay cambio alguno, sólo debemos usarla con el propósito de analizar los cambios y sus consecuencias, o sea para el estudio del riesgo y de la incertidumbre y, por lo tanto, de las ganancias y de las pérdidas.

VI

Como consecuencia lógica de este punto de vista, se derrumban algunas interpretaciones míticas acerca de las entidades económicas. Debe evitarse el uso casi metafísico de términos tales como capital. Nada hay en la naturaleza que corresponda a las palabras capital o renta. Hay diferentes bienes, productores de bienes y consumidores de bienes. Lo que hace que algunos bienes se conviertan en capital y otros en rentas es la intención de los individuos o de los grupos actuantes. El mantenimiento del capital o la acumulación de nuevo capital, siempre son el resultado de una acción consciente por parte de los hombres que reducen su consumo hasta límites que no disminuyen el valor del stock disponible. Es un error suponer que la inmutabilidad del stock de capital es algo natural que no requiere atención especial. Con respecto a esto, disiento con las opiniones de uno de los economistas más importantes de nuestro tiempo, el profesor Knight, de Chicago.

VII

El punto débil de la teoría de Böhm-Bawerk [del Capital y del Interés] no es, como cree el profesor Knight, la inútil introducción del concepto del período de producción. Es una deficiencia más seria que Böhm-Bawerk hace remontar hasta los errores de la denominada teoría de la productividad. Como el profesor Fetter, de Princeton, me he propuesto eliminar esta debilidad basando la explicación del interés sólo sobre la preferencia temporal.

La piedra de toque de cualquier teoría económica tiene que ver con un tema que se cita a menudo, el tratamiento de los ciclos. No sólo he intentado reafirmar la teoría monetaria de los ciclos, sino también demostrar que todas las demás explicaciones recurren necesariamente al argumento principal de esta teoría. Por

supuesto, la prosperidad repentina significa un movimiento ascendente de los precios o por lo menos una compensación de las tendencias hacia la baja de éstos, y para explicar esto es necesario postular un suministro creciente de crédito o de dinero.

VIII

En cada una de las partes de mi tratado he intentado tomar en consideración el peso relativo que debe asignarse a los diferentes factores institucionales y a los distintos datos económicos. Además, discuto las objeciones hechas no sólo por diversas escuelas teóricas sino también por aquellos que niegan la posibilidad de cualquier ciencia económica. El economista debe responder a quienes creen que no existe una ciencia social de validez universal, a quienes dudan de la unidad de la lógica y de la experiencia humanas y tratan de reemplazar lo que denominan conocimiento internacional (que consideran vano) por doctrinas que representan el peculiar punto de vista de su propia clase, nación o raza. Debemos cuestionar estas pretensiones, aunque para ello tengamos que afirmar verdades que nos parecen evidentes. A veces es necesario repetir verdades, porque también se repiten los viejos errores.

[Ir a tabla de contenidos]

LO ESENCIAL DE MISES[59]

MURRAY N. ROTHBARD

Con frecuencia se nos plantean problemas artificiosos, tanto en la esfera política como en la ideológica, que se pretende resolvamos por una de dos vías arbitrariamente preestablecidas. Así, se nos decía durante la década de los treinta que era forzoso optar entre comunismo o fascismo y hoy, similarmente, los economistas norteamericanos nos presentan como única alternativa keynesianismo o monetarismo "libremente fluctuante". El debate ya no gira más que en torno a cuánto debe el gobierno inflar las disponibilidades dinerarias y a cuánto debe ascender el déficit presupuestario.

Nadie, por lo visto, desea ni considerar siquiera una tercera solución, mucho más fecunda que esa extraña mixtura, a base de medidas monetarias y fiscales, con que las autoridades, parece, deben invariablemente cebarnos. Raros, en verdad, son, actualmente, los pensadores que se atreven a recomendar la única medida salvadora, la supresión de toda intervención estatal, no sólo por lo que atañe a la oferta monetaria, sino incluso por lo que se refiere al ámbito entero de la actividad económica. He ahí la olvidada receta del mercado libre, el filtro mágico por el que un solitario y combatido, distinguido, brillante y creador economista, Ludwig von Mises, luchó toda su vida e hizo cuanto pudo por popularizar. No es, ciertamente, exagerado decir que sólo si logramos superar el atolladero en que nos hallamos,

alcanzando, al fin, las altas cumbres que Mises oteara, conseguirá el mundo librarse de los mismos estatificadores que hoy lo asfixian y podrá, por su parte, la ciencia económica volver a contemplar, sana y correctamente, los temas que de verdad interesan.

I. La Escuela Austríaca

Ludwig von Mises nació el 29 de septiembre de 1881 en la ciudad de Lemberg,[60] perteneciente a la sazón al imperio austrohúngaro, donde su padre, Arthur Edler von Mises, distinguido ingeniero, trabajaba para los ferrocarriles austríacos. Muy joven marchó a Viena, donde, a comienzos del siglo, se doctoró en derecho y economía

Nació y creció Mises en la época más brillante de la gran Escuela Austríaca de economía. Ni él ni ninguna de sus decisivas contribuciones científicas resultan cabalmente comprensibles fuera del ámbito de aquel pensamiento económico que con tanto ahínco estudiara y tan profundamente absorbiera. A mediados del siglo XIX ya nadie dudaba que la escuela clásica, cuyos máximos exponentes fueran David Ricardo y John Stuart Mill, había embarrancado en los bajos de muy graves errores. Su defecto básico consistió en pretender analizar la economía, no desde el punto de vista del individuo que actúa, sino partiendo del supuesto comportamiento de arbitrarias *clases*. No pudieron nunca los clásicos, por eso, llegar a comprender las fuerzas subyacentes que determinan el valor y los respectivos precios de mercancías y servicios en el mercado; escapábaseles la función del consumidor, es decir, la fuerza que, en definitiva, impulsa la actividad del empresariado. Concentrados siempre en su contemplación de *clases* de bienes, fueron incapaces de resolver, por ejemplo, lo que ellos mismos denominaron la "paradoja del valor", o sea, por cuál razón el pan, producto de enorme utilidad, "sostén de la vida", tenía escaso valor mercantil, mientras los diamantes, objetos meramente suntuarios, carentes de trascendencia para la supervivencia humana, gozaban de alto precio. ¿Por qué, se preguntaban, podía el pan tan bueno y útil valer, en el mercado, menos que los brillantes? Tal supuesta paradoja enloqueció a los clásicos y, en su afán de resolverla, acabaron, por desgracia, concluyendo que había dos tipos de valores. El pan, desde luego, tenía mayor valor "en uso" que las piedras preciosas, pero éstas, por el contrario, gozaban de mayor valor "en cambio". Esa aparente dualidad valorativa hizo que innúmeros escritores posteriores condenaran la economía de mercado por producir "para el beneficio", en vez de orientar los factores disponibles hacia la producción "para el uso".

Recalcitrantes siempre a analizar la actuación del consumidor, no podían los clásicos hallar satisfactoria explicación a cómo se determinan los precios en el mercado, llegando, desorientados, a sostener: a) que el valor era una virtud, una calidad, propia e inherente a cada mercancía; b) que ese valor quedaba impreso en

la cosa merced al correspondiente proceso de producción, y c) que el valor, en definitiva, dependía del "coste" de la producción, por lo que podía afirmarse que derivaba del número de horas laborales invertidas en el correspondiente proceso.

Tal ricardiana teoría fue llevada por Marx a su conclusión lógica: si el valor procedía única y exclusivamente de la cantidad de trabajo dedicado a la producción, el interés y beneficio que capitalistas y empresarios de la misma derivaban no podían ser sino *plusvalía*, injustamente detraída a la legítima retribución del trabajador.

Los ricardianos, al advertir que su teoría daba amparo a la doctrina marxista, intentaron replicar diciendo que los bienes de capital también son productivos y, por tanto, merecedores de participar en el beneficio; a lo que los marxistas, con toda justeza, contestaron que el capital, por su parte, no dejaba de ser trabajo "incorporado" o "congelado" en el instrumento de producción de que se tratara y, consecuentemente, los salarios del caso debían haber absorbido íntegramente el precio final conseguido.

Los clásicos no sólo fueron incapaces de explicar satisfactoriamente y justificar el beneficio empresarial. Al analizar la distribución de los resultados de la producción, entre las diferentes clases, concluyeron que había de producirse una *lucha*permanente entre las mismas, es decir, entre *salarios, beneficios y rentas*, pues implacablemente habían de pugnar entre si, por sus respectivas cuotas, *trabajadores, capitalistas y terratenientes.* Separaron, enteramente, por desgracia, *la producción y la distribución*; no podía ésta sino constituir tema de interminable conflicto para las tres clases siempre combatientes entre sí. El alza de los salarios, aseguraron, sólo era posible en detrimento de beneficios y rentas, y lo mismo a la inversa. Los clásicos, una vez más, estaban abriendo las puertas al marxismo.

Cegados, invariablemente, por su afán de analizar el comportamiento de supuestas clases, sin parar nunca mientes en el actuar individual, los economistas ricardianos no sólo hubieron de abandonar todo intento de comprender la actividad consumidora, el valor y los precios de los artículos de consumo, sino que además jamás halláronse en condiciones de abordar el problema de la determinación del precio de los factores de producción, es decir, el precio de específicas unidades de trabajo, tierra o capital. Las imperfecciones y errores de la economía ricardiana, a medida que el siglo avanzaba, devenían cada vez más evidentes. La ciencia económica había entrado en un callejón sin salida.

Ha sido frecuente, en la historia de los descubrimientos humanos, que investigadores ampliamente separados por circunstancias de lugar y condición, hayan conseguido descubrimientos similares, con total independencia. La solución a aquellas paradojas que tanto atormentaron a los clásicos fue, de pronto, hallada en 1871, bajo distinta forma, por tres diferentes estudiosos: William Stanley Jevons, en

Inglaterra; León Walras, en Lausanne, y Carl Menger, en Viena. Nació, entonces, la economía moderna o *neoclásica*. Jevons no logró desarrollar debidamente el nuevo pensamiento; su visión fue todavía incompleta y fragmentaria. A la difusión de su ideario opúsose, por otra parte, el enorme prestigio de las doctrinas ricardianas en el indudablemente estrecho mundo intelectual de la Inglaterra victoriana. Jevons tuvo, pues, pocos seguidores y escasa influencia. La doctrina de Walras careció, igualmente, de impacto; y lo peor fue, como en seguida veremos, que su pensamiento iba a ser posteriormente aprovechado para estructurar una cierta concepción "microeconómica". Carl Menger,[61] profesor de economía de la Universidad de Viena, formuló, en cambio, la más brillante teoría neoclásica, dando solución a problemas hasta entonces insolubles. Fue el fundador de la *Escuela Austríaca.*

La precursora labor de Menger culminó en la gran obra sistematizadora de su eminente discípulo y sucesor en la cátedra vienesa, Eugen von Böhm-Bawerk. Gracias al monumental esfuerzo intelectual que éste, a lo largo de los años ochenta, desarrollara, y merced a su obra cumbre, *Capital e interés*,[62] la doctrina vienesa quedó definitivamente consolidada. Hubo otros perspicaces y destacados economistas que contribuyeron a la grandeza de la escuela durante las dos últimas décadas del siglo; entre ellos cabe recordar a Friedrich von Wieser, cuñado de Böhm, y, en cierta medida, también al americano John Bates Clark. Pero la figura de Böhm-Bawerk sobresale por encima de todos.

Las soluciones de Menger y Böhm-Bawerk tenían una aplicación mucho más generalizada que las teorías ricardianas, precisamente en razón a haberse acogido a una epistemología totalmente distinta. Los austríacos centraron, invariablemente, su atención en las motivaciones del individuo, en los impulsos de quien, en el mundo real, y siempre de acuerdo con sus propias valoraciones y preferencias, actúa. Pudieron, consecuentemente, basar el análisis de la actividad económica y de la producción en las valoraciones y aspiraciones del consumidor independiente e individualizado. Partía éste, siempre, al operar —pensaron—, de su propia escala de preferencias y valores y tales valoraciones, combinadas y entrelazadas, engendraban la total demanda consumidora, la cual, a su vez, impulsaba y ordenaba la actividad productora toda. Porque concentraban su atención en el individuo que en el mundo real opera, pudieron advertir los vieneses que la producción libre se orienta invariablemente a atender los deseos que se *supone* mañana abrigarán los consumidores.

Concluyeron, consiguientemente, que ninguna actividad productiva —fuera de tipo laboral o de cualquier otro orden— podía, *per se*, conferir valor a los correspondientes bienes o servicios producidos. El valor procedía exclusivamente de las subjetivas apreciaciones del consumidor individualizado. Supongamos una persona que, por ejemplo, dedicara treinta años de trabajo, así como múltiples otros

medios, a construir un impresionante triciclo a vapor; si, ofrecido tan singular artilugio al mercado, no se hallara para él comprador, ello evidentemente indicaría que el mismo carecía de valor, pese al esfuerzo y los materiales invertidos en su construcción. El valor de las cosas no es sino la propia valoración que aquellas merecen al consumidor. Es la intensidad y la amplitud de la apetencia de los consumidores por específicos bienes y servicios lo que, en definitiva, determina su respectivo precio.[63]

Los austríacos fácilmente pudieron, así, contemplando, derecha y exclusivamente al individuo, en vez de a desdibujadas *clases*, resolver aquella *paradoja* del valor que tanto había hecho sufrir a los clásicos. Porque nadie, en efecto, tiene jamás, en el mercado, que preferir entre todo "el pan" como *clase*, y todos "los diamantes", como *clase* también. Evidenciaron los vieneses que cuanto mayor es la cantidad, superior el número de unidades, de cualquier bien que el sujeto posea, *menor*es el valor que el actor atribuye a cada una de tales unidades. Quien se hallare sediento, trompicando por el desierto, daría enorme valor a un vaso de agua; el ciudadano de Viena o Nueva York, en cambio, con líquido acuífero rebosando en torno, ha de estimar de muy escaso valor, de muy poca *utilidad*, la misma agua. De ahí que el *precio* que aquel, en el desierto, pagaría por el vaso de agua sería incomparablemente superior al que nadie abonaría en Nueva York. Quien actúa opta siempre por específicas unidades, por unidades *marginales*; de ahí que la Escuela Austriaca hablara de la "ley de la utilidad marginal decreciente". El pan es más barato que los brillantes, porque hay en el mercado muchas más hogazas que carates; consecuentemente, el valor y el precio de *determinado* pan forzosamente ha de ser inferior al de específico diamante. Desaparece así la aparente contradicción entre el valor en *uso* y el valor *en cambio*, pues, dada la abundancia de panes, cada uno de éstos resulta para el sujeto actuante *efectivamente* menos *útil*, tiene menos valor, que cada diamante existente.

El problema de la *distribución* de las rentas en el mercado lo resolvieron los vieneses igualmente concentrando su atención en la actividad individual, amparados siempre en el *análisis marginal*. Pusieron de manifiesto que cada unidad de cualquier factor de producción, tratárase de trabajo en sus múltiples manifestaciones, de tierra de la clase que fuera, o de capital, quedaba justipreciada, en el mercado, con arreglo a su propia *productividad marginal*, o sea, según la medida en que la supletoria unidad empleada incrementaba el valor del bien que, en definitiva, adquiría el consumidor. Cuanto mayor fuera la *oferta*, la cuantía de unidades disponibles del factor en cuestión, menor tendería a ser su productividad marginal y, por lo tanto, el precio de cada una de dichas unidades; y, a la inversa, cuanto menores fueran las disponibilidades, mayor tendería a ser el precio del bien de que se tratara. Evidenciaron así los austríacos que no existía pugna clasista, ni conflicto absurdo y arbitrario entre las diferentes clases de factores que en cada producto intervenían; cada uno de dichos factores contribuía armoniosamente a la

producción final, orientada siempre a satisfacer, dadas las circunstancias concurrentes, las más acuciantes necesidades de los consumidores, del modo más eficaz posible, es decir, de la forma menos costosa. Cada unidad de los diferentes factores intervinientes percibía el precio resultante de su respectiva productividad marginal, o sea, la suma dinerada que correspondía a su propia contribución al resultado conseguido. De haber algún conflicto de intereses, no se plantearía nunca entre las tres clases de factores productivos, tierra, trabajo y capital, sino, en todo caso, entre los posibles diferentes aportantes de *un mismo* factor. Así, si, por ejemplo, se descubriera una nueva fuente de producción de cobre, ello no podría dejar de redundar en favor y en beneficio de los consumidores, por un lado, y, por otro, de los suministradores de los factores de producción capital y trabajo. Perjudicaríanse, en cambio, posiblemente, los existentes propietarios de explotaciones cupríferas, al descender el precio de tal mercancía.

Patentizaron, de esta suerte, los vieneses que no existe, en el mercado libre, disparidad alguna entre *producción y distribución*. Las diversas valoraciones y las distintas demandas de los consumidores determinan los precios de los bienes de consumo, es decir, de los productos que ellos adquieren. Los precios de los bienes de consumo, por su parte, orientan la actividad productiva toda y determinan los precios de los factores de producción intervinientes, los diversos bienes de capital, los salarios y las rentas. La correspondiente *distribución* de ingresos no es sino consecuencia del precio de mercado de cada factor.

Si, por ejemplo, el precio del cobre es de 20 centavos la libra, cuando un poseedor de cobre vende 100.000 libras, recibirá a cambio $ 10.000 en el proceso distributivo; si el salario de un obrero es de $ 4 la hora, trabajando cuarenta horas a la semana conseguirá $ 160, y así sucesivamente.

¿Y qué sucede con los beneficios y aquel trabajo "congelado" en las diversas mercancías? Böhm-Bawerk, a este respecto, advirtió certeramente, basándose siempre en el análisis de la actuación individual, que es norma invariable de la actividad humana el pretender alcanzar los objetivos, los fines que el hombre ambiciona, lo más pronto posible. Los bienes o servicios valen más para los mortales cuanto antes cabe disfrutarlos. "Más vale un toma que dos te daré", suele decirse. Es, precisamente, esta *preferencia temporal* lo que hace que las gentes no inviertan la totalidad de sus ingresos en bienes productivos (capital), con lo que, en cambio, aumentarían su bienestar futuro. El sujeto tiene necesidad siempre de consumir algo. Dispar, sin embargo, es el grado personal de preferencia temporal, o sea, la preferencia de bienes presentes contra bienes futuros, según sea la condición y organización de las gentes. Cuanto mayor sea la preferencia temporal del individuo, mayor será la porción de su renta que dedique al consumo inmediato; en cambio, cuanto menor sea aquélla, más ahorrará, es decir, más dedicará a conseguir mayores bienes futuros. Tal preferencia temporal es, precisamente, lo que engendra

el interés y el beneficio, cuya mayor o menor cuantía quedará, finalmente, determinada por esa repetida preferencia temporal.

Examinemos, por ejemplo, el interés de un préstamo. Los escolásticos, en el medievo y primera parte de la edad moderna, como economistas, no eran torpes y observaban con mucha atención la mecánica del mercado. Había un fenómeno, sin embargo, el interés de los préstamos, que nunca consiguieron comprender y menos aun justificar. El beneficio obtenido de arriesgada inversión lo admitían. Pero Aristóteles había enseñado que el dinero, *per se*, era estéril e improductivo; ¿cómo podría, pues, aceptarse que un préstamo (suponiéndolo plenamente garantizado) devengara interés? Incapaces de hallar respuesta válida, la Iglesia y los escolásticos se desacreditaron ante el mundo seglar al condenar, como "usuraria", toda percepción de interés. Fue Böhm-Bawerk quien resolvió el enigma, apoyándose en su teoría de la preferencia temporal. El prestamista que ofrece un crédito de $ 100 y el prestatario que se compromete a devolver $ 106, al cabo de un año, en modo alguno están manejando cosas homogéneas. El acreedor entrega al deudor $ 100, un *bien presente*, que el recipiendario puede utilizar desde ya. El acreditado, en cambio, no da sino una promesa de pago, una expectativa de cobranza que sólo dentro de un año se materializará. El primero ofrece un *bien presente* contra un *bien futuro* del segundo, un dinero que aquél sólo dentro de un año podrá disfrutar. Y como quiera que, en razón de la preferencia temporal, el bien presente es siempre más valioso que el bien futuro, resulta natural y comprensible que el acreedor exija y el deudor pague voluntariamente cierto premio o bonificación por el bien presente indudablemente de mayor valor que el bien futuro. Tal premio o bonificación será, en el mercado, mayor o menor, según la importancia que las gentes en cada circunstancia y momento atribuyan a la preferencia temporal.

Böhm-Bawerk, prosiguiendo su análisis, evidenció cómo la preferencia temporal regulaba igualmente el beneficio, hasta el punto de que el beneficio "normal" no es sino la propia tasa de interés vigente. Cuando el empresario capitalista invierte, mediante previo pago, trabajo y tierra en el proceso productivo, evita a los poseedores de estos factores —trabajadores y terratenientes— el perjuicio que, en otro caso, soportarían de tener que esperar, hasta cobrar, el que la mercancía fuera vendida a los consumidores y pagada por éstos. En ausencia de empresarios capitalistas, laboradores y terratenientes tendrían que aguardar meses e, incluso, años sin percibir nada hasta que el producto final —el automóvil, el pan o la lavadora— fuera pagado por su consumidor o usuario. El capitalista, merced a ahorro previo, sirve a trabajadores y propietarios pagándoles de inmediato, tan pronto como aportan sus respectivos medios productivos; él, en cambio, ha de esperar a que la mercancía quede colocada para recuperar su dinero. Laboradores y terratenientes pagan gustosos a los capitalistas renta e intereses a cambio del aludido beneficio que reciben. Los capitalistas, en resumen, vienen a ser acreedores-prestamistas que, previo ahorro, entregan moneda actual, para *después*

recuperar su inversión y cobrar beneficio; los aportantes de trabajo y tierra, por su lado, vienen a ser como deudores-prestatarios, pues sus servicios sólo más tarde tendrán rentabilidad. La tasa de beneficio normal, una vez más, vemos queda regulada por los diversos grados de preferencia temporal. Böhm-Bawerk, llegaba a la misma conclusión por otra vía. Los bienes de capital, lejos de ser sólo "trabajo acumulado", son igualmente *tiempo* acumulado (así como tierra). Y es ese elemento temporal el que nos explica por qué surgen el interés y el beneficio. Böhm-Bawerk profundizó decisivamente en el concepto de capital; advirtió, contrariamente a lo que pensaban los ricardianos y piensan la mayoría de nuestros economistas contemporáneos, que el *capital* no constituye ni una masa homogénea[64] ni una suma dada. El capital es una estructura, delicado entretejido, con dimensión temporal. El desarrollo económico y el incremento de la producción se consiguen no sólo aumentando la cantidad de capital, sino incrementando además su estructura temporal, montando así, en definitiva, procesos de producción temporalmente más y más dilatados. Cuanto menor sea el grado de la preferencia temporal de las gentes, mayor será su disposición por sacrificar el consumo actual en aras de ahorrar e invertir en procesos de producción de superior duración, procesos éstos de mejor productividad que engendrarán una cantidad sustantivamente mayor de bienes de consumo *mañana*.

II. Mises y la "economía austríaca": La teoría del dinero y el crédito

El joven Ludwig von Mises arribó a la Universidad de Viena en el año 1900, consiguiendo, seis cursos después, su doctorado en leyes y economía. Se le reconoció pronto como uno de los más aventajados estudiosos del seminario que todavía mantenía Eugen von Böhm-Bawerk. Profundo conocedor de la teoría vienesa, Mises advirtió en seguida que Böhm-Bawerk y sus predecesores no habían avanzado lo suficiente, no habían, en efecto, llegado hasta las conclusiones últimas que de sus propios razonamientos derivaban, por lo que existían todavía lagunas importantes en la doctrina. Así, desde luego, sucede en toda disciplina científica; el progreso teórico se consigue sólo a medida que discípulos y seguidores, apoyándose en las enseñanzas del maestro, superan y finalmente mejoran el ideario magistral. Es frecuente, por desgracia, que ese maestro, incapaz de advertir su trascendencia, rechace los nuevos planteamientos.

La laguna fundamental que Mises advirtió era la que hacía referencia a la teoría del dinero. La Escuela Austríaca, evidentemente, había descubierto cómo el mercado determinaba no sólo el precio de los bienes de consumo, sino también el de los factores de producción. El dinero, sin embargo, para los vieneses, como anteriormente para los clásicos, seguía siendo un compartimiento estanco, que nadie creía oportuno abordar con arreglo a los métodos aceptados para analizar el resto de la economía. Los austríacos y los neoclásicos todos, en Europa y América, aceptaban tan dispar tratamiento cuando Mises aparecía en escena. El análisis del

dinero y del denominado "nivel de precios" cada vez se separaba más de la sistemática seguida para estudiar las demás ramas de la economía. Padecemos hoy las consecuencias de aquel dispar tratamiento en la distinción tan de moda entre "macro" y "micro" economía. Parte esta última, más o menos, de la actividad individual de consumidores y productores, pero, en cuanto aparece el dinero, el economista nos pierde en un mundo imaginario, poblado por fantasmáticos conjuntos, los "medios de pago", el "nivel de precios", el "producto nacional bruto", el "gasto total". La "macroeconomía", por su parte, separada ya de la firme base del análisis individualista, no hace sino saltar de una serie de errores a otro conjunto de falacias. Esa doble visión, al abordar la realidad económica, cobraba cada vez mayor impulso en la época vienesa de Mises, al amparo de los escritos del norteamericano Irving Fisher, quien, enteramente despreocupado de la actuación del individuo, dedicabase a elaborar complejas teorías acerca del "nivel de precios" y las "velocidades de circulación" sin pretender en modo alguno integrar su pensamiento en el sano "microanálisis" de la ciencia neoclásica.

Ludwig von Mises se lanzó a solventar tan arbitraria separación mediante analizar la economía monetaria y el poder adquisitivo del dinero (erróneamente denominado nivel de precios) partiendo de la sistemática austríaca, o sea, contemplando invariablemente el actuar del individuo y la operación del mercado para llegar, finalmente, a estructurar el amplio tratado de economía que explicara, por igual, el funcionamiento de todos y cada uno de los sectores económicos. Y Mises consiguió plenamente su ambiciosa meta con la *Teoría del dinero y el crédito*[65] (1912) (*Theorie des Geldes und der Umlaufsmittel*), primera de sus magistrales obras. Fue una brillante conquista de pura investigación intelectual, digna del propio Böhm-Bawerk. La ciencia económica, al fin, constituía un todo unitario, integral cuerpo analítico, basado en la actividad individual; desaparecía la distinción entre dinero, por un lado, y nivel de precios, por otro, entre micro y macroeconomía. Mises, aplicando por entero la teoría de la utilidad marginal a la oferta y la demanda del propio dinero, desarticuló la mecanicista visión de Fisher, basada en automáticas relaciones entre la cuantía monetaria y el nivel de precios, la "velocidad de circulación" y las "ecuaciones de intercambio".

Mises, en efecto, demostró que el "precio" del dinero; es decir, su poder adquisitivo, quedaba determinado en el mercado igual que el precio de cualquier otro bien, a saber, por la cantidad del mismo disponible y la intensidad de la demanda consumidora (basada ésta en la utilidad marginal que la cosa de que se trata, en cada momento, tenga para los consumidores). La demanda monetaria viene dada por el deseo de mantener dinero a la vista, en caja o en la correspondiente cuenta bancaria, para poder gastarlo, más pronto o más, tarde, en bienes y servicios considerados provechosos por el sujeto actuante. La utilidad marginal de la unidad monetaria (sea el dólar, el franco o la onza de oro) determina la intensidad de la demanda de dinero a la vista, y la interacción que se establece entre la cuantía de

las disponibilidades monetarias, de un lado, y la demanda dineraria, de otro, determina el "precio" del dólar, o sea, la cantidad de bienes que con el dólar cabe adquirir. Mises coincidía con la clásica *teoría cuantitativa* en el sentido de que el incremento de la oferta de dólares (o de onzas de oro) forzosamente ha de provocar un descenso del precio de tal unidad monetaria; en otras palabras, un alza del precio de los demás bienes y servicios. Pero depuró enormemente aquella más bien tosca exposición, integrándola en la teoría económica general. Destacó, por lo pronto, que hay muy poca proporcionalidad entre las dos magnitudes que la primitiva teoría cuantitativa manejaba; todo incremento de la oferta dineraria debe tender a reducir el valor de la unidad monetaria, pero depende de qué suceda, al tiempo, con la utilidad marginal del dinero, es decir, con el afán de las gentes por mantener saldos a la vista, en cuánto efectivamente llega a descender, si es que, en definitiva, se reduce el valor del dinero. Nos enseñó, después, Mises que la "cuantía dineraria" no aumenta de golpe; el incremento monetario se insufla en determinada sección del sistema económico y los precios sólo irán ascendiendo a medida que la supletoria moneda vaya, en sucesivas ondas, extendiendo su influjo a través del mercado. Supongamos que la administración pública crea moneda y la dedica a adquirir grapas para coser papeles; lo que, entonces, ocurrirá en modo alguno será una simple subida del "nivel de precios", como economistas no austríacos dirían. Sucederá, en cambio, que los precios de las grapas y las rentas de sus fabricantes ascenderán; subirán después los precios de los suministradores de tales fabricantes, y así sucesivamente. Acontece, pues, que el incremento de las disponibilidades monetarias provoca cambios en los respectivos precios de las cosas, al menos temporalmente, y puede, incluso, dar lugar a variaciones duraderas en los ingresos personales.

Mises comprobó igualmente que una vieja y olvidada teoría de Ricardo y sus inmediatos seguidores era sustancialmente correcta; a saber, que el incremento de las disponibilidades de oro, independientemente de su aprovechamiento industrial o comercial, no podía provocar beneficio social alguno. El aumento del dinero circulante, en efecto, no puede sino reducir la capacidad adquisitiva de la unidad monetaria, en contraste con lo que sucede cuando se dispone de más tierra, trabajo o capital, supletorios bienes éstos que forzosamente provocan una mayor producción y un más alto nivel de vida. No aumentaría el bienestar de las gentes por el hecho de triplicar uniformemente y al tiempo el dinero líquido de todo el mundo. Mises, por el contrario, demostró que si la inflación (al incrementar la cantidad de dinero disponible) resulta, en verdad, tan atractiva es, *precisamente,* porque no todos reciben el nuevo dinero coetáneamente y en la misma proporción; el incremento numerario lo adquiere el gobierno, primero, e inmediatamente después sus favorecidos suministradores y protegidos. Las rentas *de éstos* aumentan antes de que la mayor parte de los precios hayan subido. Van, en cambio, sucesivamente perdiendo, a lo largo de la cadena (y sobre todo los pensionados), quienes pagan

alzados precios antes de que sus propios ingresos se incrementen. La inflación, en resumen, resulta atractiva porque el gobierno y ciertos grupos logran beneficiarse a costa de otros sectores de la población de menor poder político.

Mises enseñó que la inflación, es decir, la ampliación de las disponibilidades dinerarias, constituye, en definitiva, una especie de imposición fiscal y un medio de redistribución patrimonial. Bajo un mercado libre progresivo, en ausencia de expansiones dinerarias de origen gubernamental, los precios normalmente tienden a *bajar*, al incrementarse la producción de bienes y servicios. Descenso de precios y costos fue la grata nota característica del desarrollo industrial del siglo XIX.

El empleo de la teoría marginalista en el estudio del dinero exigió que Mises resolviera el problema conocido como el "círculo austríaco" que la mayor parte de los economistas consideraba insoluble. Los estudiosos comprendían que el precio de los huevos, de los caballos o del pan podía determinarse con arreglo a la respectiva utilidad marginal de cada una de dichas mercancías; demandan las gentes tales bienes *para consumirlos; el dinero*, en cambio, se desea con miras a tenerlo a la vista al objeto de poder gastarlo en la adquisición de cosas. Para que aparezca, pues, la demanda de dinero, con su correspondiente utilidad marginal, precisa es la previa existencia de aquél con capacidad adquisitiva y valor propio. ¿Cómo cabe decir que el valor del dinero depende de su utilidad marginal, si es necesario que la moneda goce de previo valor para que tenga demanda en el mercado? Mises, con el *teorema regresivo*, una de sus más decisivas contribuciones, logró resolver el denominado "círculo austríaco". Hizo ver cómo cabe ir retrotrayendo ese elemento temporal que determina la demanda de dinero hasta llegar al remoto día en que el objeto-dinero no era todavía moneda, sino mera mercancía con propia utilidad, idónea para el canje por otros bienes; el día aquel en que el dinero-mercancía (el oro o la plata, por ejemplo) era exclusivamente para consumir y utilizar. Consiguió, así, Mises explicar lógicamente el valor y el poder adquisitivo del dinero. Pero su descubrimiento tuvo otras interesantes derivaciones, pues evidenciaba que el dinero *sólo* podía aparecer en el mercado libre merced a específica demanda de determinada mercancía útil de antemano. Predicaba, por tanto, *a contrario sensu*, que ni supuestas órdenes gubernamentales ni un súbito contrato social podían dar a determinada cosa condición dineraria. El dinero sólo pudo aparecer desenvolviéndose a partir de una mercancía generalmente tenida por útil y valiosa. Menger ya algo de esto había intuido, pero fue Mises quien, de una vez para siempre, patentizó la necesidad absoluta del origen mercantil del dinero.

Y hubo otras implicaciones. La teoría misiana demostraba, además, contrariamente a lo que entonces y aun ahora muchos economistas piensan, que el dinero no nació como simples laminillas metálicas o trozos de papel denominados por el gobierno "dólares", "libras", "francos", etc. El dinero surgió de una mercancía útil y valiosa. La originaria unidad monetaria, la unidad base de cuentas e

intercambios, no fue ni el "franco" ni el "marco", sino el gramo de oro o la onza de plata. La moneda, esencialmente, no es sino una unidad de peso de cierto bien, de valor reconocido por el mercado. A nadie, por eso, debe sorprender que las denominaciones de todas las monedas hoy en día circulantes, el dólar, la libra, el franco, procedan de pesos específicos de oro o de plata. Pese al actual caos monetario, es ilustrativo que los Estados Unidos todavía definan oficialmente el dólar como una treinta y cincoava parte (cuarenta y dosava, actualmente) de una onza de oro.

Lo anterior, junto con la misiana demostración de los indudables perjuicios sociales que irroga el incremento gubernamental de "dólares" o "francos" arbitrariamente creados, milita en favor de llegar a una radical separación del estado político y el sistema monetario, Todo ello, en efecto, nos dice que la base del dinero fue cierto peso de oro o plata y que no sería difícil retornar a un mundo donde tales unidades metálicas constituyeran el fundamento del cálculo y el intercambio. El patrón oro, lejos de constituir una *bárbara reliquia* u otro mero arbitrismo estatal, puede dar a las gentes una moneda puramente de mercado, inmune a las tendencias inflacionistas y redistributivas inherentes a toda intervención gubernamental. Esa moneda, independiente de la administración pública, nos traería un mundo en el que precios y costos registrarían un continuo descenso gracias al permanente aumento de la producción.

Otro de los grandes logros de Mises en su monumental *Teoría del dinero y el crédito* fue el evidenciar la función de la banca en relación con la creación de dinero. Demostró, en efecto, que un régimen de banca libre, es decir, una banca independiente de toda intervención directriz estatal, lejos de dar lugar a una desatada inflación monetaria, constreñiría a los bancos a adoptar una política crediticia "dura", sana, acuciados siempre por el temor de la retirada de fondos de los depositantes. La mayoría de los economistas han defendido la existencia de una entidad bancaria central o estatal (del tipo del Federal Reserve System norteamericano), estimando que tal institución *restringiría* las tendencias inflacionistas de los bancos privados. Mises, en cambio, hizo ver que la actuación de la banca central ha sido de signo diametralmente opuesto, pues, protegiendo a las entidades privadas de las duras leyes del mercado, las ha impulsado a una expansión inflacionaria de sus préstamos y actividades. Los bancos centrales no son sino un mecanismo inflacionista, como bien sabían desde un principio sus patrocinadores, al liberar a la banca de las cortapisas que el mercado invariablemente le impone.

Contribución no menos interesante de la *Teoría del dinero y el crédito* fue la de acabar con ciertos errores que empañaban la limpieza de la doctrina austríaca de la utilidad marginal, vestigios de razonamientos de carácter no individualista que aún pervivían en el seno de la escuela. Los vieneses, olvidando la norma suprema de su

metodología, el centrar invariablemente el estudio en la efectiva actuación del individuo, habían dado cierta acogida a la versión de Jevons y Walras, en su pretensión de ponderar cuantitativamente la utilidad marginal, aplicando fórmulas matemáticas. Todos los manuales de economía, aun hoy, explican la teoría marginal partiendo de "útiles", es decir, supuestas unidades que podrían ser objeto de sumas, restas, multiplicaciones y demás operaciones matemáticas. Tiene toda la razón el estudiante cuando nada comprende al oír que "cierto sujeto valora en cuatro útiles la libra de mantequilla". Mises, apoyándose en el pensamiento de su compañero en el seminario vienés, el checoslovaco Franz Cuhel, refutó toda la mensurabilidad de la utilidad marginal, demostrando que en este terreno cabían sólo los números ordinales, órdenes de preferencia del individuo, quien puede preferir A a B y B a C, pero nunca recurrir a míticas unidades cuantitativas de utilidad.

Si ni siquiera el propio sujeto puede medir su propia utilidad, menos sentido aun tiene el pretender comparar entre sí las respectivas utilidades de personas diversas. Y, sin embargo, una y otra vez, en lo que va del siglo, estadísticos y políticos igualitarios han pretendido hacerlo. Si cabe decir que la utilidad marginal del dólar va descendiendo a medida, que el individuo incrementa su riqueza dineraria, ¿por qué no ha de poder el gobernante aumentar la "utilidad social" quitándole un dólar al rico y entregándoselo al pobre que grandemente lo ha de valorar? La misiana demostración de que la utilidad personal no puede ser medida destruye la supuesta justificación marginalista de toda política igualitaria. Pese a todo, los economistas, aun reconociendo teóricamente la imposibilidad de comparar entre sí la utilidad de personas distintas, no cejan en su afán por contrastar "beneficios" y "costos" sociales como si se tratara de sumas aritméticas.

III. Mises y el ciclo económico

La *Teoría del dinero y el crédito*, aun cuando fuera sólo en forma rudimentaria, contenía también otro gran descubrimiento misiano; a saber, la explicación de ese tan misterioso e inquietante fenómeno que es el ciclo económico. Se había observado, desde el principio del industrialismo y el comienzo de la moderna economía de mercado, a finales del siglo XVIII, la aparentemente inacabable repetición de una alternativa serie de auges y crisis, de expansiones, a veces acompañadas de galopantes inflaciones, seguidas de severos pánicos y depresiones. Los economistas habían formulado explicaciones diversas, pero todas adolecían del mismo defecto: ninguna quedaba debidamente integrada en una visión general del sistema económico, del sistema microeconómico de los precios y la producción. Y la tarea resultaba particularmente ardua, siendo así que el estudio teórico parecía indicar que el mercado tiende, *per se*, hacia el *equilibrio*, hacia el empleo total, la minimización de errores en la previsión del futuro, etcétera. ¿Por qué, pues, esa reiteración de auges y crisis?

Ludwig von Mises pensó que si la economía de mercado no podía, por sí misma,

originar una serie ininterrumpida de alzas y depresiones, la causa de tal fenómeno tenía que ser ajena al sistema, había de provenir de algún impulso externo. Mises estructuró su impresionante teoría del ciclo económico partiendo de tres ideas anteriormente inconexas. Se sirvió, por un lado, de la ricardiana demostración de cómo el gobierno y el sistema bancario tienden a ampliar las disponibilidades dinerarias y crediticias, provocando un alza generalizada de los precios (el auge) y una subsecuente evasión de oro, que, a su vez, da lugar a una contracción monetaria y a una caída de precios (la depresión). Mises comprendió que tal presentación constituía un modelo excelente del que partir, pese a que no explicaba cómo el nuevo dinero podía afectar profundamente al sistema productivo y por qué la subsiguiente depresión era siempre inevitable. Un segundo pensamiento al que Mises recurrió fue el concepto de Böhm-Bawerk del capital y de la estructura del sistema productivo. Por último, apoyóse en las vienesas tesis del sueco Knut Wicksell, quien resaltó la trascendencia que para el sistema económico encerraba una disparidad entre el tipo de interés "natural" (el no afectado por la expansión crediticia bancaria) y el interés efectivamente prevalente al producirse tal expansión.

Partiendo de estos tres trascendentes pero inconexos pensamientos, Mises estructuró su gran teoría del ciclo económico. Surge, de pronto, en la armoniosa y suavemente funcionante economía de mercado, el dinero crediticio bancario, creado a instancia de la presión estatal, a través del banco central. Los bancos, al aumentar la oferta dineraria (mediante billetes o créditos), y prestar ese nuevo dinero al mundo de los negocios, disminuyen el interés por debajo de su tasa "normal", o sea, la que coincide con la preferencia temporal de las gentes, en definitiva, de aquel interés que refleja los deseos del mercado tanto por lo que al consumo como a la inversión se refiere. Al rebajarse la tasa del interés, los empresarios toman los supletorios medios de pago y amplían las estructuras productivas, particularmente en los procesos más "remotos", más dilatados, como maquinaria, materias primas industriales, etcétera. Tales medios de pago provocan el alza de salarios y de costos, transfiriéndose los recursos disponibles a inversiones más "remotas" o "elevadas". Los receptores del nuevo dinero, asalariados y productores de bienes diversos, al no haber variado su propia preferencia temporal, los gastan en la misma proporción anterior. Ello supone que las gentes no están ahorrando lo suficiente como para adquirir los productos de aquellas inversiones de orden superior, lo que posteriormente ha de provocar la quiebra de los correspondientes negocios e instalaciones. La recesión o depresión se nos aparece, entonces, como el inevitable reajuste del sistema productivo, reajuste mediante el cual logra el mercado liquidar las "excesivas" inversiones del período inflacionario y retornar a la proporción inversión-consumo deseada por los consumidores. Mises fue, pues, el primero que integró el proceso del ciclo económico en el análisis general "microeconómico". La inflacionaria expansión dineraria desatada por la organización bancaria estatalmente controlada da lugar a excesivas inversiones en las industrias de bienes de capital e

inversión insuficiente en la producción de bienes de consumo y la recesión o depresión constituye el proceso insoslayable merced al cual el mercado acaba con las distorsiones provocadas por la inflación y retorna a la mecánica típica del mercado libre, es decir, al sistema productivo exclusivamente orientado al servicio de los consumidores. La economía se recupera tan pronto como el citado proceso de reajuste queda completado.

Las conclusiones que de la misiana teoría derivan son diametralmente opuestas a las hoy prevalentes, sean keynesianas o poskeynesianas. Mises, en efecto, recomienda que si el gobierno y la banca por él controlada están inflacionariamente ampliando el crédito, lo que deben de hacer *es detener* inmediatamente tal actividad; *no interferir*, después, el proceso de reajuste económico y, consecuentemente, no provocar alza de salarios y precios, no ampliar el consumo, ni autorizar infundadas inversiones, al objeto de que el necesario período liquidatorio de anteriores errores sea lo más corto posible. Idéntica medicación debe aplicarse si la economía no está ya en auge, sino en recesión.

IV. Mises, entre las dos guerras

La *Teoría del dinero y el crédito* sitúa a Ludwig von Mises entre los más conspicuos economistas europeos. Al año siguiente de publicar esta obra, 1913, era designado profesor de economía de la Universidad de Viena, y el seminario que allí fundara fue faro de atracción para todo joven y despierto economista a lo largo de los años veinte y primera parte de los treinta. En 1928 Mises publicó, completa ya, su teoría del ciclo económico, bajo el título de *Geldwertstabilisierung und Konjunkturpolitik*[66] (*Estabilización del valor del dinero y política del ciclo económico*), obra que todavía no ha sido traducida al inglés. Y en 1926 creó el prestigioso Instituto Austríaco de Investigación del Ciclo Económico.

La profesión económica, sin embargo, pese a la fama del seminario y de las publicaciones misianas, nunca acabó de reconocer y aceptar los grandes descubrimientos de Mises y el contenido de la *Teoría del dinero y el crédito*. Refleja bien tal actitud el que en la universidad vienesa Mises fuera siempre un *privatdozent*, es decir, que, si bien el puesto universitario le daba prestigio, por su docencia no recibía honorarios.[67] Se tenía que ganar la vida como asesor económico de la Cámara de Comercio Austríaca, cargo que desempeñó desde 1909 hasta su salida de Austria en 1934. Esa falta de reconocimiento de Mises se debió no sólo a la ausencia de traducciones de sus obras, sino, más aun, a la actitud que los economistas en general comenzaron a adoptar después de la primera guerra mundial. En el insular mundo académico angloamericano ninguna obra tiene influencia si previamente no ha sido traducida al inglés y, por desgracia, la *Teoría del dinero y el crédito* no apareció en este idioma hasta 1934, cuando, como veremos, ya era demasiado tarde para que su impacto pudiera ser efectivo. La economía neoclásica nunca tuvo tradición en Alemania; pero en la propia Austria la

escuela entró en decadencia coincidiendo con la muerte de Böhm-Bawerk en 1914 y la del ya inactivo Menger recién terminada la guerra. La ortodoxia böhm-bawerkiana opuso tenaz resistencia a los avances misianos y a la incorporación de la teoría del dinero y del ciclo económico a la tradicional doctrina vienesa. No tuvo Mises, pues, más remedio que crear con sus discípulos y seguidores una nueva escuela "neo-austríaca".

El lingüístico no fue el único obstáculo con el que la doctrina misiana hubo de enfrentarse en Inglaterra y los Estados Unidos. La autoritaria y al tiempo anquilosadora influencia del neorricardiano Alfred Marshall había vedado el acceso a la Gran Bretaña de las teorías vienesas. Por su parte, en los Estados Unidos, donde la Escuela Austríaca contaba con más seguidores, se produjo, después de la primera guerra, un notable descenso de la investigación teórica en materia económica. Tanto Herbert J. Davenport, de Cornell, como Frank A. Fetter, de Princeton, los dos grandes "austríacos" de los Estados Unidos, habían dejado de aportar nada nuevo a la teoría económica desde la conflagración.

De este vacío teórico surgen, en los años veinte, dos poco profundos y, desde luego, nada austríacos economistas, Irving Fisher, de Yale, con una mecanicista teoría cuantitativa y una decidida tendencia a permitir la intervención administrativa en el mercado monetario, con miras a elevar y estabilizar el nivel de precios, y Frank Knight, de Chicago, inmerso en la incansable búsqueda de ese fantasmagórico mundo de la competencia perfecta y manifiestamente opuesto a dar entrada al factor tiempo en el análisis del capital, así como a la preferencia temporal en la determinación del interés. Ambos contribuyeron a la formación de la "Escuela de Chicago".

Tanto la realidad económica como la teoría científica iban, por otra parte, haciéndose cada vez más inhóspitas para la proliferación de la filosofía misiana. Mises escribió su monumental *Teoría del dinero y el crédito* cuando un mundo en el que todavía prevalecían sustancialmente el *laissez faire* y el patrón oro veía ya aparecer su crepúsculo vespertino. La guerra iba, en seguida, a introducir esa sistemática económica, con la que ya estamos tan familiarizados, de estatismo por doquier, planificación gubernamental, intervencionismo, dinero arbitrariamente creado, inflación y superinflación, crisis monetarias, tarifas proteccionistas y control de cambios.

Ludwig von Mises, ante la negra noche que se aproximaba, lejos de amilanarse, dedicó su vida entera a combatir la oscuridad con enorme coraje personal y extraordinaria dignidad. Jamás se doblegó ante el huracán de mutaciones que él bien sabía resultarían infortunadas y desastrosas; ni cambios políticos ni variaciones académicas cohibiéronle en su búsqueda y propagación de la verdad tal como él la veía. El economista francés Jacques Rueff, destacado partidario del patrón oro, nos habló, en elogio de Mises, de su "intransigencia", diciendo:

"Con un infatigable entusiasmo y con valor y fe inquebrantables, nunca cesó de denunciar los falaces razonamientos y los errores aducidos para justificar la mayor parte de nuestras actuales instituciones. Demostró, en el sentido más estricto del término, que tales sistemas, lejos de procurar —como pretendían sus patrocinadores — el bienestar de las gentes, forzosamente habían de causar malestar y sufrimiento y, finalmente, conflictos, guerras y esclavitud.

Ningún argumento puede apartarle del recto camino por el que su sereno razonamiento le guía. Es un ser puramente racional, en esta nuestra época irracional.

Muchos de quienes le han escuchado se han quedado frecuentemente sorprendidos de encontrarse, casi sin darse cuenta, en regiones adonde su propia humana timidez les había vedado llegar"[68]

V. Socialismo y cálculo económico

Los economistas austríacos habían defendido siempre implícitamente el mercado, si bien, viviendo en el tranquilo y relativamente libre mundo del siglo XIX, jamás llegaron a exponer explícitamente las ventajas de la libertad y las consecuencias del intervencionismo. Ludwig von Mises, por el contrario, sumido ya en un ambiente de creciente socialismo y estatismo, sin abandonar nunca la investigación del ciclo económico, dedicó también su poderosa atención a analizar el aspecto económico de la intervención y la planificación estatal. Publicó (1920), en tal sentido, su célebre artículo "El cálculo económico en la sociedad socialista",[69] verdadera bomba, que, por primera vez, evidenciaba que el sistema socialista era inviable por completo en una economía industrial. Demostraba, en efecto, que un régimen socialista, carente de precios libres, no podía calcular racionalmente los costos, siéndole, por tanto, imposible distribuir del modo más eficaz los factores de producción disponibles, destinándolos a los cometidos de mayor interés. Este ensayo misiano, si bien, una vez más, por desgracia, no fue traducido al inglés hasta 1930, tuvo tremendo impacto entre los socialistas europeos, quienes se pasaron décadas enteras pretendiendo refutar a Misés, elaborando modelo tras modelo que permitiera hacer practicable la planificación socialista. Tales avanzadas teorías incorporólas Mises a su gran tratado acerca de la economía marxista, titulado *Socialismo*[70] (1922). Cuando la devastadora crítica misiana del régimen socialista fue, al fin, traducida al inglés, díjosele a la intelectualidad norteamericana que cierto socialista polaco, Oscar Lange, había "refutado' a Mises y el universitario socialista descansó, sin preocuparse siquiera, por lo menos, de leer el texto misiano. Los cada vez mayores y reconocidos fracasos de la planificación en Rusia y la Europa oriental, a medida que se han ido industrializando, tras la segunda guerra mundial, demuestran, de modo dramático, la certeza de las previsiones de Mises, lo cual, sin embargo, no obsta a que su doctrina siga siendo convenientemente silenciada.

Si el socialismo es inviable, han de ser igualmente ineficaces las medidas dirigidas con las que las autoridades perturban la mecánica del mercado, actuaciones que Mises bautizó con el vocablo "intervencionismo". A lo largo de los años veinte, Mises, en diversos artículos, criticó y demostró la ineficacia del estatismo económico, artículos posteriormente reunidos en un libro, aún intraducido al inglés, *Kritik des Interventionismus*[71] (1929). No queda, descartados tanto el socialismo como el intervencionismo, otro sistema aplicable que el *laissez faire* liberal, o sea, la economía de mercado. En su notable *Liberalismus*[72] (1927), recientemente traducido al inglés bajo el título *The Free and Prosperous Commonwealth*, explicó ampliamente los méritos del liberalismo clásico, evidenciando la estrecha interconexión que existe entre la paz internacional, los derechos humanos y el mercado libre.

VI. Mises y la metodología de la economía

Ludwig von Mises erigióse, a lo largo de los años veinte, en el más conspicuo defensor del *laissez faire* y de la economía de mercado y en el más decidido oponente del socialismo y el intervencionismo. Para su fértil y creadora mente todo esto aún era poco. Entendía que la teoría económica, incluso la versión vienesa, no estaba debidamente sistematizada, ni hallábanse correctamente establecidas sus bases metodológicas. Veía además el peligro que encerraban nuevas y falaces metodologías, en particular el *institucionalismo*, que venía, en definitiva, a negar la existencia misma de la propia ciencia económica, y el *positivismo*, que pretende estructurar la teoría económica sobre los mismos presupuestos que las disciplinas físicas. Los clásicos y los primitivos austríacos habían descubierto la economía siguiendo una acertada metodología. Pero su tratamiento de los problemas metodológicos fue meramente casual, por lo que nunca llegaron a montar una específica y propia metodología que pudiera resistir el nuevo asalto del positivismo y del institucionalismo.

Mises se propuso dar a la ciencia económica una base filosófica y metodológica, lo que equivalía a la fijación, sistematización y coronación de la Escuela Austríaca. Su pensamiento cristalizó, de entrada, en su *Grundprobleme der Nationalökonomie* (1933), traducido al inglés, mucho más tarde, en 1960, bajo el título de *Epistemological Problems of Economics*.[73] Después de la segunda guerra mundial, cuando ya el institucionalismo desaparecía, pero, en cambio, el positivismo se imponía con fuerza, por desgracia, cada vez mayor, a los profesionales de la economía, Mises desarrolló aun más su metodología, refutando el positivismo, con *Theory and History*[74] (1957) y *The Ultimate Foundation of Economic Science*[75] (1962). Atacó fundamentalmente la pretensión positivista de tratar, de conformidad con la técnica de las ciencias físicas, a los humanos como si fueran piedras o átomos. La función del economista, para los positivistas, consiste en observar regularidades cuantitativas y estadísticas de la conducta humana,

deduciendo leyes que permitan *predecir* el futuro y, a su vez, ser contrastadas por ulteriores estadísticas. Tal sistemática positivista sólo, desde luego, resultaría aplicable en una economía gobernada por "ingenieros sociales", que dispondrían de los hombres como si fueran inanimados objetos físicos. Dice Mises, en el prefacio de su *Epistemological Problems*, que esta interpretación "científica" supondría "estudiar la conducta de los seres humanos de acuerdo con la sistemática que la física newtoniana aplica al examinar masas y movimientos. Partiendo de tal 'positiva' base se pretende tratar a la humanidad a través de una supuesta 'ingeniería social', nueva técnica que permitiría al azar económico de la planificada sociedad futura manejar a los vivientes como el tecnólogo utiliza los materiales inanimados".[76]

Contra tal metodología, Mises estructuró la suya propia, que denominó "praxeología", es decir, la teoría general de la actividad humana, partiendo de dos fuentes: por un lado, el análisis deductivo, lógico e individualista de los economistas clásicos y vieneses, y, por otro, la filosofía de la historia de la escuela "del suroeste alemán" de principios de siglo, amparándose fundamentalmente en el pensamiento de Rickert, Dilthey, Windelband y su personal amigo Max Weber. La praxeología misiana parte fundamentalmente del *individuo que actúa*, del hombre que tiene deseos, que pretende alcanzar específicos objetivos o metas, que piensa acerca de cómo alcanzar tales fines; nunca, en cambio, se interesa por un imaginario sujeto que, como la piedra o el átomo, se moviera a tenor de cuantitativas y predeterminadas leyes físicas. Tanto la contemplación de nuestros semejantes como la propia introspección nos prueban la existencia de la actividad humana. No cabe pensar en la existencia de leyes históricas cuantitativas que regularían la actuación de los hombres, siendo así que éstos actúan de acuerdo con los dictados de su libre voluntad individual.

Yerra, pues, el economista cuando pretende hallar, a través de la estadística, preestablecidas leyes y funciones del actuar humano. Cada acontecimiento, cada acto, en la historia del hombre, constituye ejemplar diferente y único, siendo resultado provocado por personas que libremente actúan y mutuamente se influencian; de ahí que no quepa establecer prevenciones estadísticas ni tests de la teoría económica.

Pero si la praxeología nos dice que no puede encerrarse la actividad del hombre en leyes cuantitativas, ¿cómo puede ser científico el estudio económico? Mises responde indicando que la ciencia económica, como ciencia del actuar humano, jamás coincide ni puede coincidir con el positivista modelo de la física. La teoría económica, según clásicos y vieneses demostraron, parte en sus estudios de unos muy pocos axiomas generales acerca de la esencia y naturaleza de la acción humana, axiomas que el estudioso descubre por introspección. Las verdades y conclusiones de la economía no son sino derivaciones lógicas deducidas de tales

axiomas. Tenemos así, por ejemplo, el fundamental axioma de la existencia de la propia actividad humana, o sea, que los hombres tienen objetivos que desean alcanzar, que actúan para conseguirlos, que el actuar es siempre temporal, que prefieren unas cosas a otras, etc.

Si bien los estudios metodológicos de Mises no se tradujeron hasta después de terminar la segunda guerra mundial, su ideario, de forma diluida e incompleta, fue antes trasladado a los estudiosos de habla inglesa, por el joven economista británico Lionel Robbins, a la sazón discípulo misiano. El trabajo de Robbins *Essay on the Nature and Significance of Economic Science* (1932) (*Ensayo sobre la naturaleza y la significación de la ciencia económica*), en el que el autor reconoce su "gran deuda" intelectual con Mises, se consideró durante muchos años en la Gran Bretaña y los Estados Unidos, la obra básica de metodología económica. La insistencia de Robbins en que la esencia de lo económico estriba en la distribución de factores siempre escasos entre producciones alternativas era ya, desde luego, praxeología, si bien una praxeología harto simplificada y de escasos vuelos. Carecía de la profunda visión misiana en torno al método deductivo y a la diferencia entre teoría económica e historia humana. No es, pues, de extrañar que, desconocidos los trabajos de Mises, la obra de Robbins sirviera de bien poco frente a la marea positivista que todo lo iba invadiendo.

VII. Human Action

Algo era ya dejar correctamente formuladas las bases metodológicas de la ciencia económica; pero mucha mayor trascendencia tenía lanzarse, como hizo Mises, a edificar toda la teoría económica partiendo de tales bases, utilizando exclusivamente tal sistemática. Doble tarea que normalmente parecería excesiva carga para una sola mente; descubrir, primero, la metodología correcta, para, después, estructurar, por tal vía, la ciencia económica toda. Es increíble que Mises pudiera dar cima a tan impresionante trabajo, después de una larga ejecutoria de labor investigadora. Y, sin embargo, Mises logró brillantemente superar la ardua prueba, pese al aislamiento y la soledad en que se hallaba, abandonado prácticamente por todos sus amigos y antiguos seguidores, exiliado en Ginebra, lejos de su Viena querida, ocupada por los nazis, rodeado de un mundo y en un ambiente profesional que repudiaba por entero los ideales, los métodos y los principios que él propugnaba. En tales circunstancias, Mises, sin embargo, publica (1940) su obra cumbre, su monumental *Nationalökonomie*, trabajo por el que nadie se interesó en una Europa víctima ya de espantosa conflagración. Por fortuna, *Nationalökonomie* fue ampliada e íntegramente reescrita, en inglés esta vez, bajo el título de *Human Action*, unos años después (1949).[77] El que Mises lograra dar cima a *Human Action* es, de por sí, indudable proeza. Pero que lo consiguiera en circunstancias tan adversas da una mayor categoría y ejemplaridad a su obra.

Human Action es precisamente lo que se necesitaba. He aquí la ciencia

económica toda, elaborada partiendo de sólidos axiomas praxeológicos, centrada en el análisis del hombre que actúa, en el estudio del individuo que persigue objetivos dentro de este nuestro mundo real. Estamos ante una ciencia elaborada como disciplina deductiva, que va sucesivamente exponiendo todas las implicaciones lógicas que de la propia existencia del actuar humano derivan. Quien suscribe, que tuvo el honor de disfrutar de las primicias del libro, vio su vida e ideas radicalmente variadas tras la lectura del mismo. Se trataba, en verdad, de un sistema de pensamiento económico en el que algunos habíamos soñado, convencidos, sin embargo, de que nadie nunca lo conseguiría producir, un tratado de economía completo e íntegramente racional, el libro que nadie había podido aún escribir. La economía de la *acción humana*.

La importancia del trabajo de Mises se magnifica al tener en cuenta que *Human Action* era el primer trabajo general de economía no sólo en la tradición vienesa, sino en toda otra tradición que se publicaba desde antes de la primera guerra mundial. La economía, después del conflicto bélico, se había ido fragmentando en parciales, separados e incoherentes estudios y análisis. Los que siguieron a los maestros de anteguerra —Fetter, Clark, Taussig y Böhm-Bawerk— ya jamás presentaban su disciplina como un todo lógico, integrado y deductivo. Sólo los escritores de elementales libros de texto intentaban ofrecer un cuadro general del mundo económico, pero aquéllos no servían sino para patentizar, con sus íntimas inconsecuencias, el triste estado a que habían llegado los estudios económicos. *Human Action* nos mostraba, en cambio, cómo cabía zafarse de aquel lodazal ininteligible.

Poco más procede decir de *Human Action*, si no es destacar algunas de las muchas contribuciones magistrales que este gran *corpus* contiene. Aunque Böhm-Bawerk descubrió, insistiendo una y otra vez en el concepto, que el fenómeno del interés se basa en la preferencia temporal, sus exposiciones no llegaban a fundarse exclusivamente en tal pensamiento, quedando confusa la propia idea de la preferencia temporal. Frank A. Fetter logró mejorar y refinar la teoría, la explicación del interés basado en la preferencia temporal pura, en sus notables pero olvidados escritos de las dos primeras décadas del siglo XX. Fetter afirmaba que los precios de los bienes de consumo quedan determinados por las valoraciones y las demandas de sus adquirentes; cada factor interviniente cobraba la suma correspondiente a su propia utilidad marginal, quedando todas estas percepciones descontadas con arreglo a la tasa de la preferencia temporal del caso, lo que permite al prestamista o capitalista cobrar su correspondiente renta. Mises sacó a la luz este olvidado ideario de Fetter, demostrando, a mayor abundamiento, que la preferencia temporal constituía una necesaria categoría praxeológica del actuar humano para integrar finalmente, en un solo pensamiento, la teoría del interés de Fetter, la teoría del capital de Böhm-Bawerk y su propia teoría del ciclo económico.

Mises nos procuró además una crítica metodológica muy necesitada de los hoy tan en boga sistemas estadísticos y matemáticos, derivados del ideario de Leon Walras, el neoclásico suizo, sistemas que hoy en día, prácticamente, han excluido del análisis económico el lenguaje y la lógica discursiva. Mises hizo notar que las ecuaciones matemáticas servían tan sólo, en materia económica, para describir aquel mundo intemporal, estático y fantasmático de la economía en "equilibrio general", con lo que daba pleno apoyo a la postura antimatemática de los economistas clásicos y de los austríacos (muchos de los cuales, sin embargo, fueron destacados matemáticos). Porque las matemáticas, en economía, no sólo resultan inútiles, sino además engañosas, tan pronto como se aparta uno de aquel Nirvana del uniforme giro y se pretende analizar el actuar en el mundo real, en el mundo donde opera el factor tiempo, donde hay esperanzas, anhelos y errores. Destacó Mises que el recurrir a las matemáticas en economía no era sino consecuencia del error positivista de suponer que se puede operar con los hombres como si fueran minerales, siendo posible prever el comportamiento humano análogamente a como la física traza de antemano la trayectoria de un proyectil. Y hay más; siendo así que el sujeto humano sólo puede apreciar y considerar cantidades de cierta importancia, el cálculo diferencial, manejando exclusivamente variaciones cuantitativas infinitamente pequeñas, forzosamente ha de resultar inidóneo cuando se trata de la ciencia de la acción humana.

El recurrir, en economía, a funciones presupone entender que los acontecimientos del mercado son "mutuamente interdependientes", pues cuando en matemáticas decimos que x es función de y, ello implica que y es, en el mismo sentido, función de x. Este tipo de metodología basada en la *mutua determinación* puede resultar correcta en el mundo de la física, donde no hay agente causal *único*que opere. Pero en el terreno de la acción humana, por el contrario, sí hay un agente causal, factor único que determina lo que acontece; a saber, la actuación del hombre, que persigue un objetivo específico. La Escuela Austríaca, en este sentido, nos enseña, por ejemplo, que el impulso parte del precio de los bienes de consumo y se transfiere al precio de los factores de producción, pero jamás al revés.

El método *econométrico*, hoy en día tan de moda, por su parte, resulta doblemente erróneo, al pretender integrar hechos estadísticos y matemáticos. El recurrir a la estadística, para a través de ella deducir predeterminadas leyes, implica, en este caso, suponer que en el ámbito de la acción humana, como en el terreno de la física, cabe descubrir confirmadas constantes, invariables leyes cuantitativas. Y la realidad es que nadie ha descubierto jamás, como Mises señalara, ni una sola constante cuantitativa en el actuar humano, ni seguramente nunca se descubrirá, dada la libertad de elección de cada individuo. Tal falacia econométrica dio pábulo a la actual manía por predecir "científicamente" el futuro económico, habiendo Mises logrado patentizar el básico error que encierra tan antigua como vana empresa. Confirmación de esta advertencia misiana, una más entre sus muchas

trascendentales visiones, es el fracaso de la predicción econométrica en los últimos años, pese al empleo de velocísimos computadores y "modelos" de lo más sofisticados.

Sólo un aspecto de la teoría económica de Mises y parte de su metodología pudo, por desgracia, acceder, como decíamos, al mundo angloparlante, en el período interbélico. Había, en efecto, predicho Mises, basado en su teoría del ciclo económico, una crisis económica, cuando la mayoría de los economistas de la *Nueva Era* de los años veinte, incluido el propio Irving Fisher, predecían un futuro de inacabable prosperidad, gracias a la actividad intervencionista de las estatales bancas centrales. De ahí que, cuando la Gran Depresión se desencadenó, comenzara a prestarse atención, sobre todo en la Gran Bretaña, a la misiana teoría del ciclo económico. Interés éste que aún aumentó con motivo de la emigración a la London School of Economics del principal discípulo de Mises, Friedrich A. von Hayek, cuya propia interpretación de la misiana teoría del ciclo económico fue pronto traducida al inglés al comenzar la década de los treinta. El seminario de Hayek en la escuela londinense dio a conocer numerosos estudiosos partidarios de la teoría austríaca del ciclo económico, entre los que cabe destacar a John R. Hicks, Abba P. Lerner, Ludwig M. Lachmann y Nicholas Kaldor. Otros discípulos, ingleses, de Mises, cual Lionel Robbins y Frederic Benham, publicaron misianas explicaciones de la Gran Depresión. Los trabajos de algunos seguidores austríacos de Mises, como Fritz Machlup y Gottfried von Haberler, comenzaron a ser traducidos y el propio Robbins, por fin, supervisó la traducción de la *Teoría del dinero y el crédito* (1934). Mises, por su parte, publicó (1931) su estudio sobre la depresión, *Die Ursachen der Wirtschaftskrise*.[78] Estimóse como muy probable, durante la primera mitad de los años treinta, que iba a triunfar definitivamente la misiana teoría del ciclo económico y, en tal momento, no se demoraría la difusión de los demás escritos del maestro.

América tardaba más en asimilar la teoría austríaca, pero, dada la enorme influencia de los economistas ingleses en los Estados Unidos, no era dudoso que también pronto el ideario misiano invadiría este país. Gottfried von Haberler produjo en Estados Unidos el primer resumen de la teoría del ciclo de Mises-Hayek.[79] Pronto el prometedor economista Alvin Hansen se adheriría también a la doctrina austríaca. Con independencia de la teoría cíclica, el pensamiento vienés sobre capital e interés fue reexpuesto en diversas revistas americanas a través de una noble serie de artículos de Hayek, Machlup y el joven economista Kenneth Boulding.

Parecía ya que la doctrina austríaca iba a ser la ola del futuro. Mises, por fin, estaba a punto de lograr aquel público reconocimiento, que tanto tiempo había merecido, sin jamás alcanzarlo. Pero, cuando más cercano parecía el triunfo, la tragedia se produjo, con la famosa *revolución keynesiana*. John Maynard Keynes, amparado en su simplista y, a la vez, embrollada nueva justificación y

racionalización de la inflación y el déficit presupuestario, avasalló el pensamiento económico con la velocidad del incendio en la pradera. La ciencia económica, hasta Keynes, había constituido impopular pero poderoso valladar frente a la inflación Y el gasto público deficitario. Los economistas, sin embargo, a partir de ahora, del brazo de Keynes, armados con su nebulosa, oscura y semimatemática jerga, podían lanzarse a populachera y provechosa coalición con políticos y gobernantes ansiosos de aumentar su propia influencia y poder. La teoría keynesiana aparecía como cortada a la medida para ser la base intelectual del moderno estado bélico-providencialista, del intervencionismo y del estatismo, en escala mayor que nunca.

Los partidarios de Keynes, como tantas veces ha sucedido en la historia de la ciencia social, ni siquiera se preocuparon de refutar las doctrinas misianas; éstas quedaron, simplemente, relegadas al olvido, barridas por el advenimiento de la con acierto denominada "revolución" keynesiana. La teoría cíclica de Mises y toda la economía austríaca se perdieron, tanto para economistas como para profanos, absorbidas por el siniestro "hoyo de la memoria" orwelliano. Lo más trágico de este masivo olvido fue la soledad, el abandono, en que dejaron a Mises sus más capaces seguidores. Precipitáronse, ciertamente, en brazos de Keynes, no sólo los discípulos ingleses de Hayek, así como Hansen, quien pronto sería el primer keynesiano de Norteamérica, sino también los austríacos, mejores conocedores de la verdad, que apresuradamente habían huido de su patria, para ocupar distinguidos puestos académicos en los Estados Unidos, donde constituyeron lo que pudiéramos denominar el ala moderada del keynesianismo. Únicamente Hayek, y el menos conocido Lachmann, mantuviéronse fieles y sin mancilla cuando, tras los brillantes augurios de las dos décadas precedentes, llegó la derrota. Ludwig von Mises, entonces solo, derrumbadas antiguas y un día bien justificadas esperanzas, púsose a escribir su gran obra *Human Action*.

VIII. Mises en Norteamérica

Perseguido en su patria austríaca, Ludwig von Mises fue uno más de los muchos distinguidos exiliados europeos que arribaron a las costas americanas. Estuvo primero en Ginebra, donde enseñó, de 1934 a 1940, en el Graduate Institute of International Studies. Contrajo allí matrimonio con la encantadora Margit Sereny-Herzfeld, en 1938. Dos años después se trasladó a los Estados Unidos.[80] En Norteamérica fue preterido y arrinconado, a diferencia de lo que sucedió con innumerables exiliados europeos, socialistas y comunistas, cordialmente acogidos por el mundo académico estadounidense, que igualmente ofreció distinguidos puestos universitarios a aquellos que otrora fueran discípulos y seguidores de Mises. Su individualismo incansable e intransigente, tanto en el estudio económico como en la filosofía política, vedóle el acceso a la esfera docente, a ese mundo que se precia de "perseguir infatigablemente la verdad". Pese a todo, Mises, viviendo en Nueva York, gracias a donaciones de fundaciones diversas, escribió (1944) dos

obras notables en inglés, *Omnipotent Government*[81] y *Bureaucracy.*[82] Evidenció en aquélla que el nazismo, lejos de constituir "el último estadio del capitalismo", como afirmaba el marxismo en boga, no era más que otra forma de socialismo totalitario, mientras en *Bureaucracy* nos informa de la radical diferencia entre la actividad lucrativa y la actividad burocrática, evidenciando que las graves imperfecciones de la burocracia reaparecerían inexorablemente en todo intervencionismo.

Constituye imperdonable y vergonzosa mancha para la academia norteamericana el que von Mises jamás consiguiera retribuida cátedra universitaria en Estados Unidos. Fue un simple *visiting professor*, a partir de 1945, en la Graduate School of Business Administration de la Universidad de Nueva York. Pero, en estas extrañas circunstancias, tratado frecuentemente por las autoridades universitarias como ciudadano de segunda, apartado de los centros docentes de prestigio e inmerso casi por entero en una masa de incomprensivos estudiantes de contabilidad y administración comercial, Ludwig von Mises reanudó su otrora famoso seminario semanal. No podía Mises, por desgracia, en estas condiciones, aspirar a que de su cátedra surgiera una falange de jóvenes e influyentes economistas; no cabía, desde luego, reproducir los brillantes triunfos de sus seminarios vieneses.

Mises, no obstante circunstancias tan tristes y aciagas, desempeñó su seminario con enorme dignidad, sin quejarse jamás de nada. Quienes con él convivimos en la universidad neoyorquina, nunca escuchamos de sus labios una palabra agria ni resentida. Mises laboraba incansablemente por avivar la más mínima chispa intelectiva que sus discípulos mostraran, siempre con aquella dulzura, aquella elegancia que lo caracterizaban. Un torrente de maravillosas posibilidades investigadoras brindaba, cada semana, al auditorio. Joyas, de facetas perfectamente talladas, eran sus conferencias, profundas exposiciones de múltiples aspectos de su ideario. A quienes boquiabiertos y silenciosos le escuchábamos, Mises, chispeándole la mirada con su característico jocoso destello, solía decir: "No les amedrente hablar, señores; tengan presente que, por erróneo e infundado que sea lo que sobre el tema digan, lo mismo ya anteriormente habrá dicho algún eminente economista".

Un puñado de universitarios, pese al cul de sac en que Mises se hallaba, surgieron de aquel seminario, propagando la tradición austriaca, seminario que, por otra parte, era como un faro de luz que, semana tras semana, atraía a múltiples oyentes de la gran área neoyorquina, quienes acudían en tropel a escuchar el mensaje misiano. Y otro de los simpáticos aspectos de aquellas reuniones era el posterior cónclave, en cercano restaurante, pálido reflejo, por desgracia, de las tan nombradas *Mises-kries* de los viejos cafés vieneses. En tales ocasiones, Mises nos brindaba inagotable torrente de fascinantes anécdotas y perspicaces sugerencias y todos entreveíamos, a través de sus palabras y de la propia aura que lo envolvía,

aquella Viena noble y encantadora de épocas ya pasadas. Cuantos gozamos del privilegio de asistir al seminario misiano en la Universidad de Nueva York coprendíamos que Ludwig von Mises no sólo era economista excepcional, sino además *maestro* incomparable.

Mises, pese a la difícil situación que atravesaba, sumido siempre en un mundo inhospitalario, fue el fáro del *laissez faire*, de la economía austríaca, prosiguiendo su incansable escribir en el nuevo continente. Halló, por fortuna, suficientes seguidores, que tradujeron sus obras anteriores y editaron su continua producción intelectual. Mises constituyó el centro focal del movimiento liberal en los Estados Unidos de la posguerra, siendo guía y permanente inspiración para cuantos lo seguíamos. Los textos misianos hállanse hoy prácticamente todos en circulación, gracias a un conjunto cada vez mayor de discípulos y partidarios, pese al abandono en que el mundo académico pretendió marginarlo. Un número siempre creciente de universitarios y jóvenes catedráticos se van incorporando a la tradición austríaca y al pensamiento misiano, pese al recalcitrante academicismo oficial.

Y esto sucede no sólo en los Estados Unidos. Olvidan, en efecto, las gentes que Ludwig von Mises jugó un papel muy importante, merced a discípulos y compañeros, en aquel impulso que permitió reestructurar una economía más o menos libre en la Europa occidental de la posguerra. Wilhelm Röpke, estudiante misiano de la época vienesa, fue quien aportó el necesario respaldo intelectual que salvó a la Alemania Federal del colectivismo, instaurando en el país una economía sustancialmente capitalista. Luigi Einaudi, otro viejo amigo de Mises en cuestiones de libertad económica, logró igualmente librar a Italia del socialismo totalitario. Y un tercer seguidor misiano, Jacques Rueff, fue el consejero económico que, prácticamente solo, pero sin desmayo, inspiró al general De Gaulle su política de reimplantación del patrón oro.

Mises continuó dirigiendo el seminario de la Universidad de Nueva York, semanalmente, sin interrupción, hasta la primavera de 1969. Retiróse, entonces, vigoroso y despierto aún, a los ochenta y siete años; lo que supone haber sido el catedrático en activo de mayor edad de los Estados Unidos. He aquí una prueba más de su indomable ardor intelectual.

IX. El camino de salvación

Hay signos, cada vez más esperanzadores, de que pronto va a concluir el ostracismo a que fueron condenadas las ideas y los trabajos de Mises durante toda su vida. Las íntimas contradicciones y las desastradas consecuencias de los errores hoy prevalentes, tanto en el terreno político como en el ámbito de las ciencias sociales, resultan cada vez más evidentes.[83] La incapacidad de los gobiernos comunistas de la Europa oriental para planificar eficazmente su economía ha dado, allí, pábulo a un creciente movimiento en apoyo de la economía libre, mientras, en

los Estados Unidos y Occidente, la vacuidad de la charlatanería keynesiana e inflacionista deviene, día a día, más patente. Los gobiernos poskeynesianos de los Estados Unidos se debaten, en vano, por controlar una inflación aparentemente irradicable, que subsiste aun en los momentos de recesión, lo que echa por tierra todos los supuestos de la prevalente teoría económica. El fracaso de las medidas keynesianas y los manifiestos errores teóricos de Keynes están despertando por doquier serias dudas acerca de la viabilidad del sistema. La dilapidación de riqueza que el gasto estatal y el gobierno burocrático provocan, da lugar a que ya muchos se pregunten si estaría en lo cierto Keynes cuando aseguraba que era intrascendente el que la Administración invirtiera los ingresos fiscales en servicios productivos o en faraónicas pirámides. El, inevitable desquiciamiento del orden monetario internacional hace que los actuales gobiernos *poskeynesianos* vayan dando bandazos de una crisis en otra, constreñidos siempre a optar entre dos "soluciones" igualmente insatisfactorias, a saber, o cambios flotantes para una fiduciaria moneda estatal o cotizaciones arbitrariamente fijas, que imposibilitan el comercio exterior y la inversión extranjera.

Esta crisis del keynesianismo no es sino una manifestación más de la crisis del estatismo e intervencionismo, tanto en la teoría como en la práctica. El actual "liberalismo" estatificador que prevalece en los Estados Unidos es incapaz de dominar las situaciones que él mismo provoca; así, el problema bélico de guerras continuas entre bloques nacionales diversos, la cuestión de la enseñanza pública, con todas las dificultades que encierran la financiación, el contenido, el reclutamiento de personal y la propia estructura de los distintos centros de estudio, debatiéndose siempre entre el Escila y el Caribdis de la inflación crónica, por un lado, y la oposición pública a cargas tributarias ya insoportables, por otro. Hállanse, cada vez más, en tela de juicio tanto la beneficencia como el belicismo del moderno estado bélico-providencialista. Se observa, en el terreno teórico, abierta oposición a la idea de que debemos todos ser dirigidos, como si fuéramos materia prima, por "científicos" tecnócratas en supuesta ingeniería social. Y aumenta aceleradamente la resistencia a que el gobierno pueda y deba imponer obligatoriamente tanto a los pueblos avanzados como a los retrasados un artificioso "desarrollo económico".

Aquel estatismo que Mises, a lo largo de toda su vida, tanto combatió, hállase hoy por doquier, tanto en la teoría como en la práctica, bajo atronante ataque, que alimenta la crítica lógica hermanada con la desilusión. Las gentes no están ya dispuestas a acatar dócilmente las órdenes y los mandatos de autonombrados gobernantes "soberanos". El problema, sin embargo, estriba en que no se puede salir del presente lodazal estatificador, sin descubrir previamente una alternativa viable y coherente. Mises nos brinda tan deseada alternativa, alumbrando el camino de salvación que liberaría a la humanidad de tantos problemas y crisis como hoy nos afligen. Mises, en efecto, durante toda su vida, evidenció el porqué de esta actual desilusión, allanándonos la nueva y conveniente vía. No es de extrañar que cada vez

sea mayor el número de quienes, ahora, al cumplir el maestro su nonagésimo segundo aniversario, reconocen y acógense al camino de salvación que él descubriera.

En el prefacio de su *Free and Prosperous Commonwealth* (1962) escribe Mises: "Cuando, hace treinta y cinco años, quise resumir las ideas y los principios básicos de aquella filosofía social que, un día, denomináramos liberalismo, no abrigaba, desde luego, la vana esperanza de suponer que mi exposición iba a evitar la inminente catástrofe a la que inevitablemente apuntaban las políticas adoptadas por las naciones europeas. Tan sólo pretendía ofrecer a la reducida minoría formada por quienes piensan la posibilidad de conocer parcialmente los objetivos que persiguió y los triunfos que consiguió el liberalismo clásico para, así, contribuir al resurgimiento del espíritu de la libertad, *después* del insoslayable desastre".[84]

Jacques Rueff, en honor de Mises, por su parte, decía: "...Ludwig von Mises ha establecido las bases de una ciencia económica racional... Ha sembrado, con sus enseñanzas, la semilla de una regeneración que fructificará tan pronto como los hombres vuelvan a preferir las teorías ciertas a las teorías placenteras. Todos los economistas, cuando tal día llegue, reconocerán que Ludwig von Mises bien merece su admiración y gratitud". [85]

Multiplícanse hoy los indicios en el sentido de que la quiebra y el fracaso del estatismo han engendrado ya aquella regeneración a la que Rueff aludía al tiempo que se engruesan las filas de esa minoría pensante en que Mises soñaba. Si, de verdad, nos hallamos hoy en el umbral de un resurgir del espíritu de la libertad, tal resurrección constituirá el mejor monumento que pudiera dedicarse al pensamiento y a la vida de un hombre magnífico y noble.

[Ir a tabla de contenidos]

SALUTACIÓN A VON MISES

Por sus 92 años de lucha por una buena causa

HENRY HAZLITT

(Reproducido por gentileza del Barron's National Business and Financial Weekly, número del 1 de octubre de 1973, y con autorización del Dr. Henry Hazlitt.)

El sábado pasado se ha celebrado el 92° cumpleaños de Ludwig von Mises, el más grande de los economistas analíticos de esta generación. También ha sido uno de los campeones de la empresa privada y del mercado libre.

Esos 92 años fueron admirablemente fructíferos. La American Economic Association, al conferirle en 1969 el grado de Miembro Distinguido, lo ha reconocido como autor de diecinueve obras, contando únicamente las primeras

ediciones, pero de cuarenta y seis si se consideran también todas las ediciones revisadas y las traducciones a otros idiomas.

Mises ha recibido otros honores en estos últimos años. Un doctorado honorario en leyes en el Grove City College en 1957, y otro en la Universidad de New York en 1963; un doctorado honorario en ciencias políticas en la Universidad de Friburgo en 1964. Se le dedicaron además dos *Festschriften*: *On Freedom and Free Enterprise* (*Acerca de la libertad y de la libre empresa*), en 1956, con ensayos de diecinueve autores, y *Toward Liberty* (*Hacia la libertad*), obra en dos volúmenes publicada en 1971 en oportunidad de su 90° cumpleaños, con contribuciones de sesenta y seis autores.

Pero esas distinciones, aun consideradas en su totalidad, apenas parecen proporcionales a sus méritos. Si alguien ha merecido el Premio Nobel de economía, ese hombre ha sido Mises. Sin embargo, en los pocos años transcurridos desde la institución de este premio se lo ha otorgado a un puñado de "economistas matemáticos", como se los denomina; es de imaginar que esto se debe en gran parte a que los legos responsables de su adjudicación sólo se impresionan por un alarde de ininteligibles ecuaciones matemáticas que consideran verdaderamente "científicas", y quizás a que el hecho de premiar a los economistas fundamentalmente por su talento matemático los dispensa de tomar partido sobre los principales asuntos políticos y económicos de nuestro tiempo: mercado libre vs. controles y "planificación" gubernamentales, capitalismo vs. socialismo, libertad humana vs. dictadura.

Ludwig von Mises nació el 29 de septiembre de 1881 en Lemberg, que entonces formaba parte del imperio austrohúngaro. Ingresó en la Universidad de Viena en 1900, estudió con el gran Eugen Böhm-Bawerk y obtuvo su doctorado en leyes y en economía en 1906. En 1909 comenzó a trabajar como consultor económico de la Cámara de Comercio austríaca, puesto que desempeñó hasta 1934.

En 1913, después de la publicación en el año anterior de *The Theory of Money and Credit* (*Teoría del dinero y del crédito*), fue nombrado profesor de economía en la Universidad de Viena, cargo prestigioso pero honorario que retuvo durante veinte años. Su famoso seminario dictado en Viena atrajo, entre otros, a alumnos tan brillantes como F. A. Hayek, Gottfried Haberler y Fritz Machlup.

En 1934, previendo que Hitler se apoderaría de Austria, Mises partió, recomendando a sus discípulos que hicieran lo mismo. Primero se desempeñó como profesor de relaciones económicas internacionales en el Instituto para Graduados en Estudios Internacionales en Ginebra. Viajó a los Estados Unidos en 1940.

Para entonces Mises había escrito ya varios libros, entre los cuales se contaban tres obras maestras; sólo una de ellas había sido traducida al inglés: *Socialism: An Economic and Sociological Analysis*(*Socialismo: Análisis económico y*

sociológico), de modo que era prácticamente desconocido en los Estados Unidos; como la ideología que estaba en boga en ese momento era el keynesianismo, cuya consecuencia era el New Deal, fue tachado de reaccionario.

Fue, pues, difícil para él conseguir un nombramiento académico. Volvió a escribir, esta vez, *Omnipotent Government (El gobierno omnipotente)*, historia y análisis del colapso del liberalismo alemán y del ascenso del nacionalismo y del nazismo. Sólo en 1945 obtuvo el cargo de profesor visitante en la Escuela para Graduados en Administración de Empresas de la Universidad de New York; se desempeñó allí hasta 1969.

Aunque su producción es vasta y sumamente importante, nos limitaremos a considerar aquí dos de sus tres obras maestras: *The Theory of Money and Credit (Teoría del dinero y del crédito)*, publicada por primera vez en alemán en 1912; *Socialism (El socialismo)*, aparecida originalmente en alemán en 1922, y *Human Action (La acción humana)*, originada en una primera versión alemana editada en 1940.

Las contribuciones de Mises a la teoría monetaria han sido demasiadas como para hacer una enumeración completa. Entre otras cosas, logró integrar la teoría del dinero en el gran cuerpo de la teoría económica general; hasta entonces habían estado separadas, casi como si no hubiera entre ellas relación alguna.

También reconoció las falacias contenidas en las proposiciones de los denominados monetaristas, a saber, que el "nivel de precios" podría o debería ser estabilizado por los dirigentes del gobierno, que cada año aumentarían la cantidad de dinero mediante el establecimiento de cierto porcentaje. Advirtió que la inflación no podía controlarse automáticamente; que a causa de sus cambiantes efectos sobre las expectativas, un aumento en la cantidad de dinero, en sus primeras etapas, tendería a aumentar los precios en forma menos que proporcional; en las últimas, de manera más que proporcional.

También rechazó el concepto simplista del "nivel de precios", puntualizando que los aumentos en la cantidad de dinero no elevarían proporcionalmente todos los precios, puesto que el dinero adicional iría a parar a personas o a industrias específicas, elevando primero sus precios e ingresos. La inflación siempre tiene como efecto la redistribución de la riqueza y de las rentas de un modo que distorsiona los incentivos y la producción, crea injusticias evidentes y engendra descontento social.

Además, por primera vez aparecen en esta obra los rudimentos de una explicación satisfactoria de los ciclos económicos. Mises demostró que el auge y la depresión no eran en modo alguno inherentes al capitalismo, como reiteradamente afirmaban los marxistas, sino que más bien tendían a ser propios de las prácticas monetarias y crediticias prevalecientes hasta ese momento (y también, en gran

medida, desde entonces). El sistema fraccionario de reserva bancaria, así como el apoyo proporcionado por los bancos centrales, promueven la sobreexpansión del dinero y del crédito, lo cual hace elevar los precios y bajar artificialmente las tasas de interés, dando origen a inversiones no rentables. Finalmente, y por muy diversas razones, la pirámide invertida del crédito disminuye o se derrumba, dando lugar al pánico o a la depresión.

El socialismo, de Mises, es una de las obras clásicas de nuestro tiempo, la crítica más devastadora que se haya escrito sobre este sistema, cuya filosofía examina el autor a partir de todos los aspectos posibles: su doctrina de la violencia, así como la de la propiedad colectiva de los medios de producción; su ideal de igualdad; la solución que propone al problema de la producción y de la distribución; su funcionamiento probable en condiciones estáticas y dinámicas; sus consecuencias a nivel nacional e internacional.

Es, con mucho, la mejor y la más aplastante refutación del socialismo desde que Eugen von Böhm-Bawerk publicó su memorable obra *Karl Marx and the Close of His System*[86] (*Karl Marx y el fin de su sistema*) en 1898. Mises va aun más lejos. Mientras que Böhm-Bawerk se limita principalmente a examinar las técnicas económicas marxistas, él escudriña en todos los sombríos aspectos del sistema.

Su contribución más destacada fue el poner de manifiesto que el socialismo debe fracasar porque es, en esencia, incapaz de resolver "el problema del cálculo económico". Un gobierno socialista no sabe cómo distribuir el trabajo, el capital, la tierra y otros factores de producción de modo de obtener las mayores ventajas sociales. Puesto que desconoce qué bienes se producen con provecho para la sociedad y cuáles con pérdida para ésta, no puede planificar cuánto habrá de producirse de cada bien o servicio.

En resumen, según Mises la mayor dificultad para la realización del socialismo es de orden intelectual. No se trata sólo de tener buena voluntad, ni de cooperar enérgicamente sin esperar ningún provecho personal. "Ni siquiera los ángeles, si hubieran sido dotados sólo con la razón humana, podrían formar una comunidad socialista." El capitalismo resuelve este problema del cálculo económico mediante los precios y los costos monetarios de los consumidores y de los productores de bienes, fijados por la competencia en un mercado abierto.

El extinto Oscar Lange, economista marxista que más tarde formó parte del Politburó polaco, propuso una vez, sobre la base de este único logro, que los futuros socialistas erigieran un monumento a Ludwig von Mises. Lange dijo: "Su poderoso desafío impulsó a los socialistas a reconocer la importancia de un sistema adecuado de contabilidad para guiar la asignación de recursos en una economía socialista". Por lo menos Lange reconoció la existencia del problema y creyó que lo había resuelto. De hecho, el único modo en que los socialistas pueden resolverlo es

adoptando el capitalismo.

No podemos dejar de citar un pasaje de la última página de *El socialismo*, de Mises, que demuestra no sólo la fuerza de su razonamiento lógico sino también la profundidad de su percepción, el poder de su liderazgo intelectual y la asombrosa perspicacia con la cual juzgó el curso futuro de los acontecimientos hace más de cuarenta años: "Cada uno de nosotros lleva sobre sus espaldas el peso de parte de la sociedad, y nadie ha sido dispensado de su cuota de responsabilidad por los demás; nadie puede hallar una vía de escape para sí mismo si la sociedad se ve arrastrada hacia la destrucción. Por consiguiente cada uno, por su propio interés, debe participar vigorosamente en la batalla intelectual. Nadie puede permanecer indiferente; del resultado de esa lucha dependen los intereses de todos. Cada hombre, independientemente de su elección, ha sido obligado a tomar parte en la batalla histórica, esa contienda decisiva en la cual nos ha precipitado nuestra época".

El eminente economista francés Jacques Rueff dijo de él: "Aquellos que lo oyeron a menudo se asombraban de verse llevados por la fuerza de su razonamiento hasta límites a los cuales, debido a la timidez propia de la naturaleza humana, nunca habrían osado llegar".

[Ir a tabla de contenidos]

EL SEMINARIO PRIVADO DE MISES

Reminiscencias de Gottfried Haberler

(Reimpreso a partir de *The Mont Pèlerin Quarterly*, vol. III, octubre de 1961, N° 3, p. 20 y ss., con autorización del profesor Haberler.)

El período entre las dos guerras, desde 1918 hasta la ocupación por parte de Hitler, fue, tanto desde el punto de vista político como desde el económico, un período triste para Austria, y sobre todo para Viena. Las calamidades se sucedían unas a otras: derrumbe del marco tradicional de la nueva Austria —de la antigua monarquía austrohúngara—, agotamiento y destrucción producidos por la guerra, inflación elevada, breves periodos de resurgimiento seguidos por otros de depresión, guerra civil en dos frentes; más tarde, la oscura noche de la dominación nazi y nuevamente guerra, destrucción y ocupación.

No obstante, hasta el advenimiento del nazismo a mediados de la década de 1930 la vida intelectual, sobre todo en el ámbito de las ciencias, era excitante en Viena. Había varios centros científicos de fama internacional, entre los cuales existían numerosas conexiones. Las escuelas más renombradas eran la de psicoanálisis; la de teoría pura del derecho, fundada por Hans Kelsen y sus discípulos; la escuela de positivismo lógico, centrada en torno de Moritz Schlick y Rudolf Carnap; y por

último, pero no lo menos importante, un grupo de economistas, sociólogos y filósofos tenía como centro el famoso "Privatseminar" del profesor Ludwig von Mises, quien celebra su 80° cumpleaños pleno de juventud y frescura de cuerpo y espíritu, como su amigo y colega de los tiempos en que ambos asistían a la Universidad y más tarde al Instituto Universitario de Ginebra, Hans Kelsen. La mayoría de quienes integraron originalmente esos grupos abandonaron Viena antes de 1933, y muchos de ellos y de sus discípulos trabajan activamente en universidades y centros de investigación en todo el mundo.

Muchos miembros de la Mont Pélerin Society participaron regularmente del seminario, en especial Hayek, Machlup, el extinto Alfred Schütz y, en los comienzos, John V. Van Sickle. Los eruditos visitantes consideraban como un gran honor ser invitados al seminario; entre ellos se cuentan Howard S. Ellis (Universidad de California), Ragnar Nurkse (ex profesor de economía en la Universidad de Columbia, en New York), muerto prematuramente hace tres años, Karl Bode (antes miembro de la Universidad de Stanford y ahora de la de Washington), Alfred Stonier (ahora en el University College de Londres) y muchos otros. Estaban allí Oskar Morgenstern (actualmente en la Universidad de Princeton), el extinto Karl Schlesinger y Richard Strigl, dos de los más brillantes economistas de su época, y sobre todo el autor de las canciones que se reproducen más adelante,[87] el inolvidable Felix Kaufmann, filósofo de las ciencias sociales en el más amplio sentido de la palabra, incluyendo en ellas el derecho y la economía (escribió también un libro muy controvertido acerca de los fundamentos lógicos de la matemática), quien en 1938, después de su emigración, se incorporó a la Facultad de la Nueva Escuela de Ciencias Sociales, en New York, donde enseñó con gran éxito hasta su prematura muerte ocurrida hace doce años.

Otros miembros importantes fueron la profesora Martha St. Brown (Colegio Superior de Brooklin, New York), el profesor Walter Froehlich (Universidad Marquette, Milwau-kee, Wisconsin), la doctora Helene Lieser (quien fue durante muchos años secretaria de la Asociación Económica Internacional, en París), la doctora Ilse Mintz (Universidad de Columbia y Departamento Nacional de Investigaciones Económicas, New York), el doctor Eric Schiff (Washington) y el doctor Emanuel Winternitz (Conservador de la Colección de Instrumentos Musicales del Museo Metropolitano de Arte de New York).

El seminario se reunía todos los viernes a las 19 h en la oficina de Mises en la Cámara de Comercio. Mises ocupaba su escritorio y los demás lo rodeaban. La reunión solía comenzar con una presentación del propio Mises, o de otro miembro del grupo, acerca de algún problema de teoría económica, metodología de las ciencias sociales o política económica. Uno de los temas favoritos era la sociología, especialmente la "Verstehende Soziologie" de Max Weber y los problemas relacionados con ella. La discusión, siempre animada, se prolongaba hasta las 22 h,

y después el grupo iba a cenar a un restaurante italiano de las cercanías, el "Ancora verde" —"Der grüne Anker", como la llamaba Kaufmann en su canción—. Allí continuaba la discusión acerca de pormenores teóricos y más tarde adquiría un tono más sutil. A eso de las 23.30 h aquellos miembros del grupo que todavía no estaban exhaustos iban al Café Kunstler, situado enfrente de la Universidad, lugar de reunión favorito de los economistas en la Viena de aquella época. Mises siempre se encontraba entre los bravos que iban al Café Kunstler y era el último en retirarse, nunca antes de la una de la madrugada.

A la mañana siguiente, fresco como una flor, llegaba a su oficina a las 9 h. A los ochenta años todavía conserva su costumbre de trabajar hasta tarde y levantarse temprano.

En 1935 aceptó un ofrecimiento de W. E. Rappard para integrarse al Instituto Universitario de Altos Estudios Internacionales en Ginebra y enseñó allí hasta 1940, cuando emigró a los Estados Unidos. Antes que él se habían ido algunos de sus discípulos (Hayek se había dirigido a Londres y quien esto escribe a Ginebra). Los que se quedaron en Viena hasta que en 1938 se abatieron las sombras sobre ella se sentían tristes y olvidados. La canción de Kaufmann expresa vívidamente estos sentimientos.

El alejamiento de Mises y la desaparición de las demás escuelas dejaron un gran vacío en la vida intelectual de Viena, que no volvió a llenarse jamás, ni siquiera después del espectacular resurgimiento económico y político de Austria después de la segunda guerra mundial.

[Ir a tabla de contenidos]

CÓMO MISES ME HIZO CAMBIAR DE OPINIÓN

ALBERT HUNOLD

(Ambiente intelectual económico en Europa en la década de 1920.- L. P.)

(Extracto consistente en los cuatro párrafos iniciales de un artículo titulado "How Mises Changed My Mind", reimpreso en *The Mont Pèlerin Quarterly*, vol. III, octubre de 1961, N° 3, p. 16.)

Me encontré por primera vez con Ludwig von Mises en septiembre de 1928, en la conferencia de la "Verein für Sozialpolitik", que yo había organizado en Zurich. Acababa de leer su obra. *Liberalismus (El liberalismo)*, que había sido una revelación para mí, entonces joven estudiante de economía, y deseaba conocer a su autor. A fines de la década de 1920 el socialismo estaba en su apogeo en Alemania. A comienzos de esa década me había unido al partido socialista, lo que era adecuado para un joven, según el proverbio: Si un hombre no es socialista a los veinte años no tiene corazón; si todavía lo es a los cuarenta, no tiene cerebro.

La "Verein für Sozialpolitik", fundada en 1872 por Gustav Schmoller, fue conocida durante décadas como la organización de los "Kathedersozialisten". El panel de la conferencia de Zurich tuvo dos oradores principales: Werner Sombart pronunció una conferencia sobre "La crisis del capitalismo y Walter Eucken habló sobre "Teorías cíclicas". Sombart era entonces la gran personalidad de las ciencias políticas, mientras que Eucken sólo era un modesto y casi desconocido "Privatdozent". Entre los 300 participantes había también otro caballero de rápida inteligencia que atacaba incansablemente las ideas socialistas: Ludwig von Mises.

Todavía recuerdo el desconcierto de mi profesor de economía en la Universidad de Zurich al oírme expresar mi admiración por las ideas de Mises y mi menosprecio por las de Sombart. Aunque a los jóvenes les gusta oponerse a sus mayores y discrepar con sus opiniones; no era ésta la única razón de mi interés en las obras de Mises. Este fue en gran parte el resultado de haber trabajado durante cuatro años en un suburbio industrial de Winterthur como docente en una escuela secundaria, con un consejo escolar, una administración y un municipio socialistas. Estaba harto de la filosofía socialista, que aniquilaba toda iniciativa y toda acción espontánea. Después de haber leído *Liberalismus*, pronto comencé a estudiar *Die Gemeinwirtschaft*, publicada por primera vez en 1922, una inteligente crítica del socialismo que por entonces se consideraba como la obra fundamental de Mises.

La influencia que estos libros ejercieron sobre mí me hizo cambiar completamente de opinión. Aunque no pude asistir a las dos reuniones siguientes de la "Verein für Sozialpolitik", en 1930 y en 1932, seguí atentamente cuanto se dijo en ellas y los trabajos publicados en el *Schriften des Vereins für Sozialpolitik*, como los de Wilhelm Röpke y Alexander Rüstov; este último pronunció, en la Conferencia de Dresde en 1932, una disertación que puede considerarse como la alocución fundamental del neoliberalismo.

(La experiencia del Dr. Hunold, quien experimentó un profundo cambio de opinión con respecto al socialismo, probablemente no sea única; el Dr. Hunold fue, en este aspecto, el prototipo de millares de lectores de las obras del Dr. Ludwig von Mises. F. N.)

[Ir a tabla de contenidos]

LUDWIG VON MISES

Miembro distinguido

1969

(Mención de la American Economic Association en su publicación oficial, *The American Economic Review*, septiembre de 1969.)

Una biblioteca que tuviera todas las obras de Ludwig von Mises incluiría diecinueve libros, si se contaran solamente las primeras ediciones, cuarenta y seis incluyendo todas las ediciones revisadas y las traducciones a idiomas extranjeros y más aun si poseyera los Festschriften y otros volúmenes con contribuciones suyas. Este importante flujo de publicaciones comenzó en 1902. En septiembre de este año Mises cumplirá 88 años. Ha enseñado en la Universidad de Viena hasta 1934 y en el Instituto Universitario de Ginebra hasta 1940, y aún enseña en la Universidad de New York. El gran número de estudiantes egresados de sus seminarios no es menos importante que su producción literaria.

Sus obras abarcan desde historia económica e historia del pensamiento hasta metodología y filosofía política, con especial énfasis sobre teoría monetaria, finanzas internacionales, fluctuaciones cíclicas, teoría de los precios y de los salarios, organización industrial y sistemas económicos. Sería imposible enumerar las ideas que Mises ha concebido y difundido durante años, pero sí pueden mencionarse algunas de las más fructíferas: en teoría monetaria, la aplicación de la teoría de la utilidad marginal a la explicación sobre la demanda de dinero; en la teoría de los ciclos económicos, ciertas enmiendas a la teoría wickseliana del proceso acumulativo y la demostración de que una política monetaria que estabilizara ciertos índices de precios no estabilizaría al mismo tiempo la actividad empresaria; en la teoría de la planificación económica socialista, el descubrimiento de que es imposible realizar el tipo de cálculo económico necesario para una eficiente asignación de recursos sin un sistema de precios de mercado competitivos. Los recientes movimientos hacia una planificación descentralizada producidos en varias economías de tipo soviético demuestran que la historia confirma la veracidad de las conclusiones a que arribó Mises hace casi cincuenta años.

[Ir a tabla de contenidos]

PIES DE PÁGINA

[1] Tercera edición revisada, 1966. Henry Regnery Co.

[2] En esta cuarta edición, capítulos XII y XIII. (*Nota de la Redacción*: Se refiere a las ediciones en inglés.)

[3] N. de la R.: Se refiere a los EE.UU.

[4] Conferencia pronunciada en el University Club de New York el 18 de abril de 1950. Fue publicada por primera vez por el *Commercial and Financial Chronicle* el 4 de mayo de 1950. Hay una traducción al francés editada por Editions SEDIF, París. En enero de 1951 apareció en inglés en forma de opúsculo.

[5] *N. de la R.*Con el advenimiento del conservadurismo actual en Gran Bretaña, esta situación se ha revertido. Aunque no se ha llegado aún a una completa libertad en la economía, se ha avanzado bastante por el buen camino y se han privatizado muchas empresas estatales.

[6] Cf. Lenin, *State and Revolution*. Little Lenin Library N°14, New York, 1932, p. 84.
[7] Ibidem, p. 44.
[8] *N. de le R.*: El autor se refiere a la época en que analizó el tema.
[9] *N. de la R.*: Después de la muerte del autor, afortunadamente se ha producido una saludable reacción en los EE.UU., especialmente con la política de Reagan.
[10] *Plain Talk*, enero de 1949. (Reimpreso con autorización de Isaac Don Levine, editor.) Se ha publicado una traducción alemana como N° 10 de la serie. *Vraagstukken van heden en morgen*, realizada por el *Comité ter Bestudering van Ordeningsvraagstukken*.
[11] Cf. especialmente A. *Oncken, Die Maxime laissez faire et laissez passer, ihr Ursprung, ihr Werden*, Berna, 1886; G. Schelle, *Vincent de Gournay*, París, 1897, pp. 214-226.
[12] Cf. John Stuart Mill, *Autobiography*, Londres, 1873, p. 191
[13] Cf. J. E. Cairnes, *Political Economy and Laissez Faire* (conferencia introductoria pronunciada en el University College, Londres, noviembre de 1870; reimpresa en *Essays in Political Economy*, Londres, 1873, pp. 232-264)
[14] Cf. Cairnes, l.c., pp. 244-245.
[15] Cf. Cairnes, l.c., p. 250.
[16] Cf. Cairnes, l.c., p. 246.
[17] Cf. W. Sombart, *Deutscher Sozialismus*, Charlottenburg, 1934, p. 213. (Edición norteamericana: *A New Social Philosophy*, traducido por K. F. Geiser, Princeton, 1937, p. 194.)
[18] Cf. Cairnes, 1.c., p. 251.
[19] Cf. A. H. Hansen, *Social Planning for Tomorrow* (en: *The United States after the War*, Cornell University Lectures, Ithaca, 1945), pp. 32-33.
[20] Cf. la conferencia radial de Laski, *Revolution by Consent*, reimpresa en *Talks*, vol. X, N° 10, p. 7 (octubre de 1945).
[21] Cf. A. Gray, *The Socialist Tradition Moses to Lenin*, Londres, 1946, p. 385.
[22] Cf. L. Brentano, 1st das *"System Brentano" zusammengebrochen?*, Berlín, 1918, p. 19.
[23] El autor refuta esta distinción entre socialismo e intervencionismo "positivo" y "constructivo", por un lado, y liberalismo "negativo" del laissez faire, por el otro, en su artículo *Sozialliberalismus*, publicado por primera vez en 1926 en *Zeitschrift für die Gesamte Staatswissenschaft*, y reimpreso en 1929 en su libro *Kritik des interventionismus,* pp. 55-90.
[24] *Plain Talk*, marzo de 1948. (Reimpreso con autorización de Isaac Don Levine, editor.)
[25] *Nota de la Redacción:*Cabe reiterar que el autor se refiere a la época del auge socialista en Gran Bretaña.

[26] *Nota de la Redacción:*Igual reiteración cabe respecto a que el autor se refiere a épocas pretéritas en los EE.UU.

[27] Cf. Lorie Tarshis, *The Elements of Economics*, New York, 1947, p. 565.

[28] *The Freeman*, 30 de octubre de 1950.

[29] P. M. *Sweezy en The New Economics*, ed. por S. E. Harris, New York, 1947, p. 105.

[30] Profesor C. Haberler op. cit., p. 161.

[31] Keynes, op. cit., p. 332.

[32] Véase también Henry Hazlitt, *The Failure of the "New Economics"*, capitulo III, *"Keynes vs. Say's Law"*, pp. 32-43. Arlington House, New Rochelle, New York 10801, 1959.Véase también Clarence B. Carson, "Permanent Depression", *The Freeman*, diciembre de 1979, vol. 29, N° 12, pp. 743-751. The Foundation for Economic Education, Inc., Irvington-on-Hudson, New York 10533.

[33] *The Commercial and Financial Chronicle*, de 20 de diciembre 1945.

[34] N. de la R.: Se refiere al tiempo en que este trabajo se publicó originalmente.

[35] *The Commercial and Financial Chronicle*, 23 de febrero de 1950.

[36] *N. de la R.*: Hay que remitirse a la fecha en que el autor formuló esta apreciación.

[37] *Plain Talk*, febrero de 1950. (Reimpreso con autorización de Isaac Don Levine, ed.)

[38] Es importante destacar que las palabras "haciéndose necesarias incursiones más profundas sobre el antiguo orden social" no figuran en el texto alemán original, como tampoco en posteriores ediciones alemanas autorizadas. Fueron intercaladas en 1888 por Engels en la traducción de Samuel Moore que fue publicada con el subtítulo siguiente: "Traducción autorizada al inglés, editada y comentada por F. Engels".

[39] Disertación preparada para la reunión de la Mont Pelerin Society elaborada en Beauvallon, Francia, del 9 al 16 de septiembre de 1951. En el mismo año fue editada en inglés, en forma de opúsculo, por Libertarian Press (agotada).

[40] Cf. Mises, *Human Action*, Yale University Press, 1949, pp 305-307; *Bureaucracy*, Yale University Press. 1944, pp. 40-73.

[41] Cf. L. Susan Stebbing, *Thinking to Some Purpose* (Pelican Books A44), pp. 185-187.

[42] Lenin, *State and Revolution*, 1917 (editado por International Publishers, New York, pp. 83-84). Las cursivas son de Lenin (o del traductor comunista).

[43] *Christian Economics*, 4 de marzo de 1958.

[44] *The Freeman*, 7 de abril de 1952.

[45] *The Freeman*, 12 de febrero de 1951.

[46] Publicado por primera vez en *Farmand*, 17 de febrero de 1951, Oslo, Noruega.

[47] Este artículo apareció originalmente en *The Freeman*, en junio de 1965 y

se reimprime con la autorización de la Fundación para la Educación Económica, Inc., Irvington-on-Hudson, New York 10533. *Nota de la Redacción:* Infortunadamente en 1971 EE.UU. abandonó el patrón cambio oro.

[48] Véase "Originary Interest", en *Human Action*, de Ludwig von Mises, pp. 523-529 (tercera edición revisada, Henry Regnery Company, Chicago, Illinois, 1966).

[49] Cf. Roscoe Pound, *Legal Immunities of Labor Unions*, Washington, D.C., 1957, p. 21.

[50] Conferencia pronunciada en el University Club de Milwaukee (Wisconsin) el 13 de octubre de 1952. *Nota del editor de la versión en inglés*: Esta conferencia, pronunciada en 1952, fue una alocución profética y aún lo es; para muchas personas será más significativa en este momento (1979) que hace 28 años. La profecía que lleva implícita es ésta: si los Estados Unidos continúan impidiendo la acumulación de capital mediante impuestos que lo erosionan y expropian, los gastos gubernamentales y los programas de bienestar social absorberán partes cada vez mayores de los ingresos de los individuos y corporaciones; como consecuencia de esto nuestro crecimiento se hará más lento, luego se estancará y por último nos hundiremos en la pobreza. Socialistas, comunistas, predicadores, ecologistas, dirigentes sindicales, maestros, demagogos, llenos de envidia y de ambición, nos conducirán hacia "la declinación y caída de los Estados Unidos", que puede llegar a ser mayor que la descripta por Gibbon en *Declinación y caída del Imperio Romano. Nota de la Redacción*: Afortunadamente, con la política de Reagan se percibe una saludable reacción. En lugar de utilizar subtítulos como ayuda para el lector el editor ha preferido el uso de cursivas para destacar las ideas clave.

[51] Cf. Jawaharlar Nehru, *Independence and After. A Collection of Speeches*, 1946-1949. New York, 1950, p. 192.

[52] Cf. J. Schumpeter, *Keynes, the Economist* (en *The New Economics*, S. E. Harris [ed.], New York, 1947, p. 85).

[53] *Christian Economics*, 1 de agosto de 1960.

[54] F. A. Hayek, *The Constitution of Liberty*, The University of Chicago Press, 1959, 580 páginas.

[55] Conferencia pronunciada ante la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de New York, en el Club de la Facultad, el 20 de noviembre de 1940, pocos meses después de que el Dr. Ludwig von Mises y su esposa llegaran a New jersey, el 2 de agosto de 1940, como refugiados procedentes de la Europa asolada por la guerra. Fue también durante sus primeros meses en los Estados Unidos cuando escribió su autobiografía intelectual; *véase Ludwig von Mises, Notes and Recollections*, Libertarian Press, South Holland; Illinois, 1978; prólogo de Margit von Mises; traducción y post scriptum de Hans F. Sennholz.

[56] Cataláctica es un nombre dado a la ciencia de los intercambios, aquella "rama del conocimiento que investiga los fenómenos del mercado, es decir, la determinación de las mutuas relaciones de intercambio de los bienes y servicios

negociados en el mercado, su origen en la acción humana y sus efectos sobre la acción ulterior". Mises, *Human Action*, p. 232.

[57] *Nationalökonomie, Theorie des Handelns und Wirtschaftens*, Éditions Union, Ginebra, Suiza, mayo de 1940, 772 páginas.

[58] *Nationalökonomie* fue reemplazado por *Human Action*, cuya edición en inglés apareció por primera vez en 1949: Yale University Press, New Haven, Connecticut, 927 páginas. Mises, en su prólogo a la primera edición, dice de *Human Action*: "Este volumen no es una traducción de esta obra anterior. Si bien la estructura general casi no ha experimentado cambios, todas las partes han sido reescritas".

[59] *Nota del editorde la versión en inglés*: En este ensayo escrito en 1973, Murray N. Rothbard, uno de los alumnos y seguidores de Mises, presenta una lúcida y vívida pintura de la vida y de las enseñanzas de aquél. Los puntos de vista de Mises son situados en el marco de la Escuela Austriaca de economía, que Mises adoptó, desarrolló y transformó para fundar su propia escuela de pensamiento. Sus contribuciones son examinadas tal como se desarrollan en su propia vida. El ensayo de Rothbard es el mejor estudio breve de que se dispone sobre la vida y obra del gran economista.

[60] Ahora L'vov en la Ucrania rusa, aproximadamente 350 millas al este (y algo hacia el norte) de Viena, Austria.

[61] *Véase Principles of Economics*, de Menger, nueva edición propuesta por el Institute for Humane Studies, Menlo Park, California 94025. (Hay edición en inglés de The Free Press, Glencoe, Illinois, 1950, agotada.) Traducido y editado por James Dingwall y Bert F. Hoselitz de la edición alemana de 1871, *Grundsätze der Volkwirtschaftslehre*. Véase también *Problems of Economics and Sociology*, University of Illinois Press, Urbana, Illinois, 1963. Traducido por Francis J. Nock de la edición alemana de 1883, *Untersuchungen über die Methode der Socialwissenschaften und der Politischen Oekonomie insbesondere.*

[62] Véase el tercer volumen de la obra *Capital and Interest*,de Böhm-Bawerk; vol. I: *History and Critique of Interest Theories*; vol. II: *Positive Theory of Capital*; vol. III: *Further Essays on Capital and Interest*. (Primera traducción completa en inglés de la tercera y cuarta ediciones en alemán por George D. Huncke y Hans F. S ennholz, Libertarian Press, South Holland, Illinois 60473, EE.UU., 1959. El título de esta obra en alemán fue *Kapital und Kapitalzins* y apareció en las siguientes ediciones: primera edición para el volumen I en 1884, para el volumen II en 1889; segunda edición: I, 1900; II, 1902; tercera edición: íntegramente revisada: I, 1914; parte de II y III, 1909; cotejo de II y III, 1912; cuarta edición póstuma: I, II, III, 1921.) Extractos en ediciones de bolsillo: Capítulo 12 del vcilumen I, "The Exploitation Theory of Socialism-Communism", Libertarian Press, 1975. Partes A y B del volumen II, "Value and Price", Libertarian Press, 1973.

[63] Véase Eugen von Böhm-Bawerk, Ensayo V, "The Ultimate Standard of Value", en *Shorter Classics of Böhm-Bawerk*, Libertarian Press, South Holland,

Illinois 60473, EE.UU., 1962.

[64] Véase Eugen von Böhm-Bawerk, vol. II, *Positive Theory Capital*, pp. 1-118, en la obra en tres volúmenes *Capital and Interest*, Libertarian Press, South Holland, Illinois 60473, EE.UU., 1959.

[65] Ludwig von Mises, *The Theory of Money and Credit*, traducido por H. E. Batson en 1934; reimpreso en 195.3, ampliado con el ensayo "Monetary Reconstruction', Yale University Press, New Haven. Connecticut, agotado. Fue reimpreso en 1971 por The Foundation for Economic Education, Inc., Irvington-on-Hudson, New York. Una nueva edición fue propuesta en 1980 por Liberty Press/Liberty Classics, Indianapolis, Indiana 46250, con una introducción de Murray N. Rothbard.

[66] Traducción al inglés por Bettina Bien Greaves (editado por Percy L. Greaves, Jr.), "Monetary Stabilization and Cyclical Policy", en von Mises, *On the Manipulation of Money and Credit* (Free Market Books, Dobbs Ferry, New York, 1978), pp. 57-171.

[67] Sólo recibía pequeñas contribuciones hechas directamente por los estudiantes.

[68] Jacques Rueff, "The Intransigence of Ludwig von Mises", en el libro editado por M. Sennholz, On Freedom and Free Enterprise: *Essays in honor of Ludwig von Mises*. Princeton. Van Nostrand, 1956, pp. 15-16.

[69] *Archivfür Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*. 47:86-121, 1920-1921. Traducción en inglés por S. Adler (pp. 87-130) en *Collectivist Economic Planning: Critical Studies of the Possibilities of Socialism*; editado por F. A. Hayek, C. Routledge & Sons, Ltd., Londres, 1935.

[70] Ludwig von Mises, *Socialism: An Economic and Sociological Analysis* (ediciones alemanas, 1922, 1932; traducción en inglés por. J. Kahane, 1936; edición ampliada con un epílogo, *Planned Chaos*, 1951); Jonathan Cape, Londres, 1969. Nueva edición propuesta en 1980 por Liberty Press / Liberty Classics, Indianapolis, Indiana 46250.

[71] Ludwig von Mises, A *Critique of Interventionism*, traducción al inglés por Hans F. Sennholz (Arlington House, New Rochelle, New York, 1977). Edición alemana original en 1976 por Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt. Alemania, con un prólogo de F. A. Hayek.

[72] Traducción al inglés por Ralph Raico (editada por Arthur Goddard) edición 1978, *Liberalism*: A *Socio-Econmnic Exposition* (Sheed Andrews and McMeel, Inc., Mission, Kansas); edición 1962, *The Free and Prosperous Commonwealth*(D. Van Nostrand Company, Inc., Princeton, New Jersey). agotada.

[73] Ludwig von Mises, *Epistemological Problems of Economics*; traducido por George Reisman; D. Van Nostrand, Co., Inc., Princeton, New Jersey, 1960; agotado. Nueva edición propuesta por el Institute for Humane Studies, Menlo Park, California 94025.

[74] Ludwig von Mises, *Theory and History: An Interpretation of Social and*

Economic Evolution; Arlington House, New Rochelle, New York, 1969, 1976, 1978.

[75] Ludwig von Mises, *The Ultimate Foundation of Economic Science: An Essay on Method*, D. Van Nostrand Co., Inc., Princeton, New Jersey, 1962, agotada. Segunda edición en 1978 por Sheed Andrews & McMeel, Inc., Mission, Kansas 66202.

[76] Ludwig von Mises, *Epistemological Problems of Economics.*Princeton, Van Nostrand, 1960, p. V.

[77] Ludwig von Mises, *Human Action*: *A Treatise on Economics*, 1949, 1963; tercera edición revisada, Henry Regnery Company, Chicago, 1966, 907 páginas.

[78] Traducción por Bettina Bien Greaves, "The Causes of the Economic Crisis", en Ludwig von Mises, *On the Manipulation of Money and Credit*, Free Market Books, Dobbs Ferry, New York, 1978.

[79] Este resumen sigue siendo una de las mejores introducciones al misiano análisis del ciclo. Vid. Gottfried von Haberler: "Money and the Business Cycle", en *The Austrian Theory of the Trade Cycle and Other Essays* (New York, Center for Libertarian Studies, septiembre 1978), pp. 7-20.

[80] Véase *Ludwig von Mises. Notes and Recollections*, Libertarian Press, South Holland, Illinois 60473 EE.UU., 1978.

[81] Ludwig von Mises, *Omnipotent Government: The Rise of the Total State and Total War*(1944). Arlington House, New Rochelle, New York, 1969, 1976, 1978.

[82] Ludwig von Mises, *Bureaucracy*(1944). Arlington House, New Rochelle, New York, 1969, 1976, 1978.

[83] Una interpretación filosófica de los motivos que provocaron el rechazo y el aislamiento de von Mises hallase en Murray N. Rothbard: "Ludwig von Mises and the Paradigm for Our Age", *Modern Age* (otoño de 1971), pp. 370-79.

[84] Ludwig von Mises.. *The Free and Prosperou Commonwealth*: *An Exposition of the Ideas of Classical Liberalism*; traducido por Ralph Raico (D. Van Nostrand Company, Inc., Princeton, New Jersey. 1962). pp. VI-VII. Nueva edición en 1978 por Sheed Andrews and McMeel, Inc., Mission, Kansas 66202, con cambio de título: *Liberalism*, A *Socio-Economic Exposition*, pp. XIV-XV.

[85] Jacques Rueff, "The Intransigence of Ludwig von Mises", en *On Freedom and Free Enterprise*, editado por Mary Sennholz (D. Van Nostrand Company, Inc., Princeton, New Jersey, 1956), p. 16.

[86] Nuevamente publicado por Libertarian Press en *Shorter Classics of Böhm-Bawerk*, con otro título: "Unresolved Contradiction in Marxian Economic System".

[87] No han sido incluidas aquí.